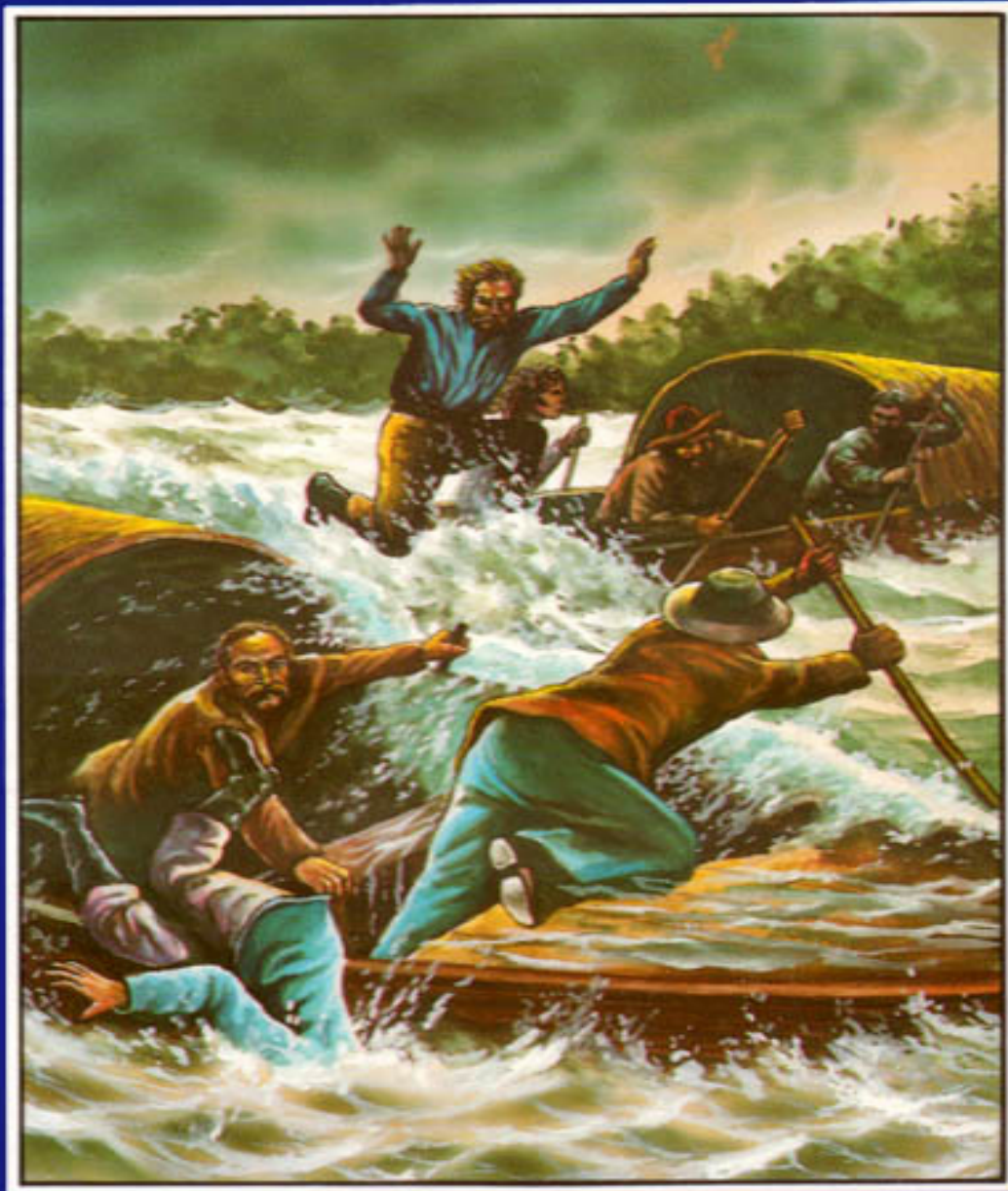


Julio Verne

El soberbio Orinoco



Juan de Kermor es un joven francés de diecisiete años que parte hacia Venezuela en busca de su padre, el coronel de Kermor. Para ello se hace acompañar por un viejo sargento que simula ser su tío. En su búsqueda se encontrará con tres venezolanos y otros dos franceses que por motivos diferentes van en la misma dirección. Para esto tendrán que enfrentar muchas aventuras juntos. ¿Podrá Juan encontrar a su padre en los intrincados bosques venezolanos?



Jules Verne

El soberbio Orinoco

Viajes extraordinarios - 45

ePub r1.1

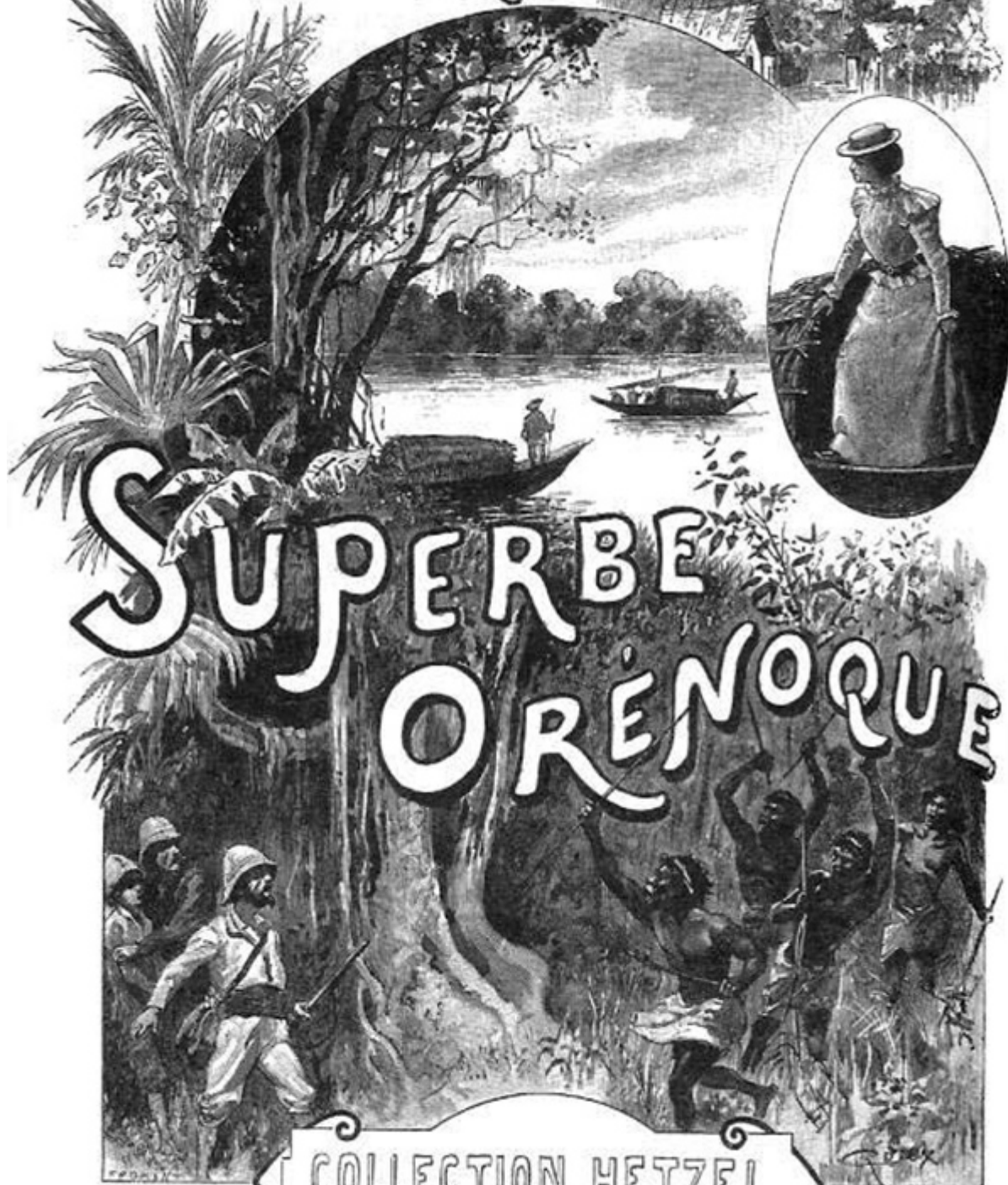
Titivillus 26.09.16

Título original: *Le superbe Orénoque*
Jules Verne, 1898
Traducción: Pedro Heredia
Ilustraciones: George Roux

Editor digital: Titivillus
Primer editor digital: Rbear
Escaneado: Luangoru
OCR: Rutherford
ePub base r1.2



JULES VERNE.



SUPERBE ORENOUQUE


COLLECTION HETZEL

Volumen I



CAPÍTULO I

MIGUEL Y SUS DOS COLEGAS

— erdaderamente, no hay motivo para que esta discusión no termine —dijo Miguel, que procuraba interponerse entre los dos ardientes contrarios.

—Pues bien, no acabará —respondió Felipe—, al menos por el sacrificio de mi opinión a la de Varinas.

—Ni por el abandono de mis ideas en provecho de Felipe —replicó Varinas.

Desde hacía tres horas, los dos testarudos sabios disputaban, sin ceder un ápice, sobre la cuestión del Orinoco. Este célebre río del Sur de América, principal arteria de Venezuela, ¿se dirigía en su curso superior de Este a Oeste, como los mapas más recientes indicaban, o venía del Suroeste, y en este caso, el Guaviare o el Atabapo no debían ser considerados como afluentes?

—Es el Atabapo el que es el Orinoco —afirmaba enérgicamente Felipe.

—Es el Atabapo —afirmaba enérgicamente Felipe.

—Es el Guaviare —afirmaba con no menos energía Varinas.

La opinión de Miguel era la que han adoptado los modernos geógrafos. Según éstos, los manantiales del Orinoco están situados en la parte de Venezuela que confina con el Brasil y con la Guayana inglesa, de forma que este río es venezolano en todo su recorrido.



Pero en vano Miguel procuraba convencer a sus dos amigos, que además no estaban conformes en otro punto no menos importante.

—No —repetía el uno—. El Orinoco nace en los Andes colombianos, y el Guaviare, que pretende usted que es un afluente, es todo el Orinoco: colombiano en su curso superior, venezolano en su curso inferior.

—¡Error! —aseguraba el otro—. El Atabapo es el Orinoco y no el Guaviare.

—¡Eh, amigos míos! —respondió Miguel—. Prefiero creer que tal río, uno de los más hermosos de América, no riega más país que el nuestro.

—No se trata de una cuestión de amor propio —replicó Varinas—, sino de una verdad geográfica. El Guaviare...

—No, el Atabapo —exclamó Felipe.

Y los dos adversarios, que se habían puesto en pie, se miraban frente a frente.

—¡Señores...! ¡Señores! —repitió Miguel, hombre excelente y de natural conciliador.

De la pared de la sala colgaba un mapa, conmovido entonces por los arranques de la discusión. En él se desarrollaba el área de 972 000 kilómetros cuadrados del Estado hispanoamericano de Venezuela. Mucho lo habían modificado los sucesos políticos desde el año (1499) en que Ojeda, compañero del florentino Américo Vespucio, desembarcando sobre el litoral del golfo de Maracaibo, descubrió una aldea construida sobre estacas en medio de lagunas, a la que dio el nombre de Venezuela o «Pequeña Venecia». Vino después la guerra de la Independencia, en la que *Simón Bolívar* fue el héroe; después la fundación de la Capitanía general de Caracas; después la separación de Colombia y Venezuela, efectuada en 1839, separación que hizo de esta última una República independiente, y que el mapa representaba tal como la estableció el Estatuto fundamental. Líneas de color dividían el departamento del Orinoco en tres provincias: Barinas, Guayana y Apure. El relieve de

su sistema orográfico, las ramificaciones de su sistema hidrográfico, se marcaban con múltiples líneas cruzadas con la red de los ríos. Allí veíase desarrollarse, sobre el mar de las Antillas, su frontera marítima, desde la provincia de Maracaibo, con la ciudad de este nombre por capital, hasta las bocas del Orinoco, que la separaban de la Guayana inglesa.

Miguel miraba aquel mapa, el que, con toda evidencia, le daba la razón contra sus colegas Felipe y Varinas. Precisamente, y sólo sobre la provincia de Venezuela, un gran río, minuciosamente dibujado, trazaba su elegante semicírculo, y tanto en su primera curva, donde un afluente, el Apure, vierte sus aguas, como en la segunda, donde el Guaviare y el Atabapo le llevan las de las cordilleras de los Andes, era únicamente bautizado con el magnífico nombre de Orinoco en todo su recorrido.

¿Por qué, pues, Varinas y Felipe se obstinaban en buscar las fuentes de la principal arteria venezolana en las montañas de Colombia, y no en los macizos de la sierra Parima, vecina del monte Roraima, gigantesco mojón miliar de 2300 metros de altura, donde se apoyan los ángulos de los tres Estados del Sur de América, Venezuela, el Brasil y la Guayana inglesa?

Justo es advertir que aquellos dos geógrafos no eran los únicos que tal opinión sustentaban. No obstante las aseveraciones de atrevidos exploradores que remontaron el Orinoco casi hasta su origen, Díaz de la Fuente en 1760, Bobadilla en 1764 y Robert Schomburgken 1840; a pesar del reconocimiento efectuado por el francés Chaffanjon, el audaz viajero que desplegó el pabellón de Francia sobre las pendientes de la Parima, mojada por las primeras gotas del Orinoco; a pesar de tales noticias, que parecían decisivas, la cuestión no estaba resuelta para algunos espíritus tenaces, discípulos de Santo Tomás y tan exigentes, en lo que a pruebas se refiere, como el antiguo patrono de la incredulidad.

No obstante, sería exagerar el pretender que tal cuestión apasionaba a la población venezolana en aquella época, año 1893. Reconozcamos que dos años antes la población mostró gran interés

en la demarcación de las fronteras, cuando España, encargada del arbitraje, fijó los límites definitivos entre Colombia y Venezuela. Lo mismo que si se hubiera tratado de una exploración con objeto de determinar las fronteras entre Venezuela y el Brasil. Pero en 2 250 000 habitantes, que comprenden 325 000 indios domesticados o independientes en medio de sus bosques, más 50 000 negros y después, mezclados por la sangre, mestizos, blancos, extranjeros o foráneos ingleses, italianos, holandeses, franceses y alemanes, es indudable que sólo la menor parte hubiera podido discutir la mencionada tesis hidrográfica. Pero por lo menos había dos venezolanos, el citado Varinas, para reivindicar el derecho del Guaviare, y el citado Felipe, para sostener el derecho del Atabapo a llamarse Orinoco, sin contar algunos partidarios que les prestaban fuerte apoyo.

No se crea, sin embargo, que Miguel y sus dos amigos fueran de esos sabios hundidos en la ciencia, de gran calva y barba blanca.

No; sabios sí eran, y los tres gozaban de merecida fama, que rebasaba los límites de su país. El mayor, Miguel, tenía cuarenta y cinco años; los otros dos algunos menos. Hombres muy vivos, muy demostrativos, no desmentían su origen vasco, que es el del ilustre Bolívar y el de la mayor parte de los blancos en las repúblicas de la América Meridional, llevando a veces algo de sangre corsa e india en las venas, pero ni un solo glóbulo de sangre negra.

Los tres geógrafos se encontraban todos los días en la biblioteca de la Universidad de Ciudad-Bolívar. Allí, Varinas y Felipe, por decididos que estuviesen a contenerse, se dejaban arrastrar a una discusión interminable con motivo del Orinoco.

Aun después de la exploración decisiva del viajero francés, los defensores del Atabapo y del Guaviare se obstinaban en su opinión, como lo demuestran sus réplicas al principio de esta historia. Y la disputa continuaba a despecho de Miguel, impotente para calmar la vivacidad de sus dos colegas.

No obstante, era un personaje que imponía por su elevada estatura, su noble y aristocrático rostro, su oscura barba en la que

ya se veían algunos hilos de plata, la autoridad de su posición y el gran sombrero con que se cubría, a imitación del ilustre fundador de la independencia hispanoamericana.

Aquel día, Miguel repetía con voz llena, tranquila y penetrante:

—¡Calma, amigos míos! Corra al Este o al Oeste, no deja el Orinoco de ser un río venezolano, el padre de las aguas de nuestra República.

—No se trata de saber de quién es padre —respondió Varinas—, sino de quién es hijo; si nace en Parima o en los Andes colombianos.

—¡En los Andes...! ¡En los Andes...! —respondió Felipe encogiéndose de hombros.

Evidentemente, ninguno de los dos contrincantes cedería respecto al nacimiento del Orinoco, obstinándose en atribuirle diferente padre.

—Veamos, mis queridos colegas —replicó Miguel, deseoso de llevar la cuestión al terreno de las concesiones—, basta mirar el mapa para reconocer esto; venga de donde venga, y sobre todo si viene del Este, el Orinoco forma una curva muy armoniosa, un semicírculo mejor dibujado que el desdichado zigzag que le darían el Atabapo o el Guaviare.

—Y ¿qué importa que el dibujo sea o no armonioso? —exclamó Felipe.

—¡Si es exacto y conforme a la naturaleza del territorio...! —dijo Varinas.

Y, efectivamente, poco importaba que las curvas estuviesen o no artísticamente trazadas, tratándose de una cuestión puramente geográfica y no de arte. La argumentación de Miguel era falsa; él lo conoció, y le vino la idea de lanzar en la discusión un nuevo elemento que podría modificarla. Seguramente, no era éste el medio de poner de acuerdo a los dos adversarios; pero tal vez, como los perros desviados del rastro, se encarnizarían en la persecución de un tercer jabalí.

—¡Sea! —dijo Miguel—, y dejemos a un lado esta manera de mirar las cosas. Usted, Felipe, pretende con gran obstinación que el Atabapo, lejos de ser un confluente de nuestro gran río, es el río mismo.

—Sí que lo pretendo.

—Usted, Varinas, sostiene con gran terquedad que, al contrario, el Guaviare es el mismo Orinoco.

—Sí que lo sostengo.

—Pues bien —añadió Miguel, que seguía con el dedo sobre el mapa el curso del río en discusión—, ¿por qué no habían de engañarse los dos?

—¡Los dos! —exclamó Felipe.

—¡Uno sólo de nosotros se engaña —afirmó Varinas—, y éste no soy yo!

—Escúchenme ustedes hasta el fin —dijo Miguel—, y no me respondan antes de haberme oído. Existen otros afluentes como el Guaviare y el Atabapo que vierten sus aguas en el Orinoco, tributarios de una importancia característica por su recorrido y por sus productos. Tales son el Caura en su parte septentrional, el Apure y el Meta en su parte occidental, el Cassiquiare y el Iquapo en su parte meridional. ¿Lo ven ustedes en el mapa? Pues bien; yo les pregunto a ustedes: ¿por qué uno de estos afluentes no había de ser el Orinoco, mejor que su Guaviare, mi querido Varinas, y que su Atabapo mi querido Felipe?

Era la primera vez que se decía aquello, y los dos adversarios quedaron mudos al oírlo. ¿Cómo? ¿La cuestión no estaba solamente entre el Atabapo y el Guaviare? ¿Surgían nuevos pretendientes?

—¡Vamos! —exclamó Varinas—. Eso no es serio... ¡No habla usted seriamente, Miguel!

—Muy seriamente; y encuentro natural, lógica y, por consecuencia, admisible, la opinión de que otros tributarios puedan disputarse el honor de ser el verdadero Orinoco.

—Se burla usted —respondió Felipe.

—Nunca me burlo cuando se trata de cuestiones geográficas —respondió Miguel—. Hay sobre la ribera derecha del curso superior uno..., el Padamo.

—¡Su Padamo de usted no es más que un arroyo, comparado con mi Guaviare! —exclamó Varinas.

—¡Un arroyo que los geógrafos consideran casi tan importante como el Orinoco! —respondió Miguel—. Hay sobre la izquierda otro, el Cassiquiare...

—¡Su Cassiquiare de usted no es más que un arroyuelo, comparado con mi Atabapo! —exclamó Felipe.

—Un arroyuelo que pone en comunicación las cuencas venezolana y amazónica. En la misma ribera está el Meta.

—Pero el Meta no es más que la espita de una fuente.

—Una espita de la que sale un curso de agua que los economistas miran como el futuro camino entre Europa y los territorios colombianos.

Como se ve, Miguel, bien informado, tenía respuesta para todo. Continuó así:

—En la misma ribera está el Apure, el río de los llanos, que los navíos pueden remontar en más de quinientos kilómetros.

Ni Felipe ni Varinas contestaron a esta afirmación: la causa era por estar medio sofocados por el aplomo de Miguel.

—En fin —añadió éste—, en la ribera derecha están el Cuchivero, el Caura, el Caroní...

—Cuando haya usted terminado la lista... —dijo Felipe.

—Discutiremos —añadió Varinas, que se había cruzado de brazos.

—He concluido —respondió Miguel—; y si quieren ustedes conocer mi opinión personal...

—Y ¿vale la pena? —replicó con un tono de ironía superior Varinas.

—Es probable que no —declaró Felipe.

—Hela aquí, sin embargo, mis queridos colegas: Ninguno de esos afluentes podría ser considerado como el río al que pertenece

legítimamente el nombre de Orinoco. Así, pues, a mi juicio, tampoco puede aplicarse esta denominación, ni al Atabapo recomendado por mi amigo Felipe...

—¡Error! —exclamó éste.

—Ni al Guaviare, recomendado por mi amigo Varinas.

—¡Herejía! —afirmó este último.

—Y concluyo —añadió Miguel—, que el nombre de Orinoco debe ser conservado para la parte superior del río, cuyos manantiales están situados en los macizos de la Parima. Corre entero a través del territorio de nuestra República, y no riega a ningún otro. El Guaviare y el Atabapo tendrán que conformarse con no ser más que simples tributarios, lo que, en suma, es una situación geográfica muy aceptable.

—¡Que no acepto! —replicó Felipe.

—¡Que yo rechazo! —replicó Varinas.

El resultado de la intervención de Miguel en aquella discusión hidrográfica fue únicamente que tres personas, en vez de dos, se arrojaron a la cabeza el Guaviare, el Orinoco y el Atabapo. La cuestión duró aún una hora, y tal vez no hubiera terminado si Felipe de un lado, y Varinas de otro no hubieran gritado:

—Pues bien, partamos.

—¿Partir? —exclamó Miguel, que no esperaba tal proposición.

—Sí —respondió Felipe—. Partamos para San Fernando, y allí si no pruebo con toda evidencia que el Atabapo es el Orinoco...

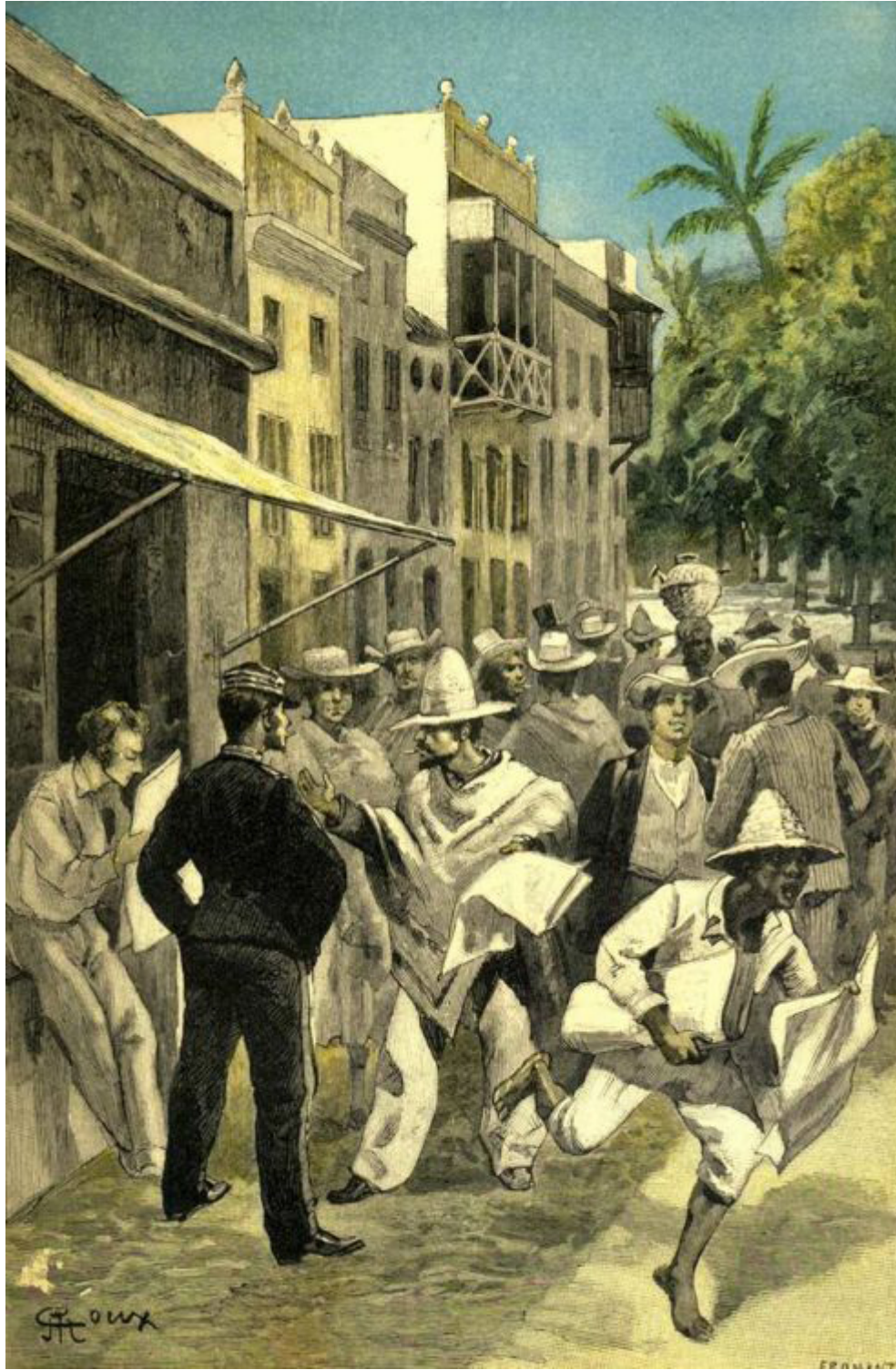
—Y... si yo —añadió Varinas— no demuestro categóricamente que el Guaviare es el Orinoco...

Y he aquí en qué circunstancias, después de la discusión de estos tres personajes, resolvieron emprender tal viaje. Quizás esta nueva expedición fijaría al fin el curso del río venezolano, admitiendo que no lo hubiera sido definitivamente por las investigaciones de los últimos exploradores.

Por lo demás, no se trataba más que de remontarse hasta el pueblo de San Fernando, hasta el punto en que el Guaviare y el Atabapo vierten sus aguas, a algunos kilómetros el uno del otro.

Cuando se comprobara que uno y otro no eran, no podían ser, más que simples afluentes, preciso sería dar la razón a Miguel y confirmar al Orinoco su estado civil de río, del que no podían desposeerle otras indignas corrientes de agua.

No hay que extrañar que esta resolución, nacida en el curso de tormentosa disputa, fuera inmediatamente realizada, como tampoco el ruido que produjo en el mundo científico y entre las clases superiores de Ciudad-Bolívar, y que apasionase bien pronto a toda la República venezolana.



Sucede a ciertas ciudades lo que a ciertos hombres: antes de establecer su domicilio fijo y definitivo dudan, vacilan...; y esto fue lo que sucedió en lo que se refiere a la capital de aquella provincia de la Guayana desde la época de su aparición, en 1576, sobre la ribera derecha del Orinoco. Después de ser establecida en la embocadura del Caroní, bajo el nombre de Santo Tomé, fue trasladada, diez años más tarde, quince leguas al Oeste. Incendiada por los ingleses bajo las órdenes del célebre Walter Raleigh, cambió de lugar en 1764, 150 kilómetros más arriba, en un sitio en que la anchura del río queda reducida a menos de 400 toesas. De aquí el nombre de Angostura que le fue entonces dado, y que se transformó luego en el de Ciudad-Bolívar.

Esta capital está situada a unas cien leguas del delta del Orinoco, cuya altura, indicada por la Piedra del Midió, roca que se levanta en medio de la corriente, varía de modo considerable bajo la influencia de la estación seca, de enero a mayo, o de la de las lluvias.

Como anejo a esta ciudad, de once a doce mil habitantes, merece citarse el barrio de la Soledad, en la ribera izquierda. Se extiende desde el paseo de la Alameda hasta el barrio de Perro Seco; extraño calificativo por estar el tal barrio más sujeto que otro alguno a las inundaciones provocadas por las súbitas y copiosas crecidas del Orinoco. La calle principal, con sus edificios públicos, sus elegantes tiendas, sus galerías cubiertas, las casas escalonadas sobre la colina que domina la ciudad, las casas rurales diseminadas bajo los árboles, las especies de lagos que el río forma, extendiéndose hacia arriba o hacia abajo, el movimiento y la animación del puerto, los numerosos barcos de vela y a vapor, que prueban la actividad del comercio fluvial, aparte del importante tráfico que se hace por tierra, todo este conjunto produce gran encanto a los ojos.

Por la parte de Soledad, donde debe terminar el ferrocarril, Ciudad-Bolívar no tardará en unirse con Caracas, la capital venezolana. Sus exportaciones de pieles de vaca y de cerdo, de

café, algodón, cacao y tabaco ganarían mucho, por grandes que ya sean, por la explotación de yacimientos de cuarzo aurífero descubiertos en 1840 en Yuruauri.

Así, pues, la noticia de que los tres sabios miembros de la Sociedad Geográfica de Venezuela iban a partir para resolver la cuestión del Orinoco y de sus dos afluentes del Sudoeste, produjo gran efecto en el país. Los habitantes de Ciudad-Bolívar son demostrativos, apasionados y ardientes. Los periódicos se mezclaron en la contienda, tomando unos el partido de los atabaponistas, y otro el de los guaviarenses o el de los orinoquenses. El público se apasionó. Parecía como si dichos ríos amenazasen cambiar de cauce, abandonar a los territorios de la República, emigrar a algún otro Estado del Nuevo Mundo, si no se les hacía justicia.

¿Ofrecía el viaje serios peligros? Hasta cierto punto sí, para viajeros que no pudieran contar más que con sus recursos propios. Pero aquella vital cuestión, ¿no valía la pena de algunos sacrificios por parte del Gobierno? ¿No era aquélla la ocasión indicada para utilizar la milicia, que podría contar con 250 000 hombres en sus filas y de los que nunca se habían reunido más de una décima parte? ¿Por qué no poner a disposición de los exploradores una compañía del ejército permanente, que cuenta 6000 soldados, y cuyo estado mayor ha poseído hasta 7000 generales, sin hablar de los oficiales superiores, como asegura Elíseo Reclus, siempre tan perfectamente informado de estas curiosidades etnográficas?

Miguel, Felipe y Varinas no pedían tanto. Viajarían a sus expensas, sin más escolta que los peones, los llaneros, los barqueros y los guías que viven a lo largo de la ribera del río, como otros obreros de la ciencia habían hecho antes que ellos. Además, no debían pasar del pueblo de San Fernando, construido en la confluencia del Atabapo y del Guaviare. En los territorios atravesados por la parte alta del río es principalmente donde hay que temer los ataques de los indios, esas tribus independientes, tan difíciles de contener, y a las que, no sin razón, se atribuyen actos de

carnicería y de pillaje, lo que no es de extrañar si se tiene en cuenta que el país estuvo en otra época poblado por caribes.

Indudablemente, más abajo de San Fernando, hacia la desembocadura del Meta, sobre los territorios de la otra ribera, no es difícil encontrar ciertos guahibos, siempre refractarios a las leyes sociales, y algunos quivas, cuya reputación de ferocidad está demasiado justificada por sus atentados en Colombia antes de trasladarse a las riberas del Orinoco.

También en Ciudad-Bolívar reinaba alguna inquietud sobre la suerte de dos franceses que habían partido hacía un mes. Después de haber remontado el curso del río y pasado la confluencia del Meta, estos viajeros se habían aventurado a través del país de los quivas y de los guahibos, y se ignoraba lo que les había acontecido.

Verdad es que el curso superior del Orinoco, menos conocido, sustraído, por su alejamiento, a la acción de las autoridades venezolanas, desprovisto de todo comercio, entregado a las cuchillas errantes de los indígenas, era y es aún infinitamente más temible. En realidad, si los indios sedentarios del Oeste y del Norte del gran río son de costumbres más dulces y se entregan a los trabajos agrícolas, no se puede decir lo mismo de los que viven en medio de las sabanas de la curva del Orinoco. Bandidos por interés y por necesidad, no retroceden ni ante la traición ni ante el asesinato.

¿Será posible en el porvenir lograr algún imperio sobre su naturaleza feroz e indomable? Lo que no se puede conseguir de las fieras de los llanos, ¿se podrá conseguir de los naturales de las llanuras del Alto Orinoco? Lo cierto es que atrevidos misioneros lo han intentado sin gran resultado. Y hasta uno de ellos, un francés, perteneciente a las misiones extranjeras, se encontraba desde hacía algunos años en estas altas regiones del Orinoco. Su valor y fe, ¿habían sido recompensados? ¿Había conseguido civilizar aquellas aldeas salvajes, convertirlas al catolicismo? ¿Había motivo para suponer que el animoso apóstol de la misión de Santa Juana

hubiese conseguido agrupar en torno de él a aquellos salvajes, refractarios hasta entonces a toda tentativa de civilización?

En suma: volviendo a Miguel y a sus dos compañeros, no se trataba de aventurarse en aquellas lejanas comarcas, dominadas por el enorme macizo de Roraima. Y, sin embargo, si ello hubiera sido preciso en interés de la ciencia geográfica, no hubieran dudado en llegar hasta el nacimiento del Orinoco, como al del Guaviare y el Atabapo. Los amigos esperaban, sin embargo, no sin razón, que la cuestión quedaría resuelta en la confluencia de los tres ríos. Por lo demás, se admitía generalmente que sería a favor del Orinoco, el cual, después de haber recibido trescientos ríos en su curso de 2500 kilómetros, va por las ramas de cincuenta brazos a arrojarse en el Atlántico.

CAPÍTULO II

EL SARGENTO MARCIAL Y SU SOBRINO



La partida de aquel terceto de sabios —un terceto cuyos ejecutantes no lograban concertar sus flautas— había sido fijada para el 12 de agosto, en plena estación de lluvias.

La víspera de este día, dos viajeros instalados en una de las fondas de Ciudad-Bolívar hablaban en la habitación de uno de ellos a eso de las ocho de la noche, Ligera y fresca brisa entraba por la ventana, abierta sobre el paseo de la Alameda.

En el momento en que los presento a mis lectores, el más joven de los viajeros que acababa de ponerse en pie, dijo al otro en francés:

—Escúchame bien, mi buen Marcial, y antes de acostarnos te recuerdo por última vez lo que hemos convenido al decidir nuestro viaje.

—Como usted quiera, Juan.

—¡Ah...! —exclamó Juan—. Desde las primeras palabras olvidas tu papel...

—¿Mi papel?

—Sí... No me tuteas...

—Es cierto... ¡Tuteo del diablo! ¿Qué quiere usted...?, digo..., ¿qué quieres? La falta de costumbre...



—¡La falta de costumbre, mi pobre sargento...! Y ¿piensas eso? Hace un mes que hemos abandonado Francia, y me has tuteado durante toda la travesía de Saint-Nazaire a Caracas.

—¡Es verdad! —respondió el sargento Marcial.

—Y ahora que hemos llegado a Bolívar, es decir, al punto en que comienza el viaje que nos reserva tanta alegría... y tal vez tantas decepciones..., tantos dolores...

Juan había pronunciado estas palabras con emoción profunda.

Agitábase su pecho, y sus ojos se humedecían. Sin embargo, se dominó viendo el sentimiento de inquietud que se reflejaba en el rudo semblante del sargento Marcial, y sonriendo añadió con tono cariñoso:

—Sí, ahora que estamos en Bolívar te olvidas de que eres mi tío, de que soy tu sobrino.

—¡Qué estúpido es lo que hago! —respondió Marcial, dándose un fuerte palmetazo en la frente.

—No... pero no te turbes..., y en lugar de ser tú el que me vigile, será preciso que yo... Vamos, mi buen Marcial, ¿no es costumbre que un sobrino sea tuteado por su tío...?

—Así es...

—Además, ¿no te he dado yo el ejemplo desde que embarcamos?

—Sí; y, sin embargo, tú no has comenzado demasiado...

—¡Demasiado pequeño! —interumpió Juan.

—¡Sí; pequeño..., pequeño! —repitió el sargento Marcial, cuya mirada se dulcificaba al fijarse en su supuesto sobrino.

—Y no olvides —añadió éste— que *petit* significa pequeño en español.

—¡Pequeño! —repitió de nuevo el sargento—. Bien... Sé esta palabra y unas cincuenta más... únicamente, ¡a pesar de la atención que pongo!

—¡Oh, cabeza dura! —respondió Juan—. ¿Acaso no te he hecho recitar todos los días tu lección de español durante la travesía del *Pereire*?

—¿Qué quieres, Juan? Para un viejo soldado que ha hablado el francés toda su vida, es terrible aprender ese galimatías de los andaluces... Me cuesta trabajo españolizarme.

—¡Ya lo conseguiremos, Marcial!

—Ya lo hemos conseguido, en lo que se refiere a las cincuenta palabras de que he hablado. Ya sé pedir de comer. *Deme usted algo de comer*. De beber: *Deme usted de beber*. De dormir: *Deme usted*

una cama. Preguntar el camino: Enséñeme usted el camino. Ya sé decir: ¿Cuánto vale esto? Y gracias, y buenos días, y buenas noches, y ¿cómo está usted? Y soy capaz de jurar como un aragonés o un castellano. ¡Caramba! ¡Caramba!

—¡Bien, bien! —exclamó Juan, ruborizándose un poco—. Esos juramentos no te los he enseñado yo, y será mejor que no los emplees.

—¿Qué quieres? Costumbre de antiguo furriel. Toda mi vida he lanzado rayos y centellas por la boca, y cuando no se entreveran en la conversación, ésta se me antoja falta de encanto... Esto es lo que me gusta en esa jerga española que tú hablas como una señora.

—Pero, Marcial...

—Sí, comprendido... En esa jerga hay juramentos para escoger, tantos como palabras.

—Y esto es lo que tú retienes más fácilmente.

—Convengo en ello, Juan; y no sería el coronel De Kermor, cuando yo servía a sus órdenes, el que me hubiera reprochado mis juramentos de Brest.

Al nombre del coronel De Kermor, el rostro del joven se alteró visiblemente, mientras una lágrima asomaba a los párpados del sargento Marcial.

—Mira, Juan —añadió—; si Dios me dijera: «Sargento, dentro de una hora estrecharás la mano de tu coronel, y diez minutos después te partirá un rayo», yo le respondería: «Está bien, Señor; prepara el rayo y apunta al corazón».

Juan se aproximó al viejo soldado, y le enjugó las lágrimas, mirando con ternura a aquel ser bueno, de rudo y franco natural, capaz de todos los sacrificios. Marcial le atrajo a su pecho y le oprimió en sus brazos.

—¡No hay que quererme tanto, sargento! —díjole Juan acariciándole.

—¿Acaso es posible?

—Posible y necesario; al menos ante el mundo, cuando nos observa...

—Pero cuando no se nos observa...

—Quedas en libertad para tratarme con más dulzura, tomando precauciones.

—Será difícil.

—Nada es difícil cuando es indispensable. No olvides que yo soy un sobrino tuyo que tiene necesidad de ser tratado severamente por su tío.

—¡Severamente! —repitió el sargento Marcial, levantando al cielo sus gruesas manos.

—Sí; un sobrino que has tenido que traer contigo en este viaje, porque había el temor de que, quedando solo en la casa, cometiese alguna tontería.

—¡Tontería!

—Un sobrino del que quieres hacer un soldado como tú...

—¡Un soldado!

—Sí; un soldado al que conviene acostumbrar a las fatigas y a las privaciones, y al que no debes economizar correcciones cuando las merezca.

—¿Y si no las merece?

—Las merecerá —respondió Juan sonriendo—, porque es un mal recluta.

—¡Un mal recluta!

—Y cuando le hayas corregido en público...

—¡Le pediré perdón en privado! —exclamó el viejo sargento.

—Como quieras, mi buen Marcial, pero a condición de que nadie nos vea.

El sargento abrazó a su sobrino, después de advertir que ningún indiscreto podía verles en aquella habitación bien cerrada del hotel.

—Y ahora, Marcial —dijo Juan—, ha llegado la hora de acostarnos. Entra en el cuarto de al lado, y yo me encerraré en el mío.

—¿Quieres que pase la noche de guardia a tu puerta? —preguntó Marcial.

—Es inútil. No hay ningún peligro.

—Sin duda. Pero...

—Si desde el principio me mimas de este modo, vas a desempeñar muy mal tu papel de tío feroz.

—¡Feroz! ¿Puedo yo ser feroz contigo?

—Es preciso... para alejar toda sospecha.

—Juan, ¿por qué has querido venir?

—Porque debía hacerlo.

—¿Por qué no te has quedado en nuestra casa, en Chantenay o en Nantes?

—Porque mi deber era partir.

—¿No hubiera yo podido emprender solo este viaje?

—No.

—¡Desafiar los peligros en mi oficio! ¡No he hecho otra cosa en toda mi vida! Además, para mí no serían los que serán para ti.

—¡Y por eso me he convertido en tu sobrino!

—¡Ah! ¡Si mi coronel hubiera podido ser consultado! —exclamó el sargento.

—Y ¿cómo? —respondió Juan, cuya frente se oscureció.

—No. ¡Era imposible! Pero después de haber obtenido en San Fernando noticias ciertas, si le volvemos a ver, ¿qué dirá?

—Agradecerá a su antiguo sargento que haya accedido a mis súplicas y haya consentido que yo emprendiera este viaje. ¡Te estrechará en sus brazos diciéndote que has cumplido con tu deber, como yo con el mío!

—En fin... En fin... —murmuró el sargento Marcial—. Me habrás traído y llevado a tu antojo.

—Lo que está en su lugar, puesto que eres mi tío; y un tío debe obedecer siempre a su sobrino..., aunque no ante la gente.

—No... Ante la gente, no... Es la consigna —repuso Marcial.

—Y ahora, mi buen Marcial..., vete a la cama y duerme tranquilo. Mañana a primera hora debemos embarcarnos en el barco del Orinoco... y no hay que faltar.

—Buenas noches, Juan.

—Buenas noches, amigo mío..., ¡mi único amigo...! ¡Hasta mañana y que Dios nos proteja!

El sargento Marcial se dirigió a la puerta, la abrió, la cerró de nuevo con cuidado, se aseguró de que Juan echaba la llave y el cerrojo por el interior. Algunos instantes permaneció inmóvil escuchando.

Oyó que Juan, antes de meterse en el lecho, murmuraba sus oraciones, y cuando tuvo la certeza de que el joven se había acostado, pasó a su cuarto, y su único rezo consistió en decir, golpeándose la frente con el puño:

—¡Sí, que el Señor nos proteja, pues esto es endemoniadamente difícil!

¿Quiénes son estos dos franceses? ¿De dónde vienen? ¿Qué motivo les trae a Venezuela? ¿Por qué se disponen a representar los papeles de tío y sobrino? ¿Con qué objeto van a tomar pasaje a bordo de uno de los barcos del Orinoco, y hasta dónde remontarán el soberbio río?

Imposible es responder aún de manera explícita a estas múltiples preguntas. El porvenir lo hará, sin duda, y en realidad, sólo el porvenir puede hacerlo.

He aquí, sin embargo, lo que se puede deducir después de su conversación.

Eran dos franceses, dos bretones de Nantes. Si no hay duda sobre su origen, la hay sobre los lazos que les unen, y es menos fácil decir qué situación ocupa el uno respecto al otro. En primer lugar, ¿quién era el coronel De Kermor, cuyo nombre recordaban tanto y que tan profunda emoción les causaba?

El joven no representa más de diez y seis a diez y siete años. Es de regular estatura y parece dotado de constitución vigorosa para su edad. Su cara es algo severa, casi triste, cuando se abandona a sus habituales pensamientos; pero resulta encantadora, con su dulce mirada, la sonrisa de su boca, de dientes blancos y pequeños, el pálido color de sus mejillas, bastante curtidas por el aire vivo de las últimas travesías.

El otro de los franceses, de unos cincuenta años, reproduce exactamente el tipo del sargento que ha servido mientras su edad se lo ha permitido, tomando el retiro como suboficial, estando a las órdenes del coronel De Kermor, al que ha salvado la vida en el campo de batalla durante la guerra del segundo Imperio, al que puso fin el desastre de 1870-71. Es uno de esos viejos valientes que permanecen en la casa de su antiguo jefe, devotos y gruñones, que llegan a ser el factótum de la familia, que ven educar a los niños, cuando no los educan ellos mismos, que les miman, que les dan sus primeras lecciones de equitación haciéndoles cabalgar en sus rodillas, y las primeras de canto enseñándoles las canciones del regimiento.

El sargento Marcial, a pesar de sus cincuenta años, se mantenía derecho y vigoroso. Endurecido, templado por el oficio de soldado, y seguro de que ni el frío ni el calor le harán mella, ni se abrasaría en el Senegal, ni se helaría en Rusia. Su constitución es sólida, su valor a toda prueba. No tiene miedo de nada ni de nadie, sino es a sí mismo, porque desconfía de su primer movimiento. Alto, delgado, sus miembros no han perdido nada de su fuerza, y a la edad que cuenta conserva toda su tiesura militar... Es un gruñón...; bien, pero ¡qué buen natural, qué excelente corazón, y qué no haría por aquéllos a quienes ama! Por lo demás, parece que éstos se reducen a dos en este bajo mundo; el coronel De Kermor y Juan, del que ha consentido en convertirse en tío.

Así, ¡con qué minuciosa solicitud vigila sobre el joven! ¡De cuántos cuidados le rodea, por más que se haya decidido que se mostraría severo con él! Porque esta dureza, este papel, que le repugnaba, no era preciso pedírselo tratándose de otros. ¡Qué miradas más feroces se hubieran recibido! ¡Qué respuesta malsonante! ¡Con qué gracia hubiera enviado a paseo a cualquiera que se acercara a Juan!

Así habían pasado las cosas durante la navegación entre el Antiguo y el Nuevo Continente, a través del Atlántico. Aquellos pasajeros que habían pretendido entablar relaciones con Juan, que

habían tratado de hablarle, de prestarle alguno de esos insignificantes servicios tan comunes a bordo, que al parecer se habían interesado por aquel joven tan duramente tratado por aquel tío poco sociable, habían sido puestos a raya, con prohibición de no volver a comenzar.

Vestía el sobrino sencillo traje de viaje, amplio de corte, blusa y pantalón flotante, y por sombrero, casco de blanca tela, que cubría sus cortos cabellos y botas de suela fuerte. El tío, al contrario, estrecha levita, que si no era uniforme, recordaba el corte militar. No le faltaban más que las charreteras. Era imposible hacer comprender al Sargento que los vestidos amplios eran los más propios para el clima venezolano, y que, por tanto, debiera adoptarlos. Si no llevaba la gorra de militar, era porque Juan le había obligado a cubrirse con un casco de tela blanca semejante al suyo, el que, mejor que otro, protege contra los ardores del sol.

El sargento Marcial había obedecido la orden, pero él se reía del sol con su cabeza cubierta de cabellos rudos y su cráneo de acero.

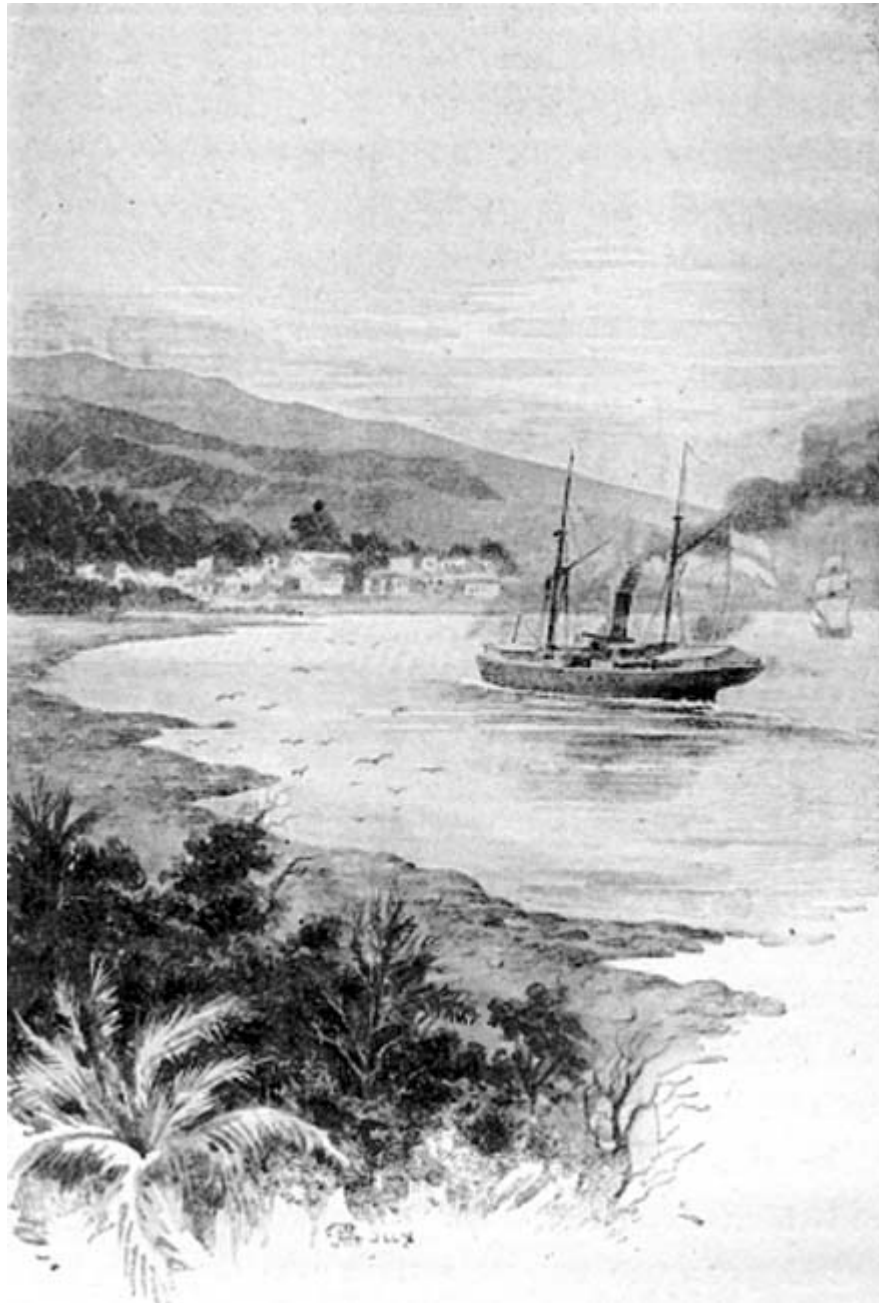
No hay que decir que, sin ser muy voluminosas las maletas del tío y del sobrino, contenían ropas diversas, utensilios de tocador, calzado, todo, en fin, lo que demandaba semejante viaje, la previsión de la dificultad de renovarlo en el camino. Llevaban también mantas de cama y armas y municiones en suficiente cantidad; un par de pistolas para el joven, y otro par para el sargento, sin contar una escopeta de la que este último, excelente tirador, se prometía hacer buen uso cuando se presentase la ocasión.

¿Ocasión? ¿Son, pues, grandes los peligros a través de los territorios del Orinoco, y conviene estar siempre a la defensiva, como en los países del África Central? ¿Acaso las riberas del río y sus contornos están infestados de cuadrillas de indios asesinos y antropófagos?

Sí y no.

Como puede deducirse de la conversación de Miguel, Felipe y Varinas, el Bajo Orinoco de Ciudad-Bolívar, en la desembocadura

del Apure, no presentaba peligro alguno. La parte media entre esta desembocadura y San Francisco de Atabapo exigía ciertas precauciones sobre todo en lo concerniente a los indios quivas. Respecto al curso superior es menos que seguro pues las tribus que lo frecuentan viven en estado salvaje.



Se recordará que en los designios de Miguel y sus dos colegas no entraba el propósito de pasar de la aldea de San Fernando. ¿Irían más lejos el sargento Marcial y su sobrino? ¿Se encontraba el objeto de su viaje más allá de este sitio? ¿Circunstancias imprevistas les arrastrarían hasta las fuentes del Orinoco? Nadie podía saberlo; ni aun ellos mismos.

El coronel De Kermor había abandonado Francia catorce años antes para ir a Venezuela. Lo que allí hacía, lo que había sido de él, por qué circunstancias había querido expatriarse, sin prevenir a su antiguo compañero de armas, ¿se sabrá tal vez a la terminación de la historia? Nada preciso hubiera podido desprenderse de la conversación del sargento Marcial y de su sobrino.

He aquí lo que éstos habían hecho:

Tres semanas antes, después de haber dejado su casa de Chantenay, junto a Nantes, se habían embarcado en Saint-Nazaire en el *Pereire*, paquebote de la Compañía transatlántica, con destino a las Antillas.

Desde allí otro navío les transportó a La Guayra, el verdadero puerto de Caracas.

Luego, en algunas horas, el ferrocarril les había conducido a la capital de Venezuela.

La estancia en Caracas no duró más de una semana, y no la emplearon en visitar la ciudad, si no curiosa, al menos pintoresca, puesto que de su parte baja a su parte alta, la diferencia de altura se mide en más de mil metros. Apenas si se dieron el gusto de subir a la colina del Calvario, de donde la mirada abrazaba el conjunto de edificios, construidos con material liviano, a fin de evitar los peligros de los temblores de tierra. En el de 1812 perecieron doce mil personas.

En Caracas, no obstante, son de notar los lindos parques, plantados de grupos de árboles de perenne verdor, algunos bellos edificios públicos, el palacio presidencial, una catedral de hermosa arquitectura, terrazas que parecen dominar la magnífica mar de las

Antillas, y, en fin, toda la animación de una gran ciudad de más de cien mil habitantes.

Y, sin embargo, tal espectáculo no consiguió distraer un solo instante al sargento Marcial y a su sobrino de lo que habían venido a hacer en la ciudad.

Durante aquellos ocho días se ocuparon en reunir datos relativos al viaje que iban a emprender, y que tal vez les arrastraría hasta las lejanas y casi desconocidas regiones de la República venezolana. Las indicaciones que poseían eran muy vagas, pero esperaban completarlas en San Fernando. Desde aquí, Juan estaba decidido a continuar sus pesquisas hasta tan lejos como fuera preciso, aun a los más peligrosos territorios del Alto Orinoco.

Y si entonces el sargento Marcial quería ejercer su autoridad, si trataba de impedir que Juan se expusiera a los peligros de tal campaña, el viejo soldado sabía de sobra que chocaría contra una tenacidad verdaderamente extraordinaria en un joven de aquella edad, con una voluntad indomable, y el buen Marcial cedería porque era preciso ceder.

Ya está explicado por qué estos dos franceses, después de llegar a Ciudad-Bolívar, debían partir de nuevo al siguiente día, a bordo del barco de vapor que hace el servicio del Bajo Orinoco.

—¡Dios nos proteja! —había dicho Juan—. Sí... ¡Él nos proteja a la ida y al regreso!

CAPÍTULO III

A BORDO DEL *SIMÓN BOLÍVAR*



«El Orinoco sale del Paraíso». Esto se dice en la narración de Cristóbal Colón.

La primera vez que Juan enunció esta opinión del gran navegante genovés ante el sargento Marcial, éste se limitó a responder:

—Ya lo veremos.

Y tal vez tenía razón para poner en duda la magnífica aseveración del ilustre descubridor de América.

Igualmente conviene poner en el rango de las puras leyendas que el gran río baja del país de El Dorado, como parecen creer los primeros exploradores, los Ojeda, los Pinzón, los Cabral, los Magallanes, los Valdivia, los Sarmiento y tantos otros que se aventuraron por las regiones de la América del Sur.

Sea lo que quiera, el Orinoco traza un inmenso semicírculo en la superficie del territorio, entre el tercero y octavo paralelo, al Norte del Ecuador, cuya curva se extiende más allá del grado 70 de longitud al Oeste del meridiano de París. Los venezolanos se muestran orgullosos de su río, y es evidente que, en este particular, Miguel, Felipe y Varinas en nada cedían a sus compatriotas.

Y tal vez, hasta se les ocurriera el pensamiento de protestar públicamente contra la afirmación de Elíseo Reclus en el tomo XVIII de su *Nueva Geografía Universal*, que atribuye al Orinoco el noveno

puesto entre los ríos de la Tierra, colocándolo después del Amazonas, el Congo, el Paraná-Uruguay, el Níger, el Yang-tse-Kiang, el Brahmaputra, el Misisipi y el San Lorenzo. ¿No podían dar como prueba que, según Diego Ordás, un explorador del siglo XVI, los indios le llamaban Paragua, es decir, Gran Río? Sin embargo, a pesar de argumento de tal fuerza, no dieron libre paso a sus protestas, en lo que quizás obraron cuerdate, pues la obra del geógrafo francés se apoya en sólidas bases.

A las seis de la mañana de aquel día, 12 de agosto, el *Simón Bolívar* —a nadie extrañaría este nombre— estaba presto para partir. La comunicación por medio de buques de vapor entre la ciudad mencionada y los pueblos del curso inferior del Orinoco databa de algunos años únicamente, y todavía no pasaba de la embocadura del Apure.

Remontando este afluente, los pasajeros y las mercancías pueden transportarse hasta San Fernando^[1] y aún más allá, al puerto de Nutrias, gracias a la Compañía venezolana, que ha establecido servicios bimensuales.

En las bocas del Apure, o mejor dicho, algunas millas más abajo, en el pueblo de Caicara, los viajeros que debían continuar su viaje sobre el Orinoco abandonarían el *Simón Bolívar* para confiarse a las rudimentarias embarcaciones indias.

El mencionado *steam-boat* estaba construido para navegar sobre estos ríos, cuyo cauce varía en proporciones considerables desde la estación seca a la estación lluviosa. De modelo semejante al de los paquebotes de la Magdalena de Colombia, hacía tan poca agua como es posible por tener planos sus fondos. Como único propulsor poseía una enorme rueda sin tambor, colocada a popa, y que se movía bajo la acción, bastante poderosa, de una máquina de doble efecto. Figurémonos una especie de jangada coronada de una superestructura, en la que se elevaban las dos chimeneas de las calderas, y terminada por un *spardek*, donde estaban los salones y camarotes reservados a los pasajeros. El puente inferior servía para apilar las mercancías, y recordaba el de los *steam-boats*

americanos. Todo el barco estaba pintado de colores vivos, hasta el puesto del piloto y del capitán, colocado en el último piso, bajo los pliegues del pabellón de la República. En cuanto a los aparatos de vapor, las calderas devoran los bosques de la ribera, y se notan ya interminables podas, practicadas por las hachas de los leñadores.

Ciudad-Bolívar está situada a 420 kilómetros de las bocas del Orinoco, y por lo tanto, aunque la marea se deja sentir, no vence a la corriente normal. Esta marea no puede, pues, aprovechar a las embarcaciones que van hacia arriba. No obstante, prodúcense crecidas considerables que pasan, hasta en la capital, de doce a quince metros. Pero, por regla general, el Orinoco crece regularmente hasta mediados de agosto, conservando su nivel hasta fines de septiembre. Después, el descenso continúa hasta noviembre, con ligera recrudescencia en esta época, y termina en abril.

El viaje emprendido por Miguel y sus colegas iba, pues, a efectuarse durante el período favorable.

Gran número de amigos y partidarios fueron al muelle de Ciudad-Bolívar con objeto de saludar a los tres geógrafos. Si esto era a la partida, ¡qué sería al regreso! Sonaron vivas y frases entusiastas, y en medio de los ¡carambas! y ¡carays! de los mozos que llevaban fardos y de los marineros que acababan sus preparativos para desamarrar, a pesar del ensordecedor silbido de las calderas y de los mugidos del vapor, escapando a través de las válvulas, se oían estos gritos:

—¡Viva el Guaviare!

—¡Viva el Atabapo!

—¡Viva el Orinoco!

Entre los partidarios de unos y otros estallaban discusiones que amenazaban tener mal fin, aunque Miguel procuraba calmar a los más exaltados.

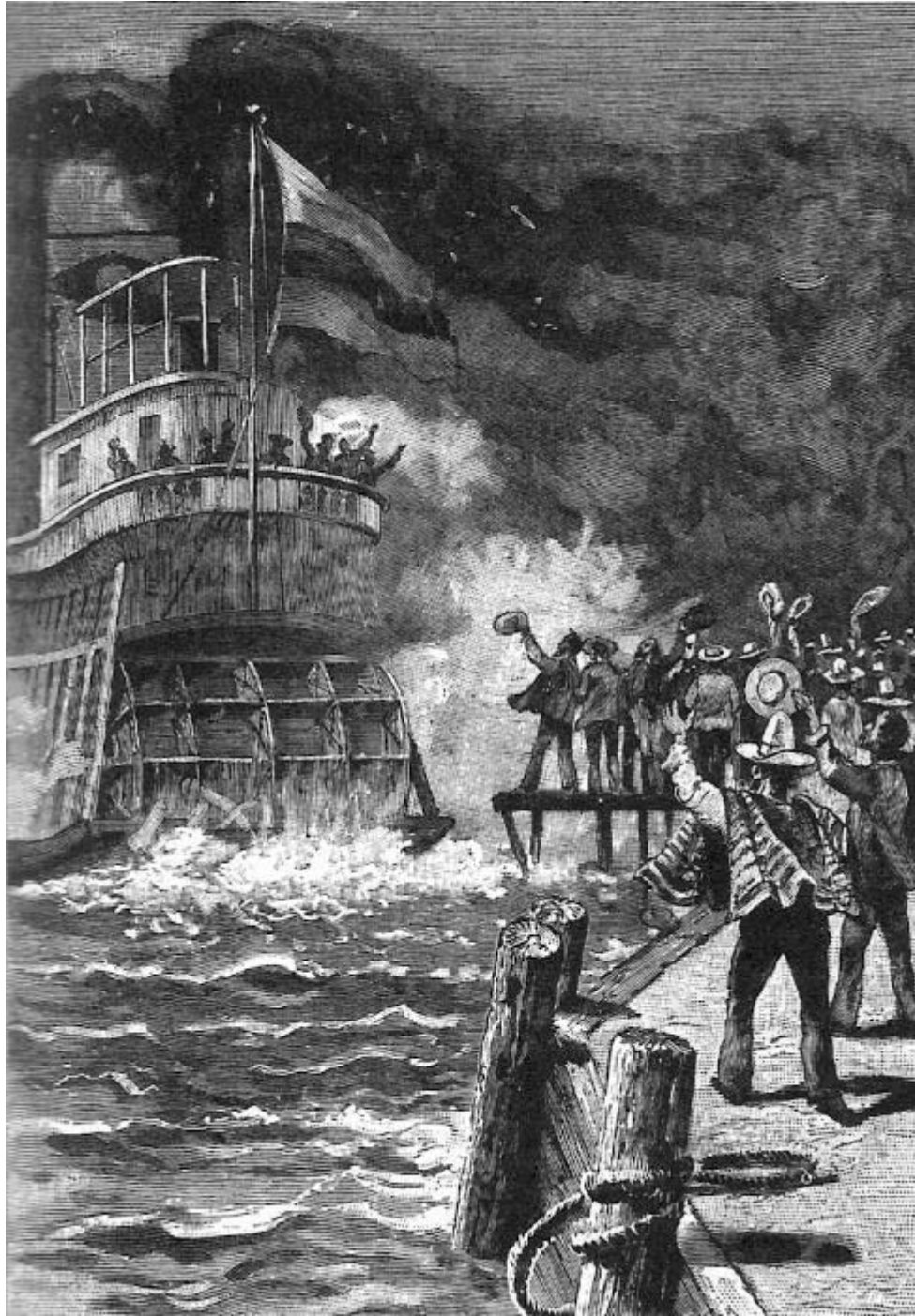
Desde el *spardek* superior, el sargento Marcial y su sobrino presenciaban aquellas tumultuosas escenas, sin llegar a comprender la causa de ellas.

—¿Qué quieren esas gentes? —exclamó el viejo soldado—. Seguramente hay revolución.

Esto era inadmisibile, pues en los Estados hispanoamericanos las revoluciones no se realizan jamás sin la intervención del elemento militar, y allí no se veía uno solo de los siete mil generales del estado mayor de Venezuela.

Juan y el sargento Marcial no debían tardar en conocer el motivo de aquel tumulto, pues, sin duda alguna, en el curso del viaje la discusión continuaría entre Miguel y sus dos colegas.

Entretanto, el capitán dio sus órdenes, primero al maquinista, luego a los marineros de proa y popa, para largar las amarras. Los que no iban a hacer el viaje descendieron al muelle, y, después de algún tumulto, no quedaron a bordo más que los pasajeros y los tripulantes.



Quando el *Simón Bolívar* se puso en movimiento, redoblaron los clamores y los adioses, entre los que estallaron vivas en honor del Orinoco y sus afluentes. Apartado el vapor, su poderosa rueda batió el agua con violencia, y el timonel se dirigió hacia el punto medio del río.

Un cuarto de hora después la ciudad había desaparecido tras una vuelta de la ribera izquierda, y bien pronto nada se vio de las últimas casas de Soledad sobre la ribera opuesta.

Se calcula en unos 500 000 kilómetros cuadrados la extensión de los llanos venezolanos. Son llanuras casi planas. El suelo apenas se accidenta en algunos sitios con esas hinchazones llamadas bancos en el país, o esos cerrillos llamados mesas. Los llanos no se levantan más que hacia la base de las montañas, cuya vecindad se deja ya sentir. Son limítrofes de los ríos, y a través de esas inmensas áreas, verdes en la estación de las lluvias, amarillentas y descoloridas en la de la sequía, se desarrolla en semicírculo el curso del Orinoco.

Por lo demás, los pasajeros del *Simón Bolívar* que desearan conocer el río en su doble aspecto, hidrográfico y geográfico, no hubieran tenido más que dirigirse a Miguel, Felipe y Varinas para obtener respuestas exactas. ¿No estaban estos sabios dispuestos a dar toda clase de detalles sobre los pueblos ribereños, sobre las ciudades, sobre los afluentes, sobre las diversas poblaciones sedentarias o errantes? ¿A qué cicerones más concienzudos pudiera uno dirigirse, y con qué cortesía no se hubieran ellos puesto a la disposición de los viajeros?

Verdad es que entre los pasajeros del *Simón Bolívar*, los más nada tenían que aprender en lo que al Orinoco se refería, por haber navegado por él veinte veces, unos hasta las bocas del Apure, otros hasta el pueblo de San Fernando de Atabapo. La mayor parte eran comerciantes, traficantes que transportaban mercancías al interior o las conducían a los puertos del Este. Los más, entre estos diversos objetos de tráfico, eran cacao, pieles, cueros de vaca y de cerdo, minerales de cobre, fosfatos, madera para carpintería, ebanistería, marquetería, tintura, habas tonca, caucho, zarzaparrilla, y, en fin, ganado, pues la cría de éste constituye la principal industria de los llaneros.

Venezuela pertenece por completo a la zona ecuatorial. Su temperatura media está comprendida, pues, entre 25 y 30 grados

centígrados; pero es variable, como sucede en los países montañosos. Entre los Andes del litoral y los del Oeste, el calor adquiere la mayor intensidad, es decir, en la superficie de los territorios donde se redondea el curso del Orinoco y adonde jamás llegan las brisas marinas. Hasta los vientos generales, los alisios del Norte y del Este, no consiguen dulcificar los rigores del clima.

Aquel día, por estar el cielo cubierto y amenazar lluvia, los pasajeros no sufrían excesivo calor. La brisa que venía del Oeste, en sentido contrario a la marcha del *steam-boat*, producía a los viajeros una agradable sensación de bienestar.

El sargento Marcial y Juan, sentados en el *spardek* superior, observaban las riberas del río, espectáculo al que se mostraban indiferentes sus compañeros de viaje. Únicamente el terceto de geógrafos estudiaba sus detalles discutiéndolos con gran animación.

Seguramente Juan hubiera sabido lo que desease respecto al río si se hubiese dirigido a ellos. Pero, por una parte, el sargento, muy severo, no hubiera permitido a ningún extraño entrar en conversación con su sobrino, y por otra, éste no tenía necesidad de nadie para reconocer todas las ciudades, las islas y las curvas del río. Poseía seguro guía en la relación de los dos viajes efectuados por Chaffanjon, por orden del ministro de Instrucción Pública de Francia. El primero, en 1884, comprende la parte del curso inferior del Orinoco, entre Ciudad-Bolívar y la embocadura del Caura, así como la exploración de este importante tributario. El segundo, en 1886-87, comprende el curso entero del río, desde Ciudad-Bolívar hasta sus fuentes. Juan esperaba obtener gran provecho de la relación del explorador francés, hecha con extrema precisión.

No hay que decir que el sargento Marcial, provisto de una suma suficiente de piastras, estaba en disposición de hacer frente a todos los gastos de viaje. No había descuidado proveerse de cierta cantidad de artículos de cambio, telas, cuchillos, espejos, utensilios de cristalería y quincalla y otros objetos de poco valor, que debían facilitarle sus relaciones con los indios y llaneros. Esta pacotilla

llenaba dos cajas, colocadas, con el resto del equipaje, en el camarote del sargento, contiguo al de su sobrino.

Juan, con el libro ante los ojos, seguía con meditabunda mirada las dos riberas que se extendían en sentido contrario a la marcha del *Simón Bolívar*. Verdad que en la época de la expedición que relataba el libro, el compatriota del joven, menos favorecido por las circunstancias, había tenido que hacer a bordo de un barco de velas y remos el trayecto que ahora se hace en barcos de vapor hasta la embocadura del Apure. Pero desde este sitio, Marcial y el joven también tendrían que conformarse con aquel primitivo sistema de transporte, que exigían los múltiples obstáculos del río y que produce tanto disgusto a los viajeros.

Por la mañana, el *Simón Bolívar* pasó a la vista de la isla Orocopiche, cuyo cultivo aprovisiona suficientemente a la capital de la provincia. En este sitio el lecho del Orinoco se reduce a 900 metros, para encontrar más arriba una anchura triple, por lo menos. Desde la plataforma superior, Juan advirtió claramente la planicie, llena de cerros solitarios.

Antes del mediodía los pasajeros, unos veinte, almorzaron en el comedor, donde Miguel y sus dos colegas fueron los primeros en ocupar sus puestos. Respecto al sargento, no se hizo esperar, y arrastró consigo a su sobrino, al que hablaba con rudeza que no escapó a Miguel.

—Ese francés es hombre duro —dijo Varinas.

—Un soldado... ¡y está dicho todo! —respondió el partidario del Guaviare.

Ya se sabe que el traje de Marcial era de corte marcadamente militar, y no era difícil, por tanto, adivinar su profesión.

Antes de almorzar, el sargento había matado su gusanillo con su anisado, aguardiente de caña mezclado con anís. Pero Juan, que no mostraba afición a los licores fuertes, no tuvo necesidad de recurrir a este aperitivo para hacer honor al almuerzo. Había tomado asiento junto a su tío en un extremo del comedor, y el aspecto de Marcial era tan fiero, que nadie fue tentado a sentarse junto a ellos.

Los geógrafos ocupaban el centro de la mesa, y sostenían el peso de la conversación. Como se sabía el objeto por el que habían emprendido el viaje, los demás pasajeros no podían menos de interesarse en lo que decían, y el sargento Marcial no podía encontrar mal que su sobrino les escuchase con curiosidad.

El menú era variado pero de inferior calidad. Es menester no mostrarse muy exigente en los barcos del Orinoco, y realmente, durante la navegación por el alto curso del río, fuera gran suerte haber podido hallar tales bistecs, y tales guisados nadando en salsa de azafrán, tales huevos en estado de ser puestos al asador, y tales aves, que sólo una larguísima cocción habría podido hacer comestibles. Respecto a frutas, bananos en profusión, ya al natural, ya con el aditamento de jarabe de melaza, que los transforma en una especie de confitura. Pan de maíz bastante bueno. Vino también, pero malo y caro.

Tal era el almuerzo: por lo demás, fue consumido rápidamente.

Por la tarde, el *Simón Bolívar* pasó la isla de Bernavelle. Sobre el lecho del Orinoco, lleno de islotes, y cuyo curso se estrechaba, era preciso que la rueda golpease rudamente el agua a fin de vencer la fuerza de la corriente. Por fortuna, el capitán era entendido en su oficio y no había nada que temer.



Hacia la ribera izquierda el río presentaba numerosas ensenadas, con orillas cubiertas de árboles. Sobre todo más allá de Almacén, aldeílla de unos treinta habitantes, y en el mismo estado aún en que la había visto Chaffanjon ocho años antes. De aquí y de allá descendían pequeños afluentes, el Barí, el Lima, y en sus

embocaduras veíanse macizos de copaíferas cuyo aceite, extraído por incisiones, es de venta fructífera, y numerosas palmeras.

Por todos lados bandadas de monos, cuya carne comestible vale tanto como los bistecs del almuerzo, que en la comida volverían a aparecer sobre la mesa.

No son solamente las islas lo que hace bastante difícil la navegación por el Orinoco. Encuéntanse también arrecifes peligrosos, que se yerguen bruscamente en medio de los pasos. Sin embargo, el *Simón Bolívar* consiguió evitar los choques, y por la noche, después de un trayecto de veinticinco a treinta leguas, fue a soltar sus amarras ante el pueblo de Moitaco.

Allí debía prolongarse la escala hasta el siguiente día, por no ser prudente aventurarse en medio de una noche que la ausencia de luna y las espesas nubes harían bastante oscura.

A las nueve el sargento Marcial pensó llegada la hora de descansar, y Juan no se opuso. Dirigiéronse ambos a sus camarotes, que estaban en el segundo piso, hacia la popa. Cada uno comprendía un sencillo catre de madera con una ligera colcha, una de esas sábanas que en el país se conocen con el nombre de esteras, lecho muy suficiente en estas regiones de la zona tropical.

Entró el joven en su camarote, se desnudó, se acostó, y el sargento fue entonces para echar sobre él el mosquitero, precaución indispensable contra los encarnizados insectos del Orinoco. No quería que uno solo de estos mosquitos atacase a la piel de su sobrino. La suya, menos mal, pues era bastante espesa y coriácea para desafiar sus picaduras; y además, él se defendía lo mejor posible.

Tomadas estas precauciones, Juan durmió de un sueño hasta la mañana, a despecho de los innumerables mosquitos que zumbaban en tomo de su toldo protector.

Al siguiente día, en las primeras horas, el *Simón Bolívar*, cuyos fuegos habían sido mantenidos, volvió a ponerse en camino, después que la tripulación hubo embarcado y apilado en el primer puente la madera cortada de antemano en los bosques ribereños.

El *steam-boat* había anclado durante la noche en una de las dos bahías del pueblo de Moitaco. Cuando salió de ella, el coquetón conjunto de las casitas, en otra época centro importante de las misiones españolas, desapareció tras un ángulo de la ribera. En dicho pueblo fue donde Chaffanjon buscó inútilmente la tumba de uno de los compañeros del doctor Crevaux, de Francisco Burban, tumba que no se pudo encontrar en el modesto cementerio de Moitaco.

Durante el día se pasó por la aldea de Santa Cruz, compuesta de una veintena de casas, en la ribera izquierda, y después por la isla Guanarés, en otra época residencia de los misioneros, y que está situada cerca del sitio donde la curva del río se inclina hacia el Sur, para volver luego a tomar la dirección del Oeste. Después se dejó atrás la isla del Muerto.

Fue preciso franquear varios raudales, producidos por la estrechez del río en algunos sitios; pero esto, que ocasiona gran fatiga a los tripulantes de embarcaciones de remos o de velas, no costó más que un aumento de combustible a los generadores del *Simón Bolívar*. Las válvulas silbaron, sin que fuera menester cargarlas. La rueda agitó más violentamente las aguas con sus grandes palas. En estas condiciones, tres o cuatro de estos raudales pudieron ser remontados sin gran retraso, hasta el Boca del Infierno, que Juan señaló más arriba de la isla de Matapalo.

—¿De modo —preguntó el sargento Marcial— que el librote de ese francés está conforme con todo lo que vemos desfilar ante el *Simón Bolívar*?

—Perfectamente conforme, querido tío. La única diferencia es que nosotros hacemos en veinticuatro horas un trayecto en el que nuestro querido compatriota empleó tres o cuatro días. Pero cuando cambiemos el barco de vapor por las embarcaciones del Medio Orinoco, tardaremos tanto como él. Pero ¿qué importa? Lo esencial es llegar a San Fernando, donde recogeremos noticias más precisas.

—Seguramente, no es posible que mi coronel haya pasado por allí sin dejar huellas. Acabaremos por saber dónde está. ¡Ah! ¡Cuándo estemos frente a frente! ¡Cuándo tú te arrojes en sus brazos! ¡Cuándo él sepa...!

—¡Que yo soy tu sobrino..., tu sobrino! —respondió el joven, que temía siempre que se escapase alguna indiscreta palabra de los labios de su mencionado tío.

Al llegar la noche, el *Simón Bolívar* ancló al pie del barranco sobre el que está graciosamente inclinado el pequeño pueblo de Mapire.

Miguel, Felipe y Varinas, aprovechando la hora del crepúsculo, visitaron esta aldea, bastante importante. A Juan le hubiera agradado acompañarles, pero el sargento Marcial le manifestó que no era conveniente, y Juan obedeció.

No se arrepintieron los tres colegas de la Sociedad Geográfica de su excursión.

Desde las alturas de Mapire, la mirada abarca el río en su parte alta y baja, y por la parte Norte domina los llanos donde los indios se dedican a la cría de mulos, caballos y asnos; vastas llanuras rodeadas de verdes bosques.

A las nueve, todos los pasajeros dormían en sus camarotes, después de haber tomado las precauciones de costumbre contra la invasión de los mosquitos.

El día siguiente se ahogó —ésta es la palabra— en lluvia. Nadie pudo salir a cubierta. El sargento Marcial y el joven pasaron aquellas largas horas en la sala de popa, donde también estaban Varinas, Miguel y Felipe. Difícil hubiera sido no estar al tanto de la cuestión Atabapo-Guaviare-Orinoco, pues los campeones de cada uno de estos ríos no hablaban de otra cosa, y discutían en voz alta. Varios pasajeros se mezclaron en su conversación, tomando el partido del uno y del otro; pero se podía tener la seguridad de que no transportarían sus personas hasta San Fernando con objeto de resolver aquel problema geográfico.

—Y ¿qué interés puede tener eso? —preguntó el sargento Marcial a su sobrino, cuando éste le puso al corriente del asunto—. Que un río se llame de una manera o de otra, siempre será agua que corre siguiendo su pendiente natural.

—Sin duda, tío —respondió Juan—. Pero si no hubiera estas cuestiones, ¿de qué servirían los geógrafos...? ¿Y si no hubiera geógrafos?

—No podríamos aprender geografía —respondió el sargento Marcial—. En fin, sea lo que sea, lo cierto es que tendremos la compañía de esos disputadores hasta San Fernando.

Era, en efecto, probable que desde Caicara el viaje se efectuara en común, en una de esas embarcaciones del Medio Orinoco, que por su especial construcción, pueden franquear los numerosos raudales del río.

Por efecto de las lluvias de aquel fastidioso día, no se vio la isla Tigritta.

Por compensación, en el almuerzo y en la comida los pasajeros pudieron regalarse con excelentes pescados, esos morocotos que hormiguean en aquellos parajes, y de los que se expiden cantidades enormes, conservados en sal, tanto a Ciudad-Bolívar como a Caracas.

En las últimas horas de la mañana, el *steam-boat* pasó al Oeste de la embocadura del Caura. Este río es uno de los más considerables afluentes de los territorios de los panares, inaos, arebatos y taparitos, y riega uno de los más pintorescos valles de Venezuela.

Los pueblos más cercanos a las riberas del Orinoco están habitados por mestizos civilizados, de origen español, y los más lejanos no dan asilo más que a indios aún salvajes, guardianes de ganado, llamados gomeros porque se ocupan también de la recolección de las gomas farmacéuticas.

Juan había pasado gran parte del tiempo leyendo el libro de su compatriota, el cual en 1885, cuando su primera expedición,

abandonó el Orinoco para aventurarse al través de los llanos del Caura, en medio de las tribus ariguas y quiriquiripas.

Juan encontraría, sin duda, y aún agravados, los peligros que su compatriota había corrido, de serle preciso remontar el curso superior del río. Pero admirando la energía y el valor de aquel audaz francés, esperaba ser no menos animoso y enérgico.

Verdad que el uno era un hombre formado, y él un joven, casi un niño.

Y bien. ¡Que Dios le diese la fuerza necesaria para sufrir las fatigas de tal viaje, y él iría hasta el fin!

Más arriba de la embocadura del Caura, el Orinoco presenta aún gran anchura —unos 3000 metros—, y desde hacía tres meses, la estación de las lluvias y los numerosos tributarios de las dos riberas contribuían con su caudal a la elevación de las aguas.

No obstante, preciso fue que el capitán del *Simón Bolívar* maniobrase con prudencia para no chocar en los altos fondos, más acá de la isla Tucuragua, a la altura del río de este nombre. El barco sufrió algunos choques que causaron bastante inquietud a bordo; y aunque su casco, por su estructura especial, no debía sufrir, había siempre que temer por el aparato propulsor, ya la rotura de algún palo de la rueda, ya alguna avería en la máquina.

Pero por aquella vez no hubo percance que lamentar, y por la noche el *Simón Bolívar* ancló en el fondo de una ensenada de la ribera derecha, en el lugar llamado Las Bonitas.

CAPÍTULO IV

PRIMER CONTACTO



En Las Bonitas, su residencia oficial, vive el gobernador militar, del que depende el Caura, es decir, el territorio regado por este importante tributario. El pueblo ocupa, en la ribera derecha del río, el sitio que en otra época poseía la misión española de Altagracia. Los misioneros han sido los verdaderos conquistadores de aquellas provincias hispanoamericanas, y no ven sin envidia que los ingleses, los alemanes y los franceses intenten convertir a los indios salvajes del interior. Así es que siempre son de temer los conflictos.

El gobernador militar hallábase entonces en Las Bonitas. Conocía personalmente a Miguel, y sabedor de su partida hacia el curso superior del Orinoco, en cuanto el barco ancló, apresuróse a ir a bordo.

Miguel presentó sus dos amigos al gobernador. Cambiadas las naturales demostraciones de simpatía, éste les invitó a almorzar al siguiente día en su residencia. Aceptaron los sabios, pues el tiempo que había de durar la escala del *Simón Bolívar* (hasta la una de la tarde) lo permitía. Partiendo a dicha hora, quedaba tiempo para llegar la misma tarde a Caicara, donde desembarcarían los pasajeros que no iban a San Fernando o a otros pueblos de la provincia del Apure.

Al día siguiente, pues, 15 de agosto, los tres colegas de la Sociedad Geográfica fueron a casa del gobernador. Pero, antes que ellos, el sargento Marcial, que, accediendo a la proposición de su sobrino, le había ordenado desembarcar, se paseaba con este último por las calles de Las Bonitas.

Un pueblo en esta parte de Venezuela está formado por algunas casas esparcidas por el bosque, y ahogadas en la espesa verdura de la zona tropical, y allí se agrupaban magníficos árboles, prueba de la poderosa vegetación del suelo; chaparros de retorcido tronco, como el de los olivos, cubiertos de hojas consistentes y de fuerte olor; palmeras copernicias de extendidas ramas, formando gavillas y desplegadas como abanicos; palmeras *moriches*, que constituyen lo que se llama el *morichal*, es decir, un pantano, pues tales árboles tienen la propiedad de extraer el agua del suelo hasta formar fango a sus pies. Además, copaíferas, gigantes mimosas, con abundante ramaje, hojas de fina contextura y de un rosa delicado.

Juan y el sargento Marcial se internaron por entre aquellos árboles, que forman espeso bosque libre de maleza, donde por millares se ven elegantes ramilletes de esas sensitivas llamadas adormideras o durmientes, de tan encantador tinte.

Entre estos árboles saltaban bandadas de monos, casta que pulula en los terrenos venezolanos, y de la que hay más de seis especies, tan inofensivas como ruidosas, entre otras los aluates o araguatos, cuya estridente voz asusta a los que no conocen los bosques tropicales. De rama en rama saltaba todo un mundo alado: trupiales, que son los primeros tenores de estos orfeones aéreos, y cuyo nido pende en el extremo de un largo bejuco; gallos de las lagunas, pájaros encantadores y graciosos; y ocultos en las hendiduras de los troncos y en espera de la noche para salir, numerosos guarharos, llamados más comúnmente diablillos, que cuando se lanzan a la copa de los árboles parecen ser impelidos bruscamente por un resorte. Al llegar a lo más espeso del bosque, el sargento Marcial dijo a su sobrino:

—Debí tomar mi fusil.

—¿Para matar monos? —preguntó Juan.

—Monos, no... Pero si nos encontramos con alguna bestia de mala especie...

—Esté usted tranquilo, querido tío... Hay que ir muy lejos de las casas para encontrar fieras..., y no será extraño que más tarde tengamos que defendernos.

—No importa. Un soldado no debe salir sin armas, y yo merecería ser arrestado.



El sargento Marcial no tuvo por qué arrepentirse de aquella falta de disciplina, pues los felinos, grandes o pequeños, los jaguares, tigres, leones y ocelotes, frecuentan con preferencia los espesos bosques del alto río. Tal vez se corra el riesgo de encontrar allí osos, pero estos plantígrados tienen el genio amable, viven de pescado y de miel, y en cuanto a los perezosos, el *Bradypus trydactylus*, no deben preocupar.

En el curso de aquel paseo, el sargento Marcial no vio más que tímidos roedores, carpinchos y *chiriquis*, hábiles para sumergirse e inhábiles para la carrera.

Respecto a los habitantes del distrito eran generalmente mestizos, mezclados a algunos centenares de indios, más dispuestos a ocultarse en el fondo de sus cabañas de paja, que a mostrarse fuera, sobre todo las mujeres y los niños. Más allá de aquellos lugares, remontando el río, tío y sobrino se encontrarían en comunicación con los feroces indígenas del Orinoco, y entonces el sargento Marcial obraría cuerdamente no olvidándose de su carabina.

Tras una fatigosa excursión de tres horas largas por los alrededores de Las Bonitas, ambos volvieron, para almorzar, a bordo del *Simón Bolívar*.

A la misma hora, Miguel, Felipe y Varinas, reunidos en la casa residencial, se sentaban a la mesa del gobernador.

El almuerzo fue sencillo, pues no se puede esperar de un gobernador de provincia lo que del presidente de la República de Venezuela; los invitados fueron objeto de cordialísima acogida. Claro está que se habló de la misión que los tres geógrafos se hablan impuesto, y el gobernador, como hombre listo, se guardó de tomar la defensa del Orinoco, del Guaviare o del Atabapo. Lo esencial era que la conversación no acabase en disputa, y el gobernador tuvo en más de una ocasión que cambiar el curso de aquélla.

En el momento en que las voces de Felipe y Varinas tomaban intensidad provocadora, él supo evitar el conflicto, diciendo:

—¿Saben ustedes si entre los pasajeros del *Simón Bolívar* hay algunos que remontarán el Orinoco hasta su curso superior?

—Lo ignoramos —respondió Miguel—. Sin embargo, parece que la mayor parte se propone o detenerse en Caicara, o continuar por el Apure hasta los pueblos de Colombia.

—A menos que esos dos franceses no se dirijan hacia el Orinoco —hizo observar Varinas.

—¿Dos franceses? —preguntó el gobernador.

—Sí —respondió Felipe—. Un viejo y un joven que se han embarcado en Bolívar.

—¿Dónde van?

—Nadie lo sabe —respondió Miguel—, pues no son muy comunicativos. Cuando se pretende entrar en conversación con el joven, el viejo, que tiene todo el aspecto de un antiguo soldado, interviene con aire furibundo, y si se persiste, ordena brutalmente a su sobrino (pues parece que es su sobrino) que se retire a su camarote. Es un tío que tiene aspecto de tutor.

—Compadezco al joven, que ha caído bajo su tutela —dijo Varinas—, pues sufre sus brutalidades, y más de una vez he visto lágrimas en sus ojos.

¡El excelente Varinas había visto esto! En todo caso, si los ojos de Juan se humedecían en alguna ocasión, era al pensamiento del porvenir, del objeto que perseguía, de las decepciones que tal vez le esperaban, pero no porque el sargento Marcial le tratase con demasiada dureza. Pero, después de todo, los extraños podían no comprenderlo así.

—En fin —añadió Miguel—, esta misma noche sabremos si esos dos franceses tienen el propósito de ganar la parte alta del Orinoco, cosa que no me asombraría, pues el joven consulta sin cesar la obra de ese compatriota suyo que hace algunos años consiguió llegar al nacimiento del río...

—¡Si está en ese lado, en el macizo de Parima...! —exclamó Felipe, que debía hacer esta distinción en su calidad de partidario del Atabapo.

—Y si no está en las montañas de los Andes —exclamó Varinas—, en el sitio en que nace ese afluente impropriamente llamado el Guaviare...

Comprendiendo que la discusión iba a recomenzar, el gobernador dijo a sus huéspedes:

—Señores, ese tío y ese sobrino excitan mi curiosidad. Si no se detienen en Caicara, si no van a San Fernando de Apure, o a

Nutrias, en una palabra, si tienen la intención de proseguir su viaje subiendo el río, yo me pregunto cuál es su objeto al hacerlo así. Convengo en que los franceses son atrevidos, exploradores audaces, pero estos territorios del Sur de América les han costado ya más de una víctima... El doctor Crevaux, que sucumbió a los golpes de los indios en Bolivia; su compañero Francisco Burban, del que ni la tumba se encuentra en el cementerio de Moitaco... Verdad que Chaffanjon ha conseguido llegar hasta las bocas del Orinoco...

—¡Si es el Orinoco! —respondió Varinas, que no podía dejar pasar sin enérgica protesta afirmación tan monstruosa.

—En efecto, si es el Orinoco —respondió el gobernador—; y después del viaje de ustedes ya sabremos a qué atenemos sobre este punto. Decía, pues, que si Chaffanjon ha podido volver sano y salvo, no ha sido sin correr más de una vez el riesgo de verse muerto, como sus predecesores lo han sido. En verdad, se diría que nuestro soberbio río venezolano atrae a los franceses..., y sin hablar de los que están a bordo del *Simón Bolívar*...

—Es verdad —interrumpió Miguel—. Hace algunas semanas, dos de esos intrépidos viajeros emprendieron un reconocimiento al través de los llanos, por la parte Este del río.

—Así es, en efecto, Miguel —respondió el gobernador—. Yo les recibí aquí mismo. Eran dos hombres aún jóvenes, de veinticinco a treinta años; el uno, Jacques Helloch, un explorador, y el otro, Germán Paterne, uno de esos naturalistas que arriesgarían su vida por descubrir una nueva brizna de hierba.

—Y después ¿no ha tenido usted noticias de ellos? —preguntó Felipe.

—Ninguna, señores. Sólo sé que embarcaron en una piragua en Caicara, y que se les vio pasar por Buena Vista y Urbana, de donde partieron para subir por uno de los afluentes de la ribera derecha. Pero después no he oído hablar más de ellos, y hay motivo para estar inquieto por su suerte.

—Confiemos en que esos dos exploradores —dijo Miguel— no habrán caído en manos de los asesinos quivas que Colombia ha

arrojado sobre Venezuela, y ahora, según dicen, tienen por jefe a un tal Alfanziz, forzado evadido del presidio de Cayena.

—¿Es que el hecho es cierto? —preguntó Felipe.

—Así lo parece, y deseo que no tropiecen ustedes con los quivas, señores —respondió el gobernador—. Después de todo, es posible que esos franceses no hayan caído en ninguna emboscada, y que prosigan su viaje con tanta dicha como audacia, y posible también que el mejor día vuelvan por uno de los pueblos de la ribera derecha. ¡Logren tan buen éxito como su compatriota! Pero se habla igualmente de un misionero que aún ha ido más lejos a través de los territorios del Este. Es un español: el padre Esperante. Tras corta estancia en San Fernando, ese misionero no ha dudado en pasar más allá del nacimiento del Orinoco.

—¡El falso Orinoco! —exclamaron a la vez Felipe y Varinas.

Y lanzaron provocativa mirada a su compañero, que inclinó dulcemente la cabeza diciendo:

—¡Tan falso como ustedes quieran, mis queridos colegas!

Y Miguel añadió, dirigiéndose al gobernador:

—He oído decir que ese misionero había conseguido fundar una misión...

—En efecto, la misión de Santa Juana, en las regiones vecinas del Roraima, y que parece estar en vías de prosperidad.

—Tarea difícil —afirmó Miguel.

—Sobre todo —respondió el gobernador—, cuando se trata de gobernar, de civilizar, de convertir al catolicismo, de regenerar, en una palabra, a los más salvajes indios sedentarios que vagan por los territorios del Sudeste; a esos guaharibos, pobres seres que ocupan el último grado en la escala humana. No se tiene idea de la paciencia, abnegación, valor y virtud apostólica que son precisas para llevar a cabo tal obra de humanidad. Durante los primeros años no se han tenido noticias del padre Esperante, y en 1888 el viajero francés no había oído hablar de él, por más que la misión de Santa Juana no estuviera muy lejos del nacimiento...

El gobernador se guardó bien de añadir «el Orinoco» a fin de no arrojar fuego a la pólvora.

—Pero —continuó— hace dos años se han recibido en San Fernando noticias de él, y se ha confirmado que ha hecho entre esos guaharibos obras milagrosas de civilización.

Hasta el final del almuerzo, la conversación giró sobre los hechos relativos a los territorios atravesados por el curso medio del Orinoco —curso que no era discutible—, sobre el estado actual de los indios, tanto de los domesticados, como de los que se sustraían a toda dominación, es decir, a toda civilización. El gobernador de Caura dio detalles precisos a propósito de estos indígenas, detalles de los que Miguel, por sabio que fuera en materias geográficas, debía sacar, y sacó, gran utilidad.

Afortunadamente, la conversación no concluyó en disputa.

Hacia el mediodía, los huéspedes del gobernador abandonaron la mesa y se dirigieron al *Simón Bolívar*, que debía partir a la una.

El sargento Marcial y su sobrino no habían abandonado el barco desde que volvieron a él para almorzar. Desde popa, en el puente superior, vieron a lo lejos a Miguel y a sus colegas que volvían a bordo.

El gobernador les acompañaba. Deseoso de darles un último apretón de manos y un último adiós en el instante en que el barco largase sus amarras, embarcó con ellos y subió a cubierta.

El sargento Marcial dijo entonces a Juan:

—Éste lo menos es un general, aunque el traje no sea muy digno, use sombrero de paja en vez de bicornio, y no luzca condecoración alguna sobre su pecho.

—Es probable, tío.

—¡Uno de esos generales sin soldados, como tantos hay en estas repúblicas americanas!

—Tiene aspecto de hombre inteligente —dijo el sobrino.

—Es posible; pero, sobre todo, tiene aspecto de curioso —respondió el sargento Marcial—, porque nos mira de una manera que no me gusta poco ni mucho.

Efectivamente, el gobernador miraba con obstinación al tío y al sobrino, de los que se había hablado durante el almuerzo. Su presencia a bordo del *Simón Bolívar*, el motivo por el que habían emprendido aquel viaje, el saber si se detendrían en Caicara o irían más lejos, ya por el Apure, ya por el Orinoco, no dejaba de excitar su curiosidad. Los exploradores del río son, generalmente, hombres en la fuerza de su edad, tales como aquellos dos franceses que habían visitado Las Bonitas hacía algunas semanas, y de los que no se habían recibido noticias desde su partida de Urbana; pero era difícil admitir que aquel joven de dieciséis a diecisiete años, y aquel viejo soldado de cincuenta se dispusieran a efectuar una expedición científica.

Después de todo, un gobernador, aun en Venezuela, tiene derecho de inquirir los motivos que traen a extranjeros a su territorio y de dirigirles preguntas sobre esto.

El gobernador dio, pues, algunos pasos hacia popa, hablando con Miguel, a quien sus dos colegas, ocupados en su camarote, habían dejado haciendo compañía al gobernador.

El sargento Marcial comprendió la maniobra.

—¡Atención! —dijo—. El general quiere acercarse..., y seguramente nos va a preguntar quiénes somos, a qué hemos venido, dónde vamos.

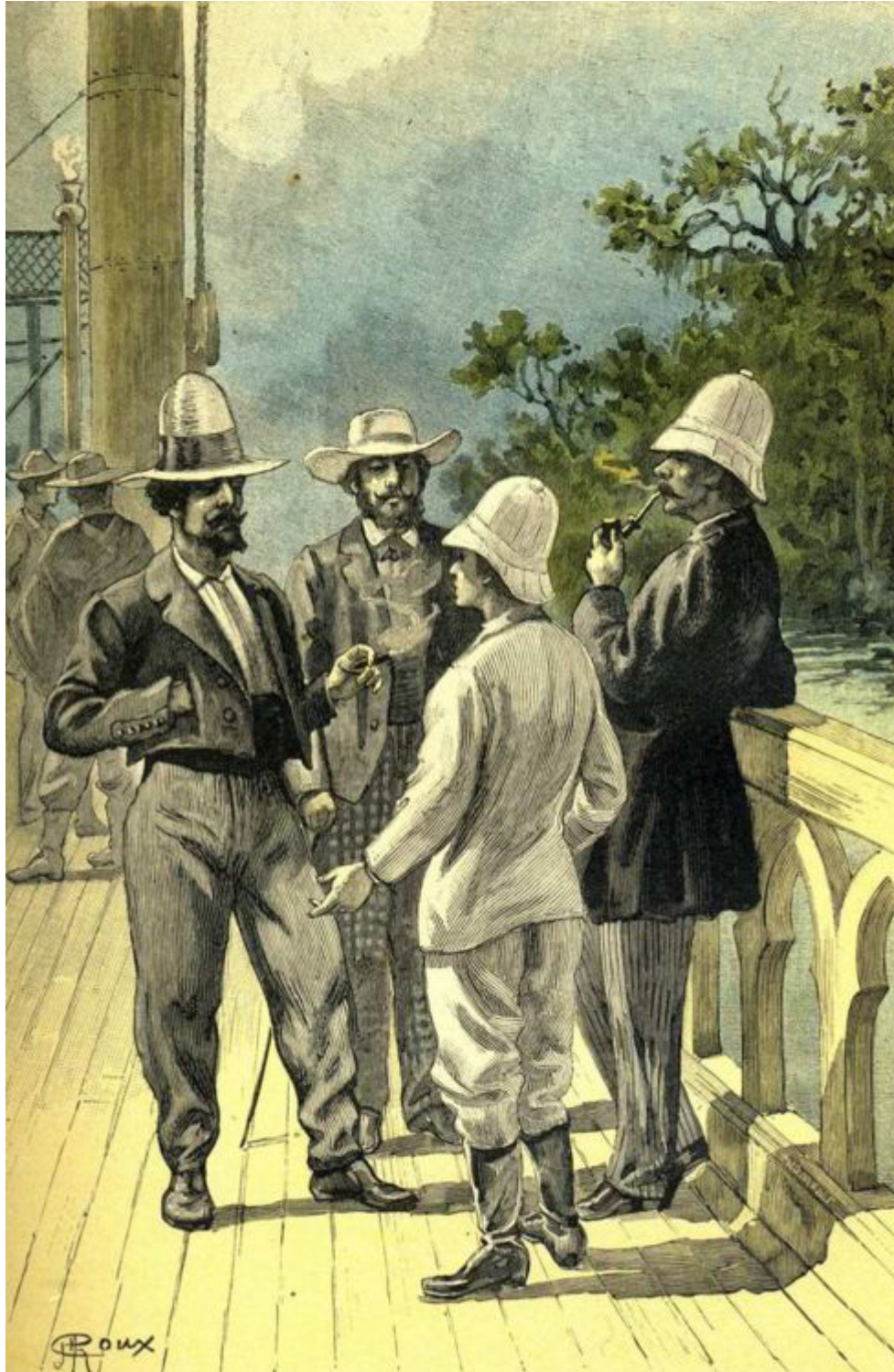
—Pues bien, Marcial, nada hay que ocultarle —respondió Juan.

—No me agrada que se ocupen de mis negocios, y voy a enviarle a paseo.

—¿Quiere, pues, buscar un conflicto, tío? —dijo el joven reteniéndole con la mane.

—No quiero que nadie te hable..., no quiero que den vueltas en tomo a ti.

—Y yo no quiero que comprometas nuestro viaje con indiscreciones o torpezas —respondió Juan en tono resuelto—. Si el gobernador del Caura me interroga, no me negaré a contestar, y hasta es posible que obtenga de él algunos informes.



Gruñó el sargento, chupó con fuerza en su pipa y se acercó a su sobrino, al que el gobernador dijo en español, idioma que Juan hablaba a la perfección:

—Usted... ¿es francés?

—Sí, señor gobernador —respondió Juan.

—¿Y su compañero?

—Mi tío... es francés como yo... Un antiguo sargento retirado.

Aunque el sargento Marcial estuviera poco familiarizado con la lengua española, comprendió que se trataba de él. Así es que enderezó el cuerpo, convencido de que un sargento del 72 de línea valía tanto como un general venezolano, aunque fuera gobernador.

—No creo ser indiscreto, mi joven amigo —continuó el último—, preguntándole a usted si piensa prolongar su viaje más allá de Caicara.

—Sí..., más allá, señor gobernador —respondió Juan.

—¿Por el Orinoco o por el Apure?

—Por el Orinoco.

—¿Hasta San Fernando de Atabapo?

—Hasta ese pueblo, señor gobernador; y tal vez más lejos si los informes que esperamos recoger allí lo exigen.

Al gobernador, lo mismo que a Miguel, no podía menos de impresionarle vivamente el tono resuelto de aquel joven y la sencillez de sus respuestas, e inspirábale real simpatía.

Pero precisamente contra estas visibles simpatías pretendía Marcial defender a su sobrino. No quería que se le mirase tan de cerca, ni que otros, extranjeros o no, demostraran el buen efecto que les causaba su gracia natural y encantadora. Y lo que más irritaba al sargento era que Miguel no ocultaba los sentimientos que le inspiraba el joven. El gobernador de Caura poco importaba, puesto que quedaría en Las Bonitas; pero Miguel era algo más que un pasajero del *Simón Bolívar*, puesto que debía remontar el río hasta San Francisco... y cuando hubiere entablado relaciones con Juan sería muy difícil cortarlas... Pero ¿por qué esto?, podría preguntarse al sargento Marcial. ¿Qué inconveniente habría en que aquellas distinguidas personas entablaran amistad con ellos, cuando hasta podrían prestarles positivos servicios en una navegación, por el Orinoco, que no deja de tener sus peligros? ¿No era esto cosa

natural? Sí; y, sin embargo, si se hubiese suplicado al sargento Marcial que explicase la razón de su conducta, «¡Porque no me conviene!», hubiera respondido con tono iracundo, o preciso sería conformarse con tal respuesta a falta de otra, que sin duda se habría negado a dar.

Por lo demás, en aquel momento no podía enviar al gobernador a paseo y tuvo que dejar que el joven tomase parte en aquella conversación.

El gobernador preguntó entonces a Juan el objeto de su viaje.

—¿Va usted a San Fernando de Atabapo? —le preguntó.

—Sí, señor gobernador.

—Y ¿con qué objeto, amigo mío?

—Con el de obtener algunos datos.

—¿Datos...? ¿Sobre qué?

—Sobre el coronel De Kermor.

—¿El coronel De Kermor...? —respondió el gobernador—. Es la primera vez que oigo pronunciar ese nombre, y no tengo noticia de que desde Chaffanjon ningún francés haya sido visto en San Fernando.

—Él se encontraba allí, no obstante, algunos años antes —dijo el joven.

—Y ¿dice usted, querido niño —preguntó el gobernador—, que el coronel De Kermor ha permanecido algunos años en San Fernando?

—No es dudoso, puesto que su carta estaba fechada en 12 de abril de 1879.

—¡Eso me asombra!

—¿Y por qué, señor gobernador?

—Porque en esa época yo me encontraba en el pueblo, en calidad de gobernador de Atabapo, y si un francés tal como el coronel De Kermor hubiera aparecido en el territorio, seguramente yo hubiera tenido noticias de ello... Y mi memoria no me recuerda nada..., nada absolutamente.

La precisa afirmación del gobernador pareció causar impresión profunda al joven. Su rostro, animado durante la conversación, perdió el color. Humedeciéronse sus ojos y tuvo que hacer un gran esfuerzo para dominarse.

—Le agradezco a usted, señor gobernador —dijo—, el interés que mi tío y yo le inspiramos. Pero aunque usted no haya oído hablar nunca del coronel De Kermor, él estaba en San Fernando en abril de 1879, puesto que desde dicho punto envió la última carta que de él se ha recibido en Francia.

—Y ¿qué iba a hacer en San Fernando? —preguntó Miguel, pregunta que aún no había hecho el gobernador.

Lo que le valió al honorable miembro de la Sociedad Geográfica una iracunda mirada del sargento Marcial, que murmuró entre dientes:

—¡Ah! ¿También éste se mezcla en la conversación? El gobernador, pase..., pero éste...

Sin embargo, Juan no vaciló en responder:

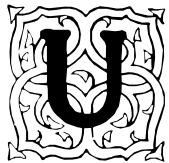
—Ignoro lo que iba a hacer el coronel, caballero... Es un secreto que descubriremos si Dios nos permite reunimos a él...

—¿Qué lazo le une a usted con el coronel De Kermor? —preguntó el gobernador.

—Es mi padre —respondió Juan—. Yo he venido a Venezuela para encontrar a mi padre.

CAPÍTULO V

LA MARIPARE Y LA GALLINETTA



Una aldea a la que se hubiera querido esconder en el ángulo de un río, hubiera envidiado la situación de Caicara. Está colocada allí como una posada en la vuelta de un camino, o, mejor dicho, de una encrucijada. Excelente posición para prosperar aun a 400 kilómetros de la desembocadura del Orinoco.

Y Caicara está en plena prosperidad, gracias a la vecindad del confluente Apure, que se abre más arriba al comercio de Colombia y Venezuela.

El *Simón Bolívar* no tocó este puerto fluvial hasta las nueve de la noche. Había abandonado Las Bonitas a la una de la tarde, y luego, pasando sucesivamente el río Cuchivero, el Manaviche y la isla Taruma, fue a depositar sus pasajeros en el puente del muelle de Caicara.

Claro es que estos pasajeros eran únicamente aquellos que el barco no debía conducir, por el Apure, a San Fernando o a Nutrias.

El terceto de geógrafos, el sargento Marcial y Juan de Kermor, su sobrino, y algunos otros viajeros, eran de estos últimos. Al día siguiente, al alba, el *Simón Bolívar* abandonaría el pueblo a fin de remontar el importante tributario del Orinoco hasta la base de los Andes colombianos.



Miguel había referido a sus dos amigos la conversación de Juan Kermor y del gobernador. Los dos sabían, pues, ahora, que Juan iba en busca de su padre bajo la tutela de un viejo soldado, el sargento Marcial, que se decía tío suyo. Hacía catorce años que el coronel De Kermor había abandonado Francia para ir a Venezuela. Por qué

motivos se había expatriado, qué hacía en aquellas comarcas... tal vez el porvenir lo aclarase. Lo cierto era que, según la carta escrita a uno de sus amigos —carta que no fue conocida sino años después, de su llegada—, el coronel estaba en abril de 1879 en San Fernando de Atabapo, aunque el gobernador del Caura, que residía entonces en aquel pueblo, no hubiera tenido conocimiento de ello.

He aquí, pues, por qué Juan de Kermor, resuelto a encontrar las huellas de su padre, había emprendido aquel peligroso y difícil viaje. Semejante determinación en un joven de diez y siete años era para conmover a almas generosas. Miguel, Felipe y Varinas se prometieron ayudarle en lo posible.

Pero ¿conseguirían domar la ferocidad del sargento Marcial? ¿Les permitiría éste estrechar las relaciones con su sobrino? ¿Triunfarían sobre la desconfianza verdaderamente inexplicable del antiguo soldado? ¿Dulcificarían las miradas del cancerbero? Difícil sería; pero tal vez sí, sobre todo en el caso de que la misma embarcación les condujera a San Fernando.

Caicara posee unos 500 habitantes y recibe frecuentemente viajeros a los que sus asuntos obligan a recorrer el curso superior del Orinoco. Hay, pues, allí una o dos fondas, sencillas casas en realidad, y en una de ellas los tres venezolanos y los dos franceses se instalarían durante los días que debían permanecer en aquel sitio.

Al día siguiente, 16 de agosto, el sargento Marcial y Juan visitaron Caicara, ocupándose de buscar una embarcación.

Caicara es un pueblecillo fresco y alegre, agazapado entre las primeras colinas y la ribera derecha del río, frente a la ciudad de Cabruta, que ocupa la otra ribera en el nacimiento del Apurito. Delante se extiende una isla, semejante a las muchas que se encuentran en el Orinoco, cubierta de frondosos árboles. Su minúsculo puerto se dibuja entre negras rocas que erizan la corriente del río. Hay unas ciento cincuenta casas, la mayor parte de piedra, con tejado de hojas de palmera, y algunas cubiertas con tejas, cuyo rojo color se destaca del verde de los árboles. El pueblo

está dominado por un montecillo de cincuenta metros de altura. En la cúspide vése un convento de misioneros, abandonado desde la expedición de Miranda y la guerra de la Independencia, y que en otra época mancharon prácticas de canibalismo, y de aquí la justificada reputación que merecían los antiguos caribes. Por lo demás, las antiguas costumbres indias están aún en uso en Caicara, hasta aquellas que mezclan el cristianismo a las más inverosímiles ceremonias religiosas. Tales son las del velorio, la de la vela de los muertos, a la que pudo asistir el explorador francés. Allí, en medio de los numerosos invitados, que no economizan ni el café, ni el tabaco, ni, sobre todo, el aguardiente, y en presencia del cadáver del esposo o del hijo, la esposa o la madre abre el baile, y las danzas no terminan más que con las fuerzas de los bailarines, agotadas por la borrachera. El cuadro resulta más coreográfico que fúnebre.

El primer cuidado de Juan y su tío, así como de los tres geógrafos, fue buscar una embarcación para remontar el Orinoco, entre Caicara y San Fernando, en un trayecto de unos 450 kilómetros.

La primera parte de la tarea era asegurarse el mejor medio de transporte.

Se comprenderá, y ésta era la opinión de Miguel, que una busca en común entre el sargento Marcial y él tendría la ventaja de simplificar las cosas. Poco importaba que los viajeros fueran tres o cinco. Las embarcaciones podrían contener a todos, y la tripulación no tendría que ser mayor.

Pero el reclutamiento de estos barqueros no es cosa fácil. Es preciso buscar hombres diestros y atrevidos. La mayor parte del tiempo las piraguas tienen que navegar contra el viento durante la estación de las lluvias y siempre contra la corriente. Se encuentran numerosos raudales muy peligrosos, y también algunos pasos llenos de rocas o bancos de arena que obligan a largos acarreos. El Orinoco tiene sus caprichos, sus cóleras, como el océano, y no se le afronta sin riesgos y sin peligros.

La costumbre es buscar los barqueros entre las tribus ribereñas.

Gran número de estos indígenas tienen como único este oficio, y saben cumplirlo con gran habilidad y no menos audacia. Entre los mejores se cita a los banivas, que frecuentan principalmente los territorios regados por el triple curso del Guaviare, el Orinoco y el Atabapo. Después de haber subido el río con pasajeros o con mercancías, vuelven a bajarlo hasta Caicara a fin de esperar en este sitio nuevos viajeros o nuevos cargamentos.

¿Puede uno fiarse de estos hombres? Medianamente, a decir verdad. El no tener que reclutar más que una tripulación sería, pues, una garantía en lo que concernía a este punto.

Así razonaba el sabio Miguel, y estaba en lo justo. Además, toda vez que se interesaba tan vivamente por el joven Juan, éste sólo ganar podía en tener por compañeros de viaje a sus dos amigos y a él.

Aferrado a esta idea, Miguel se decidió a abordar al sargento Marcial, y no dudó en acercarse a él cuando le vio en compañía de su sobrino en el puerto de Caicara haciendo diligencias para fletar una embarcación.

Fruncimiento de cejas del viejo soldado, y cara feroz a la vista de su interlocutor.

—Señor sargento —empezó Miguel en correcto francés—, hemos tenido el gusto de navegar con ustedes a bordo del *Simón Bolívar*...

—Y de desembarcar ayer noche —respondió el sargento, con los pies juntos e irguiéndose como un soldado de infantería al presenten armas.

Miguel dio un sentido amable a la frase, y continuó:

—Mis dos amigos y yo, en Las Bonitas, y por una conversación entre su sobrino de usted...

El sargento contrajo los labios —¡mal síntoma!— e interrumpió a Miguel:

—¿Una conversación?

—Entre Juan de Kermor y el gobernador... supimos la intención que tenían de desembarcar en Caicara...

—Creo que no teníamos que pedir permiso a nadie —respondió el sargento con rudeza.

—A nadie seguramente —dijo Miguel, decidido a no hacer caso de la mala acogida reservada, sin duda, a su proposición—. Pero habiendo sabido cuál era el objeto del viaje de ustedes...

—¡Uno! —gruñó Marcial como si contase cuántas veces tendría que responder a las preguntas del sabio.

—En qué condiciones su sobrino de usted iba en busca del coronel De Kermor, su padre...

—¡Dos! —pronunció el sargento.

—Y sabiendo que la intención de ustedes era remontar el Orinoco hasta San Fernando...

—¡Tres! —gruñó Marcial.

—Vengo a preguntar a usted que, puesto que mis colegas y yo vamos al mismo lugar, si no sería más conveniente, más ventajoso, más seguro también, hacer el trayecto desde Caicara a San Fernando en la misma embarcación.

El que Miguel acababa de hacer, era el más aceptable de los ofrecimientos. No parecía que pudiera haber motivo para que se le rechazara. Escogiendo una piragua de dimensiones suficientes, los cinco viajeros realizarían, sin duda, su navegación en las condiciones más favorables. En la apariencia al menos, el sargento Marcial no debía, pues, tener excusa que oponer, y, sin embargo, sin consultar a su sobrino, como hombre que tiene ya tomado su partido, respondió secamente:

—¡Muy honrado, caballero, muy honrado! Es posible que la proposición de usted sea muy ventajosa..., pero no es conveniente... en lo que a nosotros se refiere, al menos.

—Y ¿en qué consiste su inconveniencia? —preguntó Miguel, bastante sorprendido de que su proposición fuera tildada de inconveniente.

—Consiste su inconveniencia... en que puede no convenimos.

—Sin duda tendrá usted razones para responder así, señor sargento —respondió Miguel—. No obstante, puesto que mi deseo era que nos ayudásemos mutuamente, creo que merecía respuesta menos mortificante.

—Lo siento... Sí, lo siento... señor Miguel —respondió el sargento Marcial, que no se encontraba en buen terreno—; pero sólo con una negativa puedo responder a usted.

—Una negativa puede darse en formas corteses...; en la de usted no reconozco la política francesa.

—¡Eh, caballero! —respondió el soldado, que comenzaba a enfadarse—. Aquí no se trata de política... Usted me ha hecho una proposición... y yo tengo motivos para no aceptarla... y se lo he dicho a usted sin rodeos... Y si usted encuentra en esto algún motivo de queja...

El aire altivo que tomó Miguel no era para calmar al sargento Marcial, que no poseía tesoros de paciencia. Entonces Juan de Kermor intervino, diciendo:

—Caballero..., perdone usted a mi tío. Su intención no ha sido molestar a usted. Lo que usted nos propone atestigua gran cortesía por su parte, y en otra ocasión hubiéramos sido muy dichosos con aprovechamos de su buena voluntad. Pero nuestro deseo es tener una embarcación para nosotros solos, de la que podamos disponer siempre, según las circunstancias; pues es posible que los informes recogidos en el camino nos obliguen a cambiar nuestro itinerario, a permanecer en un pueblo o en otro... En una palabra, tenemos necesidad de la más completa libertad.

—Muy bien, señor De Kermor —respondió Miguel—. No pretendemos molestarles en nada, y a pesar de la respuesta un poco... seca de su tío...

—¡Es la de un antiguo militar, caballero! —respondió Marcial.

—¡Sea! Sin embargo, si mis amigos y yo podemos serles útiles durante el viaje...

—Se lo agradezco por mi tío y por mí —respondió el joven—; y en caso necesario, crea usted que no dudaremos en acudir a

ustedes.

—¿Oye usted, señor sargento? —preguntó a éste Miguel en tono ligeramente burlón.

—Oigo, señor geógrafo —respondió el sargento con tono de enfado, pues no quería dar su brazo a torcer.

Miguel tendió su mano a Juan, que la estrechó cordialmente, lo que hizo asomar a los ojos de su tío resplandores vivos acompañados de un sordo y desagradable gruñido.

Cuando el sargento Marcial y su sobrino estuvieron solos, el primero dijo:

—Ya has visto cómo he recibido a ese hombre...

—Le has recibido mal, y has cometido una inconveniencia.

—¿Una inconveniencia?

—Completa.

—¡Vaya...! ¡Sólo hubiera faltado que aceptase la compañía de esos tres venezolanos!

—Has hecho bien en rehusar...; pero era preciso mayor cortesía, querido tío.

—No tenía por qué guardarla con un indiscreto.

—Miguel no ha sido indiscreto; se ha mostrado servicial, y su proposición merecía ser aceptada... si hubiera sido posible. Pero al rechazarla debiste agradecerla en buenos términos. ¡Quién sabe si sus amigos y él, tío, están llamados a facilitarnos nuestra tarea, merced a las relaciones que sin duda tienen en San Fernando, y que pueden ayudarnos a encontrar a ti a tu coronel, mi buen Marcial, y a mí a mi padre!

—¿De modo que he obrado mal?

—Sí, tío.

—¿Eres tú el que tiene razón?

—Sí, tío.

—Gracias, sobrino.

Las piraguas más pequeñas del Medio Orinoco están labradas en el tronco de un árbol grueso, entre otros, el cachicamo. Las más grandes, con planchas unidas, redondeadas en los flancos, talladas

de proa a popa, se levantan en arco en la popa. Estas embarcaciones, construidas con bastante solidez, resisten al desgaste del arrastre sobre los bajos fondos, y a los choques del acarreo, cuando es preciso transportarlas más allá de los raudales infranqueables.

En el centro se endereza un mástil sostenido por un estay y dos obenques, al que se apareja una vela cuadrada utilizable para el viento de popa.

Una especie de pagaya, que sirve de timón, está dirigida por el patrón.

La parte anterior de la piragua está descubierta desde el armazón del mástil hasta la proa. En este sitio está la tripulación durante el día y duerme durante la noche; tripulación compuesta, por regla general, de diez indios, un patrón y nueve hombres.

La parte posterior, desde el pie del mástil hasta la popa, excepto la parte reservada al timonel, está resguardada por un *rouf*, especie de cobertizo de hojas de palmera sujetas por cañas colocadas longitudinalmente. Este cobertizo forma el camarote de la piragua, y contiene las camas —simples esteras extendidas sobre paja seca—, los utensilios de cocina y de mesa, el hornillo que sirve para preparar los alimentos, caza y pesca. Es fácil dividirlo en varios compartimientos por medio de esteras colgadas, pues tiene unos cinco o seis metros de largo, en los diez u once que mide en total la embarcación.

A estas piraguas se les llama falcas. Cuando el viento es favorable, navegan a vela con bastante lentitud, pues tienen que vencer una corriente, en ocasiones de gran intensidad, entre las numerosas islas de las que está sembrado el río. Si el viento falta, se remontan, ya por en medio del lecho del río, con el bichero, ya a lo largo de las riberas, con la sirga.

El bichero es a la vez la palanca o cabria que manejan los barqueros en la proa, y el garapato, sólido bambú con un gancho, que maneja el patrón en la popa.

La sirga es un cable ligero hecho de las elásticas fibras de la palmera chiquichiqui, de cien pies de largo, y que por su poco peso puede flotar en la superficie del agua. Se le lleva a la ribera, se le sujeta a algún tronco o raíz, y se tira desde a bordo.

Tales son las disposiciones de la falca que sirve para la navegación por el río en su curso medio, y a la que se agrega una pequeña canoa llamada *curiare* en lengua india.

Los viajeros tienen que tratar con el patrón de estas piraguas, y el precio del flete se fija, no por la distancia que se ha de recorrer, sino por el tiempo que la embarcación ha de prestar servicios.

La retribución convenida se entrega por días, y no podría ser de otro modo, porque se presentan frecuentes retrasos para la navegación por el Orinoco, como las crecidas, los golpes de viento, las dificultades del acarreo preciso por las obstrucciones caprichosas de los pasos. Un trayecto que podía efectuarse en tres semanas, exige doble tiempo cuando se modifican las circunstancias climatológicas. Así es que ningún patrón querría obligarse a transportar sus pasajeros de Caicara a la embocadura del Meta, o San Fernando, en un plazo determinado de antemano.

Preciso fue, pues, tratar en estas condiciones con los indios banivas, que pusieron dos piraguas al servicio de los viajeros.

Miguel tuvo suerte eligiendo un excelente práctico del río. Era un indio llamado Martos, de cuarenta años de edad, enérgico, vigoroso e inteligente, y que respondía de su tripulación, nueve sólidos indígenas, acostumbrados al manejo de la palanca y de la espía. Sin duda, el precio que exigió fue grande; pero ¿quién había de preocuparse de esto cuando se trataba de resolver la importante cuestión Guaviare-Orinoco-Atabapo?

Se puede creer que la elección hecha por Juan de Kermor y el sargento Marcial no fue menos feliz: nueve banivas, bajo las órdenes de un mestizo indio, medio español, provisto de excelentes certificados. Llamábase el tal Valdez, y si el viaje de sus pasajeros proseguía más allá de San Fernando, sobre el curso del Alto

Orinoco, que él había ya remontado en parte, seguiría a su servicio con mucho gusto.

Pero ésta era cuestión para ser resuelta ulteriormente, en vista de los informes relativos al coronel que se recogieran en San Fernando.

Las dos falcas tenían sus nombres particulares. La de Miguel, Felipe y Varinas se llamaba la *Maripare*, nombre de una de las islas del Orinoco. Origen idéntico para la piragua del sargento Marcial y de su sobrino, que se llamaba la *Gallinetta*.

Eran de color blanco en su acastillaje, y el casco negro de proa a popa.

Las dos piraguas navegarían unidas. El Orinoco no es el Misisipi; las falcas no son *steam-boats*, y no hay para qué establecer concurrencia ni hacer el récord de la velocidad. Además, se debe siempre tener el recelo de alguna agresión de los indios salvajes de las riberas, y vale más ir en gran número, a fin de imponerles respeto.

La *Maripare* y la *Gallinetta* hubieran estado dispuestas a partir por la tarde, a no tener que buscar provisiones. Los mercaderes de Caicara podían suministrar cuanto exigía una navegación de varias semanas hasta San Fernando, donde las provisiones podrían ser renovadas. Tienen de todo para vender, conservas, vestidos, municiones, utensilios de pesca y de caza, y se prestan con agrado a estas operaciones siempre que se les pague en piastras el precio de sus artículos.

Los viajeros del Orinoco pueden contar con la caza, abundantísima en las riberas, y con la pesca, que pulula en las aguas del río. Miguel era experto cazador; el sargento Marcial manejaba diestramente su carabina, y en manos de Juan de Kermor no quedaría inactivo ni inútil su ligero fusil de caza. Pero no se vive únicamente de la caza y de la pesca. Conviene embarcar té, azúcar, carne seca, conservas de legumbres, harina de cazabe, extraída de la mandioca y que sustituye a la de maíz o a la de trigo, y toneles de aguardiente y tafia. Respecto al combustible, los bosques de las

riberas alimentarían los hornillos de las piraguas; y, en fin, contra el frío, o más bien contra la humedad, era fácil proveerse de mantas de lana, que son de venta corriente en todos los pueblos venezolanos.

Fue menester consagrar varios días a estas diversas adquisiciones, y no hubo motivo para lamentarse de este retraso. Durante cuarenta y ocho horas el tiempo fue muy malo. Caicara recibió uno de esos golpes de viento a los que los indios dan el nombre de chubascos, y que son de excesiva violencia. Soplaban del Sudoeste, acompañado de lluvias torrenciales, que determinaron considerable crecida en el río.

El sargento Marcial y su sobrino tuvieron un anticipo de las dificultades que presenta la navegación del Orinoco. Las falcas no hubieran podido ni remontar la corriente, aumentada por el crecimiento de las aguas, ni resistir al viento. No había duda que se hubieran visto en la necesidad de volver a Caicara, y tal vez con grandes averías.

Miguel, Felipe y Varinas aceptaron filosóficamente el contratiempo. No tenían prisa, y les importaba poco que el viaje se prolongase algunas semanas. Por el contrario, el sargento Marcial rabiaba, maldecía de la crecida, y juraba en español y en francés contra la borrasca. Preciso fue que Juan interviniera para calmarle.

—No basta con tener valor, mi buen Marcial —le repetía—; es preciso hacer provisión de paciencia, pues tendremos que emplear mucha.

—La tendré, Juan; pero ¿por qué, al principio por lo menos, no se muestra más cortés ese maldito Orinoco?



—Reflexiona, tío. ¿No es preferible que nos reserve sus amabilidades para el fin? ¡Quién sabe si no nos veremos obligados a ir hasta su nacimiento!

—Sí... ¡Quién sabe! —murmuró el sargento—. Y ¡quién sabe lo que allá abajo nos espera!

El día 20 la violencia del chubasco disminuyó notablemente por cambiar el viento, que volvía a soplar del Norte. De mantenerse así, las piraguas podrían aprovecharlo. Los patronos Martos y Valdez declararon que se podría partir al día siguiente a media mañana; y, en efecto, la partida se efectuó en condiciones muy favorables. A las diez, los habitantes de la aldea estaban en la ribera. El pabellón de Venezuela flotaba en la extremidad del mástil de cada piragua. En la proa de la *Maripare* estaban Miguel, Felipe y Varinas, que respondían con sus saludos a las aclamaciones de los indígenas. Después, Miguel se volvió hacia la *Gallinetta* y gritó alegremente:

—¡Buen viaje, señor sargento!

—¡Buen viaje, caballero! —respondió el viejo soldado—; pues si es bueno para usted...

—Será bueno para todos —añadió entonces Miguel—, puesto que lo hacemos juntos.

Las palancas fueron apoyadas contra la orilla, izadas las velas, y las dos barcas, impulsadas por fresca brisa, llegaron a mitad del río entre el ruido de los últimos vivos.

CAPÍTULO VI

DE ISLA EN ISLA



abíase comenzado el recorrido del Medio Orinoco.

¡Qué largas horas, qué monótonos días había que pasar a bordo de aquellas piraguas! ¡Qué de retrasos también en un río en realidad tan impropio para una rápida navegación! Esta monotonía no existiría, sin duda, para Miguel y sus compañeros. Mientras llegaban al confluente del Guaviare y del Atabapo, harían informaciones geográficas, completarían el reconocimiento hidrográfico del Orinoco, estudiando la disposición de sus afluentes, no menos numerosos que sus islas; establecerían la situación de sus raudales, y rectificarían, en fin, los errores de que aún estaba lleno el mapa de estos territorios. El tiempo transcurre velozmente para los sabios... que quieren saber más.

Tal vez era de lamentar que el sargento Marcial se hubiese opuesto a que el viaje se hiciera en una sola embarcación, pues las horas hubieran parecido menos interminables. Pero en este punto la intransigencia del viejo había sido absoluta, y, además, Juan no había hecho observación alguna sobre el particular, como si creyese necesario que las cosas se hicieran en la forma que se habían hecho.

El joven tuvo que contentarse con leer y releer el libro de su compatriota, tan preciso en lo que se refiere al Orinoco, y no hubiera podido encontrar mejor guía que el viajero francés.

Cuando la *Maripare* y la *Gallinetta* llegaron al centro del río, viéronse los cerros que cubren la superficie de las planicies vecinas. En la ribera izquierda fue visible, a eso de las once de la mañana, un conjunto de casas al pie de colinas graníticas. Era el pueblo de Cabruta, compuesto de unas cincuenta moradas de paja; multiplicando este número por ocho, se tendrá el de sus habitantes. Allí los mestizos han reemplazado a los indios guamos, actualmente dispersados, indígenas cuya piel es más blanca que la de los mulatos. Sin embargo, como era la estación de las lluvias, el sargento Marcial y Juan de Kermor pudieron ver desde muy cerca a algunos de esos guamos, que van en aquella época a pescar con sus canoas de corteza.

El patrón de la *Gallinetta* hablaba el español. Así, el joven le dirigía varias preguntas, a las que Valdez respondía con gran gusto. Por la tarde, cuando la falca se aproximaba a la orilla derecha, Valdez dijo a Juan:

—He ahí a Capuchino, una antigua misión abandonada desde hace largo tiempo.

—¿Piensa usted detenerse en ella, Valdez? —preguntó Juan de Kermor.

—Es indispensable, pues la brisa cesará durante la noche. Además, en el Orinoco no se navega más que durante el día. Esto es lo prudente, pues los pasos cambian con frecuencia, y es preciso ver claro para poder dirigir la falca.

Efectivamente, los barqueros tienen la costumbre de amarrar sus embarcaciones todas las noches a las orillas del río o a las islas. También la *Maripare* amarró a la orilla de Capuchino.

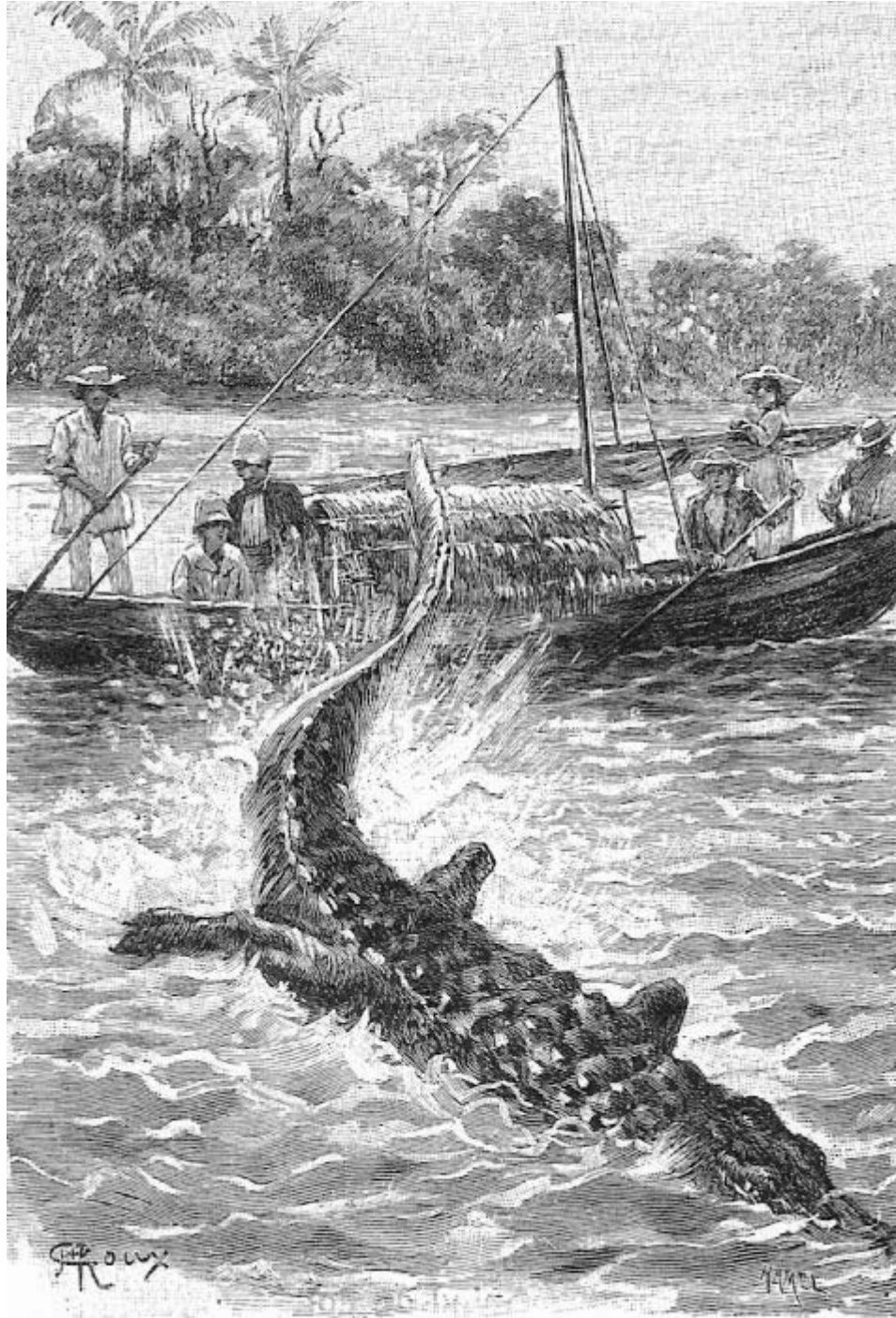
Después de la comida, en la que figuraron algunos pescados de la especie de las doradas, comprados a los pescadores de Cabruta, los pasajeros de las piraguas se durmieron con profundo sueño.

Como el patrón Valdez había pronosticado, la brisa cayó en las primeras horas de la noche, pero volvió a soplar desde el amanecer, manteniéndose del Noroeste. Las velas fueron izadas, y las dos falcas, viento en popa, remontaron el río sin obstáculos.

Frente a Capuchino se abre la boca del Apurito, un brazo del Apure.

Este poderoso tributario se muestra dos horas más tarde. Por este afluente, el *Simón Bolívar*, después de haber abandonado Caicara, avanzaba a través de los territorios de Colombia, limitados al Oeste por los Andes.

A este propósito, Miguel preguntó a sus dos compañeros si no sería el Apure el Orinoco, más bien que el Atabapo o el Guaviare.



—¡Bah! —respondió Felipe—. ¿Puede el Apure ser otra cosa que el afluente de un río que mide aquí cerca de tres mil metros de anchura?

—Y esas aguas, ¿no están turbias y blancuzcas —exclamó Varinas—, mientras que éstas, desde Ciudad-Bolívar, son claras y

límpidas?

—Comprendido —dijo Miguel sonriendo—. Pongamos al Apure fuera de concurso. En nuestro camino encontraremos bastantes opositores.

Lo que sí podía afirmar Miguel es que el Apure riega llanos tan ricos como los del Orinoco, y que parece verdaderamente seguirlo hacia el Oeste, mientras éste forma un ángulo en este sitio y viene del Sur desde San Fernando. En una extensión de quinientos kilómetros, casi hasta Palmirito, siguen su curso los barcos de vapor que no pueden aventurarse hasta su desembocadura.

Se le llama con justicia el «río de los llanos», vastas superficies propias para todo cultivo, y felizmente dispuestas para la crianza de las bestias, y que guarda la población más robusta y laboriosa de Venezuela central.

Conviene advertir, y Juan pudo observarlo con sus propios ojos, que los caimanes abundaban bajo estas espesas aguas, que les permiten aproximarse a su presa con gran facilidad. Algunos de estos monstruosos saurios llegaron al pie de la *Gallinetta*. Tienen más de seis metros de largo, y son numerosos en los tributarios del Orinoco. Los caimanes de las riberas de los llanos son de talla inferior.

En contestación a una pregunta del joven, dijo el patrón Valdez:

—No todas estas bestias son peligrosas, y hay algunas, entre otras las babas, que no atacan a los que se bañan. Pero los cebados, es decir, aquellos que ya han probado la carne humana, se lanzarían hasta las barcas para devorarlos.

—¡Que vengan! —exclamó el sargento Marcial.

—No, que no vengan, querido tío —respondió Juan, mostrando una de aquellas enormes bestias, cuyas formidables mandíbulas se abrían y cerraban con gran ruido.

Los caimanes no son las únicas bestias que infestan las aguas del Orinoco y de sus afluentes. Encuéntranse también los llamados caribes, peces de tal vigor que rompen de un golpe los más fuertes garfios, y cuyo nombre, derivado de caraiba, indica su cualidad de

caníbales acuáticos. Desconfíese, además, de las rayas y anguilas eléctricas, esos gimnotos llamados tembladores. Providos de un aparato bastante complicado, matan a los otros peces por medio de descargas eléctricas que el hombre no recibiría impunemente.

Durante aquel día, las falcas costearon algunas islas, a lo largo de las cuales la corriente era más rápida, y una o dos veces fue preciso emplear la espía, fija a sólidas raíces de árboles.

Al pasar ante la isla Verija de Mono, erizada de macizos casi impenetrables, oyéronse varias detonaciones a bordo de la *Maripare*. Media docena de ánades cayó a la superficie del río. Miguel y sus amigos acababan de dar muestra de su habilidad como cazadores.

Algunos instantes después, la *Maripare* se aproximaba a la *Gallinetta*.

Miguel subió a la *curiare*, la canoa auxiliar, y remó hasta tocar la embarcación donde se hallaban el sargento y su sobrino.

—¡Para variar su comida! —dijo Miguel, ofreciendo una pareja de hermosos ánades.

Juan de Kermor, dio las gracias a Miguel, mientras el sargento Marcial gruñía un cumplido.

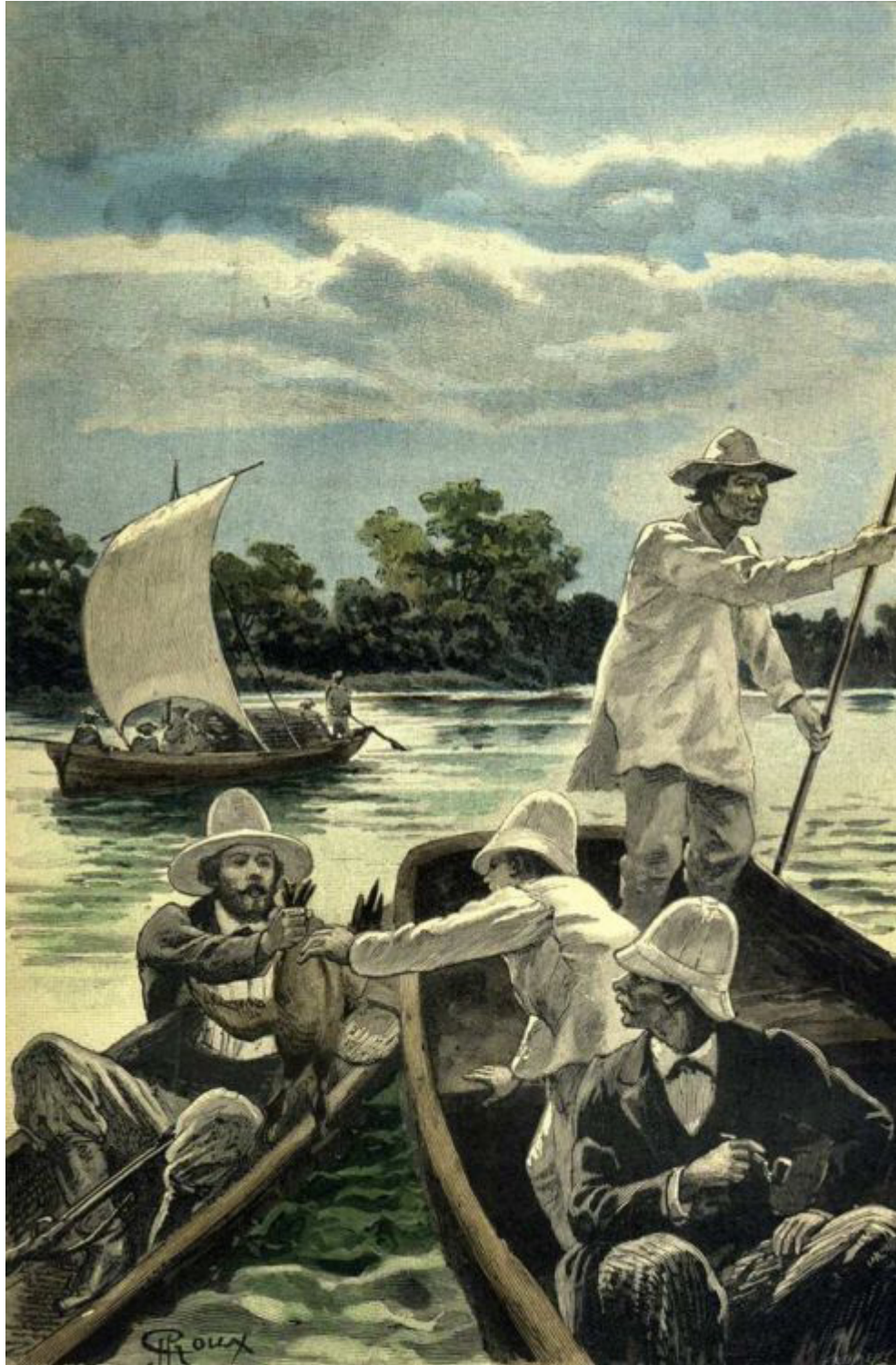
Después de preguntar al joven cómo había pasado aquellos dos días de navegación, y de recibir respuesta satisfactoria, Miguel dio las buenas tardes al sobrino y al tío, y la *curiare* le llevó a su piragua.

Cuando cayó la noche, las dos falcas fueron a amarrar a la isla Pajalar, por estar la ribera del río llena de rocas, sobre las que Chaffanjon observó numerosas inscripciones, debidas al cuchillo de los mercaderes que frecuentan esta parte del río.

Se comió con buen apetito. Los ánades, preparados por el sargento Marcial, que entendía de cocina como un cantinero de regimiento, ofrecían una carne sabrosa y aromática, superior a la de las especies europeas. A las nueve se acostaron, o al menos el joven fue a tumbarse sobre la estera en la parte del *rouf* que le

servía de camarote; y su tío, fiel a sus costumbres, fue a envolverle cuidadosamente con el mosquitero.

¡Precaución bien útil! ¡Qué de mosquitos y qué mosquitos...! A creer al sargento Marcial, no podía motejarse de exagerado a Chaffanjon por decir que constituyen tal vez la mayor dificultad de un viaje por el Orinoco. Millares de dardos venenosos os pican sin cesar, y la picadura produce una inflamación aún dolorosa después de quince días, que llega hasta provocar intensa fiebre.



Así, pues, ¡con qué cuidado ajustó el tío en torno del lecho de su sobrino el velo protector! Después, ¡qué bocanadas de humo arrancó de su pipa para apartar por el momento a los terribles

insectos! Y ¡qué enérgicos palmetazos dio a aquellos que procuraban introducirse por los más cerrados pliegues!

—Mi buen Marcial, vas a estropear tus puños —repetía Juan—. Es inútil que te tomes tanto trabajo... Nada me impide dormir.

—No —respondió el viejo soldado—. No quiero que una sola de estas abominables bestias silbe a tus oídos.

Y continuó su tarea mientras oyó zumbidos sospechosos. Después, cuando notó que Juan había caído en profundo sueño, fue a acostarse a su vez. ¡Él se burlaba de aquellos ataques! Pero, no obstante asegurar que él tenía la piel demasiado coriácea para sufrir por ellos, la verdad es que los mosquitos le picaban como a otro cualquiera, y se rascaba hasta hacer temblar la piragua. Al día siguiente, por la mañana, desamarraje de las embarcaciones, y partida a la vela. El viento, aunque intermitente, era favorable. Gruesas e hinchadas nubes cubrían el cielo a mediana altura. La lluvia caía con violencia, y los pasajeros tuvieron que permanecer en sus *roufs*.

En primer lugar hubo que vencer corrientes bastante fuertes, por estar el lecho del río reducido por la obstrucción de islillas. Fue necesario acortar la distancia de la ribera izquierda, donde era menor la resistencia de las aguas.

Esta ribera tenía aspecto pantanoso, con laberinto de canales. Tal se presenta desde la desembocadura del Apunto hasta la desembocadura del Arauca, en una extensión de doscientos kilómetros. Allí está la región tan frecuentada por los ánades salvajes. Veíaseles volar por la superficie de las llanuras, tachonando el espacio con millares de puntos negros.

—Si hay tantos como mosquitos, por lo menos no son tan desagradables —exclamó el sargento Marcial—, sin contar que son comestibles.

No podía imaginarse comparación más justa.

Esto no justifica el hecho referido por Elíseo Reclus, según Carlos Sachs.

«Se cuenta —asegura— que un regimiento de caballería, acampado cerca de una laguna de esta región, se alimentó exclusivamente de ánades salvajes durante quince días, sin que fuera posible notar disminución aparente de estos pájaros en los canales de los alrededores».

Los cazadores de la *Gallinetta* y de la *Maripare* —lo mismo que el regimiento de caballería de que se ha hecho mención— no disminuyeron de manera sensible aquellas legiones de volátiles. Se contentaron con matar algunas docenas. El joven consiguió varias piezas, con extrema satisfacción del sargento Marcial; y como éste pensaba que un agasajo requiere otro, envió a Miguel y a sus compañeros, bien provistos ya, parte de su caza. Decididamente, no quería deberles nada.

Durante el día, los patronos de las piraguas dieron pruebas de gran habilidad para evitar el choque con las rocas, choque que equivaldría a la pérdida de la barca en medio de aquellas aguas, engrosadas por las lluvias. Esta maniobra requería, no sólo perfecta seguridad en el manejo del remo de popa, sino vigilancia extrema con los troncos a la deriva, para librarse de chocar con ellos. Estos árboles se separaban de la isla Zamuro, que se estaba disgregando desde hacía algunos años. Los pasajeros de las piraguas pudieron advertir que esta isla, roída por las filtraciones, tocaba a su completa destrucción.

Las falcas fueron a pasar la noche más arriba de la isla Casimirito. En este sitio encontraron suficiente refugio contra la borrasca, que se desencadenaba con gran violencia. Algunas casas abandonadas, que utilizaban habitualmente los pescadores de tortugas, aseguraron a los pasajeros abrigo más seguro que los *roufs*. Nos referimos a los pasajeros de la *Maripare*, pues los de la *Gallinetta* no bajaron a tierra, no obstante la invitación que les fue hecha. Además, no era quizá muy prudente desembarcar en la isla Casimirito, que está poblada de monos, y también de pumas y de jaguares. Sin duda, la tempestad obligaría a estas bestias a permanecer en el fondo de sus cavernas, pues el campamento no

fue atacado, aunque algunos feroces rugidos se oyeron en las pausas de las ráfagas, y también fuertes vociferaciones de esos monos tan dignos del calificativo de monos chillones que los naturalistas les han aplicado.

Al día siguiente, mejor aspecto del cielo. Las nubes habían descendido durante la noche. A la lluvia gruesa formada en las zonas elevadas, siguió una lluvia fina, casi pulverizada, que cesó al amanecer. El sol mostróse por intervalos, y la brisa del Nordeste permitió navegar a las falcas. El frío formaba una curva hacia el Oeste hasta más allá de Buena Vista, antes de dirigirse al Sur.

El lecho del Orinoco, muy ensanchado, ofrecía entonces un aspecto que debía llamar la atención de Juan de Kermor y del sargento Marcial en su calidad de nanteses. De aquí que el último exclamase:

—¡Eh, sobrino! Mira dónde estamos.

El joven se colocó en la proa de la barca, cuya vela, hinchada, se redondeaba tras él. La diafanidad de la atmósfera permitía ver los lejanos horizontes de los llanos.

Entonces el sargento Marcial añadió:

—¿Es que por casualidad hemos vuelto a nuestra querida Bretaña?

—Es verdad —dijo Juan—. Aquí el Orinoco se asemeja al Loira.

—Sí, Juan; a nuestro Loira. ¡Mira estos bancos de arena amarilla! Si entre ellos navegasen media docena de chalanas con gran vela cuadrada, unas tras otras, creerla que íbamos a arribar a Saint-Florent o a Mauves.

—Tienes razón, Marcial, y el parecido es asombroso. Sin embargo, esas inmensas planicies que se extienden más allá de las dos riberas me recuerdan más bien las praderas del bajo Loira por la parte del Pellerin o de Paimboeuf.

—Es verdad, sobrino, y espero ver aparecer el barco de vapor de Saint-Nazaire, el piróscapo, como se dice allá; palabra que proviene del griego y que nunca he podido entender.

—Pues si viene el piróscafo —respondió el joven sonriendo— no lo tomaremos, tío; lo dejaremos pasar... Nantes está ahora donde se encuentra mi padre... ¿No es verdad?

—Sí. Donde está mi valiente coronel; y cuando le encontremos..., cuando sepa que no está solo en el mundo... Y bien: bajará por el río con nosotros, en piragua primero, en el Bolívar después. Tomará con nosotros el barco de Saint-Nazaire..., y esta vez será para volver a Francia.

—¡Dios te oiga! —murmuró Juan.

Y mientras pronunciaba estas palabras, su mirada se perdía en la parte alta del río, hacia los cerros cuya lejana silueta se dibujaba al Sudeste.

Después, volviendo a la justa observación que el sargento había hecho sobre la semejanza del Loira y del Orinoco en esta parte de su curso, añadió:

—Pero lo que en ciertas épocas se ve en estas playas, no se vería ni el Alto ni el Bajo Loira...

—¿Y qué es?

—Las tortugas, que todos los años, hacia mediados de marzo, vienen a poner y enterrar sus huevos.

—¡Ah! ¿Hay tortugas?

—Por millares —respondió Juan—. Esto vale al río que ves sobre la ribera derecha el nombre de río Tortuga y no río Chaffanjon.

—Si se llama así, merecerá tal nombre. No obstante hasta ahora no veo...

—Un poco de paciencia, tío Marcial, y verás esas tortugas en cantidad asombrosa.

—Pero si no aovan no podremos regalarnos con sus huevos, que según se dice, son excelentes.

—Excelentes, y la carne de ese animal no es menos succulenta. Espero que nuestro patrón Valdez atrapará alguna para nuestra olla.

—¡Sopa de tortuga! —exclamó el sargento.

—Sí; esta vez no será hecha, como en Francia, con cabeza de vaca.

—¡Esto vale el trabajo de haber venido tan lejos! —exclamó el sargento.

El joven no se engañaba al decir que las piraguas se aproximaban a las playas, a las que la presencia de los quelonios atrae a los indios de los territorios vecinos. Ahora estos indígenas no aparecían más que en las épocas de la pesca, pero antes acampaban por aquellos sitios en gran número. Los taparitos, panares, yaruros, guamos, y mapoyes hacíanse encarnizada guerra a fin de asegurar su posesión. Allí, y antes que ellos sin duda, habitaban los otomacos, actualmente dispersos por las comarcas del Oeste. Según cuenta Humboldt, estos indios, que pretendían descender de antepasados de piedra, eran intrépidos jugadores de pelota, más hábiles aún que los vascos de raza europea introducidos en Venezuela. Se les citaba igualmente entre las poblaciones geófagas, que, en la época del año en que falta pescado, se alimentan con bolas de arcilla, de greda pura apenas tostada. Ésta es una costumbre que no ha desaparecido por completo. Este vicio —pues no se le puede calificar de otro modo— es contraído desde la infancia, y se convierte en imperioso. Los geófagos devoran la tierra, como los chinos fuman opio, llevados a este acto por irresistible impulso. Chaffanjon ha encontrado algunos de estos miserables que han llegado al extremo de chupar la arcilla de sus casas.

Durante la tarde, la navegación de las falcas sufrió muchas dificultades y costó gran trabajo a los tripulantes. En aquella parte del lecho del río, notablemente estrechado por los bancos de arena, la corriente se propaga con gran violencia.

Bajo un cielo tormentoso, en medio de una atmósfera saturada de fluido eléctrico, los ruidos del trueno llegaban del Sur. Fuerte borrasca subía contra el viento. La brisa no tardó en lanzar sus últimos soplos, y apenas si se dejaron sentir algunas bocanadas intermitentes.



En estas circunstancias, la prudencia mandaba buscar un abrigo, pues nunca se sabe cómo acaban estas tormentas del Orinoco y si tras ellas no vendrán violentas perturbaciones atmosféricas. Los bateleros se apresuran, pues, a refugiarse en el fondo de alguna ensenada cuyas altas orillas les protegen contra las ráfagas.

Desgraciadamente, aquella parte del río no presentaba conveniente abrigo. Los llanos se extendían en cada lado hasta perderse de vista formando inmensas planicies desnudas de árboles cuya superficie barrería el huracán sin encontrar ningún obstáculo.

Deseoso Miguel de saber lo que el patrón Martos iba a hacer le preguntó si no se vería obligado a anclar en el lecho del río hasta la mañana siguiente.

—Eso sería peligroso —respondió Martos—; nuestra ancla no se sostendría en este sitio. Seríamos arrojados sobre la arena hechos pedazos.

—Entonces ¿qué hacer?

—Procuraremos llegar a la aldea más próxima en la parte de arriba; y si esto nos es imposible descenderemos hasta la isla Casimirito, cerca de la cual hemos pasado la noche.

—¿Y cuál es esa aldea de que habla?

—Buena Vista; en la ribera izquierda.

Esta maniobra era, en efecto, tan indicada, que, sin haberse concertado con el patrón de la *Maripare*, Valdez tomaba ya dirección hacia aquel sitio.

Las velas, deshinchadas, caían a lo largo de los mástiles. Los marineros las arrojaron al fondo de la embarcación, a fin de que no ofrecieran presa al viento. Después de todo, la tempestad no estallaría antes de una o dos horas.

Las nubes, de un tinte lívido, parecían estar inmóviles en el horizonte del Sur.

—Mal tiempo —dijo el sargento Marcial, dirigiéndose al patrón de la *Gallinetta*.

—Mal tiempo —respondió Valdez—, pero procuraremos adelantarnos a él.

Las dos piraguas se hallaban entonces a distancia de unos cincuenta pies. Las palancas fueron utilizadas. Lo esencial era reunirse en la ribera izquierda del río, a lo largo de la cual se podría halar por medio de la espía.

Una hora larga se empleó en esta operación. ¡Cuántas veces se temió, si las falcas no anclaban, verlas arrastradas hacia arriba, o tal vez arrojadas contra los arrecifes! En fin, gracias a la destreza de los patrones y al vigor de la tripulación, a la que ayudaron Miguel, Felipe y Varinas, de una parte, y el sargento Marcial y su sobrino, de otra, las dos embarcaciones arribaron a la ribera izquierda. Entonces fue preciso hacer uso de la espía, y, por lo menos, si se gastaba fuerza, se estaba seguro de no ser arrastrado.

Conforme a lo propuesto por Valdez, las piraguas fueron amarradas una tras otra, y las dos tripulaciones se reunieron para la operación de sacarlas a tierra a lo largo de la ribera. Cuando la orilla lo permitía, desembarcaban y remolcaban las embarcaciones, que el remo del timonel mantenía en buen camino. Cuando la orilla era impracticable, se llevaba la espía a unos cuarenta metros hacia arriba, y se la fijaba sobre una roca o un tronco. Después los marineros volvían a bordo de la *Maripare* y halaban juntos.

De este modo las islas Seiba, Curuparo y Estillen fueron dejadas a babor, y poco después la isla Posso Redondo, más próxima a la ribera derecha.

Entretanto, la tormenta subía hacia el cénit. En todo el horizonte meridional brillaban resplandores intensos. Por fortuna, a las ocho de la noche, cuando la tempestad se desencadenó en violentas borrascas de viento y granizo sobre la ribera derecha del Orinoco, las dos piraguas se encontraban en seguridad al pie de la aldea Buena Vista.

CAPÍTULO VII

ENTRE BUENA VISTA Y URBANA



La noche fue fecunda en desastres. Los estragos producidos por los furores de la tempestad se extendieron en un área de quince kilómetros hasta la desembocadura del Arauca, lo que se pudo reconocer al día siguiente, 26 de agosto, al ver los restos de toda especie que arrastraba el río, cuyas aguas, por regla general limpias, habían tomado amarillento tinte. Si las dos piraguas no hubiesen buscado abrigo en el fondo del puertecillo, si hubieran sido sorprendidas en pleno Orinoco, estarían al presente destrozadas. Tripulación y pasajeros habrían perecido, sin que hubiera sido posible prestarles socorro.

Felizmente, Buena Vista salió libre del peligro por haberse establecido más al Oeste la diagonal del chubasco.

Buena Vista ocupa la parte lateral de una isla prolongada por vastos bancos de arena en la época de la estación de pesca, y que la crecida del río reduce notablemente durante la estación de las lluvias. Esto es lo que había permitido a la *Gallinetta* y a la *Maripare* ganar la base misma del pueblo.

¿Pueblo? Allí no hay más que una aglomeración de algunas casas que pueden albergar de ciento cincuenta a doscientos indios. Éstos no van más que para la recolección de huevos de tortuga, de los que se extrae un aceite de venta corriente en los mercados

venezolanos. Así es que durante el mes de agosto este pueblo está casi abandonado, pues las tortugas dejan de poner sus huevos hacia la mitad del mes de mayo. En Buena Vista no había más que una media docena de indios viviendo de la pesca y de la caza, y no era entre ellos donde las piraguas hubieran podido tomar provisiones, de ser esto necesario. Como sus reservas no se habían gastado, bastarían para llegar al pueblo de Urbana, donde sería fácil renovarlas.

Lo importante era que las falcas no hubieran sufrido nada por aquel terrible golpe de viento. Los pasajeros, por consejo de los barqueros, habían aceptado ir a tierra. Una familia de indígenas que habitaba una casa bastante limpia, les ofreció hospitalidad. Estos indios pertenecían a la tribu de los yaruros, que se contaban en otra época entre los primeros del país, y, al contrario de sus congéneres, permanecían en Buena Vista aun después del período de la recolección de huevos de tortuga.

Componíase esta familia del marido, hombre vigoroso, vestido con el guayaco y el taparrabo tradicionales; de su mujer, vestida con la larga camisa india, joven aún, de baja estatura y bien formada, y de una niña de doce años tan salvaje como su madre. Estos indios mostráronse sensibles a los regalos que sus huéspedes les ofrecieron: aguardiente y cigarros para el hombre; collares de vidrio y un espejillo para la madre y su hija. Estos objetos de pacotilla son muy apreciados por los indígenas venezolanos.

La casa no tenía más mobiliario que hamacas colgadas de los bambúes del techo, y tres o cuatro de esas cestas, llamadas canastos, en que los indios depositan sus trajes y sus más preciosos utensilios.

Aunque al sargento Marcial le disgustasen los pasajeros de la *Maripare*, y él tuviera que participar de aquella hospitalidad en común, pues nadie les hubiera ofrecido otra casa a él y a su sobrino, Miguel, más aún que sus colegas, se mostró muy obsequioso con los dos franceses. Juan de Kermor, aún manteniéndose en la reserva que por otra parte le imponían las miradas fulminantes del

viejo soldado, tuvo ocasión de hacer más amplio conocimiento con sus compañeros de viaje. Además, fue prontamente acaparado, ésta es la palabra, por la pequeña indígena, que se sintió atraída por su gracia.

Se habló mientras la tempestad rugía fuera. La conversación fue frecuentemente interrumpida. Los estampidos del trueno repercutían con tal ruido, que hubiera sido difícil entenderse. Ni la india ni su hija manifestaban temor, ni aun cuando al estampido del trueno se unía el resplandor del relámpago. Y más de una vez, como debía notarse al siguiente día, árboles vecinos a la casa fueron hendidos con feroz estruendo.

Evidentemente, los indios, acostumbrados a estas tempestades, frecuentes en el Orinoco, no experimentaban la impresión que los mismos animales sienten. Sus nervios resisten a la excitación física y moral. No le acontecía lo mismo al joven, que si no tenía precisamente miedo de la tormenta, como se dice, no se libraba de esa nerviosa inquietud, de la que aun las naturalezas más enérgicas no están siempre exentas.

La conversación entre los huéspedes del indio se prolongó hasta medianoche, y el sargento Marcial se hubiera seguramente interesado en ella de comprender el español como su sobrino.

Esta interesante conversación, provocada por Miguel, Felipe y Varinas, versó precisamente sobre los trabajos que tres meses antes atraían todos los años a varios centenares de indígenas a aquella parte del río.

Es cierto que las tortugas frecuentan otras playas del Orinoco, pero en ninguna parte en tan gran número como en la superficie de los bancos de arena, desde el río Cabullare hasta el pueblo de Urbana.

Como refirió el indio, muy al corriente de las costumbres de los quelonios, muy hábil en esta caza o en esta pesca (que de las dos maneras puede llamarse), desde el mes de febrero se ven aparecer las tortugas por cientos de miles.

Claro es que el indio, ignorando las clasificaciones de la historia natural, no podía indicar a qué especie pertenecían dichas tortugas, de tan increíble modo multiplicadas en los bancos del Orinoco.

Se contentaba con perseguirlas de concierto con los guahibos, otomacos y otros, a los que se unían los mestizos de los llanos vecinos; con recoger los huevos en la época conveniente, y con extraer de ellos el aceite por procedimientos sencillos, tan sencillos como cuando se trata del fruto de los olivos. Por recipiente usan una canoa que se coloca en la playa; en la canoa ponen cestas, donde son depositados los huevos; un palo sirve para golpearlos, mientras que su contenido cae al fondo de la canoa. Una hora después, el aceite sube a la superficie; se le calienta con objeto de evaporar el agua, y el aceite queda clarificado. La operación ha terminado.

—Y este aceite es excelente, según parece —dijo Juan, refiriéndose a su guía favorito.

—Excelente, en efecto —añadió Felipe.

—¿En qué especie están clasificadas esas tortugas? —preguntó Juan.

—En la especie *Cinostemon scorpioides* —respondió Miguel—; y estos animales, que miden cerca de un metro, no pesan menos de sesenta libras.

Y como Varinas no había aún desplegado sus conocimientos especiales en lo referente a los quelonios, hizo observar que el nombre verdaderamente científico de los *scorpioides* de su amigo Miguel era el de *Podocnemis dumerilianus*, nombre ante el que el indio mostró la mayor indiferencia.

—Una pregunta sencilla —dijo entonces Juan dirigiéndose a Miguel.

—Hablas demasiado, sobrino —murmuró el sargento Marcial mordiéndose el bigote.

—Señor sargento —preguntó sonriendo Miguel—, ¿por qué impide usted a su sobrino que se instruya?

—Porque... porque no tiene necesidad de saber más que su tío...

—Convenido, mi buen mentor —replicó el joven—: pero he aquí mi pregunta: ¿son peligrosas estas bestias?

—Pueden serlo por su número —respondió Miguel—, y se corren graves riesgos encontrándolas a su paso cuando marchan por centenares de miles...

—¡Por centenares de miles!

—Sí, señor, puesto que no se recogen menos de cincuenta millones de huevos para los diez mil barriles que se llenan actualmente con los productos de esta pesca. Y como, por una parte, cada tortuga pone cien huevos por término medio, y de otra los animales carniceros destruyen un número considerable, y, en fin, como aún quedan bastantes para perpetuar la raza, estimo en un millón el número de tortugas que frecuenta las arenas de Manteca, precisamente sobre esta parte del Orinoco.

Los cálculos de Miguel no eran exagerados. Los millares de estos animales ejercen una especie de atracción misteriosa, como dice Elíseo Reclus, reflujo viviente, lento e irresistible, que lo arrollaría todo como una inundación o una avalancha.

Verdad es que el hombre las destruye en proporciones enormes, y la especie podrá desaparecer algún día. Algunos bancos están ya abandonados con gran sentimiento de los indios, y entre otros las playas de Cariben, situadas más abajo de las bocas del Meta.

El indio dio algunos detalles interesantes sobre las costumbres de estas tortugas cuando llega la época de poner los huevos. Se las ve escalonarse en las vastas planicies arenosas y hacer agujeros de unos dos pies de profundidad, donde depositan sus huevos. Esta operación dura unos veinte días, a partir de mediados de marzo. Después cubren cuidadosamente con arena el agujero, donde los huevos no tardarán en abrirse.

Aparte del valor del aceite, los indígenas procuran apoderarse de las tortugas para alimento, pues su carne es muy apreciada. Esperarlas bajo las aguas es casi imposible. Las apresan sobre los bancos cuando ellas los recorren aisladamente, y en esta operación emplean palos, con los que las obligan a volverse sobre la espalda,

postura de las más críticas para ese quelonio, que no puede por sí solo volver a colocarse sobre sus patas.

—¡Hay personas a quienes les sucede lo mismo! —hizo observar Varinas—. Cuando, por desgracia, caen de espaldas, no pueden levantarse.

Justa observación, que terminó de inesperado modo aquella discusión sobre los quelonios del Orinoco.

Miguel preguntó luego al indio:

—¿Ha visto usted, a su paso por Buena Vista, a dos viajeros franceses que remontaban el río, hará cuatro o cinco semanas?

Esta pregunta interesaba directamente a Juan de Kermor, puesto que se trataba de compatriotas. Así es que esperó con emoción la respuesta del indio.

—¿Dos europeos? —preguntó éste.

—Sí. Dos franceses.

—¿Hace cinco semanas...? Sí... Los he visto, y su falca se detuvo, durante veinticuatro horas, en el mismo sitio donde están las de ustedes.

—Y ¿estaban bien de salud? —preguntó el joven.

—Sí... Eran dos hombres vigorosos y de un humor excelente. El uno, un cazador como yo desearía ser, y con una carabina como yo desearía tenerla. Derribó gran número de jaguares y pumas. ¡Ah! Es muy hermoso tirar con un arma que pone una bala a quinientos pies de distancia en la cabeza de un ocelote o de un oso hormiguero.

Brillaban los ojos del indio al hablar así. Él también era hábil tirador, cazador apasionado. Pero ¿de qué servían su fusil, su arco y sus flechas, cuando se trataba de luchar con las magníficas armas de que el explorador francés iba provisto?

—¿Y su compañero? —preguntó Miguel.

—¿Su compañero? —respondió el indio—. ¡Oh...! Éste era un rebuscador de plantas y hierbas.

En este momento la india pronunció en lengua indígena algunas palabras que sus huéspedes no pudieron comprender, y casi en seguida añadió el marido:

—Sí, sí... Yo le di un tallo de saurau, que, al parecer, le agradó mucho. Era una especie rara, y él estaba tan contento que quiso sacar nuestra imagen con una máquina... sobre un espejillo...

—Su fotografía, sin duda —dijo Felipe.

—¿Quieres enseñárnosla? —preguntó Miguel.

La niña se apartó de Juan para ir a abrir uno de los canastos del que sacó el retrato, que entregó al joven.

Era una prueba fotográfica que reproducía al indio en su postura favorita: el sombrero en la cabeza, la cobija sobre los hombros; a la derecha su mujer, vestida con su camisa larga y collares de vidrio en brazos y piernas; a la izquierda la niña, con su taparrabo y haciendo un gesto, como un monito alegre.

—Y ¿sabes qué ha sido de esos dos franceses? —preguntó Miguel al indio.

—Sé que han atravesado el río para llegar a Urbana, donde han dejado su piragua, y que han tomado la ruta de los llanos del lado del sol.

—¿Iban solos?

—No. Llevaban un guía y tres indios mapoyes.

—Y desde su partida, ¿no has oído hablar más de ellos?

—No se han tenido noticias.

¿Qué había sido de los viajeros Jacques Helloch y Germán Paterne? ¿No había motivo para pensar que hubiesen perecido en la expedición al Este del Orinoco? ¿Les habrían hecho traición los indios? ¿Estaba amenazada su existencia en medio de aquellas regiones poco conocidas? Juan no ignoraba que Chaffanjon había corrido los mayores peligros por parte de la gente de su escolta, cuando operaba un reconocimiento sobre el Caura, y que sólo había podido salvar su vida matando de un balazo al que le hacía traición. Y el joven sentíase profundamente conmovido ante la idea de que sus dos compatriotas tal vez habían encontrado la muerte, como otros tantos exploradores de aquella parte de la América del Sur.

Un poco antes de la medianoche la tormenta empezó a disminuir. Después de una lluvia diluviana, el cielo se serenó.

Apareciendo algunas estrellas que parecían estar húmedas, como si la lluvia hubiera inundado el firmamento. El meteoro cesó casi súbitamente, fenómeno frecuente en aquellas regiones cuando la atmósfera ha sido conmovida por las descargas eléctricas.

—Buen tiempo para mañana —dijo el indio en el momento en que sus huéspedes se retiraban.

Efectivamente, lo más prudente era volver a las falcas, puesto que la noche prometía ser seca y tranquila. Mejor se estaría acostado sobre la estera de las barcas que sobre el suelo de la cabaña india.

Al día siguiente, al alba, los pasajeros estaban prestos para abandonar Buena Vista. No solamente el sol se elevaba sobre un horizonte bastante puro, sino que el viento soplaba del Nordeste y las velas podrían sustituir a las palancas.

Poco camino había que hacer para llegar a Urbana, donde la escala duraría veinticuatro horas. De no sobrevenir ningún accidente, las falcas llegarían por la tarde.

Miguel y sus dos amigos, el sargento Marcial y Juan de Kermor se despidieron del indio y de su familia. Después, izadas las velas, la *Gallinetta* y la *Maripare* se aventuraron entre los pasos que los bancos de arena dejaban entre sí. Precisa hubiera sido una crecida algo fuerte para cubrir todos aquellos bancos y dar al río una anchura de varios kilómetros.

A bordo de su piragua, el sargento Marcial y el joven se habían colocado en la parte delantera del *rouf*, a fin de respirar el aire vivo y sano de una hermosa mañana. La vela les protegía contra los rayos del sol, ya intensos.

Él sargento Marcial, bajo la influencia de la conversación de la víspera, de la que había comprendido algo, tomó la palabra en estos términos:

—Dime, Juan, ¿crees tú todas esas historias del indio?

—¿Cuáles?

—Esos centenares de miles de tortugas que aparecen por los alrededores como un ejército en campaña.

—¿Por qué no?

—¡Me parece muy extraordinario...! Legiones de ratas no digo que no... Se han visto...; pero ¿legiones de esas bestias de un metro de largo?



—También se han visto.

—¿Quién las ha visto?

—El indio el primero.

—¡Bah...! Cuentos de salvajes.

—Y además, los viajeros que han remontado el Orinoco hasta Urbana hablan de ello también.

—¡Oh...! ¡Los libros dicen unas cosas! —respondió el sargento Marcial, muy incrédulo respecto a las relaciones de viajes.

—No tienes razón, tío... Esto es muy creíble, y añadido que muy cierto.

—Bien... Bien... En todo caso, si la cosa es verdadera, yo no pienso, como dice Miguel, que haya gran peligro en encontrar tantas tortugas.

—No obstante... Si obstruyen el camino...

—Pues bien..., se pasa por encima, ¡qué diablo!

—¿Y el riesgo de ser aplastado, si por desgracia se cae en medio de esas bestias?

—No importa... Yo querría verlo para creerlo...

—Llegamos algo tarde —respondió Juan—. Hace cuatro meses, en la época en que ponen sus huevos, hubieras podido juzgar con tus propios ojos.

—¡No, Juan, no! Todo esto son historias que los viajeros inventan para engañar a las gentes.

—Las hay muy verídicas, mi buen Marcial.

—Si existen tantas tortugas, es asombroso que no encontremos una sola... ¿Te imaginas esos bancos de arena, desapareciendo bajo sus caparazones? Vamos... No soy exigente. No pido contar por centenares de miles esas tortugas... Puesto que hacen tan buen puchero, yo tendría gran gusto en mojar mi pan en un caldo de esa especie.

—Y me darías la mitad de tu gamella, ¿no es verdad?

—Y ¿para qué? ¡Con cinco o seis de esos animales habría para llenar tu gamella y la mía! Pero ¡ni una, ni una! ¿Dónde pueden estar ocultas? ¡En la cabeza de nuestro indio, sin duda!

Era difícil llevar más lejos la incredulidad, y, sin embargo, si el sargento Marcial no veía uno solo de esos quelonios nómadas, no era por falta de mirar, y acabaría por usar su anteojo para distinguirlos.

Entretanto, las dos piraguas continuaban remontando el río al impulso del viento. Mientras siguieron la ribera izquierda, la brisa continuó favorable y no hubo necesidad de emplear las palancas. La navegación se efectuó de esta suerte hasta la embocadura del Arauca, importante tributario del Orinoco, en el que vierte una parte de sus aguas, que nacen en la vertiente de la cadena de los Andes, y que no se mezcla a ningún otro afluente; tan limitado es su cauce.

Este género de navegación continuó durante la mañana, y hacia las once fue necesario atravesar el río, pues Urbana está situada sobre la ribera derecha.

Allí comenzaron las dificultades, que fueron lo bastante grandes para ocasionar algunos retrasos. Entre los bancos de finísima arena, estrechados entonces por la elevación de las aguas, los pasos presentaban ángulos bruscos. Las falcas encontraban el viento contrario, y de aquí la necesidad de amainar las velas y marchar con las palancas con fuerza para no ser arrastradas hacia abajo.

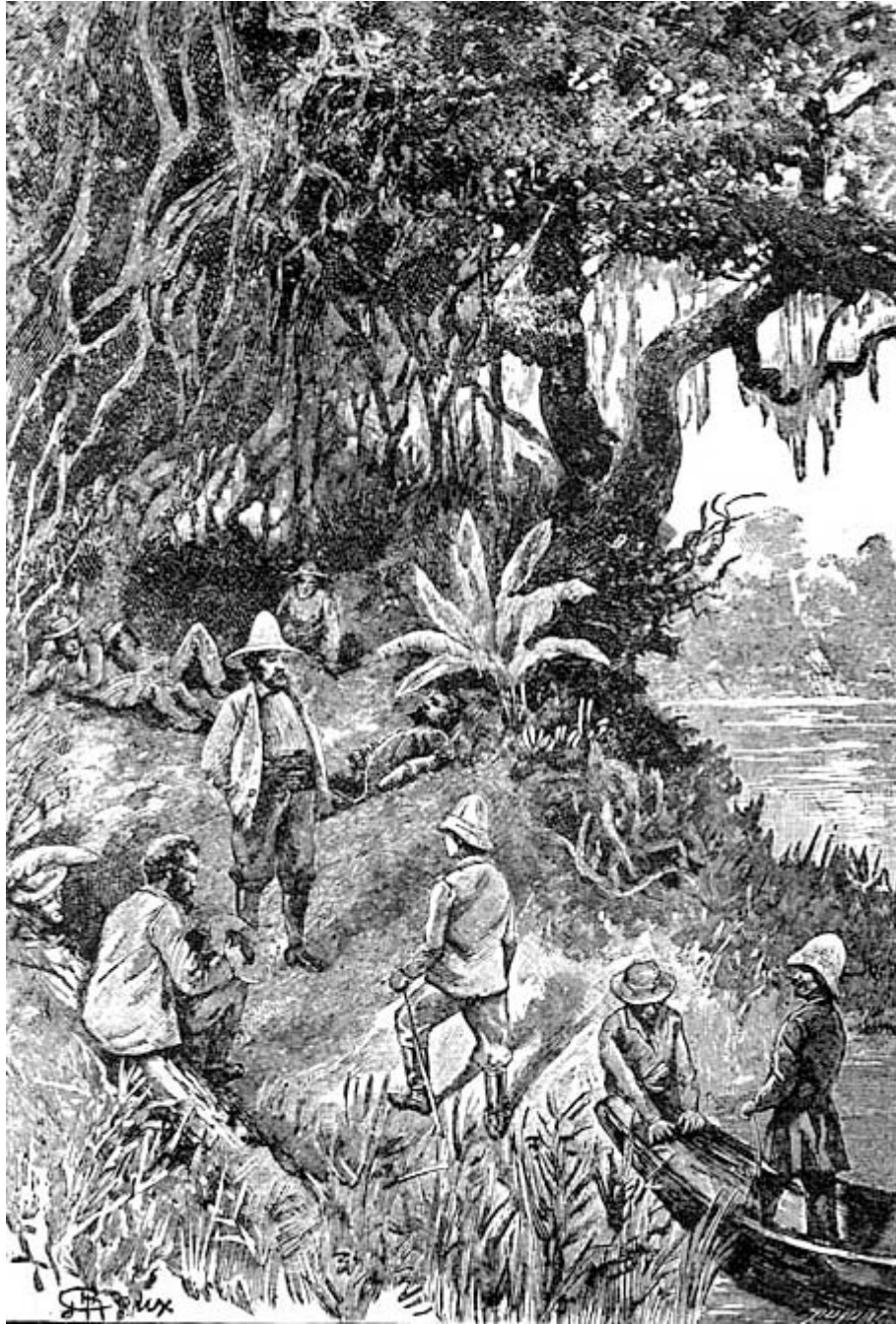
Marcaban los relojes las doce cuando la *Gallinetta* y la *Maripare*, la una tras la otra, tocaron en una isla, bautizada con el mismo nombre que el pueblo. De diferente aspecto al de los llanos ribereños, esta isla estaba llena de bosques y hasta mostraba ensayos de cultivo, cosa rara en esta parte del río, donde los indios no conocen más ocupación que la caza, la pesca y la recolección de huevos de tortuga, recolección tan abundante que exige gran número de trabajadores, pensase lo que pensara el sargento Marcial.

Como los marineros sentíanse muy fatigados por su maniobra, efectuada bajo un cielo abrasador, los patronos juzgaron oportuno concederles una hora, que sería consagrada a la comida y al descanso. Se tendría tiempo para llegar a Urbana antes de la noche. Desde que se diese la vuelta a la isla se vería este pueblo

que es el último del Medio Orinoco y precede al de Cariben, situado a 200 kilómetros más arriba, junto a la embocadura del Meta.

Las falcas fueron amarradas en la ribera, y los pasajeros descendieron a tierra, en la que algunos árboles les ofrecieron refugio.

A despecho del sargento Marcial, empezábase a establecer alguna intimidación entre los pasajeros de las dos piraguas, cosa natural en un viaje hecho en aquellas condiciones. La insociabilidad hubiera sido un absurdo. Miguel ocultaba menos que nunca el interés que le inspiraba el joven Kermor, y éste no hubiera podido, sin faltar a las más elementales leyes de la cortesía, permanecer insensible a aquellas demostraciones de simpatía. Era preciso que el sargento Marcial se resignase a sufrir lo que no podía evitar.



Pero si en él se marcaba tendencia a dulcificarse, a ocultar sus púas de puerco espín, no lo hacía sin dirigirse a sí mismo los más violentos reproches por lo que juzgaba su tontería y debilidad.

Si la isla estaba cultivada en algunos sitios, no parecía contener caza. Apenas si algunas parejas de ánades o de zuritas volaban sobre ella. Los cazadores, pues, no intentaron tomar sus fusiles

para variar el menú de la comida próxima. Por lo demás, encontrarían en Urbana cuanto fuera preciso para el abastecimiento de las falcas.

El tiempo que duró el descanso se pasó conversando mientras los marineros dormían a la sombra de los árboles.

A las tres, Valdez dio la señal de partida. Las piraguas fueron desamarradas. Era preciso halar con la espía hasta la punta meridional de la isla. Desde allí no habría más que atravesar oblicuamente la otra mitad del río. En esta última parte de la navegación no hubo incidente alguno, y antes de la noche las dos falcas fueron a amarrar al pie mismo de Urbana.

CAPÍTULO VIII

UNA NUBE DE POLVO EN EL HORIZONTE



Urbana se la podría llamar la capital del Medio Orinoco. Es el pueblo más importante, entre Caicara y San Fernando de Atabapo, situados cada uno en los dos ángulos que forma el río; el primero, en el sitio en que abandona la dirección Este a Oeste para tomar la Sur; el segundo, donde abandona la dirección Sur para tomar la Oeste a Este.

Claro es que esta disposición hidrográfica no es la verdadera, más que en el caso en que la opinión de Miguel prevaleciera contra la de Felipe y Varinas, y conforme al trazado del Orinoco, tal como está indicado en los mapas modernos.

En fin, trescientos kilómetros más, y los geógrafos llegarían al triple confluente, donde debía resolverse la cuestión. Por lo menos, así se debía esperar.

Un cerro o colina de mediana altura se eleva sobre la ribera derecha y lleva el mismo nombre que el pueblo construido a sus pies. En aquella época, Urbana poseía una población de cuatrocientos habitantes, repartidos en un centenar de casas, la mayor parte mulatos, mestizos de españoles e indios. No son labradores, y solamente algunos se dedican a la cría de las bestias. Aparte la recolección de la sarrapia y de los huevos de tortuga, el tiempo de la cual es limitado, no hacen otra cosa que pescar y cazar, mostrando inclinación a la ociosidad.



Viven a gusto, y sus casas ofrecen aspecto de bienestar, raro en aquellas lejanas regiones.

Miguel, Felipe y Varinas, el sargento Marcial y Juan de Kermor pensaban permanecer sólo una noche en Urbana. Llegados a las cinco de la tarde, la noche les bastaría para renovar sus provisiones

de carne y legumbres, pues el pueblo estaba en condiciones de proveer a todas sus necesidades.

Lo mejor que podían hacer era dirigirse al jefe civil de la localidad, el que se apresuró a ofrecerles sus servicios y puso su morada a disposición de los pasajeros.

Era el tal un mulato de cincuenta años, y su autoridad se extiende sobre los blancos del distrito, contando también entre sus atribuciones la policía del río. Vivía con su mujer, de origen mestizo, y media docena de hijos de seis a diez y ocho años, varones y hembras, vigorosos y sanos.

Cuando supo que Miguel y sus dos compañeros eran elevados personajes de Ciudad-Bolívar, hízoles aún mejor acogida y les invitó a pasar la noche en su casa. La invitación se hizo extensiva a los pasajeros de la *Gallinetta*, complaciendo mucho a Juan de Kermor por pensar que tal vez allí encontraría ocasión de informarse de la suerte de sus dos compatriotas.

Los patrones Valdez y Martos se encargaron de hacer provisiones de azúcar, batatas, y sobre todo de harina de mandioca, molida con la piedra llamada el rayo, que se emplea comúnmente, por no decir siempre, en la fabricación del pan.

Las dos falcas habían arribado en la ribera, bastante escarpada, en el fondo de una ensenada en forma de puerto, y en el que estaban amarradas algunas canoas de pesca. Veíase allí también otra embarcación, guardada por un patrón indígena. Era la piragua de los dos exploradores franceses Jacques Helloch y Germán Paterne. Sus marineros les esperaban en Urbana desde hacía seis semanas, sin que hasta la fecha hubieran recibido noticias de ellos, y llenos de gran inquietud.

Después de comer a bordo de las falcas, los pasajeros fueron a casa del jefe civil.

La familia estaba en la sala principal, sencillamente amueblada con una mesa, sillas de cuero de ciervo, y adornada con algunos atributos de caza.

Varios notables de Urbana habían sido invitados a aquella velada, y con ellos un habitante de los alrededores. Este personaje no era desconocido del todo a Juan, gracias al retrato que Chaffanjon había hecho de él en la relación de su viaje, y en casa del cual el viajero francés había recibido cordialísima acogida. He aquí lo que dice de él:

«Marchal, un venezolano de avanzada edad, ha fijado desde hace quince años su residencia en Tigra, situada más arriba del pueblo de Urbana. Marchal es un verdadero sabio. Ha fundado un hato, cuyo corral encierra un centenar de animales, cuidado por algunos peones y sus familias. En tomo se extienden campos de yuca, de maíz, de caña de azúcar, limitados por bananos soberbios, que proveen con abundancia a la alimentación de aquel pequeño mundo feliz y tranquilo».

Aquel Marchal, cuya presencia en Urbana habían exigido algunos negocios, se encontraba allí a la llegada de las piraguas. En su bote, conducido por dos hombres, se había trasladado al pueblo, y había ido a casa del jefe civil, muy amigo suyo, y formaba parte de las personas invitadas a la reunión.

No se espere una recepción de la *high-life* en un pueblo en el fondo de los llanos del Orinoco. Pero a falta de pastas finas, de delicadas confituras, de vinos de buenas marcas y de escogidos licores, hubo pasteles confeccionados por la dueña de la casa y sus hijas, y franco y cordial recibimiento. Sirviéronse algunas tazas de un delicioso café de bruquilla, que proviene de una leguminosa herbácea cultivada en grande en el hato de Marchal.

Este excelente anciano gustó mucho de conversar con Juan de Kermor en la lengua de su país. Él le recordó que cinco años antes su compatriota había permanecido algún tiempo en su hato, tiempo demasiado corto, con vivo disgusto suyo.

—Pero ¡tenía tal impaciencia por continuar su aventurado viaje!
—añadió Marchal—. ¡Es un explorador atrevido, hijo mío!
Desdeñoso por el peligro, ha reconocido nuestro río nacional hasta

sus fuentes, y con riesgo de su vida. ¡He ahí un francés que honra a Francia!

Estas palabras fueron pronunciadas con verdadera animación, que atestiguaba el calor que aún conservaba el corazón del viejo venezolano. Cuando Marchal y el jefe civil supieron el objeto que perseguían Miguel, Felipe y Varinas, Juan creyó observar que se miraban con alguna sorpresa. Para ellos, la cuestión del Orinoco estaba resuelta desde hacía largo tiempo a favor de Miguel.

Aunque Marchal no fuese a hacer un viaje a San Fernando, y aunque su opinión respecto al Atabapo y al Guaviare estuviese formada, no dejó de animar a los tres miembros de la Sociedad Geográfica para que llevasen sus pesquisas hasta el confluente de los tres ríos.

—La ciencia se aprovechará de ello —dijo—; y ¡quién sabe, señores, si en esta expedición no harán ustedes algún descubrimiento!

—Ésa es nuestra esperanza —respondió Miguel— pues se trata de visitar una región casi desconocida, si es preciso ir más allá de San Fernando.

—E iremos —afirmó Felipe.

—¡Tan lejos como sea menester! —añadió Varinas.

El sargento Marcial comprendía poco de aquella conversación. Su sobrino le traducía algunas palabras. Le asombraba siempre que gentes que no hubieran perdido el juicio tuvieran curiosidad de saber de qué agujero salía un río.

—En fin —murmuró—, ¡si todos los hombres fueran sabios, no se construirían tantos hospitales para los locos!

La conversación recayó entonces sobre los dos franceses, cuyo regreso a Urbana se esperaba inútilmente. El jefe civil les había recibido cuando llegaron. También Marchal les conocía, pues al partir se habían detenido un día en el hato de Tigra.

—Y desde su partida —preguntó Miguel—, ¿no han oído ustedes hablar nada de ellos?

—Nada —respondió el jefe civil—. Los llaneros que han vuelto del Este, y a los que hemos preguntado varias veces, afirman no haberles encontrado.

—¿Acaso no era su intención remontar el curso del Orinoco? —preguntó Juan.

—Sí, hijo mío —respondió Marchal—, y pensaban estacionarse en los diversos pueblos ribereños. Me confesaron que viajaban un poco a la ventura. El uno, Germán Paterne, herboriza con la curiosidad de un naturalista que arriesgaría su vida por descubrir una planta desconocida. El otro, Jacques Helloch, intrépido cazador, es apasionado por la geografía, el descubrimiento de una comarca, la determinación de un río. Tales pasiones conducen lejos, muy lejos; a menudo, tal vez demasiado lejos..., y cuando se trata de volver...

—Esperemos que no les haya ocurrido nada malo —dijo Varinas.

—Bueno es esperarlo —respondió el jefe civil—, por más que su ausencia se prolonga ya demasiado.

—¿Es cierto —preguntó Felipe— que debían volver a Urbana?

—Ninguna duda hay sobre ello, puesto que su piragua les espera con las colecciones que ya han recogido y el material de campamento.

—Cuando partieron, ¿llevaban guía y escolta? —dijo Juan.

—Sí; algunos indios mapoyes que yo les procuré —respondió el jefe civil.

—¿Eran hombres que merecían la confianza de usted? —insistió Miguel.

—Estaba de ellos tan seguro como es posible, tratándose de indios del interior...

—Y ¿se sabe qué parte del territorio se proponían visitar? —preguntó Juan.

—Por lo que yo conozco de sus proyectos —respondió Marchal—, han debido dirigirse hacia la sierra Matapey, al Este del Orinoco, comarca poco conocida y que sólo recorren los yaruros o los mapoyes. Los dos compatriotas de usted y el jefe de la escolta iban

a caballo; los otros indios, en número de seis, les acompañaban a pie, llevando los sacos de viaje.

—¿Está el país del Este del Orinoco sujeto a inundaciones? —preguntó Juan de Kermor.

—No —respondió Miguel—, y la superficie de sus llanos está muy por encima del nivel del mar.

—Efectivamente, Miguel —añadió el jefe civil—; pero está sujeto a los temblores de tierra, y usted sabe que no son raros en Venezuela.

—¿En todo tiempo? —dijo el joven.

—No —declaró Marchal—; en ciertas épocas, y precisamente desde hace un mes hemos sentido bastantes sacudidas violentas hasta en el hatu de Tigra.

Se ha notado, en efecto, que el suelo venezolano es frecuentemente conmovido por empujes volcánicos, aunque sus montañas no sean cráteres en actividad. Humboldt ha podido llamarle el país de los temblores de tierra por excelencia. ¿No estaba justificado este calificativo por la destrucción del pueblo de Cumaná en el siglo XVI, que fue destruido de nuevo ciento cuarenta años después y cuyos alrededores «temblaron» durante quince meses? ¿Es que otro pueblo del territorio de los Andes, Mérida, no ha sido cruelmente castigado por estas terribles conmociones? En 1812, ¿no fueron aplastados doce mil habitantes bajo las ruinas de Caracas? Estos desastres, que han producido millares de víctimas, son siempre de temer para las provincias hispanoamericanas, y lo cierto era que desde hacía algún tiempo se sentía temblar el suelo en la comarca oriental del Medio Orinoco. Cuando, con motivo de los dos viajeros franceses, se preguntó cuánto había que preguntar, y se respondió a todo, Marchal preguntó al sargento Marcial y a su sobrino:

—Ahora sabemos por qué Miguel, Varinas y Felipe han emprendido esta campaña sobre el Orinoco. ¿Tiene el mismo objeto el viaje de ustedes?

El sargento hizo un gesto negativo, pero a una señal de Juan tuvo que abstenerse de expresar su desdén por las cuestiones geográficas, buenas en todo caso, según él, para interesar a los editores de mapas.

El joven refirió entonces su historia, los motivos que le habían arrastrado fuera de Francia, el sentimiento filial a que obedecía remontando el curso del Orinoco, con la esperanza de obtener algunos informes en San Fernando, de donde había salido la última carta escrita por su padre, el coronel De Kermor.

El anciano Marchal no pudo ocultar la emoción que la respuesta le produjo. Tomó las manos de Juan, le atrajo a su pecho y le besó en la frente —lo que hizo tal vez gruñir sordamente al sargento—, y manifestó sus deseos más ardientes de que los proyectos del joven tuvieran feliz éxito.

—Pero ¿ni usted, Marchal, ni el señor jefe civil, han oído hablar del coronel De Kermor? —preguntó el joven.

Respuesta negativa.

—Quizá —dijo el jefe civil— el coronel no se ha detenido en Urbana. Sin embargo, esto me extraña, pues es raro que las piraguas no vengán a tomar provisiones aquí. ¿Dice usted que era en 1879?

—Sí, señor —respondió Juan—. ¿Habitaba usted ya en este pueblo?

—Sí..., y jamás supe que el coronel De Kermor pasara por aquí.

Siempre este incógnito, con el que parecía que el coronel había querido cubrirse desde su partida.

—Poco importa, hijo mío —afirmó Miguel—. Es imposible que su padre de usted no haya dejado huellas de su estancia en San Fernando, y allí encontrará usted los informes que asegurarán el resultado de las pesquisas de usted.

La velada se prolongó hasta las diez, y los huéspedes del jefe civil, después de despedirse de aquella obsequiosa familia, volvieron a bordo de sus piraguas, que habían de desamarrar al día siguiente, al alba.

Juan fue a tenderse en su colchoneta, en la parte de atrás del *rouf*, y terminada su acostumbrada caza de mosquitos, el sargento Marcial se tendió en la suya.

Durmiéronse ambos; pero su sueño no fue de larga duración.

Hacia las dos, un rumor lejano, continuo y creciente les despertó.

Era un ruido sordo que se podía confundir con el lejano zumbido de la tormenta, y al mismo tiempo, las aguas del río, sometidas a una agitación singular, hacían balancearse a la *Gallinetta*.

El sargento Marcial y el joven se levantaron; salieron del *rouf* y se colocaron al pie del mástil.

El patrón Valdez y los tripulantes, de pie en la proa de la falca, interrogaban con la mirada al horizonte.

—¿Qué hay, Valdez? —preguntó Juan.

—No lo sé.

—¿Es que se aproxima una tormenta?

—No... El cielo está sin nubes... La brisa viene de Levante... Es débil.

—¿De qué proviene esa agitación?

—¡No lo sé...! ¡No lo sé...! —repetía Valdez.

En efecto, aquello era inexplicable, a menos que en alguna parte no se produjese una especie de rápido reflujo debido a la crecida súbita del río. Todo se podía esperar del caprichoso Orinoco.

A bordo de la *Maripare*, igual asombro en los pasajeros y tripulantes.

Miguel y sus dos amigos, fuera del *rouf*, buscaban inútilmente la causa del fenómeno.

Entre las dos piraguas se cambiaron algunas palabras, sin que resultase explicación plausible.

Por otra parte, si el movimiento de las aguas se dejaba sentir en las dos falcas, lo mismo sucedía en el suelo ribereño, y así es que casi en el mismo instante los habitantes de Urbana abandonaron sus casas, dirigiéndose a la orilla del río.

Marchal y el jefe civil no tardaron en unirse a la población, que empezaba a dar señales de espanto.

Eran las cuatro y media de la mañana, y apuntaba el día.

Los pasajeros de las dos embarcaciones desembarcaron en seguida y se acercaron a interrogar al jefe civil.

—¿Qué sucede? —preguntó Miguel.

—Sin duda hay un temblor de tierra en la sierra Matapey —respondió el jefe civil—, y las sacudidas se propagan hasta bajo el lecho del río.

Miguel emitió la misma opinión. No había duda de que la región estuviese sometida a esas trepidaciones debidas a las conmociones sísmicas, tan frecuentes en los terrenos llanos.

—Pero hay otra cosa —hizo observar Miguel—. ¿Oye usted esa especie de zumbido que viene del Este?

Y, prestando oído, se notaba como una especie de rugido continuo, sobre cuya naturaleza nada se podía asegurar.

—Esperemos —dijo Marchal—. No creo que en Urbana haya nada que temer.

—Ésa es mi opinión —declaró el jefe civil—, y no hay peligro en volver a las casas.

Era lo probable, y, sin embargo, la mayoría no siguió el consejo. Además, el día se acercaba, y tal vez los ojos darían la explicación que los oídos no habían dado.

Durante tres horas el lejano rumor fue en aumento de manera extraña. Parecía que se efectuaba una especie de deslizamiento, un poderoso arrastre en la superficie del territorio. Pesado y cadencioso, ese deslizamiento se transmitía hasta la ribera derecha del río, como si el suelo estuviera turboso. Muy admisible era atribuir las sacudidas a un temblor de tierra cuyo centro se encontrara en la sierra Matapey, y no era la primera vez que el pueblecillo lo sentía. Respecto al ruido, semejante al que produce un ejército en marcha, nadie sospechaba aún la verdadera causa.

El jefe civil y Marchal, acompañados de los pasajeros de las dos falcas, se dirigieron hacia las primeras estribaciones del cerro de Urbana a fin de observar el campo en mayor extensión.

El sol subía sobre un cielo purísimo, semejante a un enorme globo hinchado por luminoso gas que la brisa hubiera lanzado hacia las riberas del Orinoco. Ninguna nube en el horizonte, ningún indicio de que el día debiera ser borrascoso.

Cuando los observadores subieron unos treinta metros, dirigieron sus miradas hacia el Este. La inmensidad se extendía ante ellos, la vasta planicie verde, «la mar silenciosa de las hierbas», siguiendo la poética metáfora de Elíseo Reclus. Y realmente aquella mar no estaba en calma: debía de estar agitada en sus profundidades, pues a cuatro o cinco kilómetros de distancia, los llanos se coronaban de volutas arenosas.

—Es una polvareda inmensa —dijo Marchal—. El polvo del suelo que se levanta.

—Sin embargo, el viento no es quien lo hace —afirmó Miguel.

—No, puesto que apenas se nota —respondió Marchal—. ¿Serán, pues, las trepidaciones? No... Esta explicación no es admisible.

—Además —añadió el jefe civil—, ¿y ese ruido que parece provenir de una marcha pesada?

—¿Qué es, entonces? —exclamó Felipe.

Y en este momento, como si se respondiera a esta pregunta, oyóse una detonación de arma de fuego que repercutieron los ecos del cerro de Urbana, y a la que siguieron otras.

—¡Disparos! —afirmó el sargento Marcial...—. Eso son disparos, ¡o yo no los conozco ya!

—Serán cazadores —exclamó Juan.

—¡Cazadores, hijo mío! —respondió Marchal—. No... No levantarían tan grande polvareda, a no ser una legión de ellos.

No había, sin embargo, duda de que las detonaciones oídas provenían de armas de fuego, revólveres o carabinas. Y hasta se podía notar una nube blancuzca que destacaba sobre el amarillento tinte de la polvareda.

Se oyeron nuevos tiros, y por lejos que se disparasen, bastaba la ligera brisa para llevarlos hasta el pueblo.

—En mi opinión, señores —dijo Miguel—, deberíamos ir a ver qué pasa en ese lado.

—Y llevar socorros a la gente, que tal vez tiene necesidad de ellos —añadió Varinas.

—¡Quién sabe si serán mis compatriotas! —dijo Juan mirando a Marchal.

—Tendrían que ser un ejército —respondió el viejo—. Sólo millares de hombres pueden levantar tal polvareda... Tiene usted razón, Miguel, bajemos a la planicie.

—¡Bien armados! —añadió Felipe.

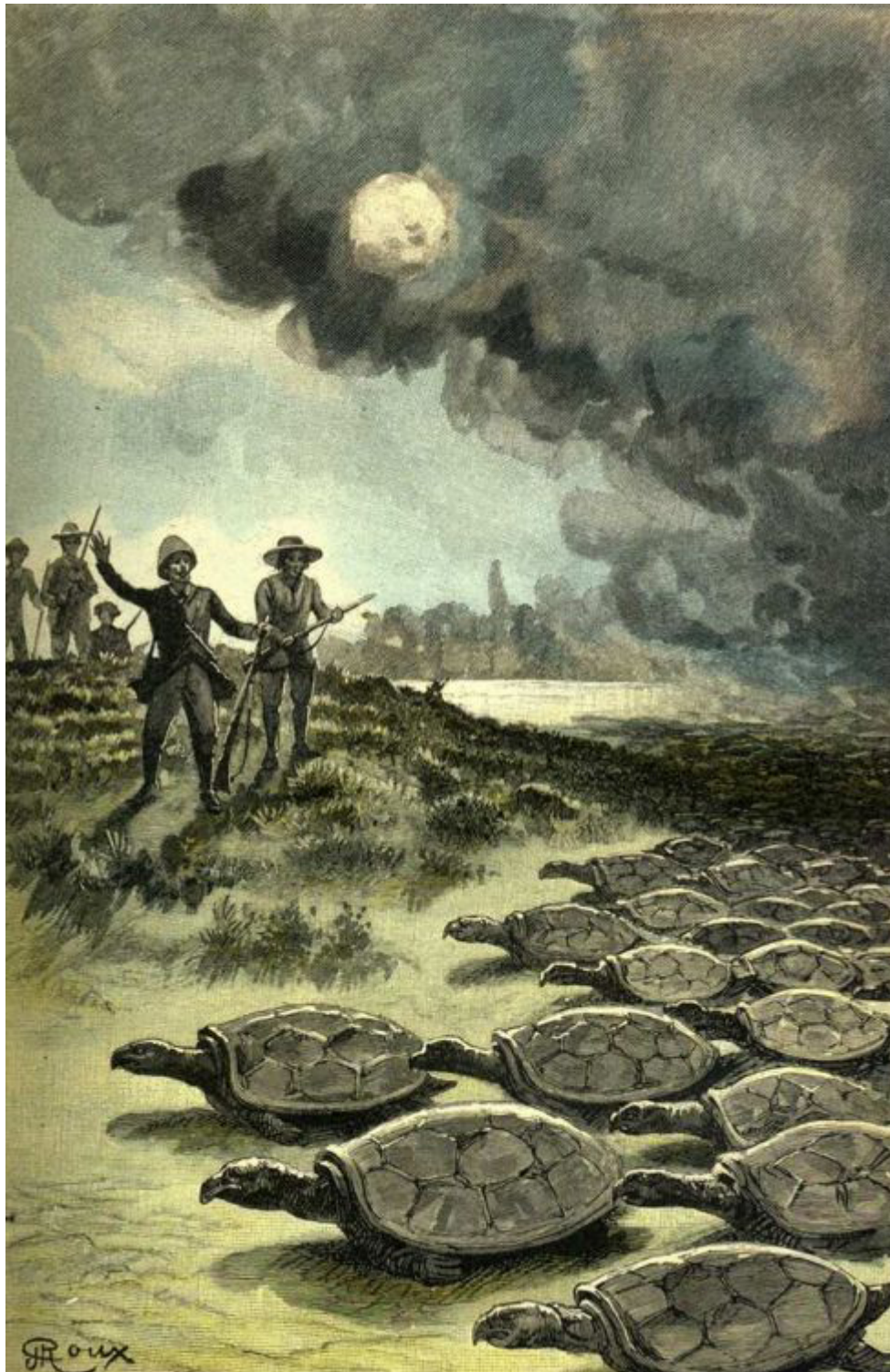
Medida de prudencia muy indicada, en efecto, si los presentimientos no habían engañado a Juan de Kermor, si se trataba de los dos franceses, a quienes los indios de aquella región hacían objeto de un ataque, y que se defendían a tiros.

Pocos momentos después, irnos llegaban a sus casas, otros a sus piraguas. El jefe civil y algunos de los habitantes, los tres geógrafos, el sargento Marcial y su sobrino, con el revólver a la cintura y la carabina al hombro, tomaron la dirección al través de los llanos, rodeando la base del cerro de Urbana.

Marchal se había reunido a ellos. ¡Tanta era su impaciencia por saber de qué se trataba!

Iban a buen paso, y como la nube venía a su encuentro, los tres o cuatro kilómetros que de ella les separaban no tardaron en ser franqueados.

Aun a aquella distancia no era posible distinguir las formas humanas, por impedirlo las espesas nubes de polvo. Sin embargo, se percibían los fogonazos de las detonaciones, cada vez más perceptibles al oído.



El ruido sordo y monótono aumentaba también a medida que la masa baja, que se arrastraba, se acercaba.

A un kilómetro de allí, Miguel, que marchaba a la cabeza, junto al jefe civil, con su carabina dispuesta, se detuvo de repente. Una exclamación de extrema sorpresa se escapó de sus labios.

En verdad que si algún mortal tuvo ocasión de ver su curiosidad satisfecha, si algún hombre fue confundido en su incredulidad, éste fue el sargento Marcial.

¡Ah...! ¡Y el añejo soldado no creía en la presencia de aquellos millares de quelonios, que en la época de poner los huevos invadían las playas del Orinoco, entre la embocadura del Arauca y los bancos de arena de Cariben!

—¡Tortugas! ¡Son tortugas! —exclamó Miguel; y no se engañaba.

Sí... Tortugas, un centenar de miles, tal vez más, avanzaban hacia la ribera derecha del río. ¿Por qué esta presencia anormal, fuera de sus costumbres, puesto que no era la época de poner los huevos?

Marchal respondió a esta pregunta, que estaba en la mente de todos:

—Preciso es que estas bestias hayan sido espantadas por las sacudidas del terremoto. Sin duda, arrojadas por las aguas del Tortuga o del Suapúre, que se han salido de madre, vienen a buscar refugio en el Orinoco, y tal vez más allá, arrastradas por el poderoso instinto de conservación.

Era esta explicación muy natural, además, la única admisible. La sierra Matapey y sus alrededores habían debido ser conmovidos profundamente por aquel temblor de tierra. Ya en estas condiciones, semejante invasión se había producido fuera de los meses de marzo y abril, en que se efectúa de manera regular, y los ribereños del río no tenían motivo para sorprenderse. Sin embargo, hasta cierto punto podían mostrarse inquietos.

Ahora bien: admitida la presencia de las tortugas, ¿de dónde provenían los tiros? ¿Quién se había visto en la necesidad de defenderse de los quelonios? Y además, ¿qué podían las balas contra sus impenetrables caparazones? Bien pronto se dio la explicación a través del desgarramiento de la espesa nube.

En efecto, las tortugas avanzaban en masa compacta oprimidas las unas contra las otras. Era una inmensa superficie de escamas en movimiento que cubría varios kilómetros cuadrados. Sobre esta superficie movable se agitaba un centenar de animales, los que, para evitar ser aplastados, habían buscado refugio en ella. Allí, sorprendidos por aquella invasión, a través de los llanos corría y saltaba una tropa de monos que parecían encontrar el caso chistoso, para emplear una locución del sargento Marcial. Además, veíanse varias parejas de esas fieras acostumbradas a las vastas campiñas venezolanas, jaguares, pumas, tigres, no menos temibles que si corriesen libremente por el bosque o la llanura. Y contra estas bandadas se defendían dos hombres a tiros de fusil y revólver.

Ya algunos cadáveres yacían sobre los caparazones, cuyo movimiento ondulatorio era muy molesto para los seres humanos, que no podían asegurar su pie, y que importaba poco a los cuadrúpedos y monos. ¿Quiénes eran aquellos dos hombres? Ni el jefe civil ni Marchal consiguieron reconocerles a causa de la distancia. Sin embargo, a juzgar por su traje, podía afirmarse que no eran yaruros, ni mapoyes, ni ninguno de los indios que frecuentan los territorios del Medio Orinoco.

¿Tratábase, pues, de los dos franceses que se habían aventurado en las planicies del Este, y cuyo regreso se esperaba vanamente? ¿Iba Juan de Kermor a recibir la alegría de encontrar a sus compatriotas?

Marchal, Miguel, Felipe y Varinas, el jefe civil y los habitantes que les acompañaban, habían suspendido su marcha. ¿Convenía ir más adelante? Seguramente no. Detenidos por la primera fila de tortugas, obligados a retroceder en seguida, no hubieran podido unirse a los dos hombres cercados por las fieras.

Sin embargo, Juan insistió para que se lanzasen en su auxilio, no dudando que aquellos hombres fueran el explorador y el naturalista francés.

—Es imposible —dijo Marchal—, y es inútil. Sería exponerse sin conseguir auxiliarles. Vale más dejar que las tortugas lleguen al río.

Allí se separará la masa.

—Sin duda —dijo el jefe civil—; pero estamos amenazados de un gran peligro.

—¿Cuál?

—Si esos millares de tortugas encuentran a Urbana en su camino; si no se desvía su marcha, ganando el río..., darán cuenta del pueblo.

Desgraciadamente, nada se podía hacer para evitar aquella catástrofe.

Después de haber rodeado la base del cerro, la lenta e irresistible avalancha se dirigía hacia Urbana, de la que la separaban entonces unos doscientos metros. Todo sería derribado, aplastado, hundido, en el interior del pueblo.

«La hierba no nace allí donde los turcos han pasado», se ha dicho. Nada quedaría, ni una casa, ni un árbol..., allí por donde pasaran las tortugas.

—¡El fuego...! ¡El fuego! —exclamó Marchal.

¡Sí! El fuego era la única barrera que podría detener la invasión.

Los habitantes del pueblo, al pensar en el peligro que corrían, las mujeres y los niños sobre todo, lanzaban gritos de espanto.

Marchal había sido comprendido, y los pasajeros de las piraguas y los tripulantes de éstas pusieron manos a la obra.

Ante el pueblo se extendían inmensas praderas revestidas de espesa hierba que dos días de ardiente sol habían ya secado, y sobre la que algunos árboles erguían sus ramas, cargadas de frutos. No había que dudar en sacrificar estas plantaciones.

En diez o doce sitios, a cien pasos de Urbana, el fuego se hizo simultáneamente. Las llamas brotaron como si saliesen de las entrañas de la tierra. Intenso humo se mezcló a la nube de polvo que se dirigía hacia el río.

Y, sin embargo, la masa de tortugas avanzaba siempre, y avanzaría, sin duda, hasta que la primera fila sintiese el fuego. Tal vez entonces las últimas filas empujarían a las primeras hasta las llamas, y las extinguirían aplastando la hierba.

En tal caso, el peligro no habría sido conjurado, y Urbana se convertiría bien pronto en un montón de ruinas.

Sucedió otra cosa, y el medio propuesto por Marchal debía resultar bien.

En primer lugar, las fieras fueron recibidas a tiros por el sargento Marcial, Miguel, sus amigos y los habitantes que estaban armados, mientras los dos hombres, atacados sobre la masa movible, disparaban contra ellas sus últimas municiones.

Cogidas por ambos lados, algunas de aquellas fieras cayeron. Las otras, espantadas por las llamas, buscaron escape remontando hacia el Este, y lograron salvarse con los monos que las precedían, llenando el espacio con sus alaridos.

Se pudo ver entonces a los dos hombres precipitarse hacia la barrera de fuego, antes que a ella tocara la primera fila de tortugas, que marchaba lenta y pesadamente.

Un instante después, Jacques Helloch y Germán Paterne, pues eran ellos, se encontraban en seguridad junto a Marchal, después de haber ganado la parte de atrás del cerro.



Entonces, un poco antes de aquella cortina de llamas, que ocupaba una extensión de medio kilómetro, la masa de quelonios se inclinó a la izquierda, luego, rodeando el pueblo, descendió al río y desapareció bajo las aguas del Orinoco.

CAPÍTULO IX

TRES PIRAGUAS NAVEGANDO UNIDAS



Por consecuencia de aquella extraordinaria invasión, que había amenazado con la destrucción completa del pueblo de Urbana, la partida de las falcas se retrasó veinticuatro horas. Si la intención de los dos franceses era continuar la exploración del Orinoco hasta San Fernando de Atabapo, ¿no era lo mejor remontar con ellos el curso del río? Y en este caso, para descansar de sus fatigas y hacer sus preparativos, ¿era mucho dejar la partida para el siguiente día?

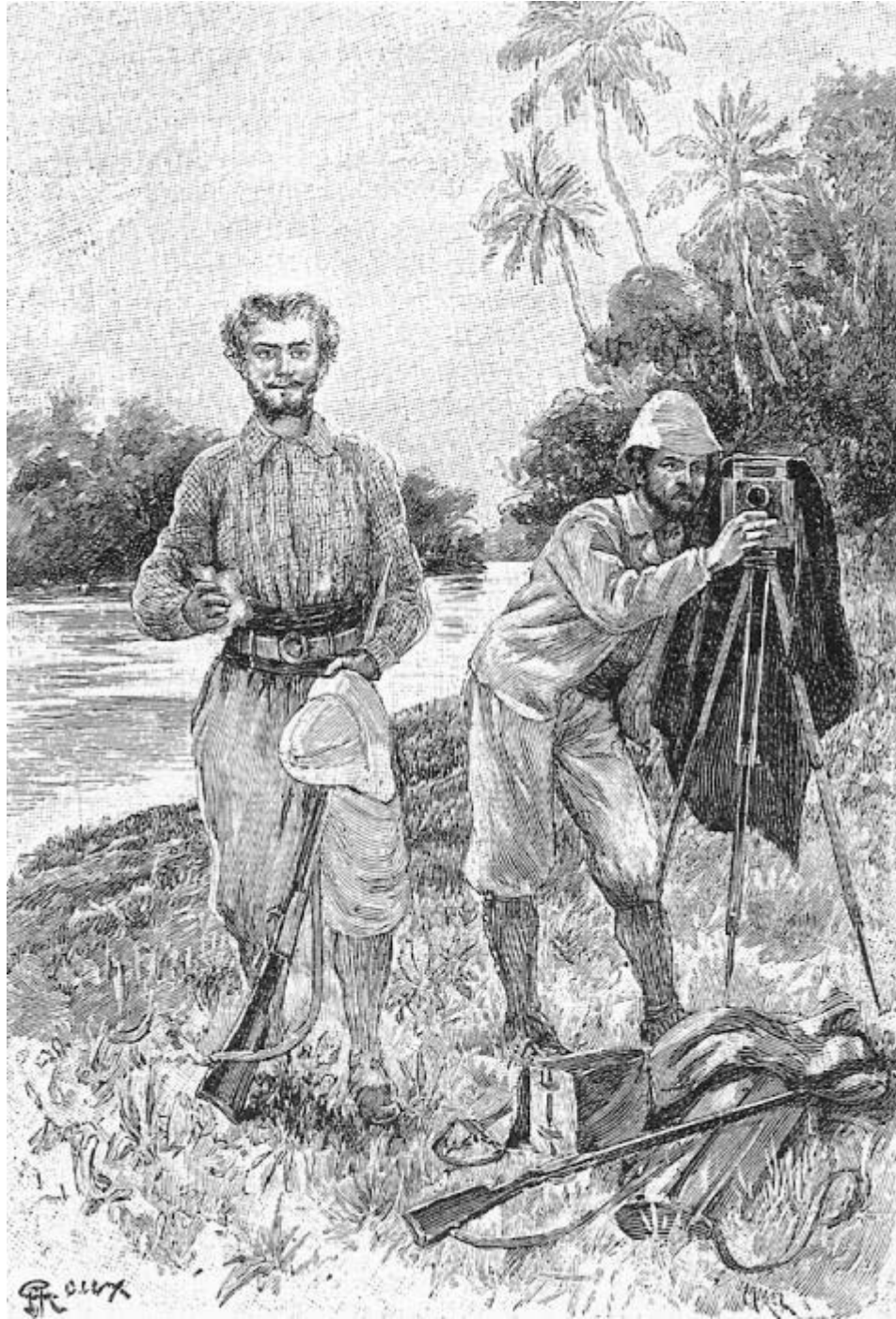
Seguramente no, y así lo juzgaron Miguel, Felipe y Varinas. Y, en verdad, hubiera sido sorprendente que el sargento Marcial y su sobrino no participasen de esta opinión.

Además, Jacques Helloch y Germán Paterne tenían su piragua, y no constituirían carga ni molestia: y, pensara lo que pensara el viejo soldado, unidas las tres embarcaciones el viaje se efectuaría con más comodidad.

—Y además, no hay que olvidar que son compatriotas nuestros —le dijo Juan de Kermor.

—Algo jóvenes —murmuró el sargento Marcial, sacudiendo la cabeza.

Sin embargo, tenía interés en conocer su historia, y cuando ellos supieron que el sargento Marcial y el joven eran franceses, y hasta bretones, se apresuraron a referirla.



Jacques Helloch, de veintiséis años de edad, era natural de Brest. Después de algunas misiones ejecutadas con audacia, había sido encargado por el ministro de Instrucción Pública de una expedición a través de los territorios del Orinoco, y seis semanas más tarde había llegado a la orilla del río.

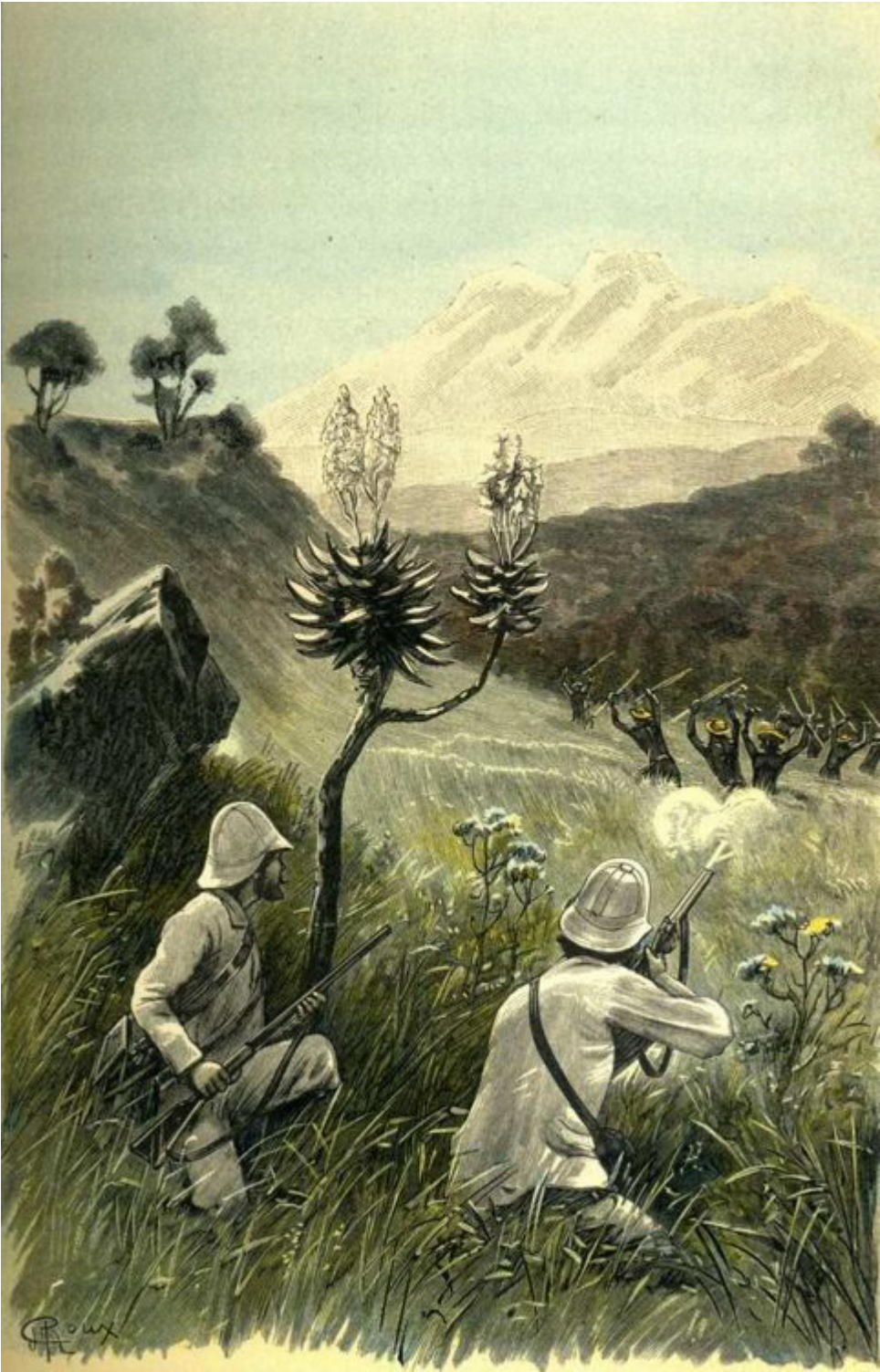
Se consideraba justamente a este joven como explorador de gran mérito, atrevido, resuelto, uniendo al valor la prudencia, y habiendo dado varias pruebas de su resistencia y energía. Sus cabellos negros, sus ojos ardientes, su tez animada por sangre generosa, su estatura más que regular, su constitución vigorosa, la elegancia natural de su persona, predisponían a favor suyo. Poseía ésa fisonomía a la vez seria y sonriente que inspira siempre simpatía desde el primer momento. Agradaba, sin hacer esfuerzo para ello, de modo natural, extraño a todo intento de hacer valer.

Su compañero, Germán Paterne, de veintiocho años de edad, unido a su misión científica por el ministro, era bretón también. Nacido de una honrada familia de Rennes; su padre, consejero, su madre y sus hermanas, vivían aún, mientras que Jacques Helloch, hijo único, había perdido a sus padres, de los que heredó regular fortuna que le hubiera bastado para el presente y el porvenir.

Germán Paterne, no menos determinado que su antiguo compañero de colegio, pero de diferente carácter, iba donde Jacques Helloch le conducía, sin hacer nunca objeción alguna. Era un apasionado de la Historia Natural, y más particularmente de la botánica, sin hablar de la fotografía, en la que se ocupaba con placer. Hubiera fotografiado bajo la metralla, sin moverse más que su objetivo.

Si no era guapo, tampoco era feo. ¿Se puede acaso serlo con una fisonomía inteligente y cuando se posee un buen humor inalterable? Algo más bajo que su amigo, disfrutaba de una salud de hierro, y poseía una constitución a toda prueba, un andar insensible a la fatiga, y uno de esos estómagos que digieren todo y no se quejan cuando la comida es frugal o tarda en llegar. Sabedor de la misión que a Jacques Helloch se le había encargado, se propuso a él como auxiliar. ¿Qué compañero mejor, más útil y seguro hubiera aquél podido encontrar? Respecto a la misión, duraría... lo que durase. Ningún plazo se les había fijado. Debía extenderse, no sólo al curso del Orinoco, sino también a sus tributarios, apenas indicados en los mapas, especialmente en su parte media hasta San

Fernando, pueblo que, en el pensamiento del ministro, sería el punto extremo a que llegasen los exploradores.



Resta ahora decir en qué condiciones, después de haber estudiado el Orinoco, desde los múltiples brazos de su desembocadura hasta Ciudad-Bolívar, y de Ciudad-Bolívar a Urbana, los dos amigos habían querido operar al Este del río. Dejando su piragua y su equipaje en Urbana, el uno había llevado sus instrumentos de observación, más una excelente carabina Hammerless, de repetición, de la casa Greener. El otro había cargado con su caja de naturalista y una no menos excelente arma de la mencionada casa, sin contar dos revólveres encerrados en su funda de cuero.

Al abandonar Urbana, Jacques Helloch y Germán Paterne se habían dirigido hacia el macizo de la sierra Matapey, imperfectamente visitada hasta entonces. Una escolta de yaruros, cargada con un ligero material de campamento, les acompañaba. Trescientos kilómetros les separaban de las riberas del Orinoco cuando tocaron el límite de su expedición, que había durado poco más de tres semanas. Después de haber estudiado el curso del Suapure en el Sur, y del río Tortuga en el Norte, procedido a levantar planos orográficos e hidrográficos recogiendo plantas que iban a enriquecer la colección del naturalista, habían, quince días antes, comenzado su viaje de regreso.

Entonces se habían producido graves e inesperados sucesos. En primer lugar, los dos jóvenes fueron atacados por una partida de esos indios bravos que vagan en cuadrillas por el interior del territorio. Cuando, no sin peligro, lograron rechazar esos ataques, tuvieron que retroceder con su escolta hasta el pie de la sierra Matapey, donde el guía y sus hombres les abandonaron traidoramente. Robado el material de viaje, reducidos a sus instrumentos y a sus armas, se encontraban a veinte leguas de Urbana. Resolvieron, pues, dirigirse hacia el pueblo, cazando para asegurarse el alimento cotidiano, y acostándose bajo los árboles, durmiendo el uno mientras velaba el otro.

Cuarenta y ocho horas antes de aquel día, y después de un temblor de tierra que sacudió la región, aquel inverosímil éxodo de

tortugas les sorprendió en su campamento. No pudieron adelantarse a aquella masa por estar cerrado el paso por las fieras que arrojaba ante ella, y no dudaron en tomar como vehículo a los quelonios que se dirigían hacia la ribera derecha del Orinoco, medida a la vez prudente y provechosa. Aún no les habían imitado más que los monos, pero a algunas leguas del río varias parejas de animales, enloquecidos y furiosos, siguieron el ejemplo de los cuadrumanos. La situación revistió entonces gran peligro. Fue preciso defenderse contra los tigres y los jaguares. Algunos cayeron a los tiros de las Hammerless, mientras la masa, semejante a los pisos móviles de las ciudades de América, continuaba acercándose al Orinoco. Sólo disponían ya de algunos cartuchos cuando advirtieron las primeras casas de Urbana, tras la cortina de llamas que protegía al pueblo, al que llegaron en las circunstancias que se saben.

Así había terminado la expedición de los exploradores franceses. Los dos jóvenes estaban sanos y salvos, Urbana había escapado al peligro de ser aplastada por la avalancha de las tortugas, y todo iba lo mejor que podía desearse.

Tal fue el relato de sus aventuras, hecho por Jacques Helloch. En cuanto al itinerario proyectado, no pensaban modificarlo. Germán Paterne y él volverían a embarcarse en su falca, y continuarían el reconocimiento del río hasta San Fernando.

—¿Hasta San Fernando? —dijo el sargento Marcial, arrugando el ceño.

—Hasta San Fernando —respondió Jacques Helloch.

—¡Ah!

Es probable que en boca del sargento Marcial, aquel ¡ah! indicase más contrariedad que satisfacción.

¡Decididamente, el tío interino de Juan era cada vez menos sociable!

Juan tuvo entonces que referir su historia, y no es de extrañar que Jacques Helloch sintiera vivísimo interés por aquel joven que apenas contaba diecisiete años y no retrocedía ante los riesgos de semejante viaje. Ni él ni su compañero conocían personalmente al

coronel De Kermor, pero en Bretaña habían oído hablar de su desaparición, y ahora la casualidad les ponía en el camino a aquel niño que iba en busca de su padre. Germán Paterne conservaba algunos recuerdos de ciertos hechos relativos a la familia De Kermor, que en vano quería encontrar en el fondo de su memoria.

—Señor Kermor —dijo Jacques Helloch cuando la historia estuvo terminada—, nos felicitamos por esta circunstancia que hace que nos encontremos en el mismo camino; y puesto que nuestra intención era ir a San Fernando, iremos juntos. Allí espero que encuentre usted nuevos informes concernientes al coronel De Kermor, y si podemos serle a usted útiles, cuente con nosotros.

El joven dio las gracias a sus compañeros, mientras el sargento Marcial murmuraba en voz baja:

—¡Por una parte los tres geógrafos, y por otra los dos franceses...! ¡Mil bombas...! Son muchos..., muchos para prestarnos sus servicios... ¡Hemos de estar alerta!

Aquella tarde quedaron terminados los últimos preparativos, es decir, los que se referían a la tercera piragua, pues las otras dos estaban desde la mañana dispuestas para la partida.

La nueva falca se llamaba la *Moriche*, y su patrón era un baniva llamado Parchal.

La tripulación se componía de nueve indios. Renovadas las provisiones, Jacques Helloch no tenía que lamentar más que la pérdida del material del campamento, robado en el curso de la expedición a la sierra Matapey. Respecto a Germán Paterne, como había salvado intacta su bien surtida caja de botánico, no tenía motivo para quejarse.

Al día siguiente, 28 de agosto, al alba, los pasajeros de las tres piraguas se despidieron del jefe civil de Urbana, de Marchal y de los habitantes que les habían hecho tan cordial recibimiento.

El excelente anciano estrechó en sus brazos al joven, al que esperaba volver a ver cuando el coronel De Kermor y él pasaran de

nuevo ante el hato de Tigra, donde no rehusarían detenerse algunos días. Después le dijo:

—Animo, hijo mío; mis deseos te acompañan... ¡Dios te guíe!

Las tres falcas desamarraron. El viento que soplaba del Norte favorecía la marcha, y como mostraba tendencia a refrescar, se podía contar con una navegación rápida. Izadas las velas, las piraguas, después de un adiós último a Urbana, se dirigieron por la ribera derecha, donde la corriente era menos acentuada.

A partir de Urbana, el Orinoco remonta casi en línea recta de Norte a Sur hasta San Fernando. Dichos dos pueblos ocupan cada uno el ángulo de las dos principales curvaturas del río, casi sobre el mismo meridiano. Si el viento se mantenía en esta dirección, el viaje no sufriría ningún retraso.

Las tres falcas marchaban unidas, a una misma velocidad, ya en hilera, como las chalanas del Loira, cuando la estrechez del río lo exigía, ya de frente cuando el paso presentaba suficiente anchura.

No significa esto que el lecho del Orinoco no tuviera bastante extensión de una a otra ribera; pero más arriba de Urbana su lecho está obstruido por vastas playas arenosas. Verdad que en aquella época estas playas, reducidas por la crecida de las aguas, se dibujaban como otras tantas islas, con mía parte central al abrigo de las inundaciones, que se mostraba llena de verdura. De aquí la necesidad de aventurarse entre estas islas y a través de los cuatro brazos que forman, y de los que solamente dos son navegables durante el período de sequía.

Cuando las piraguas no estaban separadas más que por intervalo de algunos metros, podían hablarse de una a otra.

Interpelado Juan, no podía menos de responder. Se hablaba, sobre todo, del viaje en busca del coronel De Kermor, de las probabilidades de éxito, y Jacques Helloch daba ánimos al joven.

De vez en cuando, Germán Paterne, con su objetivo colocado a la popa de la *Moriche*, tomaba instantáneas cuando el paisaje valía la pena de reproducirlo fotográficamente.

No solamente entre su embarcación y la *Gallinetta* se cambiaban frases. Los dos franceses se interesaban también en la expedición geográfica de Miguel, Felipe y Varinas. Con frecuencia les oía discutir, y con gran animación cuando creían poder deducir algún argumento de una observación recogida en el camino. Sin gran esfuerzo habían reconocido la diversidad de caracteres de los tres sabios venezolanos, y Miguel era quien les inspiraba más simpatía y confianza. En suma, aquellas gentes se entendían, y Jacques Helloch hasta excusaba el mal humor de viejo soldado del sargento Marcial.

Habíase hecho la siguiente reflexión, que no parecía haber invadido la mente de Miguel y de sus colegas, y la había comunicado a Germán Paterne:

—¿No encuentras singular que ese gruñón sea tío del joven Kermor?

—¿Por qué, si el coronel y él son cuñados?

—Efectivamente; pero confesarás que no han caminado al mismo paso. El uno ha llegado a coronel, y el otro ha permanecido sargento.

—Esto es cosa que se ve con frecuencia.

—Sea..., Germán. Después de todo, si les conviene ser tío y sobrino, esto es cosa que no me interesa.

En realidad, Jacques Helloch tenía alguna razón para encontrar extraña la cosa, y su opinión era que no había más que un parentesco de ocasión, improvisado para la mayor facilidad del viaje.

Durante la mañana, la flotilla pasó por la boca del Capanaparo, después de la de Indabaro, que no es más que un brazo de este último afluente.

Claro es que los principales cazadores de las piraguas, Miguel por una parte, y Jacques Helloch por otra, disparaban con placer sobre la caza acuática que se ponía a tiro. Los ánades y las zuritas, convenientemente preparados, alternaban con la carne seca y las conservas.

La ribera izquierda ofrecía entonces un espectáculo curioso con su costa de rocas talladas a pico, primeros escalones de los cerros de Baraguán, al pie de los cuales el río tiene aún una anchura de 1800 metros. Más allá tiende a estrecharse hacia la desembocadura del Mina, y la corriente, que se hace más rápida, amenaza retardar la marcha de las falcas. Por fortuna, el viento soplaba fuerte, hasta el punto que los mástiles cedían a la tensión de las velas.

Por la tarde, a eso de las tres, se llegó ante el hato de Tigra, propiedad de Marchal.

No había duda de que, de estar en su casa el hospitalario viejo, hubiera sido preciso, de bueno o mal grado —de bueno, seguramente—, hacer allí escala durante un día por lo menos.

Marchal no hubiera permitido ni a Jacques Helloch ni a Germán Paterne que no le favoreciesen con una segunda visita además de aquella que los viajeros le habían prometido a su regreso.

Pero si los pasajeros no desembarcaron, al menos quisieron llevar una vista del pintoresco hato de Tigra del que Germán Paterne sacó una fotografía.

Desde este punto la navegación se hizo bastante difícil, y lo hubiera sido aún más de no conservar el viento la dirección y la fuerza suficientes para permitir a las falcas avanzar contra la corriente. La anchura del Orinoco estaba entonces reducida a mil doscientos metros, y numerosos arrecifes obstruían su lecho, sinuoso en extremo.

Todas estas dificultades fueron vencidas gracias a la habilidad de los marineros. Hacia las cinco y media de la tarde, las falcas, después de pasar el río Caripo, fueron a tomar su puesto de noche en la desembocadura del río Sinaruco.

A poca distancia estaba la isla Macupina, cubierta de árboles muy unidos y que presenta un bosque casi impenetrable. Se compone en parte de numerosas palmas llaneras, especie de palmeras, cuyas hojas tienen cuatro o cinco metros, y que sirven para fabricar los techos de las cabañas cuando los indígenas tienen necesidad de un refugio temporal en la época de la pesca.

Precisamente había allí algunas familias de mapoyes, con los que Miguel y Jacques entablaron relaciones. Cuando las piraguas arribaron, ellos desembarcaron a fin de dedicarse a la caza, y no sin resultado.

Al pronto, siguiendo las costumbres del país, las mujeres huyeron al aproximarse aquellos extranjeros, y no reaparecieron hasta después de haberse cubierto con la larga camisa, que las cubre de manera casi decente. Antes no llevaban más que el taparrabo, como los hombres, y no tenían más velo que su larga cabellera. Estos indios se distinguen entre los diversos pueblos que forman la población indígena de Venezuela central. Robustos, de recios músculos y bien formados, dan idea de fuerza y de salud.

Gracias a su concurso, los cazadores pudieron penetrar a través del espeso bosque que se presenta a la desembocadura del Sinaruco.

Dos tiros hicieron caer a dos pecaríes de gran tamaño, sin hablar de los que en el curso de la cacería fueron dirigidos inútilmente a una bandada de capuchinos, monos dignos sin duda de esta designación de congregantes.

—Es difícil acercarse a ellos —dijo Miguel—; y en cuanto a mí, jamás he tocado a uno. Me han hecho perder pólvora y plomo.

—Y es de lamentar, Miguel. Pues un mono bien guisado ofrece a los *gourmets* excelente regalo.

Tal es también la opinión de Chaffanjon, como declaró Juan.

Un mono limpiado y asado a fuego lento, según la moda india, hasta tomar un color dorado apetitoso, es un manjar escogido.

Aquella noche fue preciso contentarse con los pecaríes, que se repartieron entre las tres piraguas. Seguramente el sargento Marcial hubiera hecho mal en rehusar la parte que le entregó Jacques Helloch, atención que el joven agradeció diciendo:

—Si nuestro compatriota hace el elogio del mono asado, no alaba menos los méritos del pecarí y asegura no haber comido cosa mejor durante el curso de su expedición.

—Tiene razón, señor De Kermor —respondió Jacques Helloch—, y a falta de monos...

—¡Se comen mirlos! —respondió el sargento Marcial, que consideró esta respuesta como un delicado cumplido.

En realidad, estos pecaríes, llamados báquiras en lengua india, estaban deliciosos, y el sargento Marcial tuvo que convenir en ello. Sin embargo, como declaró a Juan, estaba resuelto a no comer nunca más que aquellos que él hubiese matado con su propia mano.

—Sin embargo, tío, es difícil rehusar... Helloch es muy complaciente.

—Demasiado complaciente, sobrino... Por lo demás, ¡qué diablo!, aquí estoy yo, y como se me ponga un pecarí a tiro, le derribaré tan certeramente como ese Helloch.

Sonrió el joven, y tendiendo la mano a su compañero, murmuró:

—Felizmente, todas estás cortesías, que no me agradan, terminarán en San Fernando.

Partióse al día siguiente, al alba, cuando los pasajeros reposaban aún en sus lechos. El viento parecía bien establecido al Norte, y los patrones Valdez, Martos y Parchal, saliendo a buena hora, esperaban llegar la tarde misma a Cariben, algunos kilómetros más abajo de la desembocadura del Meta.

Durante el día no hubo incidente alguno en la navegación. Las aguas del río estaban entonces bastante altas, y las piraguas pudieron franquear las caprichosas angosturas entre los arrecifes, principalmente las del extremo superior de la isla Parguaza, nombre del río que desemboca en la ribera derecha.

Formaba este paso una especie de raudal, de acceso poco fácil durante la estación seca. Sin embargo, su anchura no es comparable a la de otros raudales que las falcas debían encontrar en las proximidades de Atures, a unas treinta leguas sobre el curso superior del Orinoco. No hubo, pues, necesidad de efectuar el desembarco del material ni de proceder a esos acarreos que ocasionan tantas fatigas y retrasos.

El terreno, a la derecha del río, presentaba a aquella altura un aspecto muy diferente. No era ya inmensidad de planicies que se extendía hasta el horizonte, donde se perfilaban las montañas. Los movimientos del suelo, muy acentuados y muy frecuentes, formaban tumescencias abandonadas de extraño aspecto, disposición orográfica que en el Este formaba verdaderas cadenas. Parecía una especie de cordillera ribereña que contrastaba con los llanos de la ribera derecha. Entre estos cerros podían distinguirse los de Carichana, caprichosamente dibujados en medio de una región cubierta de árboles y lujuriente verdura.

Por la tarde, cuando la ribera derecha se convirtió en plana, las piraguas se elevaron hacia la izquierda, a fin de remontar el raudal de Cariben, único paso practicable que el río ofrece en este sitio.

Al Este se extendían esas extensas playas de tortugas, tan fructuosamente explotadas en otra época, y que valían tanto como las de Urbana. Pero esta explotación, mal dispuesta, conducida sin cuidado, entregada a la avidez desordenada de los indígenas, producirá, seguramente, la total destrucción de los quelonios. Lo cierto es que las tortugas han abandonado poco a poco las playas en aquella parte. También Cariben, muy bien situado a poca distancia del Meta, uno de los grandes afluentes del río, ha perdido toda su importancia. Es un pueblecillo, y acabará por descender al rango de las miserables aldehuelas del Medio Orinoco.

Rodéanlo las orillas graníticas de una isla que lleva el nombre de Piedra del Tigre: los pasajeros de las piraguas se encontraron en presencia de una curiosa colección de esas rocas sonoras que son célebres en Venezuela.

En primer lugar, su oído fue sorprendido por una serie de sonidos musicales distintos, conjunto armónico de particular intensidad.

Como las falcas navegaban entonces muy cerca una de otra, se pudo oír al sargento Marcial que decía a proa de la Gallineta:

—¡Ah...! ¿Qué charanga es la que nos da tal serenata?

No se trata de una serenata, aunque la región fuese tan española en sus costumbres como Castilla o Andalucía. Los viajeros hubieran podido creerse trasladados a Tebas, al pie de la estatua de Memnón.

Miguel se apresuró a dar la explicación de tal fenómeno de acústica, que no es extraño en aquel país.

—Al levantarse el sol —dijo—, esta música que llega a nuestros oídos hubiera sido más perceptible aún, y la causa es la siguiente: estas rocas contienen abundancia de mica, y bajo los rayos solares, cuando el aire comprimido se escapa por las hendiduras de las rocas, hace que vibren...

—¡Ah...! —respondió Jacques Helloch—. El sol es un hábil ejecutante.

—¡Esto vale menos que la gaita de nuestra Bretaña! —dijo el sargento Marcial.

—No —respondió Germán Paterne—. Por lo menos es un órgano natural, y esto es un paisaje de buen efecto.

—¡Pero hay mucha gente para oírlo! —gruñó el sargento Marcial.

CAPÍTULO X

EN LA DESEMBOCADURA DEL META



Después de acercarse a la ribera izquierda del río, las tres piraguas pudieron apartarse del raudal de Cariben sin necesidad de desembarcar su material. Hacia las seis de la tarde fueron una tras otra a amarrar en el fondo de un puertecillo.

En otra época, los pasajeros hubieran encontrado en aquel sitio una aldea habitada por una población activa, dotada de cierto movimiento comercial y que deseaba prosperar. Al presente, la ruina había llegado^ por las causas que se saben, y Cariben no contaba más que cinco casas de indios, una menos que en la época en que Chaffanjon desembarcara allí con el general Oublion.

Pedir hospitalidad a los pocos yaruros que las habitan no hubiera ofrecido ventaja alguna. Tampoco podían las falcas reponer sus provisiones, cosa que no importaba, pues en Urbana lo habían hecho abundantemente y podrían llegar a Atures sin tener necesidad de renovar las provisiones.

Al día siguiente, 31 de agosto, las amarras fueron largadas poco antes del alba. La navegación seguiría aún perfectamente si la brisa continuaba soplando del Norte. La dirección que había de seguirse era al Sur, y Cariben se encontraba a mitad del camino, entre Urbana y San Fernando.

El viento venía del Norte, pero por ráfagas, y no había que contar con las velas, que, hinchadas dos o tres minutos, caían en seguida

inertes a lo largo de los mástiles. Preciso fue recurrir a las palancas y a los remos, pues en aquella altura la corriente, reforzada por el Meta, algunos kilómetros más arriba, era bastante fuerte.

En aquella parte de su curso, el Orinoco no estaba desierto. Algunas embarcaciones indígenas subían o bajaban por él. Ninguna manifestó intenciones de acercarse a las piraguas.

Tales embarcaciones servían a los quivas, que frecuentan el río en las proximidades de su importante tributario. No había por qué asombrarse, ni lamentar no entrar en comunicación con ellos, pues estos indios gozan de reputación tan detestable como merecida.

A las once cesó el viento, y Valdez y los otros dos patrones hicieron bajar las velas. Hubo entonces necesidad de navegar con las palancas a lo largo de la ribera, donde la comente se dejaba sentir menos.

Las piraguas avanzaron, pues, muy poco durante aquel día pesado y lluvioso, y a las cinco de la tarde fueron a anclar en la desembocadura del Meta, tras una punta de su ribera derecha, donde se encontraban fuera de la corriente.

Al acercarse la noche serenóse el cielo. Ya no llovía. En la atmósfera reinaba gran calma. Por entre las nubes, en el Poniente, el sol envió sus últimos rayos sobre las aguas del Meta, que parecían mezclarse con las del Orinoco en un arroyo luminoso.

Las falcas se colocaron unidas, y en medio la *Gallinetta*. Parecía como si los viajeros ocuparan las tres cámaras de una casa única; tres cámaras cuyas puertas estaban abiertas.

En estas condiciones, después de tantas horas desagradables que el huracán había obligado a pasar bajo los *roufs*, ¿por qué no respirar juntos al aire libre de la noche? ¿Por qué no comer juntos? ¿Por qué no conversar como amigos reunidos a la misma mesa?

Por «oso» que fuera el sargento Marcial, hubiese hecho mal en quejarse de aquella vida en común.

Los cuatro franceses y los tres venezolanos fraternizaron.

Cada cual tomó parte en la conversación, llevada en primer lugar por Jacques Helloch, a un terreno propio para que los adversarios

llegasen a las manos: al terreno geográfico.

Tal vez maliciosamente, dijo:

—Señor Miguel, henos en la desembocadura del Meta.

—Efectivamente, señor Helloch.



—Éste es, según creo, uno de los afluentes del Orinoco.

—Sí, y uno de los más importantes, puesto que vierte en él cuatro mil quinientos metros cúbicos de agua por segundo.

—¿No viene de las altas cordilleras de la República colombiana?

—Como usted lo dice —respondió entonces Felipe, que no comprendía del todo a qué tendían las preguntas de Jacques Helloch.

—¿No recibe a su paso gran número de tributarios?

—Gran número —respondió Miguel—; y los más considerables son el Upia y el Humadea, en la unión de los cuales él toma su nombre, y además el Casanare, que ha dado el suyo a una inmensa extensión de llanos.

—Mi querido Juan —dijo entonces Jacques—, si usted me permite que le llame así...

El rostro del joven se ruborizó ligeramente, y el sargento Marcial se levantó como impulsado por un resorte.

—¿Qué tiene usted, sargento? —preguntó Miguel.

—¡Nada! —respondió el viejo soldado sentándose de nuevo.

Jacques Helloch continuó:

—Mi querido Juan, creo que nunca encontraremos mejor ocasión de hablar del Meta, puesto que ahora corre bajo nuestros ojos.

—Y puedes añadir —hizo observar Germán Paterne volviéndose amablemente hacia Miguel y sus dos colegas— que nunca tendremos mejores profesores para instruimos.

—Son ustedes muy amables, señores —respondió Varinas—; pero no conocemos el Meta, tanto como se figuran ustedes... ¡Ah...! Si se tratase del Guaviare...

—O del Atabapo... —respondió Felipe.

—Allí llegaremos, señores —dijo Jacques—. Sin embargo, como creo que el señor Miguel está muy al corriente de la hidrografía del Meta, proseguiré preguntándole si este afluente del Orinoco no alcanza alguna vez gran anchura.

—Efectivamente, y esta anchura puede llegar a dos mil metros —respondió Miguel.

—¿Y su profundidad?

—Actualmente, desde que el canal está abalizado, los navíos de seis pies remontan hasta el confluente Upia durante la estación de las lluvias, y hasta una tercera parte de este recorrido durante la sequía.

—Dedúcese de esto —concluyó Jacques Helloch— que el Meta es una vía de comunicación natural entre el Atlántico y Colombia.

—Esto no es discutible —respondió Miguel—, y algunos geógrafos han afirmado, con justicia, que el Meta era el camino más corto de Bogotá a París.

—Pues bien: entonces, señores, ¿por qué en lugar de ser un simple tributario del Orinoco, no ha de ser el Meta el mismo Orinoco, y por qué, señores Felipe y Varinas, no abandonan las pretensiones, no muy justificadas, del Guaviare y del Atabapo?

¡Ah...! ¿A esto quería ir a parar aquel francés? Se comprende que no pudo acabar su frase sin que los campeones del Atabapo y del Guaviare protestasen con sus ademanes, a falta de palabras.

Inmediatamente empezó una violentísima discusión y una lluvia de argumentos sobre el audaz que acababa de promover la cuestión relativa al curso del Orinoco. No era que a él le interesase gran cosa el asunto, pues él creía que la verdad estaba de parte de Miguel y de la mayor parte de los geógrafos; pero le agradaba ver discutir a los rivales. Y, realmente, sus argumentos valían tanto como los de Varinas y Felipe, pues, por su importancia hidrográfica, el Meta no cede al Atabapo y al Guaviare. Los dos sabios no quisieron cejar, y la discusión se hubiera, sin duda, prolongado durante gran parte de la noche, a no cambiar su curso Juan de Kermor, dirigiendo una pregunta más seria a Miguel.

Según su guía, las riberas del Meta eran frecuentadas por temibles indios. Así, Juan preguntó qué había de cierto en este punto.

—Esto nos interesa más —respondió Miguel, al que no disgustaba cambiar el giro de la conversación.

En efecto, sus dos colegas, según costumbre, no temen trazas de terminar su disputa... Y ¿qué sería cuando se encontraran en las confluencias de los dos ríos?

—Se trata de los quivas —dijo Miguel—, una tribu cuya ferocidad es demasiado conocida por los viajeros que navegan hasta San Fernando. Se habla de que una cuadrilla de esos indios ha franqueado el río y ganado los territorios del Este, donde se entrega a la matanza y al pillaje.

—¿No ha muerto el jefe de esa cuadrilla? —hizo observar Jacques Helloch, que había oído hablar de aquellos bandidos.

—Ha muerto, en efecto —respondió Miguel—, hará unos dos años.

—Y ¿qué clase de hombre era?

—Un negro llamado Sarrapia, que la cuadrilla había puesto a su cabeza, y que ha sido reemplazado por un criminal huido de presidio.

—Los quivas —dijo Juan—, esos que han permanecido en las riberas del Orinoco...

—No son menos temibles —afirmó Miguel—. La mayor parte de las canoas que hemos encontrado desde Cariben les pertenecen, y será prudente estar en guardia mientras no hayamos pasado estos territorios, donde esos bandidos, capaces de todos los crímenes, son aún muy numerosos.

Esta afirmación estaba justificada por los ataques de que recientemente habían sido víctimas algunos mercaderes de San Fernando. Decíase que el presidente de Venezuela y el Congreso pensaban organizar una expedición, cuyo objeto era destruir estas cuadrillas de bandidos que infestaban el Alto Orinoco. Después de haber sido arrojados de Colombia, los quivas lo serían de Venezuela, y a menos de no ser muertos todos, el Brasil sería el teatro de sus crímenes. Mientras la expedición llegaba, los quivas hacían correr a los viajeros grandes peligros, sobre todo desde que tenían por jefe a un criminal evadido del presidio de Cayena. Así es

que los pasajeros de las tres piraguas debían ejercer minuciosa e incesante vigilancia en el curso de aquella navegación.

—Es cierto que somos un gran número, contando a nuestros marineros, que nos son leales —declaró Jacques Helloch—, y que no estamos escasos de armas ni de municiones... Mi querido Juan, esta noche puede usted dormir tranquilo. Nosotros vigilarémos su sueño.

—¡Me parece que eso es cosa mía! —hizo observar secamente el sargento Marcial.

—A todos nos interesa, mi bravo sargento —respondió Jacques Helloch—. Lo esencial es que su sobrino no se vea privado de sueño a su edad.

—Le doy a usted las gracias, señor Helloch —respondió el joven sonriendo—; pero lo mejor es que vigilemos por turno.

—¡A cada cual su turno! —añadió el sargento Marcial, prometiéndose que si Juan dormía cuando le correspondiese hacer la guardia, no había de interrumpir su sueño.

Tomada esta determinación, fue confiada a los franceses la guardia de ocho a once. De once a dos les relevarían Miguel y sus dos colegas, y a las dos, el sargento y Juan les reemplazarían hasta el alba.

Los pasajeros de la *Gallinetta* y de la *Maripare* fueron pues, a tenderse sobre sus lechos, mientras por su parte los tripulantes, tras la fatiga de la ruda marcha, tomaban un descanso que tenían bien merecido.

Jacques Helloch y Germán Paterne se colocaron en la popa de la piragua. Desde allí su vigilancia podía extenderse a la parte superior e inferior del río, y hasta la desembocadura del Meta. Por la parte de la ribera no había nada que temer, pues limitaba con una especie de pantano impracticable.

Los dos amigos, sentados juntos, hablaban de distintas cosas. Uno fumaba uno de aquellos cigarros de los que iba bien provisto, pues el tabaco es de cambio corriente con los ribereños del Orinoco.

El otro fumaba su pipa, a la que era tan fiel como el sargento Marcial a la suya.

Las estrellas brillaban en el firmamento, limpio de toda humedad, libre de toda nube. El viento, muy débil, no se manifestaba más que en ligeros soplos intermitentes, La Cruz del Sur resplandecía a algunos grados sobre el horizonte. Merced a esta calma de los elementos, el menor ruido, el agua hendida por alguna embarcación, agitada por un remo, se hubiera oído desde lejos, y bastaría con observar las riberas con alguna atención para prevenir cualquier aproximación sospechosa.

En esta vigilancia se empleaban los dos jóvenes, abandonándose a íntima conversación.

Juan de Kermor inspiraba vivísima simpatía a Jacques Helloch. No veía éste sin recelo a un joven de la edad de aquél lanzado a la aventura de un viaje lleno de peligros. Admirando el generoso móvil que le impulsaba, Helloch se espantaba ante los riesgos a que le exponía su proyecto de aventurarse... ¡quién sabe hasta dónde!

Varias veces había hablado de la familia del coronel De Kermor con Germán Paterne, y éste buscaba en su memoria con motivo de aquella familia, de la que seguramente había oído hablar hacía quince años.

—Germán —le dijo aquella noche Jacques Helloch—, no puedo hacerme a la idea de que este niño (porque no es más que un niño) se aventure así a través de las regiones del Alto Orinoco. ¿Y bajo el amparo de quién? De ese valiente viejo, excelente corazón, convengo en ello, pero se me antoja que no es el guía que conviene a su sobrino si las circunstancias fuesen graves.

—Pero ¿es su tío? —interrumpió Germán Paterne—. Esto me parece dudoso, por lo menos.

—Que el sargento Marcial sea o no el tío de Juan de Kermor poco importaría, siempre que ese soldado fuera aún un hombre en la fuerza de su edad, acostumbrado a estas peligrosas expediciones... Yo me pregunto cómo ha podido consentir...

—Consentir..., bien dices, Jacques —insistió Germán Paterne, sacudiendo la ceniza de su pipa—. Sí... Consentir, pues indudablemente nuestro joven es quien ha tenido la idea de este viaje. Él es quien ha arrastrado a su tío. No..., decididamente ese viejo soldado no es su tío, pues me parece recordar que el coronel De Kermor no tenía familia cuando abandonó Nantes.

—Para ir... ¿adónde?

—Jamás se ha podido saber.

—Sin embargo, lo que su hijo dice haber sabido por la última carta, escrita en San Fernando... En verdad, que si han partido en virtud de vagos informes...

—Esperan obtenerlos más completos en San Fernando, donde es seguro que el coronel De Kermor ha estado hace doce años.

—En efecto, Germán y esto es lo que me inquieta; si ese joven recoge nuevos informes en San Fernando, ¿quién sabe si no querrá ir más lejos... mucho más lejos..., quizás a Colombia, a través de los territorios del Atabapo o del Guaviare, o a las fuentes del Orinoco! Esta tentativa le conduciría a una pérdida segura.

En este instante Germán Paterne interrumpió a su compañero, diciendo en voz baja:

—¿No oyes nada, Jacques?

Éste se arrastró hacia la proa de la piragua, prestó oído, recorriendo con la mirada la superficie del río desde la orilla opuesta hasta la amplia desembocadura del Meta.

—No veo nada —dijo entonces a su amigo, que le había seguido—, y sin embargo... Sí —añadió, después de escuchar con más atención—, suena un ruido sobre el agua.

—¿No sería prudente despertar a la tripulación?

—Espera... Ese ruido no es el de una canoa que se aproxima. Tal vez son las aguas del Meta y del Orinoco que chocan.

—¡Calla...! ¡Calla...! ¡Allí...! —dijo Germán Paterne.

E indicaba algunos puntos negros que se movían a un centenar de pies más abajo de las falcas.

Jacques Helloch fue a coger su carabina y se inclinó sobre la banda de la piragua.



—No es una embarcación, y sin embargo, creo distinguir...

Se había echado a la cara su carabina, cuando Germán Paterne le detuvo con un gesto.

—¡No tires! ¡No tires...! —repitió—. No se trata de quivas... Son honrados anfibios que salen a respirar a la superficie del agua.

—¿Anfibios?

—Sí... Tres o cuatro de esos manatíes, huéspedes habituales del Orinoco.

Germán Paterne no se equivocaba. Eran parejas de vacas marinas —manatíes y toninas—, que se encuentran frecuentemente en los ríos y en las riberas de Venezuela.

Estos inofensivos anfibios se aproximaban lentamente a las piraguas. Sobrecogidos de espanto, sin duda, desaparecieron casi en seguida.

Los dos jóvenes volvieron a ocupar su sitio en la popa, y la conversación, un momento interrumpida, recomenzó, después que Germán Paterne hubo llenado de nuevo y encendido su pipa.

—Decías hace un momento —preguntó Jacques Helloch— que, si no te engañan tus recuerdos, el coronel De Kermor no tenía familia.

—Creo poder afirmarlo, Jacques... Y espera... Recuerdo un detalle... Tuvo un pleito que le puso un pariente de su mujer, y que el coronel ganó en Rennes, después de haberlo perdido en primera instancia en Nantes. Sí... Sí... Todo esto acude a mi memoria... Cuatro o cinco años más tarde, la señora De Kermor, que era una criolla de la isla de Martinica, pereció en un naufragio, al volver de las colonias de Francia, con su única hija... Éste fue un golpe terrible para el coronel... Después de larga enfermedad, herido en lo que era más querido para él, su mujer y su hija, sin familia, como te decía, presentó su dimisión. Algún tiempo después corrió el rumor de que había abandonado Francia. Jamás se ha sabido a qué país se había expatriado... Solamente por esa última carta dirigida desde San Fernando a uno de sus amigos... Sí. Todo esto es cierto, y me asombro de no haberlo recordado antes. Si interrogásemos al

sargento Marcial y al joven De Kermor, estoy seguro de que confirmarían mis palabras.

—No les preguntemos nada —respondió Jacques Helloch—. Éstos son asuntos privados, y fuera indiscreto, por nuestra parte, mezclarnos en ellos.

—Sea, Jacques; pero ya ves que yo tenía razón al pretender que el sargento Marcial no podía ser el tío de Juan de Kermor, puesto que el coronel De Kermor, después de la pérdida de su mujer y de su hija, carecía de parientes cercanos...

Jacques Helloch, con los brazos cruzados y la cabeza baja, reflexionaba sobre lo que acababa de oír de labios de su compañero. ¿Se equivocaría éste? No... Él habitaba en Rennes cuando el pleito del coronel De Kermor fue allí en apelación, y los hechos relatados habían sido mencionados en el curso del pleito.

Entonces hizo esta reflexión, tan natural, que cualquiera se la hubiera hecho.

—Si el sargento Marcial no es el pariente, tampoco Juan puede ser hijo del coronel De Kermor, puesto que éste sólo tuvo una hija, que pereció, muy pequeña aún, en el naufragio que costó la vida a su madre.

—Es evidente —declaró Germán Paterne—. Es imposible que ese joven sea el hijo del coronel.

—Y, sin embargo, él dice serlo —añadió Jacques Helloch.

Seguramente, allí había algo oscuro y hasta misterioso. ¿Era admisible que el joven fuese víctima de un error, error que le había arrastrado a tan peligrosa aventura? Seguramente, no... El sargento Marcial y su supuesto sobrino debían, en lo que se refería al coronel De Kermor y a los lazos que le unían a Juan, apoyarse en datos ciertos, contrarios a los informes de Germán Paterne. En resumen: el interés que Jacques Helloch sentía por el joven se acrecentaba por lo inexplicable de la situación.

Los dos amigos continuaron hablando de estas cosas hasta las once, hora en que Miguel y Felipe, dejando dormir al feroz campeón del Guaviare, fueron a relevarlos de su guardia.

—¿No han visto ustedes nada sospechoso? —preguntó Miguel, de pie en la popa de la *Maripare*.

—Absolutamente nada, Miguel —respondió Jacques Helloch—. Las riberas y el río están tranquilos.

—Y es probable que la guardia de ustedes sea tan tranquila como la nuestra —añadió Germán Paterne.

Probablemente, si Miguel y su colega emplearon en hablar las horas confiadas a su vigilancia, tal conversación no tuvo relación con la de Jacques Helloch y Germán Paterne. Felipe debió sin duda aprovecharse de la ausencia de Varinas para lanzar sobre éste todos los rayos de su argumentación, y es probable que Miguel le escuchase con su acostumbrada benevolencia.

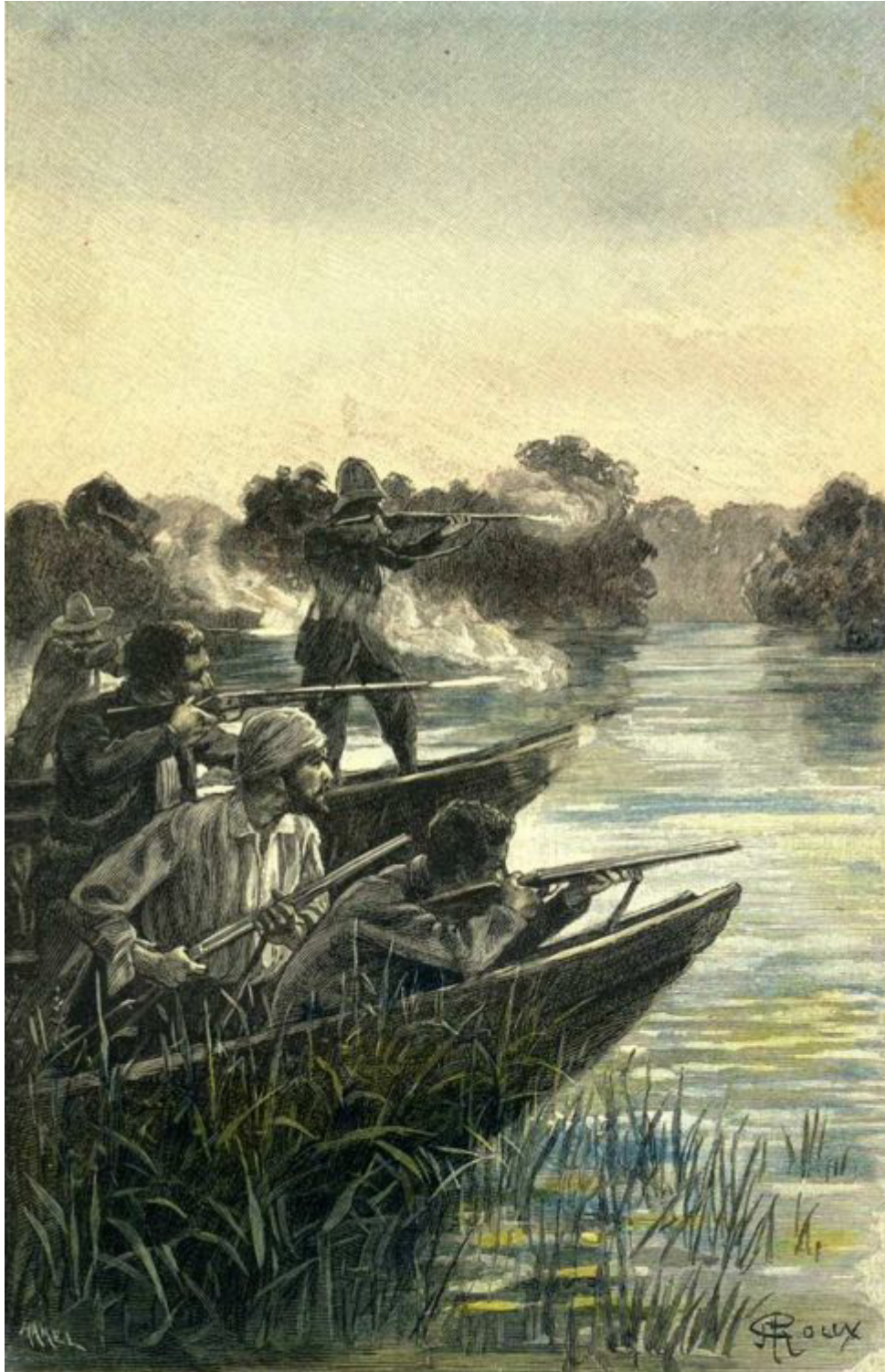
Nada anormal sucedió hasta las dos de la mañana, hora en que regresaron al *rouf* de la *Maripare*, en el momento en que el sargento Marcial iba a reemplazarlos.

El sargento se instaló en la popa de la piragua, con su carabina al lado, y se puso a reflexionar. Jamás había tenido el alma tan llena de inquietud. Y no por él, ¡gran Dios!, sino por aquel querido niño que dormía en la piragua. Veía en su pensamiento todos los detalles de aquella campaña emprendida por Juan, a la voluntad del cual había tenido que ceder; la partida de Europa, la travesía del Atlántico, los diversos incidentes sobrevenidos desde que ambos habían abandonado Ciudad-Bolívar. ¿Dónde iban y hasta dónde les arrastraría aquella campaña? ¿Qué informes recogerían en San Fernando? ¿En qué lejana aldea del territorio había ido el coronel De Kermor a encerrar los últimos años de una existencia, tan feliz al principio, tan pronto herida por la más espantosa catástrofe? Y para encontrarle, ¿a qué peligros se expondría el único ser que le quedaba en el mundo?

Además, las cosas no habían salido a gusto del sargento Marcial. Hubiera éste querido que el viaje se efectuase sin encontrar en el camino a ninguna persona extraña. Y he aquí que, en primer lugar, la *Maripare* y la *Gallinetta* habían navegado unidas. Los pasajeros habían entrado en relaciones con su supuesto sobrino,

cosa que era inevitable entre gentes que viajaban en las mismas condiciones. En segundo lugar, y esto, en opinión del sargento, era aún más grave, por razones de él sólo conocidas, la mala suerte acababa de poner ante su paso a los dos franceses. Y ¿cómo impedir que se estableciesen las más estrechas relaciones entre compatriotas, que el objeto que Juan perseguía aumentase el interés, y que se hiciera la oferta de servicios que no era posible rehusar? Y, para colmo, se trataba de bretones, de la misma Bretaña... Realmente, el azar es singularmente indiscreto y se mezcla demasiado en cosas que no le interesan.

En aquel momento, en dirección Este la calma fue turbada por un ligero ruido, especie de cadencia que se acentuaba poco a poco. Absorto en sus pensamientos, el sargento Marcial no oyó el ruido, bastante débil. No distinguió tampoco cuatro pequeñas embarcaciones que la corriente del Meta arrastraba a lo largo de la ribera derecha. Eran movidas por medio de pagayas, lo que les permitía acercarse a las falcas, rechazando la corriente de abajo.



Tripuladas por unos veinte quivas, la barcas no estaban más que a unos doscientos metros de las piraguas; y si los pasajeros eran sorprendidos durante su sueño, serían estrangulados, sin tener

tiempo de defenderse, puesto que el sargento Marcial, descuidando su vigilancia, ni veía ni oía nada.

De repente, cuando las falcas y las barcas estaban a una distancia de sesenta pies, oyóse la detonación de un arma de fuego.

Casi en seguida sonaron gritos a bordo de la embarcación más próxima.

Jacques Helloch acababa de disparar un tiro, al que siguió otro, disparado con Germán Paterne.

Eran las cinco de la mañana, y el día apuntaba. Los dos jóvenes acababan de despertarse, cuando escucharon el ruido de los remos. Arrastráronse a la proa de la *Moriche*, reconocieron la inminencia del ataque, y dispararon sus armas contra las barcas.

Dada la señal de alarma, pasajeros y tripulantes se pusieron en pie al momento. Varinas y Felipe, con el fusil en la mano, se precipitaron fuera del *rouf* de la *Maripare*. Juan apareció junto al sargento Marcial, el que, a su vez, acababa de disparar en dirección a las embarcaciones, gritando con voz desesperada:

—¡Maldito...! ¡Maldito! ¡Me he dejado sorprender!

Los quivas contestaron, y una veintena de flechas pasó por encima de las piraguas. Algunas se clavaron en el techo de los *roufs*, pero sin tocar a ninguna de las personas que iban a bordo.

Miguel y sus compañeros respondieron con una segunda descarga, y las balas, mejor dirigidas que las flechas, sembraron el desorden entre los quivas.

—¡Entre usted en el *roufs*, Juan, entre usted en el *rouf*! —gritó entonces Jacques Helloch, encontrando inútil que el joven se expusiese durante el ataque.

En aquel instante llegó una nueva nube de flechas, y una de éstas hirió al sargento Marcial en la espalda.

—¡Bien empleado me está! —exclamó éste—. ¡Lo merezco!

Tercera descarga de las carabinas y los revólveres contra las barcas.

A los quivas, no habiendo podido sorprender a los pasajeros y tripulantes, no les quedaba más remedio que la huida. Varios de

ellos habían sido muertos y algunos otros habían recibido heridas graves. Fallado el golpe, las barcas desaparecieron siguiendo el curso del Orinoco.

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XI

ESCALA EN EL PUEBLO DE ATURES



quel día —1.º de septiembre—, a las seis de la mañana, las falcas abandonaron aquellos peligrosos parajes. Pasajeros y marineros acababan de escapar de una muerte cierta en los mismos lugares donde tantos otros habían sido víctimas de aquellas crueles tribus.

«Y, decididamente —pensó Miguel—, puesto que el Congreso ha votado la destrucción de estos quivas, sería bueno poner manos a la obra en seguida».

—¡Yo tengo lo que merezco! —había gritado el sargento Marcial arrancándose la flecha, que le había desgarrado la espalda.

Y los remordimientos que tenía de haber mirado más hacia el pasado que hacia el presente, eran más poderosos que el dolor que la herida le causaba. Sin embargo, la falta no valía la muerte de un hombre, ni aun la de un buen soldado, que se había dejado

sorprender en su puesto, y se esperaba que la herida no sería mortal.

Cuando las embarcaciones se perdieron de vista, el sargento Marcial, extendido sobre el lecho del *rouf*, recibió los primeros cuidados de Juan. Pero no basta ser el sobrino de su tío y desplegar el mayor celo para obtener buenos resultados. Es preciso poseer algunos conocimientos de medicina, y el joven no los poseía.



Fue, pues, gran suerte que Germán Paterne, en su calidad de naturalista botánico, hubiese hecho estudios de Medicina y que a bordo de la *Moriche* hubiera un botiquín.

Germán Paterne, pues, prodigó sus cuidados al sargento Marcial, y no se extrañará que Jacques Helloch mostrase gran

apresuramiento en ir en su ayuda.

De este concurso de circunstancias resultó que la *Gallinetta* iba a contar durante las primeras horas de navegación con dos pasajeros más, los cuales no vieron sin conmoverse el afecto que Juan de Kermor atestiguaba al viejo soldado.

Después de haber examinado la herida, Germán Paterne reconoció que la punta de la flecha se había hundido tres centímetros, sin tocar ningún músculo ni nervio. De aquí que no había temor de que la herida tuviera consecuencias graves si la flecha no estaba envenenada, pues con frecuencia los indios del Orinoco mojan sus flechas en un líquido conocido con el nombre de curare. Este líquido está compuesto de jugo de mayaca, bejuco de la familia de las *strychneas*, y de algunas gotas de veneno de serpiente. Este producto, negruzco, brillante como el regaliz, es muy empleado por los indígenas. Parece que en otra época los indios otomacos, citados en las relaciones de Humboldt, mojaban la uña de su índice con esta sustancia y comunicaban el veneno con un solo frotamiento de su mano.

Si el sargento Marcial había sido herido por una flecha mojada en el curare, pronto se conocería. El herido no tardaría en perder la voz, después el movimiento de los miembros, de la cara y del tórax, conservando entera su inteligencia hasta la muerte, que con nada se podría evitar.

Convenía, pues, observar si durante las primeras horas se presentaban estos síntomas.

Después de la cura, el sargento no tuvo más remedio que dar las gracias a Germán Paterne, aunque le molestase la idea de que entre las dos piraguas iban a establecerse relaciones más íntimas. Después cayó en una especie de letargo, que no dejó de inquietar a sus compañeros.

El joven preguntó entonces a Germán Paterne:

—¿Cree usted que su estado es grave?

—Aún no puedo decir nada —respondió Germán Paterne—. En realidad, no hay más que una ligera herida, que se cerrará pronto si

la flecha no estaba envenenada. Esperemos.

—Mi querido Juan —añadió Jacques Helloch—, tenga usted esperanza. El sargento Marcial curará, y curará pronto. Creo que, de estar envenenada la flecha, la herida tendría ya otro aspecto.

—Ésa es mi opinión —dijo Germán Paterne—. En la próxima cura sabremos a qué atenemos..., y su tío de usted..., quiero decir, el sargento Marcial...

—¡Dios me lo conserve! —murmuró el joven.

—Sí, mi querido Juan —repitió Jacques Helloch—, Dios le conservará. Los cuidados de usted y los nuestros curarán al viejo soldado... Lo repito..., tenga usted confianza.

Y estrechó la mano de Juan de Kermor, que temblaba en la suya.

Afortunadamente, el sargento Marcial dormía.

Miguel, Felipe y Varinas, cuando las tres falcas marchaban en línea bajo la acción de una fuerte brisa del Nordeste, recibieron en seguida la noticia del herido, y pensaban que se salvaría, pues aunque los quivas emplean frecuentemente el curare para envenenar sus flechas, no es costumbre constante. La preparación de este veneno no se puede hacer más que por especialistas, si es permitido emplear este calificativo cuando se trata de salvajes, y no es siempre fácil acudir a la industria de estos entendidos. Así, pues, lo probable era que el asunto no tuviera un desenlace fatal.

Por lo demás, si, contra lo que se esperaba, el estado del sargento Marcial exigía algunos días de reposo y en mejores condiciones de las que se ofrecían a bordo de la *Gallinetta*, sería fácil hacer escala en el pueblo de Atures, unos sesenta kilómetros más arriba de las bocas del Meta.

Allí, en efecto, debían los viajeros esperar una semana, y, como el viento era favorable, había motivo para creer que el pueblo de Atures aparecería al siguiente día.

Las velas fueron estiradas de modo que se imprimiera el máximo de velocidad, y si el viento se mantenía, las falcas habrían hecho durante la noche más de la mitad del camino.

Durante la mañana, Jacques Helloch y Germán Paterne fueron tres o cuatro veces a observar al sargento Marcial. La respiración del herido era normal. Su sueño, profundo y tranquilo.

Por la tarde, a eso de la una, cuando se despertó, vio a su lado al joven y le saludó sonriendo. Pero al notar la presencia de los dos franceses, no pudo impedir un gesto de desagrado.

—¿Sufre usted mucho, sargento? —preguntó Germán Paterne.

—Yo..., caballero —respondió Marcial como molestado por la pregunta—, absolutamente nada. ¡Un rasguño! ¿Cree usted que tengo la piel de mujer? Mañana, si usted quiere, le llevaré en hombros sin molestia alguna... Además, espero levantarme.

—No, sargento; usted permanecerá acostado... Está ordenado así por el médico...

—Querido tío —añadió el joven—, tú obedecerás la orden y dentro de poco no tendrás más que dar las gracias a estos señores por sus cuidados.

—¡Está bien! ¡Está bien! —gruñó el sargento.

Germán Paterne practicó entonces una nueva cura, y aseguró que la herida no estaba envenenada. Seguramente, si la flecha lo hubiera estado, el efecto del veneno hubiera ya comenzado a manifestarse. Físicamente, si no mortalmente, el herido en aquel momento hubiese sido atacado de parálisis parcial.

—Vamos, sargento, esto va mejor —afirmó Paterne.

—Y dentro de algunos días irá bien del todo —añadió Jacques Helloch.

Después, cuando regresaron a bordo de su piragua, el sargento Marcial gruñó:

—¡No faltaba más que esto! Esos dos franceses viviendo aquí...

—¡Qué quieres, tío! —respondió Juan—. No era preciso que te hicieras herir.

—No, ¡diablo...! No hacía falta..., y mía es la culpa... He resultado un inútil que no sabe siquiera hacer su guardia.

A la hora en que el crepúsculo oscurecía las riberas del río, las piraguas llegaron a la barrera de Vivoral, donde se oían los confusos

y lejanos rumores de los raudales de Atures.

Como aún se podía temer algún ataque de los quivas, adoptáronse las más severas precauciones. El patrón Valdez no dejó que sus hombres durmieran sin haber designado a los que debían vigilar durante las primeras horas. Iguales disposiciones fueron adoptadas a bordo de las otras dos falcas por Martos y Parchal. Además, las armas, carabinas y revólveres fueron dispuestas y renovadas sus cargas.

Ninguna voz de alerta turbó aquella escala y el sargento Marcial durmió toda la noche de un sueño.

En la cura de la mañana, Germán Paterne advirtió que la herida estaba en vías de curación. Algunos días más y quedaría cicatrizada. Las consecuencias del terrible curare no eran de temer.

El tiempo permanecía puro, la brisa fresca y favorable. A lo lejos se perfilaban las montañas de las dos riberas, entre las que corren los raudales de Atures.

En este sitio, la isla Vivoral divide el río en dos brazos, cuyas aguas forman furiosas corrientes. De ordinario, en la época de sequía las rocas del lecho quedan al descubierto y es imposible pasar sin proceder al transporte de los bagajes hasta la extremidad de la isla.

Esta operación, larga y fatigosa, no fue aquella vez precisa; y arrastradas por la espía a lo largo de las orillas, las piraguas pudieron doblar la punta superior. Con esto se ganaron algunas horas, y se recomenzó la navegación regular cuando el sol pasaba el horizonte algunos grados por encima de los cerros del Cataniapo, en la ribera derecha.

Durante la mañana se siguió por la orilla con bastante comodidad, al pie de los cerros, y al mediodía las falcas se detenían en el pueblecillo de Puerto Real. Hermoso nombre para un puerto fluvial, donde están diseminadas algunas cabañas de paja apenas habitadas.

Allí es donde se efectúa el transporte del material de las embarcaciones, que es conducido por tierra al pueblo de Atures,

situado cinco kilómetros más arriba. Los guahibos buscan con afán esa ocasión de ganar algunas piastras. Cuando se ha convenido con ellos, toman los equipajes a la espalda, y los pasajeros dejan a los tripulantes la dura labor de arrastrar sus piraguas por entre las corrientes.

Este raudal es una especie de corredor labrado entre las escarpadas montañas de la ribera y de diez kilómetros de largo. Las aguas, a causa de la estrechez del desfiladero donde las arrastra la pendiente, se convierten en torrente. La naturaleza, además, no les ha dado libre paso. El lecho del río, «en escalera», como dice Humboldt, está sembrado de cornisas que transforman la corriente en catarata. Por todas partes emergen escollos llenos de verdura, rocas que toman la forma esférica y parecen sostenerse sobre su base sólo por una derogación de las leyes del equilibrio. El desnivel del río entre la parte alta y baja es de nueve metros. Y a través de aquellos bloques, sembrados aquí y allá por la superficie de estos altos fondos, prontos a cambiar de lugar, es preciso halar los barcos. Verdadero arrastre; y por poco que las circunstancias climatológicas no se presten a ello, esta maniobra exige el empleo de mucho tiempo y gran trabajo.

Se comprende que la primera operación a que se procede es a la descarga de las embarcaciones. Ninguna podría franquear los raudales sin riesgo de perder su cargamento. Ya es bastante sorprendente que puedan hacerlo vacías, y la mayor parte serían destrozadas a no ser por la maravillosa habilidad de los marineros que las dirigen.

Las tres piraguas fueron, pues, descargadas. Se trató con los guahibos para el transporte de los equipajes hasta el pueblo de Atures. El salario que piden les es generalmente pagado en telas, chucherías, cigarros y aguardiente. Verdad que no rehúsan las piastras, y el transporte de las tres falcas se hizo a un precio que pareció satisfacerles.

Hay que advertir que los pasajeros no confían sus bagajes a estos indios hasta el pueblo de Atures dejándoles que los

conduzcan. Los guahibos no merecen tan absoluta confianza, sino al contrario, y es prudente no poner a prueba su honradez. Así es que, por regla general, escoltan a los viajeros, y así se hizo en la presente ocasión.

La distancia de Puerto Real al pueblo de Atures no es más que de cinco kilómetros, y hubiera podido, por tanto, ser cómodamente recorrida en algunas horas, aun con la impedimenta del material, utensilios, mantas, vajillas, vestidos, armas, municiones, los instrumentos de observación de Jacques Helloch, los herbarios, cajas y aparatos fotográficos de Germán Paterne. Pero la dificultad no estaba en esto. ¿Podría el sargento Marcial hacer el trayecto a pie? ¿No le obligaría su herida a ser transportado sobre unas angarillas hasta el pueblo?

No. El antiguo sargento no era una mujercilla, como no cesaba de repetir, y un vendaje en la espalda no impide llevar un pie delante de otro. Su herida no le causaba sufrimiento alguno, y a Jacques Helloch, que le ofreció el brazo, le respondió:

—Gracias, caballero... Caminaré a buen paso, sin necesitar ayuda de nadie.

Juan indicó a Jacques con la mirada que lo mejor era no contradecir al sargento Marcial, ni aun con ofrecimientos cariñosos.

Despidiéronse, pues, de los tripulantes encargados de remolcar las falcas. Los patrones Valdez, Marios y Parchal prometieron no perder ni una hora, y se podía confiar en su celo.

Los pasajeros abandonaron Puerto Real hacia las once y media de la mañana.

No era preciso ir de prisa, como el sargento manifestaba estar dispuesto a hacerlo. Como Jacques Helloch y sus compañeros habían tenido la precaución de almorzar, podían llegar al pueblo de Atures a la hora de comer sin necesidad de apresurar la marcha.

El camino, o más bien el sendero, se alargaba por la ribera derecha del río. Esto evitaría atravesarlo, puesto que el pueblo está situado sobre esta ribera. A la izquierda erguía el talud o pico de cerros cuya cadena continúa hasta arriba de los raudales. A veces

el paso no bastaba más que para una persona, y la caravana marchaba en fila.



Los guahibos iban a la cabeza. Tras ellos seguían Miguel y sus dos colegas. Después, Jacques Helloch, Juan de Kermor y el sargento Marcial. Germán Paterne formaba la retaguardia.

Cuando la anchura de la ribera lo permitía, caminaban de tres en tres o de dos en dos. El joven, el sargento y Jacques se encontraban siempre en la misma línea.

Decididamente, Jacques Helloch y Juan se habían hecho amigos, y a no ser un viejo testarudo, ¿cómo ver esto con malos ojos?

De vez en cuando, Germán Paterne, con su preciosa caja a la espalda, se detenía si alguna planta solicitaba su curiosidad. Sus compañeros, que se le adelantaban, dirigíanle llamadas enérgicas que él se apresuraba a obedecer.

Era inútil intentar cazar en tales condiciones, a no presentarse la ocasión de remontar en unos cien pies las estrechas gargantas de los cerros.

Esto es lo que sucedió, con extrema satisfacción de Miguel, aunque con gran sentimiento de un mono, el primero que aquél tuvo la suerte de derribar.

—¡Mi enhorabuena, señor Miguel, mi enhorabuena! —exclamó Jacques Helloch, cuando uno de los guahibos, que se había separado, trajo la bestia en cuestión.

—La acepto, señor Helloch; y le prometo a usted que la piel de este animal figurará a nuestro regreso en el Museo de Historia Natural con esta inscripción: *Muerto por mano del señor Miguel, miembro de la Sociedad Geográfica de Ciudad-Bolívar.*

—¡Y será justo! —añadió Felipe.

—¡Pobre animal! —dijo Juan, contemplando al mono tendido en el suelo y con el corazón atravesado por una bala.

—¡Pobre, pero excelente para ser comido!, según se dice —añadió Germán Paterne.

—Efectivamente, caballero —afirmó Varinas—, y esta tarde en Atures lo apreciará usted por sí mismo. Este mono formará el plato principal de nuestra próxima comida.

—¿No será esto un acto casi de antropofagia? —hizo observar, bromeando, Jacques Helloch.

—¡Oh, señor Helloch! —respondió Juan—. Entre un mono y un hombre...

—¡Bah! No es tan grande la diferencia, mi querido Juan. ¿No es verdad, sargento?

—En efecto; ambos se entienden por gestos —respondió el sargento Marcial, y lo probaba bien en aquel momento.

Tampoco faltaba la caza de pluma: ánades, aves acuáticas en gran número, y, sobre todo, esas pavas semejantes a gallinas de gran tamaño. Sin embargo, a pesar de la facilidad de alcanzar a estos volátiles, hubiera sido difícil tomar posesión de ellos, pues hubieran caído en los remolinos del raudal.

Es verdaderamente soberbio el Orinoco cuando sus aguas se precipitan a través del raudal de Atures, que es el más largo y el más impracticable tal vez de su curso.

Figúrense los ensordecedores rumores de las cataratas, los vapores pulverizados que las coronan, el arrastre de los troncos arrancados por la violencia del torrente y, chocando contra las rocas que emergen, las porciones de orilla que se destacan por instantes y amenazan el estrecho sendero trazado en su superficie... Se pregunta uno con asombro cómo las piraguas lo pueden franquear sin dejar allí los bordes de sus costados o sus fondos. Y, en verdad, los pasajeros de la *Gallinetta*, de la *Moriche* y de la Mari pare no estarían tranquilos hasta el momento en que detuvieran sus embarcaciones en el puerto de Atures.

La caravana, cuya marcha no había sido interrumpida por incidente ni accidente alguno, hizo alto en el pueblo poco antes de las dos de la tarde.

En aquella época Atures eran aún tal como lo había encontrado el explorador francés cinco años antes, tal como permanecerá, sin duda, de creer los pronósticos de Elíseo Reclus relativos a los pueblos del Medio Orinoco. Hasta que los viajeros no llegaran a San Fernando no encontrarían aldea alguna importante. Y más allá está el desierto, o poco menos, hasta sobre las vastas cuencas de los ríos Negro y Amazonas.

Siete u ocho casas, esto compone Atures; unos treinta indios, ésta era toda la población. Los indígenas se ocupaban en la cría de las bestias; pero se buscaría en vano, más arriba del río, llaneros que se entreguen a este trabajo. Sólo cuando es la época de trashumar ganado se ven algunas bestias cornudas.

Miguel y sus dos colegas, el sargento Marcial y Juan, Jacques Helloch y Germán Paterne tuvieron que acomodarse en las cabañas menos destrozadas, donde se instalaron en grupos.

En resumen; si el pueblo no ofrecía comodidad alguna, si había motivo para echar de menos la instalación de las piraguas, se gozaba de una gran ventaja. ¡Ni un solo mosquito! ¿Por qué huían aquellos insoportables insectos? Se ignoraba, y Germán Paterne no pudo dar explicación del caso. Lo cierto es que, llegada la noche, el sargento Marcial se vio libre de la acostumbrada operación de abrigar a su sobrino bajo el toldo.

No obstante, a falta de mosquitos, hay gran cantidad de niguas, que hacen sufrir mucho a los indios de las riberas del río. Estos indios llevan los pies desnudos y la picada de la nigua es extremadamente dolorosa. Se introducen bajo la piel y producen la tumefacción de las partes picadas. No se las puede extraer más que por medio de una punta afilada, y la operación no se practica sin dificultad y dolor.

Inútil es decir que en la comida de la tarde, que se tomó en comunidad bajo los árboles, el mono muerto por Miguel, y asado a fuego lento, figuró como un plato fuerte.

—Y bien —exclamó Felipe—; ¿no es un asado de lo mejor?

—Excelente —exclamó Miguel—; y merecería el sitio de honor en una mesa europea.

—Ésa es mi opinión —añadió Jacques Helloch—. ¡Y deberíamos expedir a las fondas de París algunas docenas de ellos!

—¿Y por qué estas bestias no habían de valer tanto como el buey, la vaca o el carnero —observó Germán Paterne—, toda vez que no se alimentan más que de vegetales de exquisito perfume?

—Solamente —respondió Varinas— que es difícil aproximarse a ellos lo bastante para tirarles con ventaja.

—Algo sabemos de eso —replicó Miguel—; puesto que, lo repito, éste es el primero...

—Al que será preciso añadir otro, Miguel —dijo Jacques Helloch—. Puesto que hemos de pasar algunos días en este pueblo, nos dedicaremos a la caza de monos. Usted será de los nuestros; ¿no es verdad, mi querido Juan?

—No me creo digno de acompañar a ustedes —respondió el joven, dando las gracias con un ademán—. Además, mi tío no me permitiría ir sin él.

—¡Ciertamente no lo permitiré! —declaró el sargento Marcial, muy contento de que su sobrino le hubiera puesto en condiciones de responder con una negativa a la proposición de su compatriota.

—Y ¿por qué? —replicó Jacques Helloch—. Esta caza no ofrece ningún peligro.

—Siempre es peligroso aventurarse a través de esos bosques, que supongo no estarán únicamente frecuentados por monos —respondió el sargento Marcial.

—En efecto, alguna vez se pueden encontrar osos —dijo Felipe.

—¡Oh! Osos afables que jamás atacan al hombre y se alimentan de pescado y miel.

—¿Y los tigres, y los leones, comen también miel? —respondió el sargento Marcial, decidido a no cejar.

—Esas fieras no abundan —afirmó Miguel—. Nunca rondan en torno de los pueblos, mientras que los monos tiene gran placer en buscar la vecindad de las casas.

—En todo caso —dijo entonces Varinas—, hay un medio muy sencillo y que se emplea en las aldeas del Orinoco para apoderarse de los monos sin perseguirlos y hasta sin abandonar la casa.

—¿Cuál? —preguntó Juan.

—Se depositan en la orilla de un bosque algunas calabazas, se las fija sólidamente al suelo, se les hace un agujero por el cual el mono pueda introducir su mano cuando esté abierta, mas de donde

no le será posible retirarla cuando esté cerrada. En el interior de la calabaza se coloca un fruto de los que ellos gastan. El mono lo ve, lo huele; arrastrado por su deseo, introduce la mano en el agujero; agarra su presa, y como por un lado no quiere abandonar el fruto, y por otro no puede retirar su mano, queda preso.

—¡Cómo! —exclamó el sargento Marcial—. ¿Ese animal no tiene la idea de abandonar...?

—No..., no tiene tal idea —respondió Varinas.

—Y se pretenderá que los monos están llenos de inteligencia y de malicia.

—Sin duda; pero su glotonería es mayor que su inteligencia —dijo Felipe.

—¡Ridículos bichos!

Seguramente los cuadrumanos que se dejaron coger de aquella manera merecerían el calificativo dicho. Y, no obstante, el medio indicado por Varinas es empleado frecuentemente con buen éxito en los bosques del Orinoco.

Convenía ocupar los días que habían de pasarse en Atures en espera de la llegada de las piraguas. Juan refirió que seis años antes su compatriota había permanecido allí once días, tiempo que había sido necesario para que su falca franqueara el raudal de Atures.

Esta vez, como las aguas estaban altas, tal vez sería preciso menos tiempo a las piraguas que aquella misma mañana habían partido de Puerto Real.

Fuera como fuera, durante su estancia, Juan de Kermor y el sargento Marcial no acompañaron a los tres venezolanos y a los dos franceses que organizaron sus batidas de caza. Los cazadores no encontraron ninguna fiera, o, por lo menos, las que vieron no les atacaron. Solamente un tapir fue herido por una bala de Jacques Helloch, y se alejó sin esperar otra que le hubiera indudablemente tendido en tierra.

En desquite, los cazadores tuvieron ocasión de matar muchas aves para renovar sus provisiones. Las que no fueron consumidas

se hacían secar, según la costumbre india a fin de conservar cantidad suficiente de carne para el resto del viaje.

Entre tanto, Miguel, Varinas y Felipe, Jacques Helloch y Germán Paterne realizaron excursiones hasta las célebres grutas situadas en el territorio de Atures, o Punta Cerdo y a la isla Cucuritale, donde se encuentran las huellas del paso del infortunado doctor Crevaux, y en fin, el cerro de los Muertos, donde estas grutas sirven de cementerio a los indios piaroas. Miguel y sus compañeros descendieron hasta doce kilómetros al Sudeste, a fin de visitar el cerro Pintado. Éste es un bloque de pórfido de doscientos cincuenta metros de altura, decorado por los indígenas en su parte media con gigantescas inscripciones y dibujos, representando una escolopendra, un hombre, un pájaro y una serpiente de trescientos pies de largo.

Tal vez Germán Paterne hubiera preferido recoger alguna planta rara en la base de la montaña Pintada, o mejor sería llamarla montaña Grabada; pero, con gran disgusto suyo, sus pesquisas resultaron infructuosas.

Claro es que los excursionistas regresaban de estos largos paseos rendidos por el cansancio. El calor era excesivo, y las frecuentes tormentas que estallaban con violencia no lo moderaban.

De este modo transcurrió el tiempo en Atures. Las dos comidas cotidianas reunían a todos los comensales a la misma mesa. Referíanse los sucesos del día. Juan gustaba mucho de las narraciones de caza de Jacques Helloch, siempre cuidadoso de arrancar al joven de las tristes preocupaciones del porvenir. ¡Cuántos votos hacía para que Juan obtuviese en San Fernando informes exactos respecto al coronel De Kermor, y para que no se viese obligado a arriesgarse en lejanas aventuras!

Después, llegada la noche, el joven leía en voz alta las varias páginas de su guía favorita, y especialmente las que se referían a Atures y a sus alrededores. Miguel y sus colegas se asombraban de la exactitud y precisión de detalles del explorador francés en lo que concernía al curso del Orinoco, de las costumbres de las diferentes

tribus indias, de los caracteres particulares del territorio, de los trajes de los llaneros, con los que se encontraban en relación.



Y realmente, si Juan de Kermor se veía obligado a prolongar su campaña hasta el nacimiento del río, sacaría gran provecho de los seguros informes de su compatriota.

Al fin, el 9 de septiembre, al mediodía, Germán Paterne, que había ido a herborizar en la ribera, reapareció llamando a sus compañeros.

No habiéndose proyectado excursión alguna para aquel día, todos estaban reunidos en la principal cabaña del pueblo, esperando la hora del almuerzo.

A los gritos que se dejaban oír, Jacques Helloch se lanzó fuera de un salto.

Siguieron los otros, temerosos de que Germán solicitase auxilio, ya por haber tropezado con alguna fiera, ya por haber encontrado una cuadrilla de quivas en las cercanías de Atures.

Germán Paterne volvía solo, con su caja a la espalda y haciendo significativos ademanes.

—¿Eh? ¿Qué sucede? —gritó Jacques Helloch.

—¡Nuestras piraguas, amigos míos!

—¿Nuestras piraguas? —repitió Miguel.

—¿Ya? —exclamó Felipe.

—Están a medio kilómetro.

Corrieron todos por la ribera izquierda y al dar una vuelta vieron las falcas, que los tripulantes halaban por medio de la espía.

Bien pronto los pasajeros se hicieron oír de los patrones, los que, de pie en la popa, mantenían las embarcaciones contra los choques de la maniobra.

—¿Usted, Valdez? —preguntó el sargento Marcial.

—Yo mismo, señor sargento, y, como usted ve, mis camaradas me siguen...

—¿Sin averías? —preguntó Miguel.

—Sin averías —respondió Valdez—; pero no sin trabajo.

—En fin... Llegaron ustedes —dijo Jacques al patrón de la *Moriche*.

—Sí... Y en siete días, lo que es raro cuando se trata de franquear el raudal de Atures.

Y Parchal decía verdad; pero estos banivas son excelentes navegantes. Sólo había motivos para alabarles por su habilidad y su celo, y los valientes se mostraron tanto más agradecidos a los elogios de los pasajeros, cuanto que estos elogios fueron acompañados de algunas piastras suplementarias.

CAPÍTULO XII

ALGUNAS OBSERVACIONES DE GERMÁN PATERNE



La partida de las tres piraguas se efectuó al día siguiente a las primeras horas del día. La víspera por la tarde se había procedido al reembarco del material; y como durante el paso por el raudal no había sobrevenido avería alguna, el viaje no experimentó retraso.

Tal vez los pasajeros iban a ser menos favorecidos entre Atures y la aldea de San Fernando. El viento, que tendía a calmarse, no bastaría para impulsar las falcas contra la corriente del Orinoco. Pero como la brisa soplaba aún del Norte, las velas fueron izadas en espera de tener que recurrir a la espía o a las palancas.

Inútil es decir que cada grupo había ocupado su sitio en su piragua. El sargento Marcial y Juan de Kermor, a bordo de la *Gallinetta*; Miguel, Varinas y Felipe, a bordo de la *Maripare*; Jacques Helloch y Germán Paterno a bordo de la *Moriche*.

Tanto como era posible se navegaba en línea, y frecuentemente —el sargento no lo observaba sin gruñir sordamente— la Monche marchaba junto a la *Gallinetta*, lo que permitía conversar a los pasajeros de ambas.

Durante la mañana las falcas no ganaron más que cinco kilómetros hacia arriba. Fue, en primer lugar, indispensable maniobrar en medio del dédalo de islotes y arrecifes de que el río está lleno hasta más allá de Atures. Era imposible conservar las

velas en una orientación constante. Entre estos estrechos pasos las aguas descendían con rapidez, y las palancas tuvieron que ser manejadas con gran vigor. Cuando la flotilla dio la vuelta al cerro de los Muertos, el lecho del Orinoco apareció más libre. Después de aproximarse a la ribera izquierda, donde la corriente es menos fuerte, las falcas pudieron utilizar el viento en cierta medida.

En la parte posterior de la ribera opuesta erguía el cerro Pintado, que Miguel y sus compañeros habían visitado, y cuyo enorme macizo, que domina las vastas planicies frecuentadas por los guahibos, pudieron observar entonces.

Al mismo tiempo que el sol declinaba en el horizonte, el viento disminuyó gradualmente, y cesó por completo a las cinco de la tarde.

Las piraguas navegaban entonces a la altura del raudal de Garcita. Siguiendo los consejos del patrón Valdez, los pasajeros se prepararon para estacionarse en aquel sitio, que les ofrecía conveniente refugio para pasar la noche.

En todo el día no se habían recorrido más de quince kilómetros, y al día siguiente, al alba, se reanudó la marcha.

El paso del raudal de Garcita no ofreció dificultad. Es practicable todo el año y no se necesita trasbordo. En este mes, además, el Orinoco, que baja muy crecido, guarda profundidad suficiente para embarcaciones de fondo plano. No obstante, comenzaba a descender, puesto que ya se estaba a mediados de septiembre y la estación seca no tardaría en producir su estiaje.

Verdad que las lluvias eran aún abundantes y frecuentes. No les habían sido ahorradas a los viajeros desde su partida, y éstos tendrían que sufrir lluvias torrenciales hasta su llegada a San Fernando. Aquel día interminables ráfagas les obligaron a albergarse en sus *roufs*. En suma, la brisa tendía más bien a refrescar, en lo que no había motivo de queja.

Por la tarde, en un ángulo del río, redondeado hacia el Este, entre la ribera derecha y la isla de Rabo Pelado, las piraguas anclaron en un sitio bastante abrigado.

De seis a siete, los cazadores batieron la orilla de esta isla, casi impenetrable. Consiguieron derribar media docena de gaviotas, palmípedos de pequeño tamaño, que fueron servidas en la cena.

Además, al regreso, Jacques Helloch mató de un balazo uno de esos pequeños caimanes que los indios llaman babas, y cuya carne, según ellos, es excelente.

Verdad que la preparación culinaria, llamada sancocho, fue desdeñada por los pasajeros. Dejársela a la tripulación, que se regaló con ella. Sólo Germán Paterne quiso probarlo, porque un naturalista no tiene derecho a ser remilgado y debe sacrificarse en interés de la ciencia.

—¿Y bien? —le preguntó Jacques Helloch.

—Y bien —respondió Germán—. El primer bocado no sabe bien..., pero el segundo...

—Es...

—Detestable.

El sancocho estaba juzgado y condenado sin apelación.

Al día siguiente, partida de la isla Rabo Pelado, y vuelta a navegar hacia el Suroeste, dirección que toma el Orinoco hasta el raudal de Guahibos. Día de lluvia continua. Brisa intermitente del Noroeste. Velas ya inertes, ya hinchadas como globos.

Por la tarde Valdez amarró más abajo de la isla Guayabo, no habiendo recorrido más que doce kilómetros, pues la acción del viento había sido inferior a la de la corriente.

Al segundo día, después de la fatigosa jornada, las tres piraguas pudieron llegar al raudal de Guahibos, e hicieron escala en la desembocadura del brazo de Carestía, que rodea por la ribera derecha una ancha isla, en el sitio en que ésta divide el curso del Orinoco.

La noche se pasó tranquilamente después de la comida, que fue reforzada con una pareja de guacos, volátiles acuáticos, cazados en las orillas de la isla.

Allí el lecho del río es sinuoso, ancho, pero lleno de islotes y de islas. Además, está cortado por una barrera, de donde las aguas

caen en sonoras cascadas. El sitio es de una fragosidad soberbia, y tal vez uno de los más hermosos que se encuentran en el Medio Orinoco.

Los viajeros tuvieron tiempo de admirarlo, pues les fueron precisas algunas horas para remontar el raudal de Guahibos. Las piraguas lo franquearon sin que hubiera necesidad de descargarlas, aunque generalmente presenta más dificultades que el de Garcita.

A las tres de la tarde, siguiendo el brazo de la ribera derecha, llegaron al pueblo de Carestía, donde se debía efectuar el desembarco a fin de facilitar a las piraguas el paso por el raudal de Maipures. Recomenzóse, pues, la maniobra que se había hecho en Puerto Real. Algunos indios se encargaron de transportar a hombros los equipajes, y acompañaron a los pasajeros hasta Maipures, donde llegaron antes de las cinco de la tarde.

La distancia entre Carestía y Maipures no es más que de seis kilómetros y el sendero, a lo largo de la orilla, se prestaba a la marcha. Allí se debía esperar la llegada de la *Gallinetta*, la *Maripare* y la *Moriche*, que tardarían tres o cuatro días.

Efectivamente; si el raudal de Maipures es en extensión menor que el de Atures, tal vez ofrece obstáculos más serios. Por lo menos el desnivel de las aguas es mayor: unos doce metros en seis kilómetros. Pero se podía contar con la buena voluntad y habilidad de los tripulantes. Harían para ganar tiempo cuanto humanamente fuera posible.

Por lo demás, no se habían empleado más que cinco días en recorrer los sesenta kilómetros que separan los dos principales raudales de esta parte del Orinoco.

Los indios maipures, que han dado su nombre a este pueblo, formaban una antigua tribu, entonces reducida a algunas familias, cuyo tipo ha sido profundamente modificado por el cruzamiento. El pueblo, situado al pie de altos derrumbaderos graníticos, se compone de unas diez casas.

Allí se instalaron nuestros viajeros por algunos días, y en condiciones casi idénticas a las del pueblo de Atures.

Era la última vez que se verían obligados a abandonar sus piraguas antes de hacer escala en San Fernando. Hasta este pueblo el río no está ya cortado por raudales, que requieran de una parte el desembarco de los pasajeros y equipajes, y por otra el acarreo de las embarcaciones por superficies rocosas, barridas por aguas torrenciales. Lo mejor, pues, era tener paciencia y no quejarse de aquello, y así se hizo, dijera lo que dijese el sargento Marcial, que ardía en deseos de llegar a San Fernando.

En Maipures no hay lugar para matar el tiempo en excursiones, como se había podido hacer en las planicies del cerro Pintado. Contentáronse con cazar y herborizar. El joven Juan de Kermor, acompañado del sargento Marcial, demostró vivísimo placer por los paseos científicos de Germán Paterne, mientras los cazadores proveían a las necesidades cotidianas.

Esto era útil, necesario casi, pues las provisiones hechas en Urbana y en las cazas precedentes serían consumidas si había algún retraso, y no hubiera habido posibilidad de hacerlas de nuevo antes del término del viaje.

De Maipures a San Fernando, dado el curso irregular del Orinoco, es preciso calcular un recorrido de unos ciento treinta a ciento cuarenta kilómetros.

Al fin, el 18 por la tarde, las tres falcas llegaron al pueblo, después de haber seguido la ribera izquierda del río, sobre la que aquél está construido. Por su situación no es venezolano, sino que pertenece a Colombia, y únicamente el camino de acarreo de esta ribera debe quedar neutral hasta 1911, época en que pasará a ser colombiano.

Como se ve, Valdez y sus compañeros habían estado diligentes, puesto que en cinco días habían conseguido remontar el raudal. Sin esperar al día siguiente se efectuó el cargamento de las piraguas, y el 19 por la mañana continuaron su navegación.

Durante esta lluviosa jornada la flotilla tuvo aún que marchar entre infinidad de islotes y de rocas que erizan el lecho del río. Como el viento soplaba del Oeste no favorecía la marcha de las

falcas, y aunque hubiera soplado del Norte no hubieran podido aprovecharlo por estar obligadas a frecuentes cambios de dirección a través de los pasos.

Más allá de la desembocadura del Sipapo se encontró un pequeño raudal, el de Sijuaumi, cuyo paso exigió sólo algunas horas, sin necesidad de desembarco.

No obstante, efecto de estos retrasos, las piraguas no pudieron avanzar más allá de la desembocadura del río Vichada, donde fueron dispuestas en forma para pasar la noche.

Las dos riberas del río en este sitio presentan notable contraste. Al Este el territorio está lleno de tumescencias, de bancos regulares, de bajas colinas que se unen con las montañas, cuyos lejanos perfiles recibían entonces los últimos rayos del sol poniente. Hacia el Oeste, al contrario, extendíanse espaciosa planicies, regadas por las negras aguas del Vichada, venidas de los llanos de Colombia, y que aportan tan considerable afluente al cauce del Orinoco.

Tal vez Jacques Helloch esperaba que allí surgiera una nueva discusión entre Felipe y Varinas respecto al Vichada, pues éste hubiera podido ser considerado como una rama principal con tanta razón como el Guaviare o el Atabapo. No aconteció así. Los dos adversarios estaban cerca del sitio en que confluían sus dos ríos favoritos. Allí tendrían tiempo de discutir sobre el lugar mismo de la cuestión y con conocimiento de causa.

La jornada del siguiente día les aproximó a este sitio unos veinte kilómetros. En esta parte del río, libre de arrecifes, la navegación fue más fácil. Los patrones pudieron, durante algunas horas, utilizar las velas y llegar con menos fatiga al pueblo de Mataweni, situado en la ribera izquierda, cerca del río de este nombre.

No se ve en este sitio más que una docena de barracas, pertenecientes a los guahibos, que ocupan los territorios ribereños del Orinoco, y más especialmente los de la ribera izquierda. Si los viajeros, hubieran tenido tiempo de remontar el Vichada, hubieran encontrado cierto número de aldeas habitadas por estos indios, de

carácter dulce, laboriosos e inteligentes, que hacen el comercio de la yuca con los mercaderes de San Fernando.

Tal vez, en el caso de que Jacques Helloch y Germán Paterne hubieran estado solos, habrían hecho escala en la embocadura de este tributario, como lo habían hecho en Urbana algunas semanas antes. Verdad que su excursión a través de la sierra Matapey había amenazado tener mal fin. Sin embargo, Germán Paterne creyó deber formular su proposición en estos términos, cuando la *Moriche* estuvo amarrada a la orilla del Mataweni junto a la *Gallinetta*.

—Mi querido Jacques —dijo—. Hemos sido encargados por el ministro de Instrucción Pública de una misión científica sobre el Orinoco, si no me engaño.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jacques Helloch, bastante sorprendido por esta pregunta.

—Esto, Jacques... ¿Es que nuestra misión se refiere únicamente al Orinoco?

—Al Orinoco y a sus afluentes.

—Pues para decir las cosas como son, me parece que descuidamos algo los afluentes del soberbio río desde que abandonamos Urbana.

—¿Tú crees?

—Juzga, querido amigo. ¿Hemos remontado el Suapure, el Pararuma y el Parguaza de la ribera derecha?

—Creo que no.

—¿Hemos aventurado nuestra piragua entre las riberas del Meta de la orilla derecha, ese Meta que es uno de los más importantes tributarios del gran río?

—No... Hemos pasado la desembocadura del Meta sin penetrar en él.

—¿Y el río Sipapo?

—Hemos descuidado al río Sipapo.

—¿Y el río Vichada?

—Hemos faltado a todos nuestros deberes respecto al río Vichada.

—¿Te burlas, Jacques?

—No, mi buen Germán; pero lo que no hemos hecho a la ida podemos hacerlo a la vuelta... No desaparecerán sus afluentes, no se secarán ni aún en la estación cálida, y los encontraremos en su sitio de siempre cuando descendamos por el soberbio río.

—¡Jacques...! ¡Jacques! Cuando tengamos el honor de ser recibidos por el ministro de Instrucción Pública...

—Pues bien, naturalista, diremos a ese alto funcionario; «Si hubiéramos ido solos, señor ministro, hubiéramos, sin duda, procedido a esas excursiones al remontar el Orinoco; pero íbamos en compañía, en buena compañía, y nos ha parecido que era mejor navegar unidos hasta San Fernando...».

—Donde supongo que permaneceremos algún tiempo —dijo Germán Paterne.

—El tiempo preciso para arreglar esa cuestión del Guaviare y del Atabapo —respondió Jacques Helloch—, aunque me parece resuelta a favor de Miguel. Después de todo, ésta será una ocasión excelente para estudiar esos dos afluentes en sociedad con Felipe y Varinas. Puedes tener la seguridad de que nuestra misión ganará con ello y que el ministro de Instrucción Pública nos prodigará sus más entusiastas felicitaciones.

Conviene advertir que Juan de Kermor, sólo entonces a bordo de la *Gallinetta*, había escuchado la conversación de los dos amigos.

No era esto indiscreción por su parte, pues realmente el asunto de que los dos amigos trataban no tenían nada de reservado.

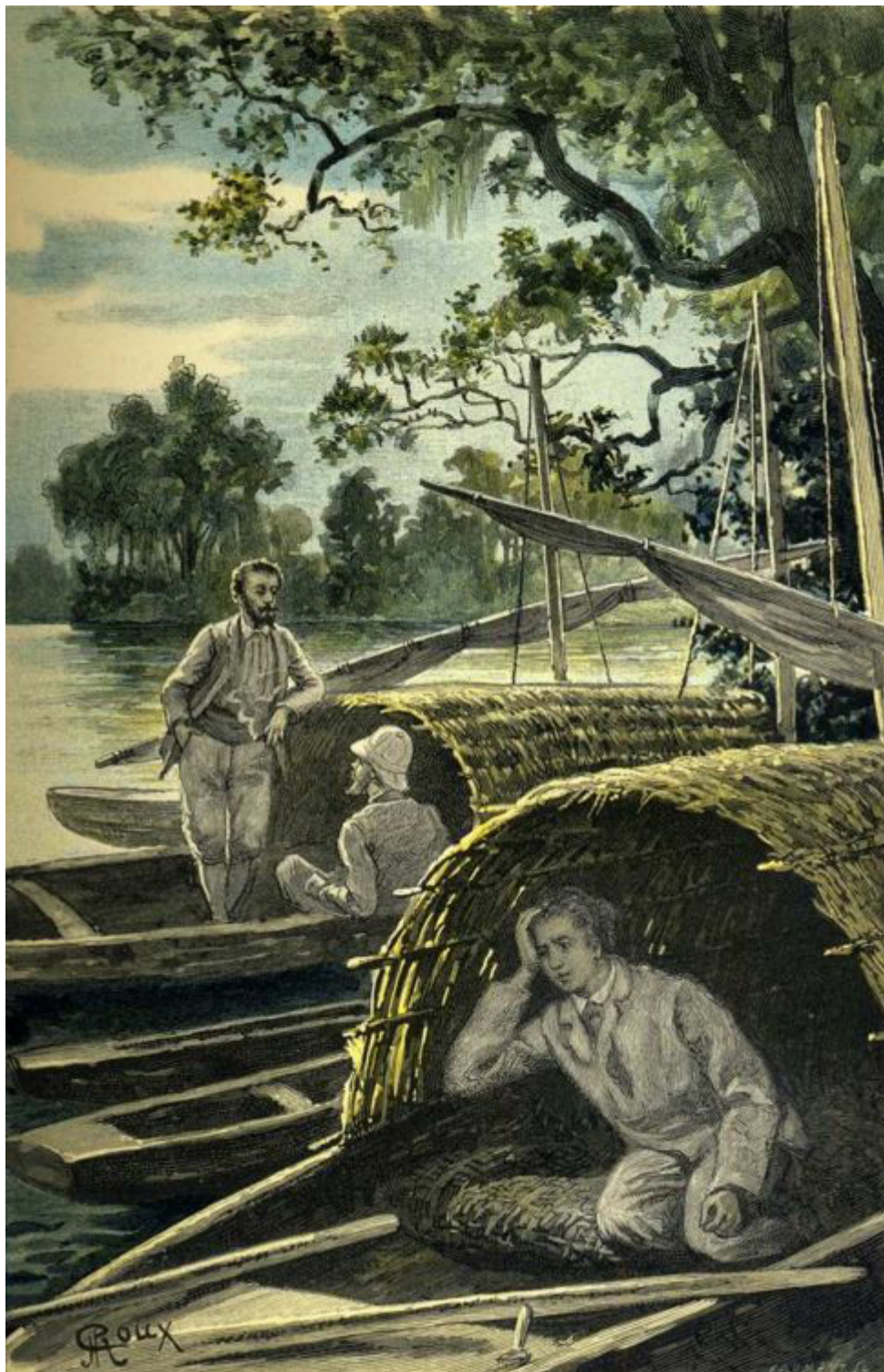
Era innegable, por más que el sargento Marcial pretendiera poner obstáculos, que desde su encuentro, Jacques Helloch no había descuidado ocasión para demostrar a Juan de Kermor la más viva simpatía.

No cabía duda de que el joven lo había notado, pero ¿cómo respondía a ella? ¿Se abandonaba, como parecía propio de un joven de su edad, tratándose de un compañero tan servicial que le demostraba tanto interés, que hacía tan ardientes votos por el buen

éxito de sus proyectos, que se ponía a su disposición en lo que era posible?

No..., y esto podrá parecer bastante extraño. Por agradecido que Juan estuviera, por reconocido que se mostrara a Jacques Helloch, guardaba con éste extrema reserva, no por lo que Marcial hubiera gruñido si de otro modo se comportara el joven, sino por efecto de su carácter discreto y siempre impregnado de cierta timidez.

Y cuando llegara el momento de la separación; cuando Juan abandonara San Fernando, si era menester continuar sus pesquisas; cuando Jacques Helloch emprendiera el camino de vuelta..., sí... A Juan le afectaría mucho aquella separación... Tal vez se diría que si Jacques Helloch le hubiera servido de guía, hubiera conseguido su objetivo con más seguridad.



Mucho le conmovió el final de aquella conversación, a la que atendía con interés... Jacques Helloch dijo a su compañero:

—Además, Germán, ese joven al que la casualidad ha puesto en nuestro camino, me interesa en alto grado... ¿Acaso no te inspira profunda simpatía?

—¡Profunda, Jacques!

—Cuando más reflexiono en el caso, más creo que, si ha hecho bien en obedecer al sentimiento filial que le ha impulsado a emprender este viaje, hay que temer que se encuentre pronto con tales dificultades y peligros de tal monta que le sea imposible superarlos. Si ese joven obtiene nuevos informes en San Fernando, ¿no irá a lanzarse a través de las regiones del Alto Orinoco, o quizá del río Negro? Sí... Si él se dice: «¡Mi padre está allí!», allí querrá ir... Es un alma fuerte en el cuerpo de un niño. Basta con observarle, con oírle, para comprender que el sentimiento del deber es llevado en él hasta el heroísmo. ¿No es esta tu opinión, Germán?

—Jacques, yo participo de tus ideas sobre el joven Kermor, y con razón te espantas...

—¿Y a quién tiene para aconsejarle, para defenderle? —añadió Jacques Helloch—. A un viejo soldado que, seguramente, se dejaría matar por él... Pero no es el compañero que necesitaría. No, Germán..., y ¿quieres que te diga todo cuanto pienso? ¡Pues bien, lo mejor sería que ese pobre niño no encontrara en San Fernando ningún informe relativo a su padre!

Si Jacques Helloch hubiera podido observar a Juan en el momento en que pronunciaba las anteriores frases, hubiérale visto enderezar el busto, levantar la cabeza, brillar los ojos..., y después caer desfallecido al pensamiento de que tal vez no lograría su objeto, de que estaba condenado a volver sin éxito de su empresa.

Sin embargo, tras un instante de desfallecimiento, volvió la esperanza al corazón del joven al oír que Jacques añadía:

—¡No! ¡No! Esto sería muy cruel para el pobre Juan, y yo quiero creer que sus pesquisas obtendrán buen resultado. Hace trece años, el coronel De Kermor estaba de paso en San Fernando. De esto no hay duda... Allí sabrá Juan lo que ha sido de su padre. ¡Ah...! ¡Yo desearía acompañarle!

—Te entiendo, Jacques. Él necesitaría por guía un hombre como tú, y no ese viejo gruñón, que es tan tío suyo como yo tía. Pero ¡qué quieres!, nuestro itinerario no puede ser el suyo, y sin hablar de los afluentes que debemos explorar a nuestro regreso...

—¿Es que no los hay más allá de San Fernando? —hizo observar Jacques Helloch.

—Seguramente... Y te nombraré algunos...: el Cunucunuma, el Cassiquiare, el Mavaca, y de este modo nuestra expedición nos llevaría hasta el nacimiento del Orinoco.

—Y ¿por qué no, Germán? La exploración sería más completa, y no es el ministro de Instrucción Pública el que podría quejarse.

—¡El ministro, el ministro, Jacques! No haces más que sacar a cuento a ese gran maestro de la Universidad. Además... si Juan de Kermor no se aventura del lado de Orinoco para seguir sus pesquisas...; si lo hace a través de los llanos de Colombia; si desciende hasta el río Negro y el Amazonas...

No respondió Helloch, pues no era fácil. En rigor, comprendía que proseguir su viaje hasta el nacimiento del Orinoco sería permanecer dentro de los límites de la misión que se le había confiado; pero abandonar el río y también Venezuela, para seguir al joven a través de los territorios de Colombia o del Brasil...

En la piragua vecina, arrodillado en el fondo del *rouf*, Juan lo había oído todo. Sabía cuánta simpatía inspiraba a sus compañeros. Sabía también que ni Jacques Helloch, ni Germán Paterne creían en que le uniera parentesco alguno con el sargento Marcial. ¿En qué se fundaban para afirmarlo así, y qué pensaría de ello su viejo amigo si llegaba a saberlo?

Y sin preguntarse lo que el porvenir le reservaba, si el valor y el afecto de Jacques Helloch vendrían en ayuda suya alguna vez, daba gracias a Dios por haber puesto en su camino a aquel bravo y generoso compatriota.

CAPÍTULO XIII

RESPECTO AL TAPIR



El día siguiente por la mañana, 21 de septiembre, cuando los viajeros abandonaron el puertecillo de Mataweni, no estaban más que a tres días y medio de San Fernando. En ochenta horas, si no sobreviniera algún retraso, debían llegar al término de su viaje.

La navegación fue recomenzada en las condiciones ordinarias; a la vela, cuando el viento lo permitía; a la palanca y al viento, cuando las piraguas podían aprovechar los remolinos, debidos a los numerosos codos que formaba el río; a la espía, cuando la pértiga no lograba vencer la fuerza de la corriente.

La temperatura se mantenía alta. Tormentosas nubes se arrastraban pesadamente, resolviéndose a veces en gruesa y tibia lluvia. Sucediálas ardiente sol, y era preciso buscar refugio bajo los *roufs*. Entonces el viento era débil, intermitente, y no bastaba para refrescar la devorante atmósfera.

Numerosos ríos aflúan al Orinoco, sobre todo por la ribera izquierda, ríos sin nombre, en cuyo lecho debía agotarse el agua durante la estación de sequía. Por lo demás, Germán Paterne no se interesó por ellos, pues no merecían la visita de los geógrafos.

Encuéntrense canoas, a bordo de las que van esos piaroas que suelen ocupar la ribera derecha de aquella parte del Orinoco.

Estos indios se acercaban familiarmente a las piraguas y ofrecían sus servicios para la ruda maniobra de la espía. Eran aceptados sin vacilaciones, y se contentaban por toda retribución con trozos de tela, bujerías de vidrio y cigarros. Son hábiles marineros, muy solicitados para el paso de los rápidos.

Escortada por media docena de barquichuelas, la flotilla atracó en el pueblo de Augustino, situado en la ribera derecha, y del que Chaffanjon no habla por la razón poderosa de que no existía cuando su viaje.

Estos indios no son de costumbres sedentarias. Del mismo modo que abandonan la canoa de corteza, de la que se sirven para atravesar el río, abandonan la casa que a modo de tienda construyen para pasar algunos días.

No obstante, al parecer, Augustino tenía probabilidades de duración, por más que su construcción fuera reciente. Ocupaba un lugar acertadamente elegido en un ángulo del Orinoco. Hasta los cerros que verdeaban por árboles avanzaban por centenares. A la derecha veíase un macizo de caucheras, de las que se recogía gran cantidad de goma. Comprendía el pueblo unas cuarenta barracas de paja, de forma cilindrocónica, y su población se cifraba en unos doscientos habitantes.

Al desembarcar, Miguel y sus compañeros hubieran podido creer que en Augustino no había mujeres ni niños. Consistía esto en que habían huido con espanto a través del bosque, siguiendo su costumbre, cuando se las indica la proximidad de extranjeros.

Apareció un piaroa de hermoso aspecto, de cuarenta años de edad, constitución vigorosa, vestido de guayuco, cabellera quemada en el nacimiento de la frente y cayendo sobre sus hombros, brazaletes de cuerda sobre las rodillas y los tobillos. Este personaje se paseaba por la orilla, rodeado de irnos diez indios que le mostraban cierto respeto.

Era el capitán, el jefe del pueblo, el que había indicado el sitio en que éste había de construirse, un sitio sano donde Augustino no

tenía que temer el azote ordinario de estas riberas: los malditos e insoportables mosquitos.

Miguel, seguido de los demás pasajeros, avanzó hacia el capitán, que hablaba la lengua venezolana.

—Sed bienvenidos, tus amigos y tú —dijo, tendiéndole la mano.



—No venimos más que por algunas horas —respondió Miguel—, y contamos con partir mañana al nacer el día.

—Entretanto —dijo el piaroa—, puedes descansar en nuestras casas. Están a tu disposición.

—Te lo agradecemos, capitán —respondió Miguel—, y te iremos a visitar. Pero por una noche es preferible que permanezcamos a bordo de nuestras falcas.

—Como más te agrade.

—Eres jefe de un hermoso pueblo —dijo entonces Miguel, subiendo hacia la playa.

—Sí... Acaba de nacer, y prosperará si encuentro la protección del gobernador de San Fernando. Espero que al presidente de la República le será agradable poseer un pueblo más en el curso del Orinoco.

—A nuestro regreso le diremos que el capitán...

—Caríbal —dijo el indio, pronunciando su nombre con tanto orgullo como si hubiera sido el de un fundador de un pueblo o el del héroe *Simón Bolívar*.

—El capitán Caríbal —continuó Miguel— puede contar con nuestros buenos oficios, tanto en San Fernando, cerca del gobernador, como en Caracas, cerca del presidente.

No se podía entrar en relación con aquellos piaroas en condiciones más ventajosas, ni conversar en mejores términos.

Miguel y sus compañeros siguieron a los indios hasta el pueblo, situado a un tiro de fusil de la orilla.

Jacques Helloch y su amigo Juan marchaban juntos delante del sargento Marcial.

—Su guía habitual, el libro de nuestro compatriota, mi querido Juan —dijo Jacques—, le proporciona a usted, sin duda, informes precisos acerca de estos piaroas, y usted debe saber, más que nosotros, en lo que concierne a este punto.

—Lo que el libro enseña —respondió el joven— es que estos indios son de temperamento plácido y poco aficionados a la guerra. La mayor parte del tiempo viven en el interior de bosques alejados

del Orinoco. Es de presumir que éstos han preferido una vida nueva en las orillas del río.

—Es probable, mi querido Juan, y su capitán, que parece dotado de regular entendimiento, les habrá decidido a fundar este pueblo en este sitio. El Gobierno venezolano obrará cuerdamente fomentando estas tentativas, y si algunas misiones vinieran a instalarse en Augustino, estos piaroas no tardarían en formar en las filas de los indígenas civilizados, los «rationales», como se les llama.

—Los misioneros, señor Helloch —respondió Juan—. Sí. Esas gentes de valor y dispuestas al sacrificio, actuarían con provecho en medio de estas tribus indias. Siempre he pensado que esos apóstoles que abandonan el bienestar de que podían gozar, que renuncian a las alegrías de la familia, que llevan su caridad por estos pobres salvajes hasta el sacrificio de su vida, llenan la más noble de las misiones, con gran honor para la humanidad. ¡Vea usted qué resultados ha obtenido el padre Esperante en Santa Juana, y qué ánimos dignos de imitación!

—Es cierto —respondió Jacques Helloch.

Sorprendíale siempre encontrar ideas tan serias y generosas en aquel joven, que indudablemente se adelantaba a sus años. Así es que añadió:

—Pero, mi querido Juan, éstas son cosas en las que no se piensa cuando se es joven.

—¡Oh! Yo soy viejo, señor Helloch —respondió Juan, cuyo rostro enrojeció ligeramente.

—¡Viejo a los diecisiete años...!

—Diecisiete años menos dos meses —afirmó el sargento Marcial, interviniendo en la conversación—. Y no comprendo que te hagas el viejo, sobrino.

—Perdón, tío —respondió Juan sonriendo.

Después, dirigiéndose a Jacques Helloch, añadió:

—En fin, volviendo a los misioneros, los que se establecieran en Augustino tendrían que luchar contra las preocupaciones de estos indios, pues, según mi guía, éstos son los más crédulos y

supersticiosos de todos los que se encuentran en las provincias del Orinoco.

Y los pasajeros de las falcas no iban a tardar en conocer lo bien fundada que estaba esta afirmación.

La casa del capitán estaba construida debajo de un macizo de árboles magníficos. Un tejado de hojas de palmera la cubría, terminado por una especie de corona cilíndrica que sustentaba un ramo de flores. Una sola puerta daba acceso a la habitación única, que medía quince pies de diámetro. El mobiliario, reducido a lo estrictamente necesario, comprendía cestos, mantas, una mesa, algunas sillas groseramente fabricadas, los más sencillos utensilios del menaje del indio, sus arcos, flechas e instrumentos de cultivo.

Esta casa acababa de ser terminada, y la misma víspera se había efectuado la ceremonia de inauguración, ceremonia que tenía por objeto arrojar el espíritu maligno.

Pero el mal espíritu no se desvanece como un vapor ni se disipa como un soplo. Apalea la paja de los muros, quitarles el polvo, como haría una mujer de su casa, europea, no sería bastante. Tal espíritu no es el polvo que la escoba arroja fuera. Es de inmaterial esencia, y es preciso que un animal vivo le respire primero, y le lleve en seguida a través del espacio. Es menester, pues, confiar esa tarea a algún pájaro escogido.

Por regla general se da la preferencia a un tucán. Mientras él cumple sus funciones, la familia, reunida en el interior de la casa y vestida con los ornamentos de fiesta, se entrega a cánticos, a danzas y libaciones, absorbiendo innumerables tazas del café llamado bruquilla, en las que no se economiza el aguardiente.

Como la víspera no había sido posible procurarse un tucán, un papagayo le había sustituido en su papel de purificador.

Después de haber revoloteado por el interior, el pájaro había volado al bosque, y se podía con toda seguridad habitar la cabaña. Así, el capitán no demostró escrúpulo en introducir allí a los extranjeros, y éstos no tuvieron temor de ser visitados por el espíritu malo.

Cuando los visitantes salieron de la casa del capitán Caríbal encontraron más numerosa, o, por mejor decir, más completa la población de Augustino. Las mujeres y niños, tranquilos ya, y llamados por sus padres, sus hermanos y sus maridos, habíanse restituido al pueblo. Iban de una cabaña a otra, vagaban bajo los árboles y se acercaban al sitio en que las falcas estaban atracadas.

Germán Paterne pudo observar que las mujeres, de regulares facciones, pequeña estatura y bien formadas, eran en realidad de un tipo inferior al de los hombres.

Todos los piaroas precedieron entonces a los cambios comúnmente efectuados entre los indios y los viajeros, turistas o comerciantes que suben o bajan por el Orinoco. Ofrecieron legumbres frescas, cañas de azúcar, algunos de esos bananos que se llaman plátanos, los que, secos y conservados, aseguran la alimentación de los indios durante sus excursiones.

A cambio, los piaroas recibieron paquetes de cigarros, a los que son muy aficionados; cuchillos, hachas, collares de vidrio, y se mostraron muy satisfechos de sus relaciones con los extranjeros.

Entretanto, no había transcurrido más de una hora. Antes que el sol se ocultase en el horizonte quedaba bastante tiempo a los cazadores para intentar algunos golpes afortunados en los bosques vecinos.

La proposición fue, pues, presentada por Miguel y Jacques Helloch. Sus compañeros dejaban a su cargo derribar ciervos, pavas, ánades, guacos, palomas y pecaríes, siempre bien recibidos por el personal de las piraguas.

Síguese de aquí que Varinas y Felipe, Juan de Kermor y el sargento Marcial, quedaron los unos en las embarcaciones, los otros sobre la ribera o en el pueblo, mientras que Jacques Helloch y Miguel, seguidos de Germán Paterne, con su caja de botánica a la espalda, se hundían bajo la cubierta de palmeras, calabaceras, coloraditos y los innumerables árboles dispuestos en espesos bosques, más allá de los campos de caña y yuca. No había temor de perderse, pues la caza debía efectuarse en la vecindad de

Augustino, a menos que los cazadores no fueran arrastrados más lejos por la pasión cinegética.

Además, no hubo motivo para alejarse. A los pocos momentos, Miguel derribó un capibara, y Jacques Helloch un ciervo. Con estas dos bestias hubieran tenido suficiente carga que llevar a las falcas.

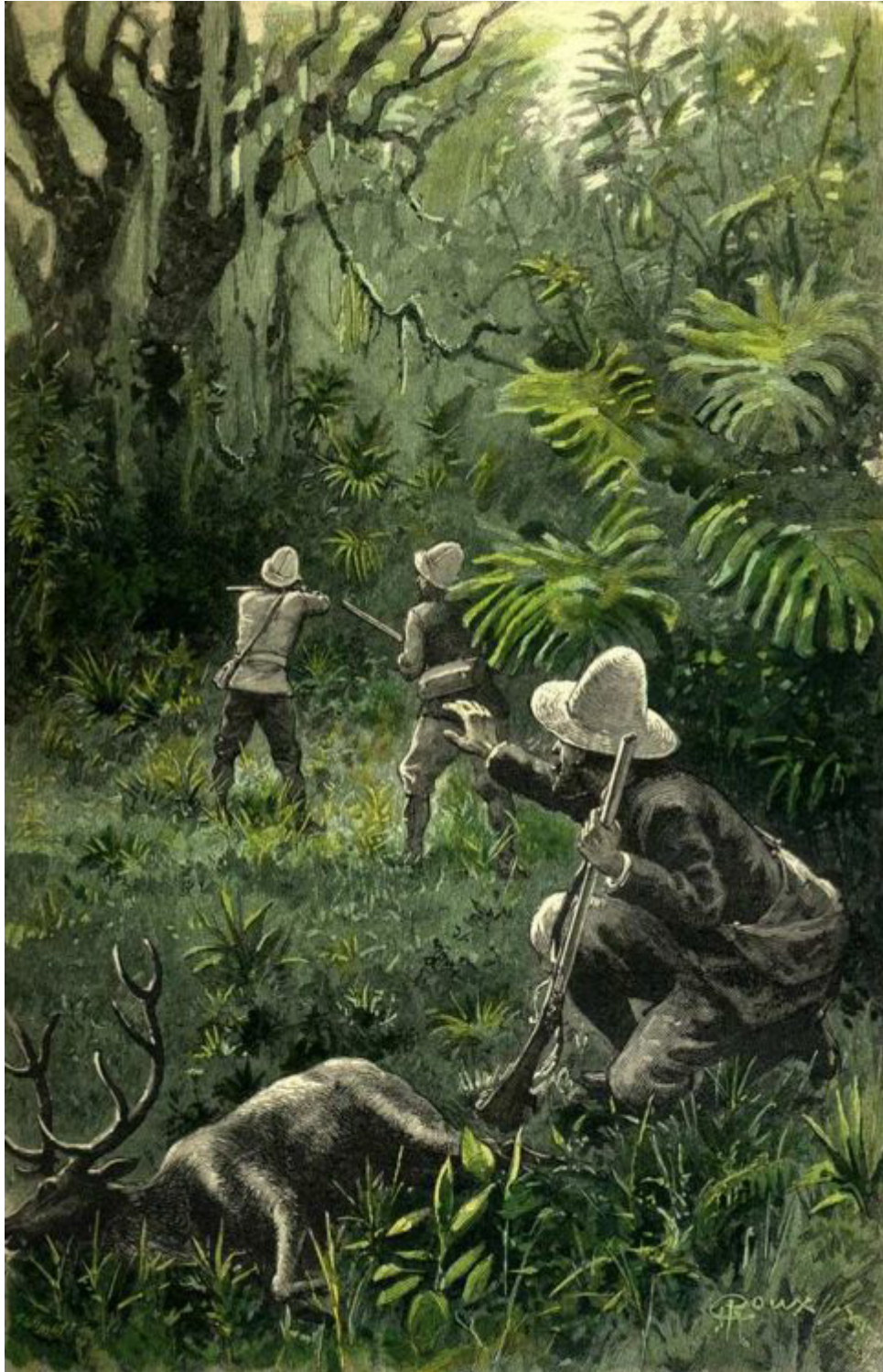
Tal vez hubieran obrado mejor llevando con ellos uno o dos indios; pero no habiéndose ofrecido ninguno para desempeñar este servicio, no habían reclamado su concurso, y por otra parte no habían querido apartar a los tripulantes de su ocupación, que consistía en hacer algunas pequeñas reparaciones en las piraguas. Partieron, pues, solos, y solos volverían al pueblo.

Helos aquí, pues, cuando, después de haberse alejado dos o tres kilómetros Miguel con su capibara al hombro, Jacques y Germán conduciendo al ciervo, volvían al pueblo, y no se hallaban más que a cinco o seis tiros de fusil del mismo. Entonces se detuvieron para tomar aliento. Hacía mucho calor y el aire circulaba difícilmente bajo la espesa bóveda de los árboles.

En aquel instante, y cuando acababan de tenderse al pie de una palmera, las ramas de un espeso matorral que estaba a su derecha se agitaron con violencia, como si una masa poderosa se introdujera entre ellas.

—¡Atención! —dijo Jacques Helloch a sus compañeros—. Debe de ser una fiera.

—Yo tengo mi carabina cargada con bala —respondió Miguel.



—Pues bien... Esté usted dispuesto, mientras yo cargo la mía —
replicó Jacques.

Y en un instante la puso en disposición de hacer fuego.

Las zarzas no se movían, pero prestando oído los cazadores pudieron sorprender el soplo de una respiración fatigosa, y también un ronco gruñido sobre cuya naturaleza no podían equivocarse.

—Debe de ser un animal de gran tamaño —dijo Germán Paterne avanzando.

—Estate aquí —le dijo Jacques Helloch—. Sin duda tenemos que habérmolas con un jaguar o un puma. Pero con las cuatro balas que le esperan...

—¡Tengamos cuidado! ¡Tengamos cuidado! —exclamó Miguel—. Me parece advertir un largo hocico que sobresale de las ramas.

—Pues bien... Cualquiera que sea el propietario de ese hocico... —respondió Jacques Helloch.

Y descargó los dos tiros de la carabina.

Al momento, la maleza se abrió bajo un empuje formidable, un rugido resonó a través de la hojarasca, y una masa enorme se precipitó fuera de las ramas.

Sonaron otros dos tiros.

A su vez, Miguel acababa de descargar su carabina.

Esta vez el animal cayó al suelo, lanzando un último grito de muerte.

—¡Bah! ¡Un tapir! —exclamó Germán Paterne desdeñosamente—. Verdaderamente no valía las cuatro cargas de pólvora y balas.

Seguramente, si no las valía desde el punto de vista de la defensa que el inofensivo animal hubiera podido hacer, sí las valía desde el punto de vista comestible.

Así, pues, en vez de un puma o de un jaguar, que son los más terribles carniceros de la América Meridional, los cazadores no habían tenido que habérselas más que con un tapir. Es este animal de oscura piel, gris en la cabeza y en la garganta, de pelo corto, y que lleva una especie de crin, atributo del macho. Esta bestia, más bien nocturna que diurna, habita los montes bravos y también los pantanos. Su nariz, especie de pequeña trompa movible, prolongada en forma de hocico de jabalí, le hace semejante a éste, y hasta al cerdo, pero a un cerdo del tamaño de un asno.

En suma, no hay motivo para temer los ataques de este paquidermo. No se alimenta más que de frutos y vegetales, y, todo lo más, es capaz de atropellar a un cazador.

Sin embargo, no había razón alguna para lamentarse de los cuatro tiros, y, de conseguir transportar el tapir hasta las piraguas, las tripulaciones sabrían aprovechar la caza.

Pero cuando el animal rodó por tierra, Miguel y sus compañeros no habían oído el grito de un indio que les espiaba oculto en el bosque, ni vieron que este indio huía a todo correr en dirección al pueblo. Volvieron a cargar el ciervo y el capibara sobre sus hombros, y se pusieron en camino con la intención de enviar en busca del tapir a algunos de los marineros.

Cuando llegaron a Augustino la población era presa de la cólera y del espanto. Hombres y mujeres rodeaban al capitán. Caríbal no parecía menos excitado que sus administrados, y cuando aparecieron Germán Paterne, Miguel y Jacques Helloch, fueron acogidos con gritos formidables de odio y de venganza.

¿Qué había sucedido? ¿De dónde provenía aquel cambio? ¿Es que los piaroas se preparaban a alguna demostración hostil contra las piraguas?

Jacques Helloch y sus dos compañeros vieron que se acercaban a ellos el joven Juan de Kermor, el sargento Marcial, Felipe y Varinas.

—¿Qué sucede? —preguntaron.

—Valdez, que estaba en el pueblo —respondió Juan—, ha visto a un indio salir del bosque, correr junto al capitán y le ha oído decir que ustedes han matado...

—Un capibara..., un ciervo... que traemos —respondió Miguel.

—¿Y también un tapir?

—Sí... Un tapir —respondió Jacques Helloch—. ¿Y qué mal hay en matar un tapir?

—¡A las piraguas! ¡A las piraguas! —gritó vivamente el sargento Marcial.

En efecto; la población parecía dispuesta a ejecutar actos de violencia. Aquellos indios tan pacíficos, tan hospitalarios, tan serviciales, eran ahora presa de un verdadero furor. Algunos se habían armado con arcos y flechas. Sus clamores crecían. Amenazaban arrojarse sobre los extranjeros. El capitán Caribel no conseguía fácilmente contenerlos, admitiendo que así lo quisiera, y el peligro acrecía por instantes.

¿No había para aquello más motivo que el de haber matado los cazadores un tapir?

Únicamente, y era de lamentar, que antes de la partida de aquéllos, Juan, conforme a lo que su guía contaba, no les hubiera advertido que no tocasen nunca ni un pelo de tal paquidermo.



Éste es un animal sagrado para aquellos indígenas, inclinados a todas las supersticiones, y, por consecuencia, propensos a admitir las transformaciones de la metempsicosis.

No solamente creen en los espíritus, sino que miran al tapir como uno de sus antepasados, el más venerable y venerado de los

antiguos piaroas. En el cuerpo de un tapir va a alojarse el alma de un indio cuando muere. De modo que un tapir menos es un alojamiento menos para aquellas almas, que corren el riesgo de errar indefinidamente por el espacio por falta de domicilio. De aquí la prohibición absoluta de atentar contra un animal destinado a la honrosa misión de albergador, y cuando uno de ellos es muerto, la cólera de los piaroas puede arrastrarles a las más terribles represalias.

Sin embargo, ni Miguel, ni Jacques Helloch querían abandonar el ciervo y el capibara, cuya muerte no traía responsabilidad alguna. Así, los barqueros, que habían acudido, les cogieron y todos se dirigieron hacia las piraguas.

La población les seguía cada vez más excitada. El capitán no procuraba contener a los furiosos, sino al contrario. Marchaba a la cabeza de ellos, blandía su arco, y la excitación de los indígenas llegó al colmo cuando el cuerpo del tapir apareció en unas parihuelas de ramas que conducían cuatro hombres.

En este momento los pasajeros habían llegado a sus falcas, cuyos *roufs* bastarían para protegerlos contra las flechas de los indios, que carecían de armas de fuego.

Jacques Helloch hizo entrar rápidamente a Juan en la *Gallinetta*, antes que el sargento Marcial tuviera tiempo de tomarse este cuidado, y le recomendó que se ocultase bajo el *rouf*. Después él se precipitó a bordo de la *Moriche*, seguido de Germán Paterne. Por su parte, Miguel, Varinas y Felipe habían encontrado refugio en la *Maripare*.

Los tripulantes, ahora en sus puestos, tomaron sus medidas para dirigirse al centro del río.

Las amarras fueron largadas en el momento mismo en que una lluvia de flechas caía sobre las piraguas que se alejaban a la palanca para salir del remolino, efecto de la vuelta de la punta. Antes de arrojarse en la corriente, la maniobra no podía ser más que muy lenta, y las piraguas estaban expuestas a recibir una segunda descarga de los indígenas colocados en la playa.

La primera no había tocado a nadie. La mayor parte de las flechas había pasado por encima de las barcas, excepto algunas que se habían clavado en las paredes de los *roufs*.

Las armas estaban dispuestas. Miguel y sus dos colegas, Jacques Helloch, Germán Paterne y el sargento Marcial se colocaron a proa y popa de las tres piraguas.

Seis detonaciones sonaron con algunos segundos de intervalo, y fueron seguidas de otras seis.

Siete u ocho indios cayeron, más o menos heridos, y dos de los piaroas, después de rodar por la orilla, desaparecieron en las aguas del puertecillo.

No hacía falta tanto para poner en huida a aquella población enloquecida. Fue una desbandada general en medio de las mayores vociferaciones.

No corriendo ya riesgo alguno de ser molestados, las falcas rodearon la punta, y con la ayuda de la brisa atravesaron oblicuamente el río.

Eran las seis de la tarde cuando la *Moriche*, la *Maripare* y la *Gallinetta* fueron a amarrar en la ribera izquierda, sitio en que ninguna agresión vendría a turbar su reposo.

A propósito de este suceso, he aquí la pregunta que Germán Paterne dirigió a su amigo en el momento en que el sueño les hacía cerrar los párpados:

—Di, Jacques, ¿qué harán esos piaroas con su tapir?

—Le enterrarán con todos los honores debidos a una tan sagrada bestia.

—¡Bah! Apuesto a que se lo comerán, y no harán mal, pues nada hay mejor que un filete de tapir asado.

CAPÍTULO XIV

EL CHUBASCO



Al alba, cuando las últimas constelaciones iluminaban aún el horizonte del Oeste, los pasajeros fueron despertados por los preparativos de la partida. Todo hacía esperar que estaban en su última etapa. San Fernando no distaba de allí más de quince kilómetros. La idea de acostarse aquella misma noche en una verdadera alcoba provista de un verdadero lecho, ofrecía agradable perspectiva. Contábase entonces treinta y un días y otras tantas noches de navegación desde Caicara, y durante las últimas había sido preciso contentarse con las esteras de los *roufs*. Respecto al tiempo pasado en Urbana, en los pueblos de Atures y de Maipures, en las cabañas y sobre los lechos indios, nada de común tenían con la comodidad, no de un hotel, ni aun de una posada, por poco que tenga de europea.

Cuando Miguel y sus compañeros se levantaron, las falcas se dirigían a la parte media del río. Marchaban rápidamente bajo la acción del viento Nordeste. Por desgracia, ciertos síntomas, respecto a los que los marinos del Orinoco no se engañan nunca, hacían temer que la brisa no durase lo bastante para un recorrido de quince kilómetros.

Las piraguas navegaban juntas, y Jacques Helloch, volviéndose hacia la *Gallinetta*, preguntó a Juan, saludándole con la mano:

—¿Qué tal se encuentra usted esta mañana, mi querido Juan?



—Bien, muchas gracias, señor Helloch —respondió el joven.

—¿Y usted, sargento Marcial?

—No parece que me encuentre peor que de costumbre —se limitó a responder el viejo y honorable soldado.

—Se le ve en la cara —añadió Jacques Helloch con tono de buen humor—. Esmero que todos lleguemos esta tarde a San Fernando gozando de excelente salud.

—¿Esta tarde? —repitió el patrón Valdez, moviendo la cabeza con aire de duda.

En este instante, Miguel, que acababa de observar el cielo, mezclóse en la conversación.

—¿Es que no está usted satisfecho del tiempo, Valdez? —preguntó a éste.

—No mucho, señor Miguel. Mire aquellas nubes que vienen del Sur... No tienen buen aspecto.

—¿No las arrojará el viento?

—Si se sostiene, tal vez; pero si se calma, como yo temo... Son nubes de tormenta que se levantan allá abajo, y no es raro que venzan al viento.

Jacques Helloch paseó sus miradas por el horizonte y pareció participar del mismo temor.

—Entretanto —dijo— aprovechemos la brisa y caminemos lo más que se pueda.

—Así lo haremos, señor Helloch —respondió el patrón de la *Gallinetta*.

Durante la mañana las piraguas no sufrieron demasiado retraso. Habían podido utilizar el velamen para oponerse a la comente, bastante rápida entre las riberas que limitaban los vastos llanos, cortados por algunos cerrillos llenos de verdura. Varios ríos que arrojaban allí sus aguas, aumentadas por las últimas lluvias, estarían secos antes de cinco o seis semanas.

Merced a la brisa, las barcas, después de contornear las rocas de Nericawa, consiguieron, no sin dificultad y a costa de grandes esfuerzos, franquear el pequeño raudal de Aji, cuyos pasos en aquella época se conservaban aún bastante profundos para permitir maniobrar entre los numerosos arrecifes. El peligro estaba en que una piragua, cogida inopinadamente por la corriente, fuese arrojada contra los escollos, donde inevitablemente perecería.

Tal catástrofe casi estuvo a punto de acontecerle a la *Moriche*. Arrastrada con violencia extrema, faltó poco para que fuera arrojada contra una enorme roca. Si tal accidente se hubiera efectuado, claro

es que la *Gallinetta* y la *Maripare* hubieran podido salvar al personal y material de la *Moriche*. En tal caso, Jacques Helloch y sus compañeros se hubieran visto obligados a tomar pasaje a bordo de una o de otra falca, y estaba indicado que la *Gallinetta* recibiese a bordo a sus compatriotas. Esta eventualidad habría contrariado en extremo al sargento Marcial, por más que la hospitalidad ofrecida a los dos franceses no hubiera durado más que algunas horas.

Después de haber sorteado los peligros del raudal de Aji, los marineros no fueron menos dichosos en el paso del raudal de Castillito, el último que puede estropear la navegación del río subiendo a San Fernando de Atabapo.

Terminado el almuerzo al mediodía, Jacques Helloch fue a proa de la *Moriche* a fumar un cigarrillo.

Con vivo disgusto advirtió que Valdez no se había engañado en sus predicciones. El viento caía y las velas no podían vencer la corriente. A veces, bajo un ligero soplo que las animaba, las piraguas ganaban algunas encabladuras.

Era evidente que el estado atmosférico amenazaba ser perturbado en plazo breve. Al Sur, nubes grises con tintes fuliginosos inundaban el horizonte. Largos jirones se extendían a lo lejos. El sol, que a la hora de su culminación pasaba el cénit, no tardaría en desaparecer tras la espesa cortina de vapores.

—¡Tanto mejor! —dijo entonces Germán Paterne, por cuyas mejillas sofocadas se deslizaban gruesas gotas de sudor.

—¡Tanto peor! —respondió Jacques Helloch—. Sería preferible licuarse a ser amenazados por una tempestad en esta parte del río, donde no veo refugio alguno.

—No se respira, y si el viento amaina vamos a asfixiamos —dijo Felipe.

—¿Saben ustedes lo que el termómetro marca en el interior del *rouf*? —respondió Varinas—. Treinta y siete grados centígrados, y si sube un poco más alcanzaremos una temperatura capaz de freír.

—¡Yo nunca he tenido tanto calor! —se contentó con responder Miguel, enjugándose la frente.

Buscar abrigo bajo los *roufs* se había hecho imposible. Al menos en la popa de las piraguas se podía respirar algunas bocanadas de aire, aire abrasador, cierto, como si se escapase de un homo. Por desgracia, las falcas marchaban con la brisa; ésta se dejaba apenas sentir, y esto sólo con intervalos que se prolongaban de inquietante forma.

La *Gallinetta*, la *Maripare* y la *Moriche*, sin embargo, consiguieron llegar a las tres de la tarde a una gran isla indicada en el mapa con el nombre de Amanameni, isla cubierta de árboles y con ribazos cortados a pico. Subiendo el brazo del río donde la corriente descendía con menor rapidez, y remolcando las falcas, los tripulantes llegaron a la extremidad meridional de esta isla.

El sol había desaparecido tras el amontonamiento de vapores que parecían dispuestos a rodar los irnos sobre los otros. Sordos truenos se oían hacia el Sur. Los primeros relámpagos cruzaron las nubes que amenazaban estallar. Ni un soplo venía del Norte.

La tempestad, pues, ganaba terreno, extendiendo sus alas eléctricas de Levante a Poniente. Toda la extensión del cielo sería rápidamente invadida por aquellas masas fuliginosas.

¿Se disiparía el meteoro sin provocar formidable lucha de los elementos? Podía suceder, pero esta vez no lo hubiere esperado el más confiado de los meteorologistas.

Por prudencia las velas fueron arriadas, tanto más, cuanto que ningún servicio prestaban. Por prudencia también los barqueros desclavaron los mástiles, que colocaron extendidos de proa a popa.

Desde que las falcas comenzaron a perder terreno, los tripulantes se pusieron a trabajar con las palancas, y, desplegando el vigor que aquella atmósfera sofocante les dejaba, fueron contra la rápida corriente del río.

Después de la isla Amanameni, se tocó la isla Guayartivari, de extensión no menos considerable, y fue posible halar a lo largo de sus orillas. En suma, las piraguas avanzaban más de prisa que con las palancas, y así pudieron doblar la extremidad superior.

Mientras los tripulantes tomaban algún descanso antes de ponerse de nuevo a las maniobras de las palancas, Miguel se acercó a la *Moriche*.

—¿A qué distancia estamos de San Fernando?, —preguntó.

—A tres kilómetros —respondió Jacques Helloch, que acababa de consultar el mapa del río.

—Pues bien: es preciso andar esos tres kilómetros durante la tarde —declaró Miguel.

Y dirigiéndose a los barqueros:

—Vamos, amigos míos —gritó—; un último esfuerzo. ¡No os arrepentiréis, y vuestro trabajo será bien recompensado! Hay dos piastras para cada uno de vosotros si estamos amarrados al muelle de San Fernando antes de la noche.

Los compañeros de Miguel salieron garantes de esta promesa. Animados por la prima ofrecida, los barqueros de las tres piraguas parecieron dispuestos a hacer lo imposible por embolsársela. Dadas las circunstancias en las que se les pedía aquel suplemento de energía, las dos piastras serían muy bien ganadas.

Las embarcaciones se encontraban entonces en el través del Guaviare, cuya embocadura sesga profundamente la ribera izquierda del Orinoco, a menos que no sea el Orinoco el que hunde profundamente la ribera derecha del Guaviare, es decir, en el caso de que Varinas tuviera razón contra Miguel y Felipe.

No asombrará, pues, que el defensor del Guaviare, armado de un antejo, pasease sus miradas ardientes sobre aquella extensión, por la que corrían las aguas amarillentas de su río favorito. Verdad que tampoco asombrará que Felipe, afectando perfecto desdén cuando su piragua pasó por la embocadura, preguntase con tono irónico:

—¿Qué arroyuelo es éste?

¡Un arroyuelo aquel Guaviare que los barcos pueden remontar en mil kilómetros...; un arroyo cuyos afluentes riegan el territorio hasta la base de los Andes; un arroyo que arroja un caudal de tres mil doscientos metros cúbicos por segundo...!

Y, sin embargo, nadie respondió a la despreciativa pregunta de Felipe... Nadie tuvo tiempo de responder, o, mejor dicho, la respuesta no fue más que esta palabra, lanzada repentinamente por los tripulantes de las tres falcas.

—¡Chubasco! ¡Chubasco!

Tal es, en efecto, el nombre indio del terrible ramalazo de viento que acababa de desencadenarse en el límite del horizonte. Este chubasco caía sobre el lecho del Orinoco como una avalancha.

Y lo que parece extraño, inexplicable para quien no estuviese familiarizado con estos fenómenos propios de los llanos venezolanos: partiendo del Noroeste se precipitó hacia su superficie.

Un momento antes la atmósfera estaba en calma; más que en calma pesada, espesa; aire solidificado. Las nubes, saturadas de electricidad, invadían el cielo, y en vez de subir del Sur, la tempestad estalló en el horizonte opuesto. El viento encontró pronto en el cénit aquella masa de vapores, los dispersó, amontonó otros, llenos de viento, de granizo, de lluvia, que agitaron aquella encrucijada fluvial, donde se mezclaban las aguas de un río poderoso y las de sus dos grandes tributarios.

El primer efecto del chubasco fue separar las embarcaciones de la desembocadura del Guaviare; el segundo, no solamente mantenerlas contra la corriente sin la ayuda de las palancas, sino arrastrarlas oblicuamente en dirección a San Fernando. Si la tormenta no les pusiese en peligro, los pasajeros no hubieran tenido por qué lamentarse de la dirección que imprimía a las tres piraguas.

Pero, desgraciadamente, tales chubascos son con frecuencia fecundos en desastres. Quien no ha sido testigo de ninguno de ellos, no puede formar idea de su impetuosidad. Engendran ráfagas húmedas, mezcladas de granizo, cuyo choque no se soportaría impunemente; metralla penetrante que atraviesa las paredes de los *roufs*.

Al oír el grito de ¡chubasco!, ¡chubasco!, los pasajeros habían buscado refugio. Como en previsión de la tormenta, las velas habían

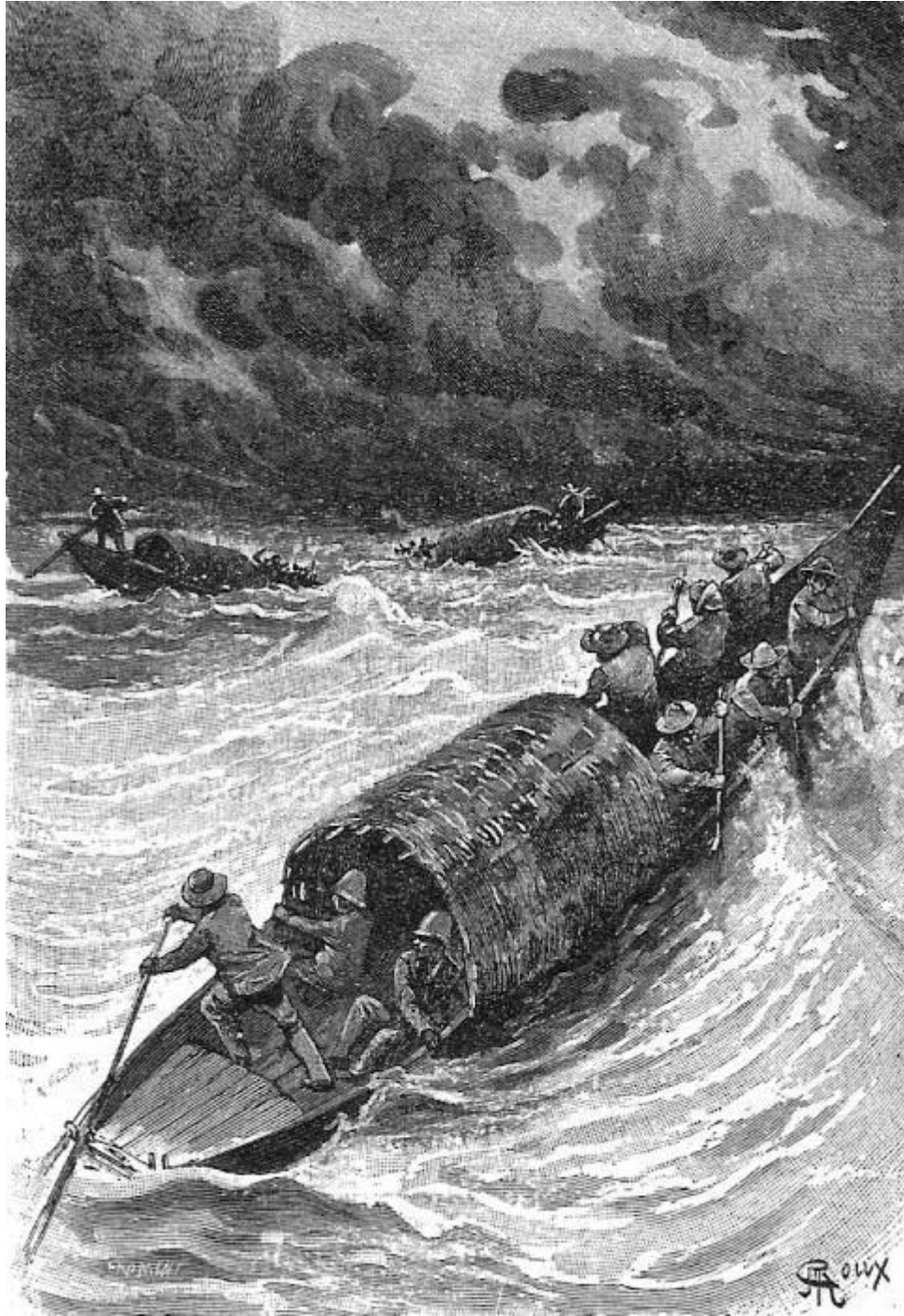
sido arriadas y los mástiles tendidos, la *Maripare*, la *Moriche* y la *Gallinetta* pudieron resistir el primer choque de la borrasca.

Sin embargo, estas precauciones no habían alejado todo peligro. Había otros... Arrastradas con fuerza, barridas por olas tan impetuosas como las de un océano, las falcas se arrojaron unas contra otras, entrechocaron, amenazando abrirse o estrellarse contra los arrecifes de la ribera derecha. Admitiendo que los pasajeros consiguieran salvarse en la orilla, su material quedaría completamente perdido.

Al presente, las barcas saltaban por la superficie agitada del río.

Imposible mantenerlas con los remos de popa, con que los patrones procuraban inútilmente maniobrar. Volvíase cuando chocaban con alguna ola monstruosa que precipitaba a bordo enormes cantidades de agua. Medio hundidas por esta sobrecarga, hubiéranse hundido por completo a no tener los marineros cuidado de vaciarlas, ayudados por los pasajeros.

En suma, aquellos barcos de fondo plano, contruidos para navegar por aguas tranquilas, no tienen tamaño ni forma adecuados para soportar tales golpes, y es muy considerable el número de ellos que durante estos chubascos, frecuentes en la estación cálida, quedan destruidos en las riberas del Medio Orinoco.



El río es bastante ancho en aquel sitio. Se ensancha desde la punta meridional de la gran isla de Guayartivari. Se le podría comparar a un vasto lago que se redondea al Este, al contrario de la desembocadura del Guaviare, que se hunde al Sur. Las violencias atmosféricas pueden, pues, ejercerse allí libremente, y los llanos

ribereños no presentan ni cerros, ni bosques que puedan ser un obstáculo para ello. La embarcación sorprendida por tales marejadas, ni aun tiene la posibilidad de huir como los navíos en el mar, y su único recurso es arrojarse a la costa.

Los marineros lo sabían, y nada podían hacer para prevenir la catástrofe. Así es que pensaban ya en salvar sus personas antes de abordar los arrecifes, y el salvamento no podía efectuarse más que lanzándose a través de la resaca.

Miguel, Varinas y Felipe, a pesar de las ráfagas de viento, habían abandonado el *rouf* de la *Maripare*, inundado en parte por el choque de las olas, y estaban prestos a todo evento.

Uno de ellos se había limitado a decir:

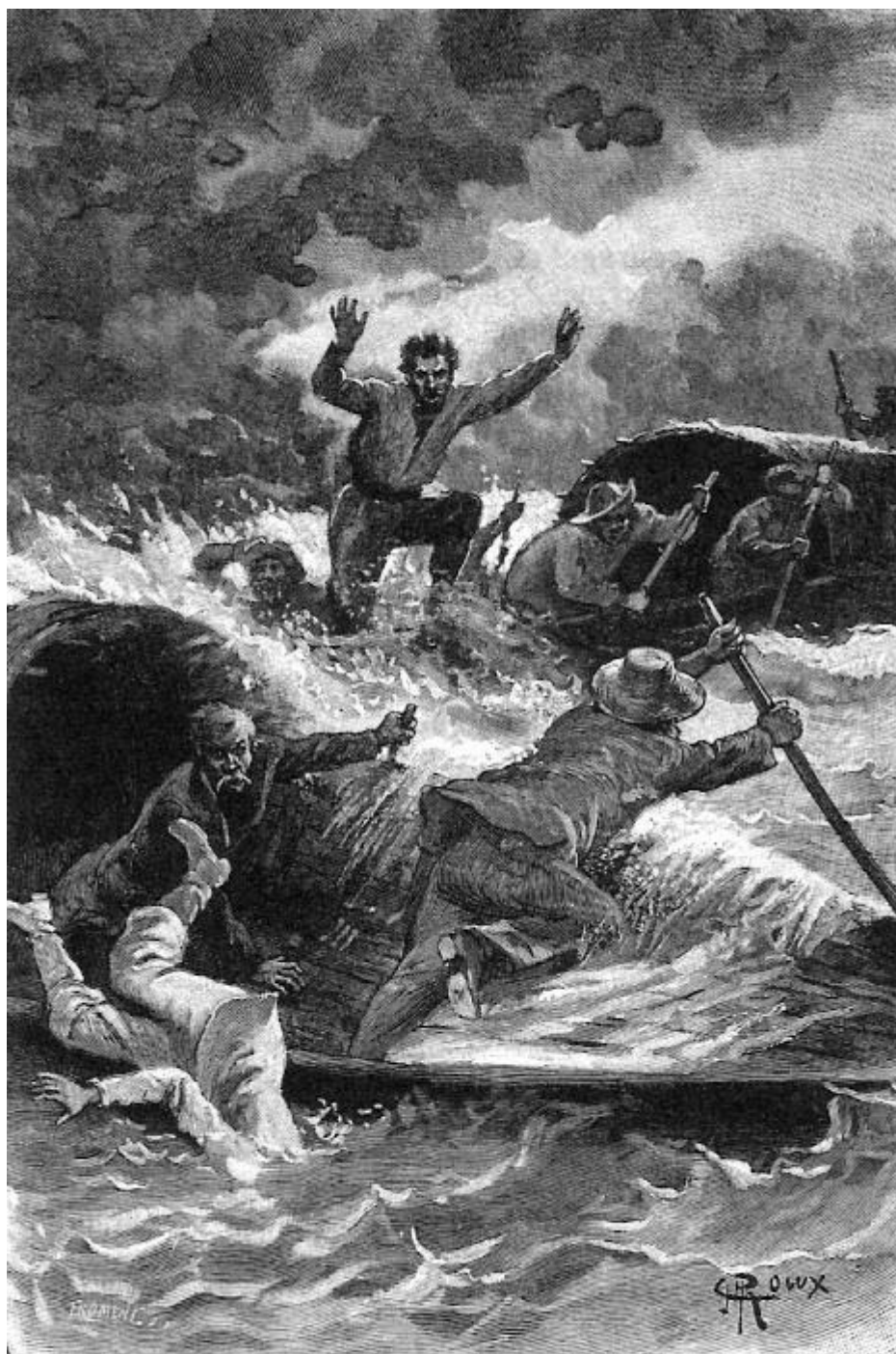
—¡Esto es naufragar a vista del puerto!

A bordo de la *Gallinetta* el sargento Marcial procuraba tener calma. De estar solo, de no temer nada más que por él, hubiera encontrado la resignación de un soldado que ha presenciado casos semejantes. Pero Juan, el hijo de su coronel, ¡aquel niño al que había consentido seguir en aquel aventurado viaje...!, ¿cómo salvarle si la piragua se hundía antes de tocar a la ribera? El sargento Marcial no sabía nadar, y aunque supiera, ¿qué hubiera conseguido en medio de aquellas aguas desordenadas y aceleradas por tan terrible corriente? A ellas se arrojaría, no obstante, y si no lograba salvar a Juan, perecería con él.

El joven había conservado su sangre fría, mientras el sargento Marcial sentía que la suya le abandonaba. Había salido del *rouf* y estaba montado en los largueros de popa. Veía el peligro, y no le volvía los ojos... Sus labios murmuraban el nombre de su padre.

Alguien, sin embargo, vigilaba por él, sin que él lo notara; mientras las piraguas derivaban por el mismo lado, tan pronto juntas como separadas por alguna ola, Jacques Helloch no le perdía de vista; y cuando las falcas se unían, a riesgo de caer, él no pensaba más que en hacerle oír palabras dándole valor. ¿Tenía necesidad de ellas un joven que no temblaba ante aquel peligro de muerte?

—¡Dos minutos más y estamos en la costa! —dijo Germán Paterne, en pie en la proa de la *Moriche*.



—Estemos prestos —respondió Jacques Helloch con voz breve — a salvar a los otros.

La ribera derecha del Orinoco estaba a una distancia de doscientos metros, por motivo de la curva que describe el río rodeando la desembocadura del Guaviare. Se la veía a través de la lluvia y el granizo, blanca por las espumas que cubren sus arrecifes. Dentro de pocos instantes se llegaría a ella, pues la fuerza del chubasco aumentaba y las piraguas, tomadas de través, saltaban entre las olas que las cubrían. Hubo un choque.

La *Moriche* acababa de abordar a la *Gallinetta*.

Fue tan violento el choque y dio tal bandada la *Gallinetta*, que embarcó gran cantidad de agua.

No naufragó, sin embargo.

Pero un grito terrible dominó el ensordecedor estrépito de la tempestad.

Había sido lanzado por el sargento Marcial.

En el momento del choque, Juan fue precipitado en las furiosas aguas.

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! —repetía el viejo soldado, desconcertado e incapaz de moverse.

Iba a lanzarse a su vez a la corriente. ¿Qué hubiera podido hacer?

Jacques Helloch le contuvo con brazo vigoroso. Después le arrojó al fondo de la piragua.

Si Jacques Helloch se encontraba allí, era porque acababa de saltar a bordo de la *Gallinetta*, a fin de estar más cerca del joven, más pronto para socorrerle.

Y en el instante en que Juan desaparecía, había oído gritar al sargento Marcial un nombre, sí, un nombre, que no era el de Juan.

—¡Déjeme usted! —le dijo.

—No me impedirá usted... —exclamó el sargento.

—Usted no sabe nadar... Perecerían ustedes dos... Yo, yo le salvaré.

Y Jacques Helloch se precipitó en el río.

Todo sucedió en algunos segundos.

Cinco o seis brazadas permitieron a Jacques Helloch reunirse con Juan, que, después de haber vuelto varias veces a la superficie, estaba a punto de sumergirse. Jacques le agarró por la mitad del cuerpo, le levantó la cabeza, que mantuvo sobre el agua, y se dejó derivar hacia la costa.

—¡Animo, ánimo! —repetía.

Juan, con los ojos cerrados, privado de sentido, no podía oírle ni comprenderle.



Las piraguas estaban veinte metros atrás. Mientras Valdez sujetaba al sargento Marcial, loco de desesperación, se veía a Jacques Helloch sosteniendo al niño. El huracán les empujaba hacia la ribera.

Las falcas llegaron allí al fin, y, por feliz casualidad, en vez de ser arrojadas contra los arrecifes, fueron levantadas por una ola de fondo y lanzadas sobre una playa arenosa, donde chocaron sin graves averías. En el mismo instante Jacques Helloch salía del agua.

Entre sus brazos se abandonaba Juan, que había perdido el conocimiento. Después de depositarle junto a una roca, con la cabeza ligeramente levantada, procuró que recobrar el sentido.

Nadie había perecido durante la tempestad; ni cuándo las piraguas chocaron una contra otra, ni cuando se hundieron en la arena.

Miguel y sus compañeros, que acababan de saltar fuera de la *Maripare*, se dirigieron hacia Jacques Helloch, arrodillado junto al joven.

Germán Paterne, sano y salvo, acudió también, mientras los tripulantes halaban las embarcaciones lejos de la resaca. El sargento Marcial llegó en el momento en que Juan, abriendo los ojos, dirigía una mirada a su salvador.

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! —exclamó el sargento.

—¡Marcial! ¡Mi buen Marcial! —murmuró Juan.

Después cerráronse sus ojos, no sin que antes hubieran dirigido una mirada de agradecimiento al que acababa de desafiar a la muerte por su causa.

A algunos metros a la izquierda aparecían las primeras casas de San Fernando, y era preciso ir allí sin dilación.

Jacques Helloch disponíase, pues, a volver a tomar en sus brazos al joven cuando el sargento Marcial le dijo:

—Si yo no sé nadar..., sé andar al menos, caballero; y no me faltarán fuerzas para llevar a mi hijo.

Fueron todas las palabras de agradecimiento que dirigió al joven. Tomó a Juan en sus brazos y, acompañado de Miguel y de los dos colegas de éste, de Jacques Helloch y de Germán Paterne, el sargento Marcial echó a andar por el sendero que conducía al pueblo.

CAPÍTULO XV

SAN FERNANDO



El Atabapo y el Guaviare, en el sitio en que se arrojan en el Orinoco —admítase esta hipótesis hasta más amplia información—, están separados por una especie de península. Los lechos de estos dos afluentes limitan esta península; el primero al Este, el segundo al Oeste, y su punta se dirige al Norte.

Allí se dibuja esa encrucijada en la que Elíseo Reclus pone con razón el verdadero centro hidrográfico de toda la región comprendida entre las Antillas y el Amazonas.

San Fernando de Atabapo ocupa la ribera occidental de dicha península, bordeada por la ribera derecha del Atabapo. ¿Este tributario cae directamente en el Orinoco, o no es más que un brazo del Guaviare? Cuestión indecisa, que las nuevas discusiones de Miguel, Varinas y Felipe tal vez acabarían por poner en claro.

El pueblecillo que fundó Solano en 1757 está situado a 237 metros sobre el nivel del mar. Si alguna vez una aldea ha tenido la justa esperanza de adquirir gran importancia en el porvenir, es San Fernando. Cinco ríos navegables se ramifican en torno de este punto geográfico: el Atabapo lleva al Brasil, pasando por Gavita a través de las cuencas del río Negro y del Amazonas; el Alto Orinoco conduce a las regiones orientales de Venezuela, y el Medio Orinoco a las regiones septentrionales; el Irinida sirve a las comarcas del

Sudeste; el Guaviare corre por la superficie de los territorios de Colombia.

Sin embargo, aunque San Fernando irradia como una estrella sobre esta provincia hispanoamericana, no parece que ella se haya aprovechado aún de sus destellos. No era más que un pueblo grande en 1887, época en que Chaffanjon permaneció allí antes de emprender su expedición al nacimiento del Orinoco. Sin duda sus casas más numerosas y su población ha aumentado desde hace siete años, pero esto no se ha efectuado en sensible proporción.

Quinientos a seiscientos habitantes; he aquí el máximo de la población de San Fernando. Trabajan en la construcción de las barcas que emplean en la navegación de aquellos sitios, comercian en caucho, gomas y frutas, principalmente en las de la palma pirijao. De este pueblo partió, en 1882, el doctor Crevaux, acompañado de Lejeanne, para remontar el Guaviare, exploración que debía añadir una víctima más a la necrología de los descubridores modernos.

La población de San Fernando comprende algunas familias de origen blanco, y ciertos números de negros y de indios; estos últimos pertenecientes, en su mayor parte, a la tribu de los banivas. La autoridad del presidente de la República y del Congreso está delegada en un gobernador, que no dispone más que de un limitadísimo número de soldados. Esta milicia está afectada, sobre todo, a la policía del territorio y al alistamiento de hombres cuando es preciso combatir a las cuadrillas que infestan las riberas del Orinoco y a los tributarios de éste.

Los banivas se distinguen entre todas las razas indígenas de Venezuela. Su constitución física les coloca por encima de sus congéneres: cuerpo robusto, miembros sólidos, fisonomía inteligente, sangre generosa que corre bajo su piel algo rojiza; ardor en sus ojos, que presentan ligera oblicuidad. Desde el punto de vista moral sobresalen también sobre los demás indígenas, pues son industrioses, dedicándose irnos al oficio de barqueros, otros a la confección de hamacas o de las espías que se emplean para halar las embarcaciones. La bondad y honradez de estos indios les

recomiendan a los viajeros que tienen necesidad de utilizar sus servicios. Son pescadores, cazadores, y entienden en el cultivo y recolección de caucho. ¿Son también supersticiosos? No, si se les compara a los piaroas. Profesan la religión católica, a la que les han convertido los misioneros, pero mezclan a ella alguna vez prácticas locales difíciles de desarraigar.

Aunque los edificios de San Fernando no merezcan más que el nombre de cabañas, algunas hay bastante cómodas.

Miguel, Felipe y Vitrinas encontraron domicilio en casa del gobernador. Este alto personaje tuvo a honra albergar a los tres notables de Ciudad-Bolívar. Probable era, pues, que la mansión de Su Excelencia se llenase con los estallidos de una discusión que la hiciera casi inhabitable. Sin embargo, Miguel y sus colegas aún no habían llegado a eso. Antes de discutir, si se quiere que la discusión sea constructiva, conviene haberse formado serios razonamientos y haber observado y sopesado el pro y el contra de los argumentos. La cuestión exigía, pues, minucioso examen de la desembocadura de los tres ríos, largas estancias en los confluente del Atabapo y del Guaviare; tal vez un reconocimiento efectivo de su curso en una extensión de algunos kilómetros. En el momento actual, los tres geógrafos tenían que reposar de las fatigas de un viaje de más de seis semanas sobre el curso del Bajo y Medio Orinoco.

El sargento Marcial y Juan de Kermor se ocuparon en buscar un hotel conveniente, no lejos del puerto, a ser posible, en espera de que nuevos informes les permitieran organizar sus pesquisas en tal o cual dirección.

En cuanto a Jacques Helloch y a Germán Paterne, prefirieron permanecer a bordo de su piragua. Acostumbrados a aquella habitación flotante, se encontraban mejor instalados en ella que en otra parte.

La *Moriche* les había llevado a San Fernando. Les volvería a Caicara cuando hubieran realizado su misión científica.

Inútil es decir que desde que la violencia del chubasco terminó los barqueros se habían apresurado a llevar las tres falcas al puerto

de San Fernando. Esta operación terminó aquella misma noche, pues tales marejadas se apaciguan comúnmente en algunas horas. Las piraguas habían sufrido algún desperfecto a causa de los choques cuando atravesaban el río y al caer sobre la playa; pero como no habían abordado los arrecifes, sus averías, no muy graves, podrían ser hábilmente reparadas, para lo cual no faltaría tiempo ni a la *Maripare* ni a la *Moriche*, puesto que sus pasajeros permanecerían el suficiente en San Fernando. ¿Sería lo mismo tratándose de la *Gallinetta*? Las circunstancias lo decidirían, pues si se encontraban huellas del coronel De Kermor, Juan contaba con ponerse nuevamente en camino sin perder un día.

Sus compañeros de viaje, vivamente interesados en la misión del joven, iban a unir sus esfuerzos a fin de obtener nuevos informes. Por Miguel y sus dos colegas el concurso del gobernador estaba asegurado, y nadie como él para proceder a una seria información. Por su parte, Jacques Helloch y Germán Paterne harían lo imposible por ayudar a sus compatriotas. Tenían una carta de recomendación para un amable habitante del pueblo, de origen blanco, Mirabal, entonces de sesenta y ocho años de edad, y del que Chaffanjon habla con vivo sentimiento de gratitud en el relato de su expedición a las fuentes del Orinoco. Los dos franceses, o más bien los cuatro franceses, debían encontrar la más afectuosa acogida en aquella honrada, cariñosa y servicial familia.

Antes de referir los pasos que fueron dados desde la llegada de los viajeros, es necesario decir cómo se había efectuado el camino hacia el pueblo después del naufragio de las tres piraguas.

Como no se habrá olvidado, el sargento Marcial llevaba a su sobrino en brazos; Varinas, Felipe y Miguel marchaban delante y Jacques Helloch y Germán Paterne les seguían. El último había asegurado que una noche tranquila devolvería sus fuerzas a Juan de Kermor. Había tenido la precaución de tomar su botiquín, y cuidados no le faltarían al joven. El sargento Marcial, siempre desagradable e incomprensible, no cesaba de alejar de su lado a Germán, y, cuando éste quiso aproximarse, dijo:

—Se encuentra bien... Muy bien... Mi sobrino respira como usted y como yo... y nada nos faltará cuando la *Gallinetta* esté en el puerto.

—Dentro de algunas horas —afirmó Jacques Helloch, que sabía por Valdez y Parchal que las piraguas llegarían antes de la noche.

—Está bien —dijo el sargento...— y con tal de que en San Fernando encontremos una buena cama... A propósito, señor Helloch, le doy a usted las gracias por haber salvado al pequeño/

Sin duda se había dicho que a lo menos debía estas sencillas y breves palabras de agradecimiento; pero ¡con qué tono más singular las pronunció, y qué mirada más cargada de sospechas arrojó sobre Jacques Helloch!

Éste respondió con una inclinación de cabeza, y quedó algunos pasos atrás.

De este modo los «náufragos» llegaron por fin al pueblo, donde, por indicación de Miguel, el sargento Marcial alquiló dos habitaciones, en una de las cuales Juan estaría mejor instalado que bajo el *rouf* de la *Gallinetta*.

Durante la noche Germán Paterne fue allí varias veces —sin que su camarada le acompañase— para saber noticias del joven. Por toda respuesta le fue asegurado que todo iba lo mejor posible, y que no eran precisos sus servicios, que se le agradecían.

Esto era verdad; el joven Kermor descansaba tranquilamente, y cuando la piragua estuvo amarrada al puerto, el patrón Valdez llevó una maleta con ropas, que el sargento preparó para el siguiente día.

A la mañana, cuando Germán Paterne se presentó, en su doble calidad de médico y amigo, al amigo solamente, a pesar de los gruñidos de su tío, hizo Juan la mejor acogida, mostrándose muy reconocido a sus servicios y sin resentirse de las fatigas de la víspera.

—Ya le dije a usted que esto no sería nada —declaró una vez más el sargento Marcial.

—Tiene usted razón, sargento...; pero hubiera podido ser grave..., y sin mi amigo Jacques...

—Debo la vida al señor Helloch —dijo Juan—, y cuando le vea... no sé cómo podré expresarle...

—No ha hecho más que cumplir con su deber —respondió Germán Paterne—, y aunque usted no fuera compatriota nuestro...

—Está bien... Está bien... —gruñó el sargento—. Y cuando veamos al señor Helloch...

No se le vio, por la mañana al menos. ¿Tenía la intención de mantenerse aparte? ¿Le repugnaba parecer que buscaba el agradecimiento que su conducta merecía? Lo cierto es que permaneció a bordo de la *Moriche* muy pensativo, muy taciturno, y que, después de darle noticias del joven, Germán Paterne no pudo obtener de él cuatro palabras.

Sin embargo, Jacques Helloch y Juan se vieron de nuevo por la tarde. El primero algo confuso —el sargento Marcial se mordió el bigote al observarlo—, tomó la mano que el otro le tendía, pero sin oprimirla con fuerza como de costumbre.

Este encuentro se verificó en casa de Mirabal. Jacques Helloch se encontraba allí con la carta de recomendación que tenía para el excelente anciano. En cuanto al sargento Marcial y a Juan, habían tenido la idea de dirigirse a él para obtener noticias referentes al coronel De Kermor.

Mirabal demostró la satisfacción que tenía en acoger a los franceses. Declaró que estaba por completo a su disposición y no ahorró esfuerzo para serles agradable. La simpatía que le inspiraban aquellos viajeros, cuya lengua hablaba, reflejándose en su actitud, en sus palabras, en el apresuramiento para darles noticias de todo. Él había visto al doctor Crevaux cuando pasó por allí...; él recordaba a Chaffanjon, y había sido muy dichoso en poder serle útil... No haría menos en favor de Jacques Helloch, de Germán, del sargento y de su sobrino, que podían contar en absoluto con él.

Juan de Kermor le hizo entonces conocer el motivo que le había llevado a Venezuela, lo que aumentó la simpatía que inspiraba a Mirabal.

Y, en primer lugar, ¿recordaba el anciano que el coronel De Kermor había permanecido algún tiempo, hacía catorce años, en el pueblo de San Fernando?

La respuesta no fue nada satisfactoria para el joven. Consultando su memoria, Mirabal no recordaba nada relativo a la presencia de un coronel de aquel nombre en el pueblo.

Profundo disgusto se pintó en el rostro de Juan, y sus ojos dejaron escapar algunas lágrimas.

—Señor Mirabal —preguntó entonces Jacques Helloch—, ¿hace mucho tiempo que reside usted aquí?

—Más de cuarenta años, señor Helloch —respondió el anciano—, y nunca he abandonado San Fernando más que por raros y cortos intervalos. Si un viajero como el coronel De Kermor hubiera pasado aquí algunos días, seguramente yo le hubiera visto, hubiera entablado relaciones con él... Nuestro pueblo, ni es lo bastante grande, ni tan numerosos sus habitantes, para que la presencia de un extranjero no sea advertida, y yo habría tenido noticias de ella.

—Pero... si quiso guardar el incógnito...

—A esto no puedo responder —dijo Mirabal—. ¿Tenía razones para hacerlo?

—Caballero —dijo Juan—, mi padre ha abandonado Francia hace catorce años, y sus amigos nada supieron de su partida hasta mucho tiempo después... Ni aun mi tío..., el sargento Marcial, sabía los proyectos de su coronel.

—¡No, ciertamente! —exclamó el viejo soldado—. Pues yo hubiera sabido impedir...

—¿Y usted, mi querido niño? —preguntó Mirabal.

—Yo no habitaba en casa de mi padre en aquella época —respondió Juan, no sin mostrar alguna vacilación—. Mi madre y yo estábamos en las Colonias, y cuando regresábamos a Francia ella pereció en un naufragio... Yo pude salvarme... Y cuando, algunos años después, estuve de regreso en Bretaña, mi padre había abandonado Nantes..., y no sabemos lo que ha sido de él...

Había evidentemente en la vida de aquel joven un misterio que Jacques Helloch había ya presentido; pero como no tenía derecho para penetrarlo, se mantenía en extrema reserva. Lo que no podía ponerse en duda, era que el coronel De Kermor había ya abandonado el país cuando su hijo llegó a él, y que el sargento Marcial, fuese o no de la familia, ignoraba en absoluto dónde había ido aquél.

—Y, no obstante —dijo Mirabal—, tiene usted razones serias para creer que su padre vino a San Fernando...

—Razones, no solamente serias, sino formales...

—¿Cuáles?

—Una carta escrita por mi padre, firmada por él y fechada en San Fernando, fue recibida por uno de sus amigos en el año 1879.

—Eso es formal, en efecto, a menos que... Existe otro pueblo de ese nombre en Venezuela, al este del Orinoco, San Fernando de Apure.

—La carta procedía de San Fernando de Atabapo, y llevaba el matasellos con la fecha 12 de abril de 1879.

—Y, ¿por qué, hijo mío, no puso usted en seguida su proyecto en ejecución?

—Porque mi tío... y yo... no hemos tenido conocimiento de esta carta hasta hace tres meses. El amigo, al que iba dirigida, no debía comunicarla a nadie... Después de su muerte nos la remitió su familia... ¡Ah! ¡Si yo no hubiera estado lejos en el momento en que mi padre se expatriaba...! ¡No hubiera partido!

Mirabal, muy conmovido, atrajo a sí a Juan y le abrazó afectuosamente. ¿Qué podría hacer para ayudarlo? Él se lo preguntaba...

Un hecho destacaba, y era la carta escrita por el coronel De Kermor en San Fernando de Atabapo.

—Y, no obstante —dijo Mirabal—, nada me dicen mis recuerdos. No... Nada, por más que en dicha época yo seguramente estaba en San Fernando.

—Pero ¡cómo es posible —exclamó el joven— que mi padre haya pasado por aquí, que haya permanecido algún tiempo y que no dejara huella de su paso...!

Y algunos sollozos se escaparon de su garganta, como si su última esperanza se desvaneciera ante las afirmaciones precisas y desconsoladoras de Mirabal.

—No desespere usted... Juan —exclamó Jacques Helloch (que esta vez no dijo «mi querido Juan»), incapaz también de dominar su emoción—. Seguramente el coronel De Kermor pudo venir a San Fernando sin que el señor Mirabal tuviera conocimiento de ello...

El anciano levantó la cabeza.

—Otras personas pudieron conocerle —continuó Helloch—. Se lo repito a usted, Juan... No es preciso renunciar...

El sargento Marcial permanecía silencioso. Miraba a su sobrino...

Parecía decirle de nuevo lo que varias veces antes de su partida: «¡Verás, pobre niño, como nuestro viaje será inútil!».

—En fin —añadió Mirabal—, como, después de todo, pudiera suceder que yo no hubiera sabido nada de la presencia del coronel De Kermor en este sitio..., haré pesquisas..., me informaré por los habitantes de San Fernando... Yo también creo que no debe desesperarse... Que su padre estuvo en San Fernando, no es dudoso. Pero ¿viajaba con su nombre? ¿Había conservado en el viaje su calidad de coronel?

Sí... Quedaba aún esta hipótesis, admisible, aunque no se explicara bien por qué el coronel había ocultado su nombre y calidad.

—A. menos —hizo observar Jacques Helloch— que el señor De Kermor no haya querido ocultar su paso por San Fernando...

—¿Y con qué objeto? —preguntó con interés Mirabal.

—Mi padre había experimentado grandes disgustos —respondió el joven, cuyo corazón latía con violencia—. Después de la muerte de mi pobre madre se creyó solo en el mundo...

—Pero... ¿y usted, hijo mío?

—También me creía muerto —respondió el joven, mientras el viejo soldado no cesaba de gruñir en su rincón.

Era evidente que aquella especie de interrogatorio no le agradaba, por referirse a ciertos puntos que siempre había querido mantener en la sombra y que concernían al pasado de su supuesto sobrino.

Ni Mirabal ni Jacques Helloch insistieron. En resumen: el coronel De Kermor, combatido por tantas desgracias, había creído que debía partir secretamente, tan secretamente que su antiguo compañero de armas de nada se había enterado.

No era, pues, imposible que hubiera cambiado su nombre por desear que jamás se descubriera el sitio donde había ido a refugiar una vida herida por tantas pruebas.

El sargento Marcial y Juan de Kermor despidiéronse de Mirabal y se retiraron, profundamente entristecidos ambos. Pero, en fin, el anciano les había prometido inquirir cuanto se relacionara con el coronel De Kermor, y no había duda de que realizaría su promesa.

Regresaron a la posada, y no volvieron a salir en todo el día.

Al día siguiente, Juan, presentado por Miguel, celebró una entrevista con el gobernador de aquella provincia del Orinoco.

Su Excelencia nada pudo decir relativo al padre del joven. Además, sólo hacía cinco años que residía en San Fernando. Pero si no podía suministrar noticia alguna respecto al caso, se uniría a Mirabal en la información de que éste se había encargado.

Aquel segundo día transcurrió sin que el asunto adelantase un paso. El sargento Marcial se lamentaba de haber venido de tan lejos y haber corrido tantos peligros sin resultado. ¿Cómo había sido tan débil para consentir en aquel viaje? Sin embargo, se impuso la obligación de no lamentarse delante de Juan, pues hubiera aumentado el disgusto de éste... ¡Y le veía tan enervado...! ¡Tan desesperado!

Por su parte, Jacques Helloch practicó algunas pesquisas que resultaron inútiles. Y entonces, volviendo a bordo de la *Moriche*, se abandonaba a una tristeza que comenzaba a asustar a Germán

Paterne. Su amigo, tan locuaz de costumbre, de humor tan igual, tan comunicativo, apenas respondía a sus preguntas.

—¿Qué te sucede? —le preguntaba Germán.

—Nada.

—Nada. ¡Esto quiere decir todo algunas veces! Ciertamente, la situación de ese pobre mozo es digna de lástima; pero eso no debe hacerte olvidar tu comisión...

—¡Mi comisión...!

—Me parece... No creo que el ministro de Instrucción Pública te haya enviado al Orinoco en busca del coronel De Kermor...

—¿Y por qué no?

—Vamos... Jacques... Hablemos con seriedad. Bastante suerte has tenido con salvar al hijo del coronel.

—¡El hijo! —exclamó Jacques Helloch. ¡Ah! ¡El hijo! Y bien, Germán... Tal vez..., o mejor fuera que Juan hubiera perecido si no ha de encontrar a su padre...

—No te comprendo, Jacques...

—Porque son cosas de las que nada entiendes..., de las que nada puedes entender...

—¡Gracias!

Y Germán Paterne tomó el partido de no interrogar más a su compañero, preguntándose qué había en el fondo de aquel afecto creciente por el joven.

Al día siguiente, cuando Juan llegó con el sargento Marcial a casa de Mirabal, éste, en compañía de Jacques Helloch, se disponía a visitarle.

De las pesquisas practicadas entre los habitantes de San Fernando, resultaba que, doce años antes, un extranjero había, efectivamente, permanecido algún tiempo en el pueblo. Este extranjero, ¿era francés? Nadie podía decirlo, y parecía, además, tener razones particulares para guardar el más profundo incógnito.

Juan creyó ver iluminada por un rayo de luz la oscuridad de aquel asunto misterioso. Débase o no prestar fe a los

presentimientos, él pensó que el extranjero era su padre... Debía ser su padre.

—Y cuando el viajero abandonó a San Fernando, señor Mirabal —preguntó—, ¿hacia qué parte se dirigió?

—Sí, hijo mío. Iba hacia las regiones del Alto Orinoco.

—Y después, ¿hubo más noticias?

—Se ignora lo que fue de él.

—Se sabrá tal vez —dijo Jacques Helloch— practicando pesquisas en esa parte del río.

—Ésta sería una expedición llena de peligros —hizo observar Mirabal—, y exponerse a ellos con tan vagos indicios...

El sargento Marcial aprobó con un gesto los temores expresados por Mirabal.

Juan callaba; pero en su actitud resuelta, en el fuego que brillaba en sus ojos, se leía la firme intención de no tener en cuenta tales peligros, de continuar la campaña, por difícil que fuera, de no abandonar sus proyectos, de ir, en suma, hasta el fin...

Y Mirabal lo comprendió al oír decir a Juan:

—Gracias, señor Mirabal. Gracias, señor Helloch... Un extranjero fue visto aquí en la época en que mi padre se encontraba en este pueblo, en la época en que escribía desde San Fernando.

—Sin duda; pero de ahí a pensar que fuera el coronel De Kermor... —dijo el anciano.

—¿Y por qué no? —exclamó Jacques Helloch—. ¿No hay probabilidades de que sea él?

—Y bien...; puesto que ese extranjero se ha dirigido hacia el Alto Orinoco —dijo Juan—, allí me dirigiré también.

—¡Juan! ¡Juan! —exclamó el sargento Marcial, precipitándose hacia su sobrino.

—Iré —repitió Juan con tono que indicaba resolución inquebrantable.

Después, dirigiéndose al anciano, añadió:

—¿Existen en el Alto Orinoco algunos pueblos donde pueda tomar informes, señor Mirabal?

—¿Pueblos...? Hay varios... Guachapana..., Esmeralda... y otros... Sin embargo, en mi opinión, de ser posible encontrar huellas de su padre, será más allá de las fuentes... En la misión de Santa Juana.

—Ya hemos oído hablar de esa misión —respondió Jacques Helloch—. ¿Es de creación reciente?

—Hace ya algunos años que fue fundada —respondió Mirabal—, y la creo en vías de prosperidad.

—¿Es una misión española?

—Sí, y la dirige un misionero español. El padre Esperante.

—En cuanto nuestros preparativos de viaje estén terminados, partiremos para Santa Juana —dijo el joven.

—Mi querido niño —dijo el anciano—, no debo ocultarle a usted que en el curso del Alto Orinoco los peligros son grandes... Fatigas, privaciones, riesgo de caer en manos de cuadrillas de indios que tienen reputación de feroces..., esos crueles quivas, que actualmente manda un forzado evadido de Cayena...

—Esos peligros los ha corrido mi padre —respondió Juan—. ¡No vacilaré en correrlos yo para encontrarle!

Con esta respuesta terminó la conversación. Mirabal comprendió que nada podía detener al joven. Éste iría hasta el fin, como acababa de decir.

El sargento Marcial, desesperado, siguió a Juan, que fue a pasar el resto del día a la *Gallinetta*. Cuando Jacques Helloch quedó solo con Mirabal, éste le confirmó los peligros de toda especie a que se vería expuesto el hijo del coronel De Kermor sin más que el viejo soldado por guía.

—Si ejerce usted alguna influencia sobre él, señor Helloch —añadió—, hágale que ceje en ese proyecto, que se apoya en base tan incierta... Impida usted su partida...

—Nada le hará cejar, señor Mirabal —afirmó Jacques Helloch—. Le conozco... ¡Nada!

Jacques Helloch volvió a bordo de la *Moriche* más preocupado que nunca, y ni aun respondió a las palabras de su compañero.

Sentado en la proa de la piragua, Jacques Helloch miraba a Valdez y a dos de sus hombres, que se ocupaban en preparar la falca para un largo viaje. Convenía descargarla por completo a fin de observar sus fondos y proceder a una completa carena, necesaria por las fatigas del último viaje y el choque contra la playa de San Fernando.

Jacques Helloch observaba también a Juan, que vigilaba aquel trabajo. Tal vez el joven esperaba que Jacques le dirigiera la palabra, que le hiciera alguna observación sobre la temeridad de sus proyectos..., que procurase apartarle de ellos...

Jacques permanecía mudo, inmóvil... Abismado en sus reflexiones, parecía obsesionado por una idea fija: una de esas ideas que se encierran en un cerebro, que le devoran...

Llegó la noche.

A las ocho, Juan se dispuso a regresar a la posada.

—Buenas noches, Juan —respondió Helloch, levantándose como si tuviera intención de seguir a su joven amigo.

Caminaba Juan sin volver la cabeza, y desapareció entre las cabañas, a cien pasos de ellas.

El sargento Marcial había permanecido en la playa, muy agitado ante la idea de un paso que había decidido dar. Decidióse al fin, y volviéndose hacia la *Moriche*:

—Señor Helloch —murmuró—, desearía hablar dos palabras con usted...

Jacques Helloch desembarcó en seguida y se acercó al soldado.

—¿Qué me quiere usted, sargento? —preguntó.



—Pues... quería... que hablase usted a mi sobrino, que tal vez le escuchará a usted..., para que no emprenda ese viaje...

Jacques Helloch miró al sargento Marcial frente a frente. Después, con alguna vacilación, respondió:

—No conseguiría disuadirle... Sería inútil... Lo sabe usted... Y basta, a condición de que a usted le convenga, he tomado una resolución.

—¿Cuál?

—La resolución de acompañar a Juan.

—¡Usted! ¡Usted acompañar a mi sobrino!

—¡Que no es sobrino de usted, sargento!

—¡El...! ¡El hijo del coronel...!

—Que no es su hijo..., sino su hija... ¡La hija del coronel

De Kermor!





Volumen II

EL SOBERBIO ORINOCO





CAPÍTULO PRIMERO

ALGUNAS PALABRAS DEL PASADO



Las ocho de la mañana del 2 de octubre, las piraguas *Gallinetta* y *Moriche*, después de descender por el brazo que sigue a la derecha de la península de Atabapo, remontaban el curso del Alto Orinoco bajo un favorable viento de Noroeste.

La víspera, después de la conversación del sargento Marcial y de Jacques Helloch, el primero no podía rehusar al segundo el permiso para que les acompañase, a su sobrino y a él, hasta la misión de Santa Juana. Ahora el secreto de Juana de Kermor era conocido por aquel que la había salvado, y no tardaría en serlo por Germán Paterne. Hubiera sido difícil que tal revelación no se efectuase, y hasta era preferible que lo fuera, dadas las circunstancias en las que iba a hacerse la segunda parte del viaje. Pero los dos jóvenes sabrían guardar el secreto con Miguel, Felipe, Varinas, Mirabal y el gobernador de la provincia.

Al regreso, si las pesquisas producían el resultado apetecido, el coronel De Kermor tendría el placer de presentarles a su hija.

Convínose también que ni Valdez, ni Parchal, ni ninguno de los marineros de las piraguas serían enterados de los últimos sucesos.



Por lo demás, sólo aprobación merecía el hecho de que el sargento Marcial hubiera hecho pasar a Juana por sobrino suyo, en la esperanza de evitar las dificultades de la campaña, y lo mejor era no modificar tan prudente conducta.

Pintar la estupefacción, el abatimiento primero, y después la cólera del viejo soldado cuando Jacques Helloch le hizo conocer

que había descubierto el secreto, sería completamente inútil, pues sin gran trabajo se comprenderán.

Tampoco hay para qué hablar de la natural confusión que experimentó la joven al encontrarse en presencia de Jacques Helloch y de Germán Paterne. Ambos se mostraron respetuosísimos con ella y le dieron seguridades completas de su amistad y discreción. Y el carácter decidido de la joven, superior a la ordinaria timidez de su sexo, se sobrepuso perfectamente a las circunstancias.

—Para ustedes, Juan, siempre Juan —dijo, tendiendo la mano a sus dos compatriotas.

—Siempre, señorita... —respondió Germán Paterne inclinándose.

—Sí..., Juan..., mi querido Juan —respondió Jacques Helloch—. Así será hasta el día en que hayamos puesto a la señorita Juana de Kermor en manos de su padre.

Germán Paterne no creyó deber hacer ninguna observación con motivo de aquel viaje que se iba a prolongar hasta el nacimiento del Orinoco, ¡y tal vez más allá!

Personalmente, esta circunstancia no le disgustaba, y le prometía ocasión de enriquecer sus colecciones, herborizando en la flora del alto río. Esto le permitiría completar su comisión de naturalista, y, realmente, el ministro de Instrucción Pública haría mal en lamentarse de que la expedición se hubiera extendido hasta tan lejos.

Juana de Kermor sentíase conmovida ante la idea de que los dos jóvenes iban a unir sus esfuerzos a los de ella, acompañándola hasta la misión de Santa Juana, y desafiando en interés suyo las eventualidades de aquella expedición, aumentando así las probabilidades de buen éxito. Así es que en su corazón se desbordaba la gratitud hacia el que la había arrancado a la muerte y quería estar a su lado durante el viaje.

—Amigo mío —dijo al sargento—, ¡cúmplase la voluntad de Dios! ¡Él sabe lo que hace!

—¡Antes de agradecer... esperaré al fin! —se limitó a responder Marcial.

Y se fue a su rincón a gruñir a sus anchas, avergonzado, como un tío que ha perdido a su sobrino.

Jacques Helloch había dicho a Germán Paterne:

—Comprenderás que no podemos abandonar a la señorita Juana de Kermor.

—Todo lo comprendo, mi querido Jacques —respondió Germán Paterne—, ¡hasta las cosas de las que pretendes que no entiendo nada! Has creído salvar a un joven; has salvado a una joven..., y es evidente que nos será imposible abandonar a esta interesante persona.

—¡No hubiera tampoco abandonado a Juan de Kermor! —afirmó Jacques Helloch—. ¡No! No le hubiera dejado expuesto a tantos peligros sin querer participar de ellos. Era mi deber... Nuestro deber, Germán, era ayudarle hasta el fin.

—¡Conforme! —respondió Germán Paterne con la mayor serenidad del mundo.

He aquí lo que la señorita De Kermor había sucintamente referido a sus dos compatriotas.

El coronel De Kermor, nacido en 1829 y que actualmente tenía sesenta y tres años, se había casado en 1859 con una criolla de la Martinica. Los dos primeros hijos habidos de su matrimonio murieron de corta edad. Juana no les había conocido, y de tal pérdida, los señores De Kermor quedaron inconsolables.

El señor De Kermor, oficial distinguido, debió a su bravura, a su inteligencia y a sus cualidades especiales rápidos y brillantes ascensos. A los cuarenta y un años era coronel. El soldado, cabo después, y después sargento Marcial, profesaba gran afecto y admiración al oficial que le salvó la vida en el campo de batalla de Solferino. Ambos participaron después en la funesta y heroica campaña contra los prusianos.

Dos o tres semanas antes de la declaración de esta guerra en 1870, asuntos de familia habían obligado a la señora De Kermor a

partir para la Martinica. Allí nació Juana. En medio de los violentos disgustos que le enervaban, el coronel experimentó gran alegría por el nacimiento de su hija. A no retenerle su deber, hubiérase reunido con su mujer e hija en las Antillas y las hubiera llevado a Francia.

En estas condiciones la señora De Kermor no quiso esperar que el fin de la guerra permitiera a su esposo ir a buscarla. Deseaba encontrarse a su lado, y en el mes de mayo de 1871, embarcó en San Pedro de la Martinica en un paquebote inglés, el *Norton*, con destino a Liverpool.

La señora De Kermor iba acompañada de una criolla, el ama de su hija, entonces ésta de algunos meses. Su intención era conservar aquella mujer a su servicio cuando regresase a Nantes, donde vivía antes de su partida.

En la noche del 23 al 24 de mayo, en pleno Atlántico, y a causa de espesa niebla, el *Norton* fue abordado por el vapor español *Vigo*, de Santander. El choque echó a pique al *Norton*, arrastrando a sus pasajeros, excepto cinco de éstos, y a la tripulación, excepto dos, sin que el *Vigo* pudiera auxiliarles.

La señora De Kermor no tuvo tiempo de abandonar el camarote que ocupaba, situado en la parte donde se produjo el choque, y la nodriza pereció igualmente, aunque consiguió subir al puente con la niña.

Ésta logró salvarse gracias a los esfuerzos de uno de los dos marineros del *Norton*, que consiguió llegar al *Vigo*.

Hundido el *Norton*, el navío español, averiado en la proa, pero cuyas máquinas no habían resultado estropeadas por el choque, permaneció en el lugar de la catástrofe y echó sus botes a la mar. Sus prolongadas pesquisas fueron vanas y tuvo que dirigirse hacia la más próxima de las Antillas, donde llegó ocho días más tarde.

De allí se efectuó el repatriamiento de las personas que habían encontrado refugio a bordo del *Vigo*. Entre los pasajeros de este navío estaban el señor y la señora Heredia, ricos colonos de La Habana, que quisieron recoger a la pequeña Juana. ¿Carecía ahora de familia esta niña? No se pudo saber. Uno de los dos marineros

salvados afirmaba que la madre de la pequeña, una francesa, había embarcado en el *Norton*, pero que ignoraba su nombre; ¿y cómo saberlo si no había sido inscrita en las oficinas del vapor inglés antes del embarco? Así se hizo constar en la información relativa al abordaje de los dos navíos.

Juana, adoptada por los Heredia, les siguió a La Habana. Allí la educaron, después de haber procurado inútilmente descubrir a qué familia pertenecía. Recibió el nombre de Juana. Muy inteligente, aprovechó la educación que le dieron y aprendió a hablar indistintamente el francés y el español.

Por lo demás, sabía su historia, que no le habían ocultado. Así es que su pensamiento la arrastraba siempre hacia Francia, donde tal vez se encontraba un padre que la lloraba y que no esperaba volverla a ver.

Respecto al coronel De Kermor, fácilmente se imagina cuán intenso había sido su dolor cuando se vio doblemente herido por la muerte de su mujer y de aquella hija que ni aun conocía. En medio de las conmociones de la guerra de 1871, supo que su esposa se había decidido a abandonar a San Pedro de la Martinica para ir a reunirse con él. Ignoraba, pues, que hubiese tomado pasaje a bordo del *Norton*. Y cuando lo supo, fue al mismo tiempo de recibir la noticia de aquel siniestro marítimo. En vano multiplicó sus pesquisas. No produjeron más resultado que darle la certeza de que su mujer y su hija habían perecido con la mayor parte de los pasajeros y tripulantes del paquebote.

El dolor del coronel De Kermor fue inmenso. Perdía a la vez a la mujer adorada y a aquella niña, de la que ni el primer beso había recibido. Tal efecto le produjo esta doble desgracia, que se llegó a temer por su razón. Cayó tan gravemente enfermo, que sin los asiduos cuidados de su fiel soldado, el sargento Marcial, la familia De Kermor se hubiera extinguido en la persona de su jefe.

El coronel sanó, sin embargo, pero su convalecencia fue larga. Habiendo tomado la resolución de renunciar al oficio que había sido el honor de toda su vida y que le reservaba magnífico porvenir,

presentó su dimisión en 1873. Tenía entonces cuarenta y cuatro años.

Desde este día, el coronel De Kermor vivió muy retirado, en una modesta casa de campo en Chantenay-sur-Loire, cerca de Nantes.

No recibía a ningún amigo y no tenía más compañero que el sargento Marcial, que se había retirado del servicio al mismo tiempo que él. No era más que un infeliz abandonado sobre una costa desierta después de un naufragio, el naufragio de sus afectos.

En fin, dos años más tarde el coronel De Kermor desapareció. Pretextó un viaje y abandonó a Nantes. El sargento Marcial esperó inútilmente su regreso. La mitad de la fortuna del coronel —unos 10 000 francos de renta— fue dejada por él a aquel devoto compañero de armas, que la recibió del notario de la familia. En cuanto a la otra mitad, el coronel De Kermor la había realizado y la llevaba... ¿Dónde? Esto debía quedar en el más impenetrable misterio.

El acta de donación al sargento Marcial iba acompañada de una nota concebida en los siguientes términos:

«Doy mi adiós de despedida a mi bravo soldado, con el que he querido partir mis bienes. Que no procure encontrarme, pues sería trabajo inútil. Estoy muerto para él, para mis amigos, para este mundo, como están muertos los seres que más he amado en la tierra».

Y nada más.

El sargento Marcial no quiso creer en la imposibilidad de no volver a ver nunca a su coronel. Practicó algunas pesquisas con objeto de descubrir en qué país había ido a sepultar su desesperada existencia, lejos de los que le conocían, y a los que daba un eterno adiós...



Entretanto, la niña crecía al lado de su familia adoptiva. Doce años transcurrieron antes que los Heredia llegasen a recoger algunas noticias relativas a la familia de la niña. Al fin se supo que una señora De Kermor, pasajera a bordo del *Norton*, era la madre de Juana, y que su marido, el coronel de este nombre, vivía aún.

Juana era entonces una niña de doce años que prometía convertirse en una encantadora joven. Instruida, seria, penetrada de

un profundo sentido de sus deberes poseía una energía poco común a su edad y a su sexo.

Los Heredia no se creyeron con derecho a ocultarle aquellas nuevas noticias, y, a partir de este día, pareció que su espíritu estaba iluminado por persistente luz. Se creyó llamada para encontrar a su padre. Esta creencia llegó a ser su pensamiento habitual, especie de obsesión que producía modificación notoria en su estado intelectual y moral. Aunque muy dichosa en aquella casa, donde había pasado su infancia y donde la trataban como a su hija, no vivió más que con la idea de reunirse al coronel De Kermor. Se supo que éste se había retirado a Bretaña, cerca de Nantes, su ciudad natal. Le escribió para saber si residía allí actualmente. ¡Qué triste nueva cuando la joven supo que su padre había desaparecido hacía bastantes años!

Entonces la señorita De Kermor suplicó a sus padres adoptivos que le permitiesen partir para Europa... Iría a Francia... A Nantes... Conseguiría encontrar las huellas que se consideraban perdidas. Donde los extraños fracasan, una hija, guiada por su instinto, puede obtener buen éxito.

Los Heredia consintieron en su partida sin esperanza alguna. La señorita De Kermor abandonó, pues, a La Habana, y, tras feliz travesía, llegó a Nantes, donde encontró al sargento Marcial, que seguía ignorando el paradero de su coronel.

Júzguese de la emoción del viejo soldado cuando aquella niña, a quien se creía víctima de la catástrofe del *Norton*, franqueó los umbrales de la casa de Chantenay. El sargento no quería creerlo, pero le fue preciso. El rostro de Juana le recordaba las facciones del coronel; sus ojos, su fisonomía, todo lo que se puede transmitir por la sangre de semejanza física y moral. Así es que recibió a la joven como a un ángel que su coronel le enviase desde lo alto...

Pero en aquella época Marcial había ya abandonado toda esperanza de saber en qué país el coronel De Kermor había ido a hundir su triste existencia.

En cuanto a Juana, tomó la resolución de no abandonar la casa paterna. La fortuna que el sargento Marcial había recibido, y que él puso a disposición de la joven, la emplearon ambos en emprender nuevas pesquisas. En vano la familia Heredia insistió para que Juana de Kermor volviese a su lado. Les fue preciso resignarse a estar separados de su hija adoptiva. Juana agradeció a sus bienhechores todo lo que por ella habían hecho. En su corazón se desbordaba la gratitud hacia aquéllos a quienes sin duda no volvería a ver en largo tiempo. Mas, para ella, el coronel De Kermor vivía siempre, y tal vez podía pensarse así, puesto que la noticia de su muerte no había llegado al sargento Marcial ni a ninguno de los amigos que había dejado en Bretaña... Ella le buscaría... Ella le encontraría... Al amor paternal respondía este amor filial, por más que el padre y la hija no se hubieran visto nunca. Había entre ellos un lazo que les unía tan fuerte que nada podría romper.

La joven permaneció, pues, en Chantenay con el sargento Marcial. Éste le dijo que había sido bautizada con el nombre de Juana, algunos días después de nacer, en San Pedro de la Martinica. Juana vivió a su lado, obstinándose en buscar los más leves indicios que le permitieran lanzarse tras las huellas del coronel De Kermor.

Pero ¿a quién dirigirse para recibir alguna noticia del ausente? ¿No había el sargento Marcial intentado todos los medios, sin conseguir nada? ¡Y pensar que el coronel De Kermor se había expatriado por creerse solo en el mundo...! ¡Ah! ¡Si supiera que su hija, salvada del naufragio, le esperaba en la casa paterna...!

Transcurrieron varios años... Ningún rayo de luz aclaraba aquellas tinieblas... Y sin duda el más impenetrable misterio hubiera continuado envolviendo al coronel De Kermor a no ocurrir un suceso inesperado.

No se habrá olvidado que en 1879 había llegado a Nantes una carta firmada por el coronel, carta que venía de San Fernando de Atabapo, en Venezuela, América del Sur. Dirigida al notario de la familia De Kermor, se refería a un asunto personal y se

recomendaba el más absoluto silencio sobre la existencia de esta carta. Falleció el notario cuando Juana se encontraba aún en la isla de Martinica y nadie sabía que fuese la hija del coronel.

Siete años después fue hallada la carta entre los papeles del notario. Entonces los herederos de éste, que conocían la historia de Juana de Kermor, su instalación junto al sargento Marcial y las tentativas practicadas para procurarse documentos relativos al coronel, se apresuraron a comunicarle el hallazgo de la carta.

Juana era entonces mayor. En el tiempo que había vivido bajo el amparo maternal, que así puede decirse, del antiguo compañero de armas de su padre, la educación que recibiera de la familia Heredia se había completado con la instrucción sólida y seria que ofrece la pedagogía moderna.

Imagínese lo que sintió, el ardentísimo deseo que se apoderó de ella cuando el documento referido cayó en sus manos. Era la certeza de que el coronel De Kermor se encontraba en San Fernando en 1879. Y si se ignoraba lo que había sido de él después de este tiempo, por lo menos había un indicio, indicio tan buscado que permitía dar los primeros pasos en el camino de las pesquisas. Se escribió al gobernador de San Fernando varias veces... Las respuestas fueron siempre las mismas... Nadie conocía al coronel De Kermor; nadie recordaba que hubiese estado en el pueblo... Y, sin embargo, la carta existía.

En estas circunstancias, ¿no sería lo mejor ir a San Fernando? Seguramente. Y la joven resolvió partir para este punto.

La señorita De Kermor sostenía correspondencia regular con la familia Heredia. Hizo conocer a sus padres adoptivos su determinación de ir donde tal vez sería posible encontrar las últimas huellas de su padre, y aquéllos no pudieron menos de animarla en su resolución a pesar de las dificultades de tal viaje.

Pero ¿daría el sargento su aprobación a proyecto tan grave? ¿No se opondría al cumplimiento de lo que Juana consideraba como un deber? ¿No se resistiría a él por temor a las fatigas, a los peligros que ella correría en las lejanas regiones de Venezuela?

¡Tantos kilómetros que franquear! ¡Lanzarse una joven a tan aventurada campaña con un viejo soldado por guía, pues seguramente él no la dejaría partir sola...!

—Y, sin embargo, mi buen Marcial tuvo que acceder —dijo Juana, terminando su relato, que acababa de descorrer ante los dos jóvenes el velo del pasado—. Sí, ha consentido, ¿no es verdad?

—Y he tenido ocasión de arrepentirme —respondió el sargento Marcial—, puesto que, a pesar de tantas precauciones...

—Nuestro secreto ha sido descubierto —añadió la joven sonriendo—. Yo no soy tu sobrino, ni tú eres mi tío... Pero ni el señor Helloch ni el señor Germán Paterne dirán nada a nadie... ¿No es verdad, señor Helloch?

—¡A nadie, señorita!



—Nada de señorita, señor Helloch —se apresuró a decir Juana de Kermor—. Es preciso no tomar la mala costumbre de llamarme de ese modo. Acabarán ustedes por descubrir el secreto. No... Juan; nada más que Juan.

—Sí..., Juan..., y nuestro querido Juan, para variar un poco — dijo Germán Paterne.

—Y ahora, señor Helloch, le explicaré a usted lo que me ha exigido mi buen Marcial. Se ha convertido en tío mío. He vestido traje de muchacho, he cortado mis cabellos y, metamorfoseada así, he embarcado en Saint-Nazaire para Caracas. Hablo el español como mi lengua nativa, lo que me ha sido muy útil en el viaje. ¡Y heme aquí en el pueblo de San Fernando! Después, cuando haya encontrado a mi padre, volveremos a Europa por La Habana. Tengo que visitar a la generosa familia que le ha reemplazado cerca de su hija, y a la que ambos debemos tanta gratitud.

A los ojos de Juana asomaron algunas lágrimas. Pero se recobró en seguida, y añadió:

—No, tío, no; no hay que lamentar que nuestro secreto haya sido descubierto. Dios lo ha querido, como ha querido que dos compatriotas nuestros, dos devotos amigos, se hayan encontrado en nuestro camino. ¡Y en nombre de mi padre agradezco a ustedes con toda mi alma lo que por mí han hecho, lo que han resuelto hacer todavía!

Y tendió la mano a Jacques Helloch y a Germán Paterne, que la oprimieron afectuosamente.

Al siguiente día, los dos jóvenes, el sargento Marcial y Juan (conservaremos este nombre mientras las circunstancias lo exijan) se despidieron de Miguel, Felipe y Varinas que proseguían con sus preparativos para explorar el Guaviare y el Atabapo. Los tres colegas no veían sin inquietud que el joven se aventuraba por el curso superior del Orinoco, aun con el concurso de sus compatriotas.

Haciendo votos por el feliz desenlace de su viaje, Miguel dijo:

—Tal vez nos encontrará usted aquí a su regreso si mis compañeros y yo no nos hemos puesto de acuerdo.

En fin, después de haberse despedido del gobernador de San Fernando, que les entregó algunas cartas para los comisarios de los principales pueblos, tras los abrazos de Mirabal, Jacques Helloch y

Germán Paterne, Juan y el sargento Marcial se embarcaron a bordo de sus piraguas, dispuestas a desamarrar.

La población asistió a la partida. Algunos vivos saludaron a las dos falcas cuando éstas se apartaron de la ribera derecha del río. Después de bordear las aguas del Atabapo y del Gaviare, ganaron el Orinoco y desaparecieron en dirección Este.

CAPÍTULO II

PRIMERA JORNADA



a *Moriche* y la *Gallinetta* iban mandadas, como lo habían sido desde su partida de Caicara, por los patrones Parchal y Valdez. Con Parchal y sus hombres, Jacques Helloch y Germán Paterne no habían experimentado dificultad por la prolongación del viaje. Alistados para una campaña de duración indeterminada, poco les importaba a aquellas bravas gentes que la campaña tuviese por resultado la exploración del Orinoco hasta su nacimiento, o de cualquiera otro de sus afluentes, desde el momento que tenían asegurado buen salario.

En lo que se refiere a Valdez, fue preciso establecer nuevas condiciones. El indio no debía conducir al sargento Marcial y a su sobrino más que hasta San Fernando, pues el último no había podido hacer el trato más que de esta manera por depender todo de las noticias que en dicho pueblo recogiera. Se sabe que Valdez era natural de San Fernando, donde vivía, y después de despedirse del sargento Marcial tenía el proyecto de bajar el río por cuenta de otros pasajeros, comerciantes o viajeros.

Como el sargento Marcial y Juan habían quedado extraordinariamente satisfechos de la habilidad y del celo de Valdez, no sin disgusto se hubieran separado de él para la segunda parte de la campaña, la más difícil seguramente. Así, pues, le propusieron

que continuase a bordo de la *Gallinetta* en el curso de aquella navegación por el Alto Orinoco.

Valdez consintió con gusto. Sin embargo, de los nueve hombres que formaban su tripulación sólo cinco pudo conservar, pues los cuatro restantes debían emplearse en la recolección del caucho, que les reportaba grandes beneficios. Felizmente el patrón encontró con quienes reemplazarlos, alistando a tres mariquitares y a un español.

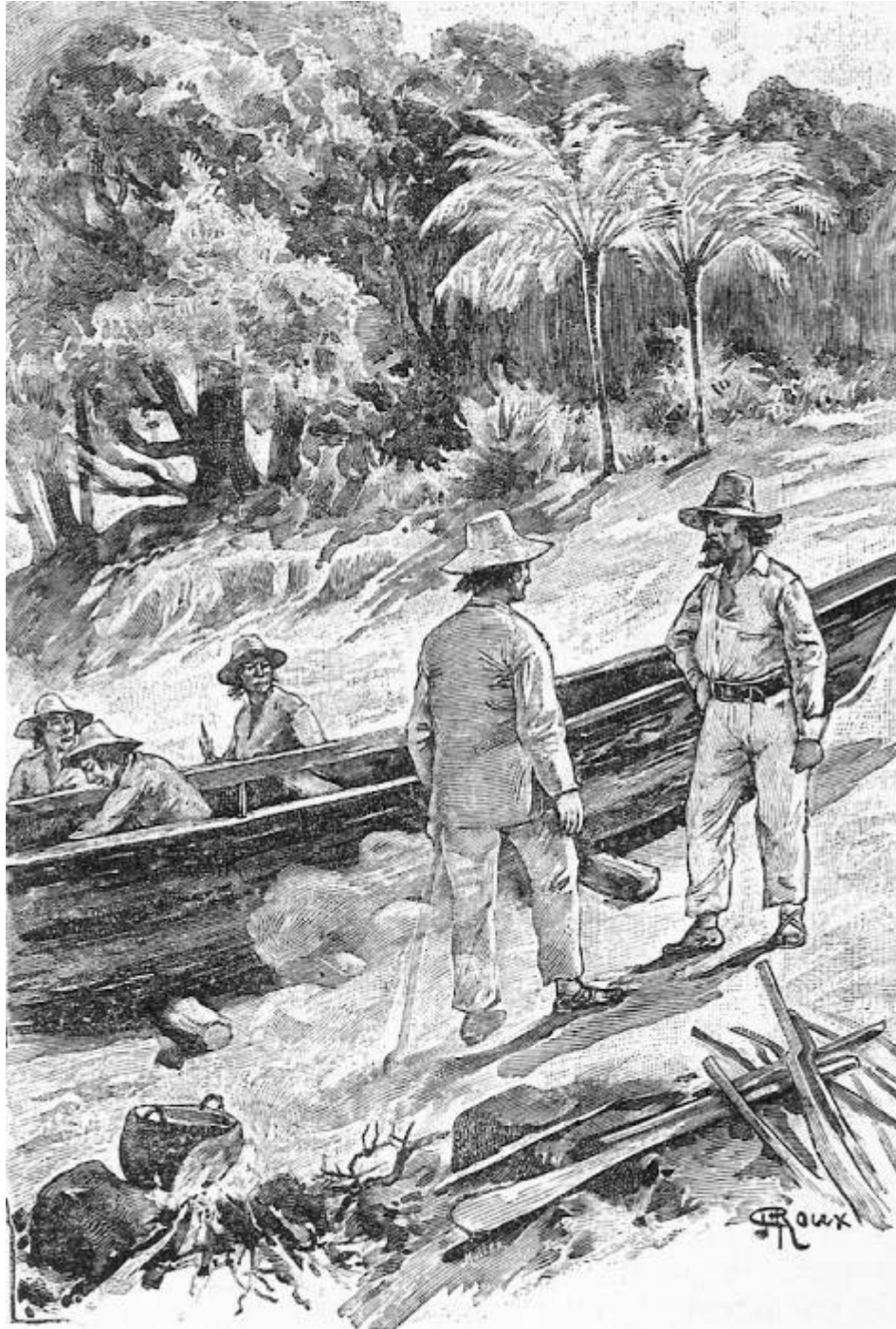
Los primeros, que pertenecen a las tribus de su nombre esparcidas por los territorios del Este, son excelentes barqueros, y éstos conocían el río en una extensión de varios centenares de kilómetros más allá de San Fernando.

El español, apellidado Jorrés, había llegado al pueblo quince días antes, y buscaba precisamente ocasión de ir a Santa Juana, donde, según decía, el padre Esperante no rehusaría admitirle al servicio de la misión. Así, pues, sabedor de que el hijo del coronel De Kermor emprendía aquel viaje, se apresuró a ofrecerse como barquero. Valdez, al que faltaba un hombre, aceptó su ofrecimiento. Este español parecía dotado de inteligencia, aunque la dureza de sus facciones y el fuego de su mirada no previniesen en su favor. Era, además, taciturno y poco comunicativo.

Conviene añadir que los patrones Valdez y Parchal habían ya remontado el río hasta el Mavaca, uno de los tributarios de la izquierda, a unos trescientos cincuenta kilómetros más abajo del macizo de Parima, donde se extienden las primeras aguas del gran río. Y conviene también hacer notar que las piraguas empleadas en el Alto Orinoco son, generalmente, de construcción más ligera que las que se emplean en el curso medio. Pero la *Gallinetta* y la *Moriche*, de pequeñas dimensiones no parecieron impropias para aquel género de navegación. Se las había examinado con cuidado, carenado sus fondos, puestas en perfecto estado. En el mes de octubre, la estación seca no ha bajado aún al mínimo el cauce del río. Su profundidad debía, pues, bastar a las dos falcas, y lo mejor

era no cambiarlas por otras, toda vez que sus pasajeros estaban acostumbrados a ellas desde hacía más de dos meses.

En la época en que Chaffanjon realizaba su extraordinario viaje, no existía más mapa que el de Coddazzi, en general poco exacto y rectificado por el viajero francés. En consecuencia, el mapa corregido por Chaffanjon iba a servir durante esta segunda parte de la campaña.



El viento era favorable y bastante fuerte. Las dos piraguas, con las velas izadas, caminaban rápidamente, casi en la misma línea. Los tripulantes, agrupados en la proa, no tenían que hacer uso de sus brazos. Hermoso tiempo, con un cielo sembrado de ligeras nubes procedentes del Oeste.

En San Fernando, las falcas habían sido abastecidas de carne seca, legumbres, conservas, tabaco y aguardiente, así como de objetos de cambio, cuchillos, hachas, bujerías de vidrio, espejos, telas, y también de vestidos, mantas y municiones. Medida prudente, pues, subiendo más allá del pueblo, hubiera sido difícil procurarse lo necesario, salvo el alimento. En lo que a éste concernía, además, las escopetas de Jacques Helloch y la carabina del sargento Marcial proveerían abundantemente; la pesca no dejaría de ser fructuosa, pues el pescado abunda en las embocaduras de los numerosos ríos que engruesan el curso superior del Orinoco.

A las cinco de la tarde las dos piraguas, ayudadas por el viento, amarraron en la punta de la isla Mina, casi frente a Mava. Una pareja de capibaras fue muerta, y no hubo necesidad de tocar las provisiones, ni para los pasajeros, ni para los tripulantes.

Al día siguiente, 4 de octubre, se volvió a emprender la marcha en iguales condiciones. Después de navegar en línea recta sobre los veinte kilómetros de la parte del Orinoco, a la que los indios dan el nombre de Cañón Nube, la *Moriche* y la *Gallinetta* hicieron escala al pie de las extrañas rocas de Piedra Pintada. Allí Germán Paterno procuró, en vano, descifrar las inscripciones, en parte cubiertas por las aguas. Efectivamente; las crecidas de la época de las lluvias mantenían sobre el cauce normal el nivel del río. Además, se encuentra otra Piedra Pintada más allá de la embocadura del Cassiquiare, con los mismos signos jeroglíficos: firma auténtica de aquellas razas indias que el tiempo ha respetado.

Por costumbre, los viajeros del Alto Orinoco prefieren desembarcar durante la noche. Establecen una especie de campamento bajo los árboles y suspenden sus hamacas de las ramas bajas, durmiendo a campo raso. Verdad que, hasta entonces, los pasajeros se habían contentado con el abrigo de los *roufs* a bordo de sus piraguas, y no pensaron que hubiera motivo para abandonarlo, pues, aparte de que los durmientes arriesgan el ser sorprendidos por lluvias repentinas y violentas, bastante comunes

en aquellas comarcas, hay otras eventualidades no menos inquietantes.

Así lo hicieron observar aquella noche los dos patronos.

—Si esto librara de los mosquitos —dijo Valdez— lo mejor sería acampar... Pero los mosquitos son tan infames en la playa como en el río...

—Además —añadió Parchal— se expone uno a las hormigas, cuyas picaduras producen horas de fiebre.

—¿No son esos bichos conocidos con el nombre de veinticuatro? —preguntó Juan, muy instruido por la lectura asidua de la guía.

—Precisamente —respondió Valdez—. Sin contar las chipitas, bichitos que apenas se ven y que le devoran a uno de la cabeza a los pies, y las termitas, tan insoportables que obligan a los indios a huir de sus casas...

—Y sin contar las niguas —añadió Parchal—, y también esos vampiros que chupan la sangre hasta la última gota...

—Y sin contar las serpientes —aumentó Germán Paterne—, algunas de seis metros de largo... Prefiero los mosquitos.

—¡Yo no prefiero ni a irnos ni a otrosí! —declaró Jacques Helloch.

Todos fueron de esta opinión. Así es que decidieron acostarse en las falcas mientras alguna borrasca, un chubasco, por ejemplo, no obligara a los pasajeros a buscar refugio en la orilla.

Por la tarde se había podido tocar la embocadura del río Ventuari, importante tributario de la ribera derecha. Eran apenas las cinco y quedaban dos horas de luz. Sin embargo, siguiendo el consejo de Valdez, se hizo alto en aquel sitio. Sobre el Ventuari, el río, obstruido por las rocas, presenta una navegación difícil y peligrosa, que sería imprudente intentar en la proximidad de la noche.

Comieron todos juntos. El sargento Marcial no podía hacer objeciones sobre este punto, ahora que el secreto de Juan era conocido por sus dos compatriotas. Jacques Helloch y Germán

Paterne demostraban extrema reserva en sus relaciones con la joven. Se hubieran reprochado (Jacques Helloch sobre todo) de molestarla con demasiada asiduidad. Sentía, si no aturdimiento, un sentimiento particular cuando se encontraba en presencia de la señorita De Kermor. Ésta no podía menos de advertirlo, pero no se preocupaba de ello. Se comportaba con la misma franqueza y sencillez de siempre. Invitaba a los dos jóvenes a que fuesen en su piragua cuando llegaba la noche. Después hablaban de los incidentes de la navegación, de las eventualidades del porvenir, de las probabilidades de un resultado feliz, de las noticias que sin duda se obtendrían en la misión de Santa Juana.

—Es de buen agüero que lleve ese nombre —hizo observar Jacques Helloch—. Sí..., de buen agüero, puesto que es precisamente el de usted..., señorita...

—Juan..., Juan..., si a usted le parece —interrumpió la joven sonriendo mientras el sargento fruncía el ceño.

—Sí, Juan —respondió Jacques Helloch; después de indicar con un gesto que ninguno de los marineros de las falcas le había oído.

Aquella noche la conversación recayó sobre el afluente, a cuya embocadura estaban amarradas las dos piraguas.

Es uno de los más considerables del Orinoco. Vierte en él enorme masa de agua por siete bocas, al través de una de las curvas más pronunciadas de su sistema hidrográfico, un codo en ángulo agudo.

El Ventuari desciende del Nordeste al Sudoeste, y riega los territorios ordinariamente habitados por los indios macos y los indios mariquitares. El caudal que aporta es, pues, más voluminoso que el de los afluentes de la izquierda.

Ésta llevó a Germán Paterne a declarar encogiéndose de hombros:

—Verdaderamente, los señores Miguel, Felipe y Varinas tendrían aquí un buen motivo de discusión. He ahí a ese Ventuari que les disputaría, y no sin ventaja, el derecho al Atabapo y al Guaviare; y si

esos señores estuvieran aquí esta noche, oiríamos sus argumentos respectivos.

—Es probable —respondió Juan—, pues este río es el más importante de la región.

—Yo siento que el demonio de la hidrografía se apodere de mi cerebro —exclamó Germán Paterne—. ¿Por qué el Ventuari no ha de ser el Orinoco?

—Si crees que voy a discutir esta opinión... —dijo Jacques Helloch.

—¿Y por qué no? Es tan buena como la de los señores Varinas y Felipe...

—Querrás decir que es tan mala.

—¿Y por qué razón?

—Porque el Orinoco es el Orinoco...

—¡Magnífico argumento, Jacques!

—¿De modo, señor Helloch —preguntó Juan—, que su opinión está conforme con la del señor Miguel?

—En absoluto, mi querido Juan.

—¡Pobre Ventuari! —respondió riendo Germán Paterne—. Veo que no tienes probabilidades de éxito... y te abandono.

Los días 4, 5 y 6 exigieron gran trabajo, que fue preciso pedir a los brazos de los tripulantes, ya para halar, ya para las maniobras de los remos y de las palancas. Después de Piedra Pintada, las piraguas tuvieron que contornear durante siete u ocho kilómetros un montón de islotes y arrecifes que hacía la marcha muy lenta y difícil. Aunque el viento seguía soplando del Oeste, servirse de las velas hubiera sido imposible en aquel laberinto. Además la lluvia cayó abundantemente, y los pasajeros se vieron obligados a encerrarse en sus *roufs* durante largas horas.

Pasados estos arrecifes sucedieron los rápidos de Santa Bárbara, que las piraguas franquearon felizmente, sin verse obligadas a transbordo alguno. No vieron en este sitio las ruinas del antiguo pueblo, indicadas por Chaffanjon, y no parecía que aquella

porción de la ribera izquierda hubiera estado jamás habitada por indios sedentarios.

Más allá de Cangreo la navegación pudo continuar en condiciones normales, lo que permitió a las falcas llegar en la tarde del 6 de octubre al pueblo de Guachapana, donde hicieron escala.

Y si los patrones Valdez y Parchal hicieron alto, fue únicamente para conceder medio día y una noche de descanso a sus tripulantes.

Guachapana se compone de media docena de cabañas abandonadas desde largo tiempo. Obedece esto a que los alrededores están infestados de termitas, cuyos nidos miden hasta dos metros de altura. Ante aquella invasión no hay más que un recurso: cederles el sitio, y esto es lo que habían hecho los indios.

—Tal es —observó Germán Paterne— el poder de lo infinitamente pequeño. Nada resiste a los bichejos si su número es enorme. Se puede rechazar una bandada de tigres, de jaguares, hasta desembarazar de ellos al país..., y no se acampa ante estos bichos.

—A no ser un indio piaroa, según he leído —dijo Juan.

—Pero esos huyen más por superstición que por temor —añadió Germán Paterne—, mientras que las hormigas, las termitas, acaban por hacer inhabitable un país...

A las cinco, los tripulantes de la *Moriche* se apoderaron de una tortuga de gran tamaño. Este quelonio sirvió para condimentar una excelente sopa, y un no menos excelente caldo, al que los indios dan el nombre de sancocho. Además, y esto permitía economizar las provisiones de las falcas, en la orilla de los bosques vecinos, monos, capibaras y pecaríes no esperaban más que un tiro para figurar en la mesa de los pasajeros. Por todas partes se podía recoger ananás y bananos. Por encima de la playa volaban bandadas de ánades, guacos de vientre blancuzco, gallinas negras. En las aguas hormigueaban los peces, y son tan abundantes que los indígenas los matan a flechazos. En una hora se hubieran llenado los botes de las piraguas.

La cuestión de alimentación no debía, pues, preocupar a los viajeros del Alto Orinoco.

Más allá de Guachapana, la anchura del río no pasa de quinientos metros. Sin embargo, su curso está siempre dividido por numerosas islas que originan rápidas corrientes que se desarrollan con molesta impetuosidad.

La *Moriche* y la *Gallinetta* no pudieron llegar aquel día más que a la isla Perro de Agua, y era casi de noche cuando llegaron.

A veinticuatro horas de allí, después de un día lluvioso, turbado varias veces por saltos de viento que obligaron a navegar a la palanca más arriba de la isla Camucapi, los viajeros llegaron a la laguna Carida.

En otra época había en este sitio un pueblo que fue abandonado, porque un piaroa había sucumbido bajo los dientes de un tigre, hecho que fue certificado a Chaffanjon. El viajero francés no encontró en este pueblo más que alguna casa utilizada por un indio bare, menos supersticioso o menos poltrón que sus congéneres. Este bare fundó un rancho, cuyo perfecto estado de prosperidad reconocieron Jacques Helloch y sus compañeros. Comprendía el rancho algunos campos de maíz, de yuca, plantaciones de bananos, de tabaco y ananás. Al servicio del indio y de su mujer había una docena de peones que vivían en Carida en la más dichosa armonía.

Difícil hubiera sido rehusar la invitación que el indio hizo a los viajeros para que visitasen su establecimiento. Fue a bordo de las piraguas así que éstas arribaron. Se le ofreció un vaso de aguardiente. Aceptólo, pero a condición de que se iría a beber la tafia y a fumar los cigarrillos a su casa. Hubiera sido poco correcto rehusar, tal invitación, y los pasajeros prometieron ir al rancho después de comer.

Entonces se produjo un incidente, al que no se dio ni podía darse gran importancia. En el momento en que desembarcaba de la *Gallinetta*, el bare se fijó en uno de los hombres de la tripulación, aquel Jorrés, al que el patrón había reclutado en San Fernando.



No se habrá olvidado que el español había ofrecido sus servicios sólo por ser su intención ir a la misión de Santa Juana.

El bare le preguntó, después de mirarle con alguna curiosidad.

—Eh, amigo... Yo le he visto a usted en alguna parte...

Jorrés frunció ligeramente el entrecejo y se apresuró a responder:

—Aquí, no... No he venido nunca al rancho.

—Esto es asombroso... Pocos extranjeros pasan por Carida, y no se olvida su rostro aunque no se le haya visto más que una vez.

—Tal vez me habrá usted visto en San Fernando.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted allí...?

—Tres semanas.

—No..., pues allí no ha sido. Hace más de dos años que no he ido a San Fernando.

—Entonces se engaña usted... Nunca me ha visto —respondió el español con tono brusco—. Éste es el primer viaje que hago por el Alto Orinoco.

—Quiero creerle a usted —respondió el bare—, y sin embargo...

Aquí terminó la conversación; y aunque Jacques oyó el final de ella, no se preocupó por lo que oía. Efectivamente, ¿por qué había de ocultar Jorrés que hubiera ido a Carida, de ser cierto?

Además, Valdez no tenía más que motivos de alabanza por aquel hombre que no retrocedía ante ninguna faena por fatigosa que fuera; únicamente se podía notar que vivía apartado de los demás, que hablaba poco, escuchando más bien lo que se decía, tanto entre los pasajeros como entre los tripulantes.

Sin embargo, después del diálogo entre el bare y Jorrés, a Jacques Helloch acometióle la idea de preguntar al último el motivo que le llevaba a la misión de Santa Juana.

Juan, vivamente interesado en lo que concernía a esta misión, esperaba, no sin impaciencia, la respuesta del español.

Ésta fue muy sencilla, y sin que mostrara inquietud dijo:

—Yo, en mi infancia, estaba en la iglesia de novicio, en el convento de la Merced, de Cádiz. Después acometióme el deseo de viajar. He servido como marinero en navíos del Estado durante algunos años. Pero este servicio me fatigó, y, vuelto a mi antigua vocación, pensé entrar en las misiones. Me encontraba en Caracas en un navío mercante, hace seis meses, y oí hablar de la misión de

Santa Juana, fundada hace algunos años por el padre Esperante. Tuve entonces el pensamiento de unirme a él, no dudando que sería bien acogido en este establecimiento que prospera. He abandonado a Caracas, y ofreciéndome como barquero, ya a bordo de una piragua, ya de otra, pude llegar a San Fernando. Esperaba allí una ocasión de remontar el Alto Orinoco, y mis recursos, es decir, lo que había economizado durante el viaje, empezaban a agotarse cuando las piraguas que les conducían a ustedes anclaron en el pueblo. Se extendió la noticia de que el hijo del coronel De Kermor, con la esperanza de encontrar a su padre, se disponía a partir para Santa Juana. Sabiendo que el patrón Valdez reclutaba su tripulación, solicité de él que me admitiera, y heme aquí navegando a bordo de la *Gallinetta*... Tengo, pues, motivos para afirmar que este indio jamás me ha visto en Carida, puesto que he arribado a este puerto por vez primera.

A Jacques Helloch y a Juan convencióles el tono de verdad con que hablaba el español. Esto no podía extrañarles, pues, según el relato, aquel hombre había recibido en su juventud alguna instrucción. Le propusieron entonces alistar a algún indio para que se instruyera en el trabajo de la *Gallinetta* y conservar a Jorrés como pasajero a bordo de una de las piraguas.

Jorrés dio las gracias a los dos franceses. Habitado ahora al oficio de barquero, después de haberlo desempeñado hasta el rancho de Carida, continuaría desempeñándolo hasta las fuentes del río.

—Y —añadió— si no consigo entrar en el personal de la misión, suplicaré a ustedes que me lleven a San Fernando, tomándome a su servicio, y hasta a Europa cuando regresen ustedes a ella.

El español hablaba con voz tranquila, pero algo dura, aunque procurase suavizarla. Voz apropiada a su fisonomía ruda, a su aire decidido, a su cabeza fuerte de cabellera negra, a su boca, cuyos delgados labios se levantaban, dejando ver los blanquísimos dientes.

Tenía también una particularidad que nadie hasta entonces había advertido, pero que desde aquella fecha fue varias veces observada por Jacques Helloch: era la singular mirada que frecuentemente dirigía a Juan. ¿Había, pues, descubierto el secreto de Juan Kermor, que no sospechaban ni Valdez, ni Parchal, ni ninguno de los tripulantes de las dos falcas?

Esto inquietaba a Jacques, y el español merecía ser vigilado, aunque ni la joven ni el sargento Marcial hubieran concebido la menor sospecha. Si las de Jacques Helloch se cambiaban en certidumbres, llegaría la ocasión de desembarazarse de Jorrés, desembarcándole en algún pueblo, en Esmeralda, por ejemplo, cuando las piraguas anclasen en él. No se le daría explicación alguna. Valdez le arreglaría su cuenta, y él se trasladaría como quisiera a la misión de Santa Juana.

A propósito de esta misión, Juan interrogó al español, preguntándole si conocía al padre Esperante, junto al cual deseaba ir.

—Sí, señor De Kermor —respondió Jorrés, tras un momento de vacilación.

—¿Le ha visto usted?

—En Caracas.

—¿En qué época?

—En 1879, cuando me hallaba a bordo de un navío mercante.

—¿Era la primera vez que el padre Esperante iba a Caracas?

—Sí... La primera vez, y de allí partió para ir a fundar la misión de Santa Juana.

—¿Y qué clase de hombre es? —añadió Jacques Helloch—. Mejor dicho, ¿qué clase de hombre era en aquella época?

—Un hombre de unos cincuenta años, de elevada estatura, vigoroso, que usaba barba de abanico, ya gris, y que al presente debe ser blanca. Se adivinaba en él una naturaleza resuelta, enérgica, como las de esos misioneros que no vacilan en arriesgar su vida para convertir indios.

—¡Noble empresa! —dijo Juan.

—¡La más hermosa que conozco! —contestó el español.

Con esta respuesta terminó la conversación. Era llegada la hora de ir a visitar el rancho del bare. El sargento Marcial y Juan, Jacques Helloch y Germán Paterne desembarcaron en la orilla. Después, atravesando los campos de maíz y yuca, se dirigieron a la casa en que vivía el indio con su mujer.

Estaba esta casa más cuidadosamente construida que lo están de ordinario las cabañas de los indios de aquella región. Contenía diversos muebles, hamacas, utensilios de cultivo y de cocina, una mesa, varios cestos que servían para guardar objetos, y algunos escabeles.

Hizo los honores el bare, pues su mujer no comprendía el español, lengua de la que él se servía corrientemente. Dicha mujer era una india medio salvaje, y sin duda inferior a su marido.

Éste, muy orgulloso de su dominio, habló largamente de su explotación, de su porvenir, manifestando el disgusto que sentía porque sus huéspedes no pudieran visitar el rancho en toda su extensión, aunque esperaba que al regreso permanecieran allí más tiempo.

Algunas galletas de yuca, ananás de primera calidad, tafia, que el mismo bare extraía de las cañas de azúcar, cigarros de ese tabaco que crece sin cultivo, simples hojas arrolladas en una pequeña corteza de *tabari*. Todo esto fue ofrecido y aceptado de buena voluntad.

Únicamente Juan renunció a los cigarros a pesar de la insistencia del indio, y sólo consintió en mojar sus labios con algunas gotas de tafia. Precaución prudente, porque el tal licor abrasaba como fuego; y si Jacques y el sargento no pestañeaban al tomarlo, Germán Paterne no pudo contener un gesto que le hubieran envidiado los monos, lo que al parecer satisfizo al indio.

A las diez se retiraron los visitantes, y el bare, seguido de algunos peones, les acompañó hasta las falcas, cuyas tripulaciones dormían profundamente.

En el momento en que se despedían, el indio no pudo menos de decir, refiriéndose a Jorrés:

—A pesar de todo, estoy seguro de haber visto a ese español en los alrededores del rancho.

—Y ¿por qué había de ocultarlo? —preguntó Juan.

—No hay más que un parecido, mi bravo indio —se contentó con replicar Jacques Helloch.

CAPÍTULO III

ESCALA DE DOS DÍAS EN DANACO



acía cuarenta y ocho horas que ya se dibujaba en el horizonte Este la cima de una montaña, que los dos patrones, Valdez y Parchal, decían ser el monte Yapacana. Añadían que esta montaña estaba encantada, y que todos los años, en febrero y marzo, los espíritus encienden en su cúspide una gran hoguera, cuyo reflejo se extiende por toda la comarca, elevándose hasta el cielo.

Las piraguas llegaron en la tarde del 11 de octubre al sitio en que el monte se muestra en sus verdaderas dimensiones; cuatro kilómetros de extensión, anchura de kilómetro y medio, y altura de 1200 metros.

Durante los tres días que habían seguido a su partida de Carida, la navegación de las falcas, impulsadas por brisa constante, se había efectuado rápidamente y sin obstáculos. Se había pasado la isla Lima, remontando el río en las riberas, bordeadas de espesas palmeras, sin más dificultad que las de atravesar un pequeño raudal, llamado «Travesía del Diablo».

El cerro de Yapacana ocupa la planicie que se desenvuelve a la derecha del Orinoco. Como indica Chaffanjon, presenta la forma de un enorme sarcófago.

—Y ¿por qué —dijo Germán Paterne— no ha de albergar devas, dríadas, trolls, elfos y otros espíritus de origen mitológico?



Frente al cerro, la ribera izquierda, más allá de la isla Mavilla, estaba ocupada por la casa del delegado venezolano. Era éste un mestizo, llamado Manuel Asunción, que vivía allí con su mujer, mestiza también; y varios niños. En total, una interesante familia.

Cuando las falcas se detuvieron ante Danaco ya era de noche, pues la navegación se había retrasado por una avería sobrevenida a la *Gallinetta*. A pesar de toda su habilidad, Valdez no pudo impedir

que la piragua, cogida en un remolino, chocase con una arista de la roca. Como consecuencia del choque abrióse en la piragua un agujero de poca importancia, puesto que pudo ser tapado con algunos puñados de hierbas secas. Pero teniendo en cuenta la continuación del viaje, preciso era que la avería fuera sólidamente reparada, y en Danaco lo sería.

Los pasajeros permanecieron toda la noche al pie de la orilla, en la costa meridional de la isla Mavilla, sin que el delegado hubiera sido avisado de su llegada.

Al siguiente día, al alba, las piraguas atravesaron el brazo del río y fueron a amarrar a una especie de puente, destinado a la carga y descarga de las embarcaciones.

Danaco era entonces un pueblo, no un simple rancho, como el viajero francés ha anotado en su relación.

En efecto: gracias a la inteligente actividad de Manuel Asunción, el establecimiento había sido engrandecido en algunos años, y su prosperidad tendía a aumentar. El mestizo había tenido la feliz idea de abandonar su lugar de Guachapana, más próximo a San Fernando, donde llegaban más fácilmente las enojosas requisas del gobernador. Aquí, en Danaco, estaba casi en completa libertad de ejercer su comercio, y esta libertad producía excelentes resultados.

Al amanecer, Manuel Asunción tuvo conocimiento de la llegada de las piraguas, y acompañado de algunos peones se apresuró a ir a ver a los viajeros.

Éstos descendieron inmediatamente a la orilla. Allí, Juan creyó conveniente presentar las cartas que le había dado el gobernador de San Fernando para los delegados del Alto Orinoco.

Manuel Asunción tomó la carta, la leyó, y con cierto orgullo dijo:

—No tenía yo necesidad de esta carta para hacer buen recibimiento a los viajeros que venían a hacer escala en Danaco. Los extranjeros, y sobre todo los franceses, están siempre seguros de ser bien acogidos en nuestros pueblos.

—Se lo agradecemos a usted, señor Manuel —respondió Jacques Helloch—. Pero una reparación que requiere la avería de

una de nuestras falcas nos obligará tal vez a permanecer aquí cuarenta y ocho horas.

—Y ocho días, si usted quiere, caballero. Danaco está siempre abierto a los compatriotas del francés Truchon, al que los plantadores del Alto Orinoco deben gratitud inmensa.

—Sabíamos que íbamos a ser perfectamente recibidos, señor Manuel —afirmó Juan.

—Y ¿cómo lo sabían ustedes, mi joven amigo?

—Porque esta hospitalidad que usted nos ofrece, la había usted ofrecido hace cinco años a uno de mis compatriotas, que llegó hasta el nacimiento del Orinoco.

—¡El señor Chaffanjon! —exclamó el delegado—. ¡Sí! Un audaz explorador, del que conservo excelentes recuerdos..., así como de su compañero el señor Mousot.

—Y que ha conservado no menos excelentes recuerdos de usted —añadió Juan—, como también de los servicios que usted le prestó..., lo que ha consignado en la relación de su viaje.

—¿Tiene usted esa relación? —preguntó Manuel.

—La tengo, y si lo desea le traduciré el pasaje que se refiere a usted.

—Mucho placer me causará —respondió el delegado, tendiendo la mano a los pasajeros de las falcas.

En esta relación, no solamente se hablaba en excelentes términos de Manuel Asunción y de su establecimiento de Danaco, sino también de Truchon, que valía a los franceses tan buena fama en el curso superior del río.

Truchon fue, hace cuarenta años, a fundar un establecimiento en aquel territorio del Alto Orinoco. Antes los indios no entendían nada de la explotación del caucho, y gracias a los procedimientos que él introdujo, esta explotación tan fructuosa ha hecho la fortuna de aquellas lejanas regiones. De aquí la legítima popularidad del nombre francés en todas las provincias donde dicho cultivo forma la principal industria.

Manuel Asunción contaba sesenta años de edad. Tenía aún la apariencia de un hombre vigoroso; el color atezado, la fisonomía inteligente, la mirada llena de ardor. Sabía mandar y hacerse obedecer, y era bueno, atento, cuidadoso para los indios de su rancho. Eran éstos mariquitares, una de las mejores razas indígenas de Venezuela, y el pueblo que había sido formado en torno del rancho poseía una población exclusivamente mariquitare.

Una vez que los pasajeros aceptaron la hospitalidad ofrecida por el delegado, diéronse las oportunas órdenes para que se procediera inmediatamente a la reparación de la avería de la *Gallinetta*. Iba a ser preciso desembarcar el material, sacarla a la orilla y volverla para calafatear sus fondos. Con los obreros que Manuel Asunción puso a disposición de Valdez, el trabajo quedaría terminado en dos días.

Eran entonces las siete de la mañana. Tiempo cubierto, nubes muy elevadas, sin amenazas de lluvia, temperatura soportable, pues no pasaba de veintisiete grados centígrados.

Partióse en dirección al pueblo, oculto bajo espesa arboleda y a medio kilómetro de distancia.

Manuel Asunción, Jacques Helloch y Juan, precedían, siguiendo un ancho sendero, bien trazado, bien cuidado, al sargento Marcial y a Germán Paterne.

Mientras caminaban, Manuel hacía admirar a los viajeros los ricos productos del rancho, cuyo cultivo se extendía así hasta el río, plantaciones de mangos, limoneros, cacahuetes, palmeras. Más allá, se veían vastas extensiones de bananos, campos de maíz, de yuca, de caña de azúcar y tabaco. Las caucheras formaban la cosecha del dominio, como también la haba tonca, arbolillos que producen la sarapia.

Y Manuel repetía:

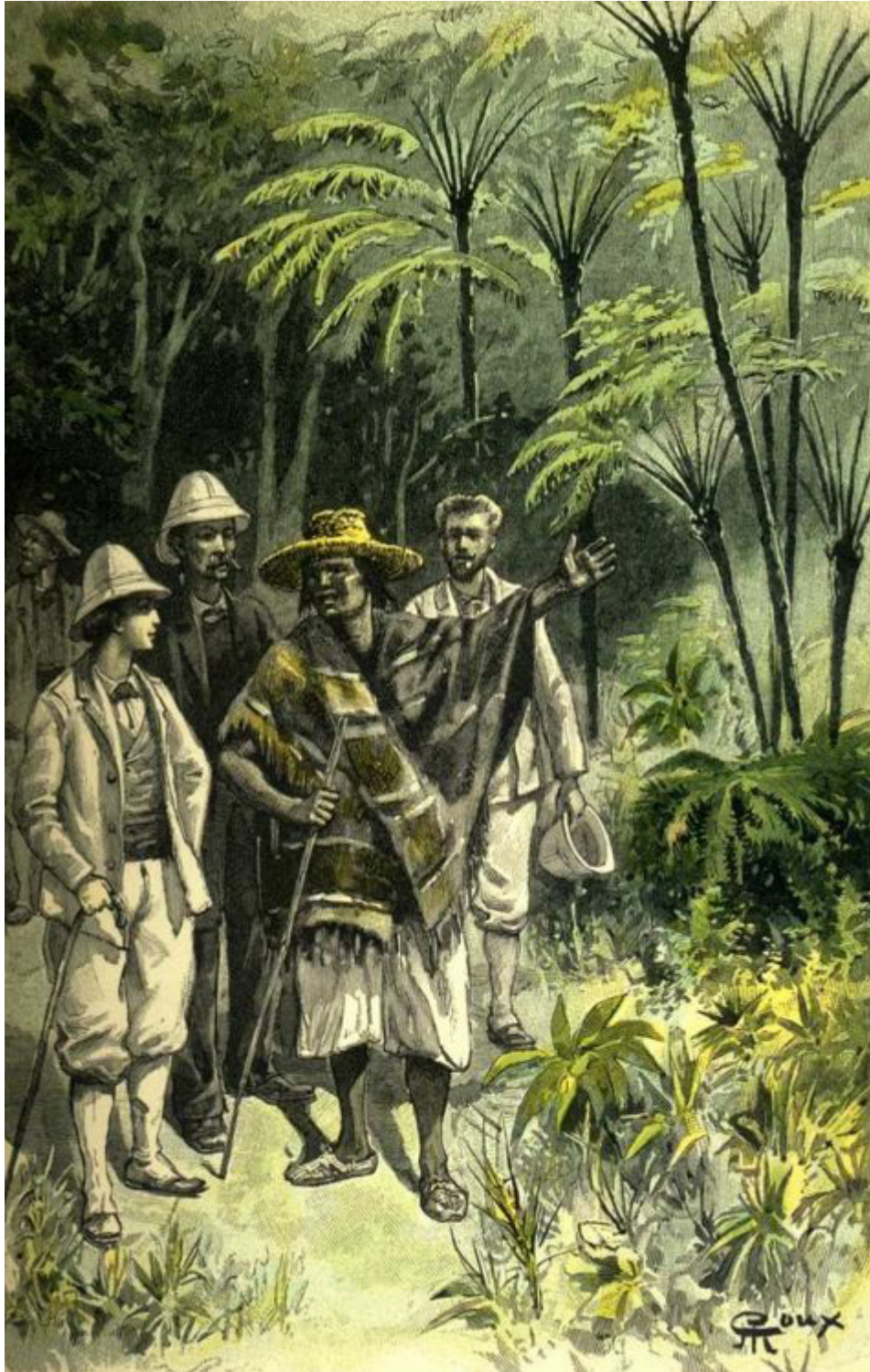
—Si su compatriota volviera a vernos, ¡qué cambiado encontraría el rancho de Danaco, sin hablar del pueblo, que es ya uno de los más importantes del territorio!

—¿Más importante que Esmeralda? —preguntó Jaques Helloch.

—Seguramente, pues ese pueblecillo está ahora abandonado, mientras Danaco se halla en pirata prosperidad —respondió el delegado—. Ustedes juzgarán de ello cuando pasen ante Esmeralda. Además, los mariquitas son indios trabajadores e industriosos, y ustedes podrán observar que sus casas son tan cómodas como las de los mapoyes o los piaroas del Medio Orinoco.

—Sin embargo —replicó Jacques Helloch—, en Urbana hemos entablado relaciones con un tal señor Marchal...

—Ya sé..., ya sé... —respondió Manuel Asunción—. El propietario del ható de Tigra... Un hombre inteligente... He oído hablar muy bien de él... Pero, en suma, su ható no se convertirá nunca en un pueblo, y pueblo será en su día Danaco..., al que llegamos en este instante.



Tal vez el delegado sentía algo de celos por Marchal. «Y ¿dónde van a albergarse los celos?», se pudo preguntar Jacques Helloch. Por lo demás, Manuel Asunción sólo había dicho la verdad respecto

al pueblo, del que hablaba con justo orgullo. En aquella época, Danaco se componía de unas cincuenta casas, a las que no convenía el nombre de cabañas.

Estas casas descansan sobre una especie de basamento cilindrocónico, que domina un alto tejado de hojas de palma, terminado en punta, adornada con algunos arambeles en su base. El basamento dicho está entrelazado con ramas, sólidamente unidas entre sí, y cimentadas de una mezcla de cal y arena, cuyas hendeduras le dan el aspecto de un muro de ladrillo.

Dos puertas, una opuesta a la otra, permiten el acceso al interior. En vez de una única habitación tiene dos, para el uso de los miembros de la misma familia, y separadas por la sala común. Notable progreso entre las cabañas indias y que impide toda promiscuidad. Obsérvase progreso igual en el mueblaje, compuesto de mesa, escabeles, cubos, hamacas, que, aunque rudimentario, prueba la necesidad de comodidad.

Atravesando el pueblo, los viajeros pudieron observar la población masculina y femenina de Danaco, pues las mujeres y los niños no huyeron al acercarse.

Los hombres, de hermoso tipo, robustos y de sana constitución, tenían tal vez menos tipismo que en los tiempos en que su traje se reducía a un taparrabo sujeto a la cintura. Lo mismo sucedía con las mujeres, que antaño se contentaban con un mandil cubierto de pedacitos de vidrio y sujeto sobre las caderas por un cinturón de perlas. Actualmente, su traje, semejante al de los mestizos o indios civilizados, no contravenía las leyes de la decencia. En resumen, se encontraba el equivalente al poncho americano en los jefes; y en cuanto a las mujeres, llevaban gran número de brazaletes en brazos y piernas.

Después de haber dado unos cien pasos por el pueblo, el delegado dirigió a sus huéspedes hacia la derecha. Dos minutos después llegaron ante la casa principal de Danaco.

Figurémonos una casa doble, o más bien dos casas unidas, muy elevadas sobre su basamento, y con los muros agujereados con

puertas y ventanas. Estaba rodeada de un hayedo, protegida por empalizadas, con patio de entrada ante la fachada. Magníficos árboles dábanle sombra por ambos lados, y en cada uno de ellos había un anexo donde se depositaban los instrumentos de cultivo o se encerraban las bestias.

La recepción se celebró en la primera habitación de una de las casas, donde estaba la mujer de Manuel Asunción, mestiza de indio del Brasil y de negra, acompañada de sus dos hijos, vigorosos mozos de veinticinco y treinta años, de tez menos cobriza que sus padres.

Jacques Helloch y sus compañeros fueron cordialmente recibidos.

Como toda la familia comprendía y hablaba el español, la conversación fue seguida sin dificultad.

—Toda vez que la *Gallinetta* está en reparaciones que durarán cuarenta y ocho horas, el sargento y su sobrino permanecerán aquí —dijo Manuel, dirigiéndose a su mujer—. Tú les prepararás una o dos habitaciones, según les convenga.

—Dos..., si usted quiere —respondió el sargento.

—Dos... sea —añadió el delegado—, y si el señor Helloch y su amigo quieren dormir en el rancho...

—Se lo agradecemos a usted —respondió Germán Paterne—. Nuestra piragua, la *Moriche*, está en buen estado, y deseosos de no proporcionar a usted tanto trabajo, esta noche regresaremos a bordo...

—Como ustedes gusten, señores... Ustedes no molestarían, pero nosotros no queremos molestarles a ustedes.

Después dijo a su hijo:

—Será menester enviar algunos de nuestros mejores peones para que ayuden a los tripulantes de las falcas...

—Y nosotros trabajaremos con ellos —respondió el mayor de los jóvenes.

Pronunció estas palabras inclinándose respetuosamente ante su padre y su madre; muestras de respeto comunes entre las familias

de Venezuela.

Después del almuerzo, muy abundante en caza, frutas y legumbres, Manuel preguntó a sus huéspedes sobre el objeto de su viaje. Hasta entonces el Alto Orinoco no había sido frecuentado más que por raros mercaderes que iban a Cassiquiare, más arriba de Danaco. Más allá no había comercio, y únicamente a los exploradores se les ocurría tratar de llegar al nacimiento del río.

Manuel quedó muy sorprendido cuando Juan le manifestó los motivos que le habían hecho emprender aquella campaña, a la que se habían asociado sus dos compañeros.

—¿De modo que va usted en busca de su padre? —dijo con una emoción de la que participaban sus hijos y su mujer.

—Sí, señor Manuel, y esperamos encontrar sus huellas en Santa Juana.

—¿No ha oído usted hablar del coronel De Kermor? —preguntó Jacques Helloch a Manuel.

—Jamás ese nombre ha sido pronunciado delante de mí.

—Y, sin embargo —dijo Germán Paterno—, hace años usted estaba ya establecido en Danaco.

—No... Todavía ocupábamos el sitio de Guachapana; pero no tenemos conocimiento de la llegada a este sitio del coronel De Kermor.

—No obstante —insistió el sargento Marcial, que comprendía lo bastante para tomar parte en la conversación—, entre San Fernando y Santa Juana no hay más camino que el del Orinoco.

—Es el más fácil y el más directo —respondió Manuel—, y un viajero está en él menos expuesto que si se aventurase a través de los territorios del interior recorridos por los indios. Si el coronel De Kermor se ha dirigido hacia las fuentes del río, ha debido de remontarlo como ustedes lo hacen.

Hablando así, Manuel Asunción no se mostraba muy afirmativo.

Era, pues, sorprendente que el coronel De Kermor, cuando se dirigía a Santa Juana, no dejara vestigio alguno de aquella navegación sobre el Orinoco, a partir de San Fernando.

—Señor Manuel —preguntó entonces Jacques Helloch—, ¿ha visitado usted la misión?

—No... No he llegado al Este más allá de la embocadura del Cassiquiare.

—¿Se le ha hablado a usted de Santa Juana?

—Sí..., como de un establecimiento próspero, gradas a los sacrificios de su jefe.

—¿No conoce usted al padre Esperante?

—Sí... Le he visto una vez... Hará tres años... Había descendido al río para asuntos de la misión, y se detuvo un día en Danaco.

—¿Y qué clase de hombre es ese misionero? —preguntó el sargento Marcial.

El delegado hizo del padre Esperante un retrato que concordaba con el que del mismo había hecho el español Jorrés. No era dudoso que el último hubiera encontrado al misionero en Caracas, como había dicho.

—Y después de su paso por Danaco, ¿no ha tenido usted más relaciones con el padre Esperante? —preguntó Juan.

—Ninguna —respondió Manuel—. Sin embargo, varias veces he sabido por los indios que venían del Este, que Santa Juana aumentaba en importancia cada año. La obra de ese misionero es hermosa y honra a la Humanidad.

—Sí, señor delegado —declaró Jacques Helloch—, y honra también al país que tales hombres produce. Seguro estoy de que seremos bien recibidos por el padre Esperante.

—No lo duden ustedes —respondió Manuel—, y les tratará a ustedes como si fueran compatriotas suyos. Es la acogida que reservaba al señor Chaffanjon, si éste hubiera llegado hasta Santa Juana.

—¡Y tal vez nos ponga sobre las huellas de mi padre! —añadió Juan.

Por la tarde, los huéspedes del delegado visitaron el rancho; sus campos, bien cultivados; sus plantaciones, admirablemente conservadas; sus bosques, donde el hijo de Manuel combatía

incesantemente a los monos; sus praderas, donde pacían los rebaños.

Se estaba en la época de la recolección del caucho, recolección prematura aquel año. Por regla general no empieza hasta noviembre, para continuar hasta fines de marzo.

Manuel dijo:

—Si esto les interesara a ustedes, mañana les mostraré cómo se procede a esta recolección.

—Aceptamos con mucho gusto —respondió Germán Paterne—, y yo sacaré buen provecho de ello.

—A condición de levantarse al alba —observó Manuel—. Desde el amanecer se ponen mis gomeros a la tarea.

—No los haremos esperar, esté usted seguro —respondió Germán Paterne—, ¿no es cierto, Jacques?

—Estaré dispuesto a esa hora —prometió éste—. ¿Y usted, mi querido Juan?

—No faltaré —respondió Juan—, y si mi tío duerme aún...

—¡Tú me despertarás, sobrino, tú me despertarás! Cuento con ello —respondió el sargento Marcial—. Puesto que hemos venido al país del caucho, sepamos al menos cómo se hace...

—¡La goma elástica, sargento, la goma elástica! —exclamó Germán.

Y regresaron a la casa después de un paseo que había durado toda la tarde. La comida reunió a los huéspedes del delegado a la misma mesa.

La conversación recayó principalmente sobre el viaje y los incidentes ocurridos desde la partida de Caicara, la invasión de las tortugas y el chubasco que había comprometido las piraguas y las vidas de los pasajeros.

—En efecto —afirmó Manuel—. Esos chubascos son terribles, y el Alto Orinoco no está libre de ellos. Respecto a las invasiones de tortugas, no hay que temerlas en nuestros territorios, que no ofrecen playas propias para esos animales...

—¡No hablemos mal de ellos! —añadió Germán Paterne—. Un sancocho de tortuga bien hecho es excelente. Con esos bichos y los asados de monos, ¿quién lo creerá?, se está seguro de hacer una buena comida, remontando vuestro río...

—Exacto —dijo el delegado—. Pero, volviendo a los chubascos, desconfíen ustedes de ellos. Son tan repentinos, y tan violentos más arriba como más abajo de San Fernando..., y no hay que darle al señor Helloch ocasión para que le salve a usted otra vez, Juan...

—¡Está bien, está bien! —gruñó el sargento Marcial, al que no le agradaba este asunto—. Tendremos cuidado con los chubascos... Se tendrá cuidado, señor delegado.

Germán Paterne dijo entonces:

—¿Y nuestros compañeros, de los que no hablamos al señor Manuel? ¿Es que les hemos olvidado ya?

—Es verdad —añadió Juan—. Esos excelentes señores Miguel, Felipe y Varinas...

—¿Quiénes son esos señores? —preguntó Manuel.

—Tres venezolanos, con los que hemos hecho el viaje de Ciudad-Bolívar a San Fernando.

—¿Viajeros? —preguntó Manuel.

—Y también sabios —declaró Germán Paterne.

—¿Y qué saben esos sabios?

—Mejor haría usted en preguntar qué es lo que no saben —dijo Jacques.

—Bien, ¿qué es lo que no saben?

—No saben si el río que riega este rancho es el Orinoco.

—¡Cómo! —exclamó Manuel—. ¿Tendrían la audacia de decir...?

—El uno, el señor Felipe, sostiene que el verdadero Orinoco es su afluente el Atabapo; el otro, el señor Varinas, afirma que es su afluente el Guaviare.

—¡Qué atrevimiento! —exclamó el delegado—. A creerles, ¡el Orinoco no sería el Orinoco!

Manuel estaba verdaderamente furioso, furor del que participaban su mujer y sus hijos. Su amor propio sentíase realmente herido en la fibra más delicada, en su Orinoco..., ¡el río de los ríos!

Fue entonces preciso explicarles lo que Miguel y sus dos colegas habían ido a hacer en San Fernando, y a qué investigaciones, seguidas sin duda de discusiones borrascosas, debían de entregarse en aquel momento.

—Y ¿qué pretende ese señor Miguel? —preguntó el delegado.

—El señor Miguel afirma que el Orinoco es el río que hemos seguido de San Fernando a Danaco —respondió Germán Paterne.

—¡Y que sale del macizo de la Parima! —afirmó con resonante voz Manuel—. Así, si el señor Miguel viene a vemos, será recibido con cordialidad. Pero los otros dos que no vengan al rancho, pues les arrojaríamos al río, ¡y beberían en él lo bastante para asegurar que su agua es la del Orinoco!

Nada más chistoso que Manuel hablando con esta seguridad y profiriendo tan terribles amenazas. Aparte toda exageración, hubiera defendido a su río hasta la última gota.

A las diez de la noche, Jacques Helloch y su compañero se despidieron de la familia de Asunción, del sargento y de su sobrino, y regresaron a su piragua.

Fuese involuntariamente, o por efecto de un presentimiento, Jacques pensó en Jorrés. No había que dudar que el español conocía al padre Esperante, hubiérale encontrado en Caracas o en otra parte, puesto que le había pintado tal como Manuel acababa de hacerlo.

No se podía acusar a Jorrés de haber inventado un supuesto encuentro con el misionero con objeto de imponerse a los pasajeros de las piraguas, que se dirigían a Santa Juana.

Sin embargo, de otra parte quedaba la afirmación del indio bare, pretendiendo que Jorrés había ya debido remontar el Orinoco, al menos hasta el rancho de Carida. A pesar de la negativa del español, el indio había sostenido su afirmación. No es tan grande el

número de extranjeros que recorren los territorios de Venezuela meridional para que se pueda cometer error en ninguno de ellos. Si se tratase de un indígena, este error hubiera sido admisible.

¿Podía serlo, tratándose de un español tan fácilmente reconocible?

Así, pues, si Jorrés había ido a Carida y, en consecuencia, a los lugares situados más arriba o más abajo de este punto, ¿por qué lo negaba? ¿Qué motivos tenía para ocultarlo? ¿Acaso esto hubiera podido influir en el espíritu de aquéllos a quienes acompañaba a la misión de Santa Juana?

Después de todo, tal vez el bare se equivocaba. Entre uno que dice: «Le he visto a usted aquí», y otro que responde: «No ha podido usted verme, porque nunca he venido», si hay error, no puede, evidentemente, provenir del segundo.

Y, sin embargo, este incidente no dejaba de preocupar a Jacques Helloch, y no por lo que a él directamente se refería; pero todo lo que concernía al viaje de la hija del coronel De Kermor, todo lo que pudiera retrasar o comprometer el resultado, le inquietaba en alto grado.

Aquella noche, hasta muy tarde, no le fue posible conciliar el sueño; y al siguiente día fue preciso que Germán Paterne le sacase del lecho, dándole una amistosa palmada, en el momento en que el sol aparecía en el horizonte.

CAPÍTULO IV

ÚLTIMOS CONSEJOS DE MANUEL ASUNCIÓN



Es inútil insistir sobre los sentimientos de Jacques Helloch desde el día en que Juan había dejado el sitio a Juana, desde el día en que la hija del coronel De Kermor, después de haber sido salvada de las aguas del Orinoco, no podía ocultarse bajo el disfraz del supuesto sobrino del sargento Marcial.

Se explica lógicamente que la naturaleza de estos sentimientos no se ocultase a Juana, que contaba veintidós años, aunque bajo el traje de un joven no pareciera tener más que diecisiete.

Germán Paterne, que no entendía nada de aquellas cosas a creer a su compañero, había notado los cambios que por inevitable gradación se producían en el corazón de Jacques Helloch. Y si le hubiera dicho: «Jacques, tú amas a la señorita Juana de Kermor», es seguro que aún Jacques le hubiera respondido: «Mi pobre amigo, tú no entiendes nada de estas cosas».

Así es que Germán Paterne no esperaba más que un momento oportuno para expresar su opinión en este asunto, aunque no fuera más que para rehabilitar en su propia persona a los naturalistas, botánicos y demás sabios de este jaez, que no son tan extraños a los sentimientos más delicados del alma como se supone en este bajo mundo.

Respecto al sargento Marcial, cuando pensaba en los diversos incidentes sobrevenidos, en su secreto descubierto, en sus planes

fracasados, en tantas precauciones destruidas por aquel maldito chubasco, en su situación de tío de Juan de Kermor irrevocablemente perdida... ¡qué de reflexiones no haría!

En el fondo estaba furioso; furioso contra sí mismo, furioso contra todos. Juan no debió haberse caído al río durante la borrasca... Él debió arrojarle para salvarle, y no consentir que otro lo hiciera. Aquel Jacques Helloch no tenía necesidad de haber prestado a la joven sus auxilios. ¿A él qué le importaba? Y, sin embargo, había hecho bien, porque sin él..., no..., ella hubiera seguramente perecido. Verdad que se podía esperar que las cosas no irían más lejos. El secreto había sido cuidadosamente guardado. Observando la reservada actitud del salvador de Juana, el sargento Marcial no veía nada de sospechoso, y su coronel, cuando ambos se encontraran frente a frente, no tendría por qué dirigirle reproche alguno.

¡Pobre sargento Marcial!

Muy de mañana fue despertado por Juan, pues Manuel y sus hijos esperaban ya ante la casa.

Casi en seguida llegaron sus compatriotas, que habían desembarcado un cuarto de hora antes.

Saludáronse, Jacques Helloch anunció que las reparaciones de la *Gallinetta* avanzaban y que estaría dispuesta para navegar al día siguiente.

Partieron en seguida para los campos donde estaban los gomereros.

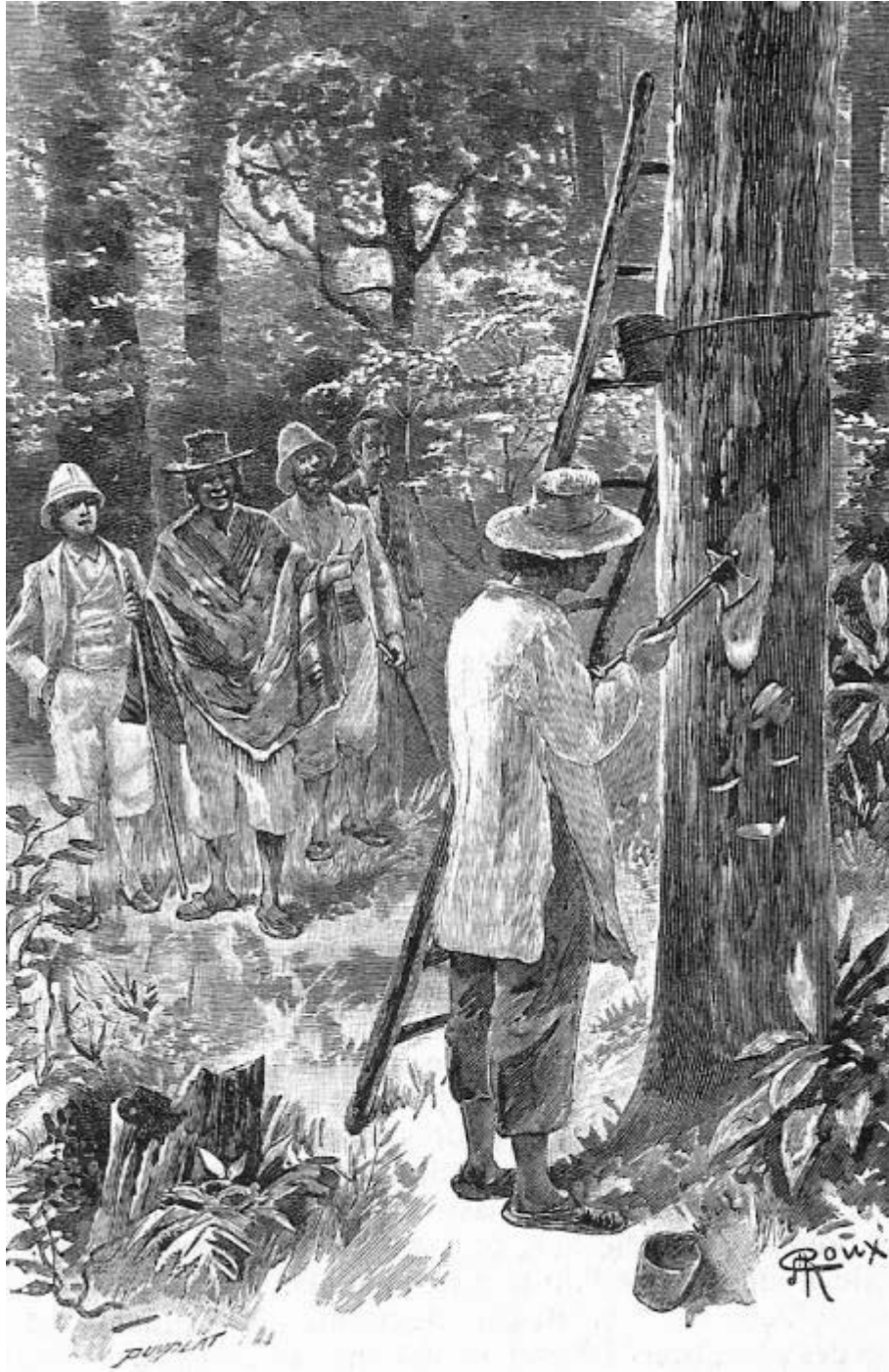
En realidad, estos campos son más bien bosques donde se han marcado los árboles, como se hace en la época de la poda. No se trataba de cortarlos, pero sí de hacer una incisión en la corteza, de «ordeñarlos», como se dice del árbol de la leche en las regiones australianas.

Manuel, seguido de sus huéspedes, penetró bajo aquellos extraños macizos de caucho en el momento en que los gomereros comenzaban su tarea.

El más curioso de los visitantes, el que más se interesaba en aquella operación en su calidad de botánico, era, ¿quién puede sorprenderse de ello?, era Germán Paterne. Quiso observar de cerca el trabajo, y el delegado se apresuró a responder a todas sus preguntas.

La operación era muy sencilla.

En primer lugar, cada obrero tenía reservados un centenar de gomeros, e iba a abrir su corteza con un hacha pequeña y bien afilada.



—¿Acaso el número de incisiones está limitado? —preguntó Germán.

—Limitado entre cuatro y doce, según el grueso del árbol —respondió Manuel—, y es conveniente que se haga con precisión extrema, de manera de no hacerlas más profundas que lo preciso.

—Entonces —respondió Germán Paterne— no se trata de una amputación, sino de una sangría.

Terminada la incisión, la savia corre a lo largo del árbol hasta un bote colocado para recogerla hasta la última gota.

—Y ¿cuánto tiempo dura el derrame? —preguntó Germán Paterne.

—De seis a siete horas —respondió Manuel.

Durante parte de la mañana, Jacques Helloch y sus compañeros se pasearon por aquella plantación, mientras los gomeros agujereaban los árboles como si fueran toneles, justa expresión de que se sirvió Marcial. Setecientos árboles fueron así sometidos a esta operación, flebotómica, que prometía abundante recolección de caucho.

Volvieron a la casa a la hora del almuerzo, al que hicieron los honores con gran apetito. Los dos hijos de Manuel habían organizado una partida de caza en el vecino bosque, y la caza, preparada por su madre, era excelente. Excelente también el pescado, que dos peones habían cogido o asaetado aquella misma mañana en las orillas del Orinoco. Excelentes las frutas y legumbres del rancho, entre otras las avellanas, que aquel año se daban con profusión.

Haber asistido a los comienzos de la recolección del caucho, haber visto practicar las incisiones, no bastaba para satisfacer la curiosidad de Germán Paterne, y suplicó a Manuel le indicase la manera cómo se terminaba la operación.

—Si estuviera usted algunos días en Danaco —respondió el delegado— podría usted, en primer lugar, observar que durante las primeras horas después de la incisión la goma corre con cierta lentitud. Así es que se pasa una semana antes que los árboles hayan agotado su savia.

—¿De modo que en sólo ocho días habrá recogido usted toda esa goma?

—No, señor Paterne. Todas las noches cada uno de los gomeros traerá el producto del día, y después se procederá sin tardanza al

ahumado, necesario para obtener la coagulación de la goma. Después de extender el líquido sobre una plancha, se le expone el humo muy espeso de leña verde. Entonces se forma una primera y dura corteza, a la que se sobrepone una segunda, fabricándose de este modo una especie de pan de caucho, que se encuentra en condiciones de ser entregado al comercio, y la operación queda terminada.

—Y antes de la llegada de nuestro compatriota Truchon —preguntó Jacques Helloch—, ¿los indios no sabían nada de esto?

—Nada o casi nada —respondió el delegado—. Ni aun sospechaban el valor de este producto. Así es que nadie preveía la importancia comercial e industrial que pudiera tener en el porvenir. El francés Truchon, después de haberse instalado primero en San Fernando, y en Esmeralda después, reveló a los indios los procedimientos de esta explotación, la más considerable tal vez de esta parte de América.

—Entonces, ¡viva el señor Truchon y el país en que vio la luz primera! —exclamó, o, más bien, canturreó Germán Paterne.

Y bebió con entusiasmo, primero a la salud de Truchon, y después a la de Francia.

Por la tarde, después de una siesta de algunas horas, el delegado propuso a sus huéspedes dirigirse al puertecillo donde se trabajaba en la reparación de la piragua. Quería asegurarse por sí mismo de la manera cómo se hacía el trabajo. Bajaron a través de los campos del rancho, hacia la ribera, escuchando a Manuel, que hablaba de sus dominios con el legítimo orgullo de un propietario.

Cuando llegaron al puerto, la *Gallinetta*, reparada por completo, iba a ser echada al agua, junto a la *Moriche*, que se balanceaba.

Valdez y Parchal, ayudados por sus hombres y peones, habían terminado bien su tarea. El delegado quedó muy satisfecho, y le pareció que ambas falcas reunían condiciones excelentes para continuar el viaje.

No había más que arrastrar la *Gallinetta* sobre la playa, y una vez a flote, colocar el *rouf* y la arboladura y embarcar el material.

Juan y el sargento Marcial podrían instalarse de nuevo en ella, y la partida se efectuaría cuando en el horizonte brillaran las primeras luces del alba.

En aquel momento el sol declinaba tras los vapores purpúreos que anunciaban el viento del Oeste, circunstancia favorable de la que convenía aprovecharse.

Mientras los marineros y los peones tomaban las disposiciones convenientes para echar al agua la *Gallinetta*, Manuel Asunción, sus hijos y los pasajeros de las piraguas se paseaban por la playa.

Entre los trabajadores, el delegado distinguió a Jorrés, tan distinto en el tipo a sus compañeros.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó.

—Uno de los barqueros embarcados en la *Gallinetta* —respondió Jacques Helloch.

—No es indio...

—No. Es español.

—¿Dónde le han reclutado?

—En San Fernando.

—Y ¿desempeña el oficio de marinero del Orinoco?

—No. Pero nos hacía falta un hombre, y ese español, que tenía el propósito de ir a Santa Juana, se ha ofrecido y el patrón Valdez ha aceptado sus servicios.

Había Jorrés notado que se hablaba de él, y mientras se ocupaba en la maniobra prestaba oído.

Jacques Helloch hizo al delegado la siguiente pregunta, que naturalmente vino a su mente:

—¿Acaso conoce usted a ese hombre?

—No —respondió Manuel—. ¿Estuvo antes en el Alto Orinoco?

—El indio bare —dijo Helloch— pretende haberle visto en Carida, aunque Jorrés afirma que nunca estuvo en este punto.

—Le veo por primera vez —añadió Manuel—; y si me he fijado en él ha sido porque es imposible confundirle con un indio... ¿Dice usted que va a Santa Juana?

—Su deseo parece ser entrar al servicio de la misión. Hizo ya su noviciado antes de correr mundo, pues ha sido marino. A creerle, conoce al padre Esperante por haberle visto en Caracas hace irnos doce años; y esto parece probable, pues nos ha hecho del misionero un retrato igual al que usted mismo nos ha hecho.

—Después de todo —respondió Manuel—, poco importa eso si ese hombre es un barquero hábil. Solamente que en este país se debe desconfiar de esos aventureros que no se sabe de dónde vienen, y que se ignora lo que buscan.

—Tomamos nota de esta advertencia, señor Manuel —respondió Helloch—, y no cesaré de vigilar a ese español.

¿Oyó Jorrés lo que acababa de decirse? En todo caso no lo demostró, por más que en sus ojos brillase varias veces un fuego que no consiguió ocultar. Después, cuando el delegado y los viajeros se aproximaron a la *Gallinetta*, aunque no hablasen de él, siguió prestando oído.

La conversación recala en aquel instante sobre la necesidad de tener las piraguas en buen estado cuando se tratase de rechazar la corriente, muy dura en la parte superior del río, y Manuel hablaba de ello con insistencia.

—Aún encontrarán ustedes raudales —dijo— menos largos, menos difíciles, sin duda, que los de Atures y Maipures, pero de navegación muy peligrosa. Hay hasta necesidad de efectuar arrastres sobre los arrecifes, lo que bastaría para poner a las embarcaciones fuera de uso si no son de extraordinaria solidez. Veo que se ha trabajado bien en la del sargento Marcial... ¿No ha revisado usted la suya, señor Helloch?

—No tema usted por ella, Manuel. Ya di orden de ello, y Parchal tiene la seguridad de que la *Moriche* está sólida en sus fondos. Debemos, pues, esperar que nuestras dos falcas podrán salir sin contratiempo de los raudales, así como soportar las acometidas de los chubascos, que, según usted, no son menos terribles en la parte superior del río.

—Es la pura verdad —respondió el delegado—; y si por falta de prudencia se arriesgara uno con barqueros que no conocieran el río, no se salvaría de esos peligros, que, por lo demás, no son los más terribles...

—¿Y cuáles son los otros? —preguntó el sargento Marcial, demostrando alguna inquietud.

—Los que trae la presencia de los indios a lo largo de esas riberas.

—Señor Manuel —dijo entonces Juan—, ¿se refiere usted a los guaharibos?

—No, hijo mío —respondió el delegado sonriendo—; pues esos indios son inofensivos. Bien sé que en otra época pasaban por peligrosos. Y precisamente en 1879, en la época en que el coronel De Kermor subirla hacia el nacimiento del Orinoco, se les atribuía la destrucción de varios pueblos y la muerte de los habitantes de éstos.

—¡Mi padre habrá tenido que defenderse de los ataques de esos guaharibos...! —exclamó Juan—. ¿Habrá, pues, caído en sus manos?

—¡No...! ¡No...! —se apresuró a responder Jacques Helloch—. El señor Manuel no ha oído decir nunca...

—¡Nunca, señor Helloch...! ¡Nunca, hijo mío...! Y lo repito. Su padre de usted no ha podido ser víctima de esas tribus indias, porque desde hace quince años no merecen tan mala reputación...

—¿Ha tenido usted relaciones con ellos, señor Manuel? —preguntó Germán Paterne.

—Sí... Varias veces, y he adquirido la certeza de que el señor Chaffanjon me había dicho la verdad cuando, a su regreso, me pintaba a esos indios como seres míseros, de corta estatura, débiles, cobardes y poco temibles, en suma. Así es que yo no les diré a ustedes: «Tengan cuidado con los guaharibos»; pero sí; «Tengan cuidado con los aventureros de toda nación que frecuentan esos sitios. Desconfíen de los bandidos capaces de todos los

crímenes, y de los que el Gobierno debería librar al territorio haciendo que la milicia les persiguiera».

—Una pregunta —dijo Germán Paterne—. Lo que resulta peligroso para los viajeros, ¿no lo es para los ranchos y sus propietarios?

—Seguramente, señor Paterne, y por eso en Danaco, mis hijos, mis peones y yo estamos siempre alerta. Si esos bandidos se aproximaran al rancho sería notada su presencia y no nos sorprenderían. Serían recibidos, y no les quedaría deseo de volver. Además, ellos saben que en Danaco los mariquitaros no tienen miedo y no se atreverían a atacarnos. Respecto a los viajeros que navegan por el río, sobre todo más arriba de Cassiquiare, no deben dejar de ejercer una extrema vigilancia, pues las riberas no ofrecen seguridad.

—Efectivamente —respondió Jacques Helloch—. Nos han dicho que una numerosa cuadrilla de quivas infesta el territorio.

—Por desgracia, es cierto —respondió Manuel Asunción.

—Y se dice que tienen por jefe a un forzado evadido...

—Sí... ¡y es un hombre temible!

—Con ésta son varias las veces que oímos hablar de ese forzado que, según se cuenta, se escapó del presidio de Cayena —dijo el sargento Marcial.

—De Cayena..., es cierto.

—¿Es, pues, un francés? —preguntó Jacques.

—No... Un español, condenado en Francia —respondió Manuel.

—¿Y se llama?

—Alfaniz.

—¿Alfaniz...? Un nombre supuesto, quizás —dijo Germán Paterne.

—Parece que éste es su verdadero nombre.

Si en aquel instante Jacques Helloch hubiese mirado a Jorres, hubiera sorprendido en su rostro una agitación que no acertó a disimular. El español se paseaba entonces por la orilla, acercándose

al grupo a fin de oír mejor la conversación, mientras se ocupaba en recoger varios objetos esparcidos por la arena.

Pero Jacques Helloch acababa de volverse al oír una exclamación del sargento Marcial.

—¡Alfaniz...! —había dicho éste, dirigiéndose a Manuel—. ¿Ha dicho usted Alfaniz?

—Sí, Alfaniz.

—Y bien... Tiene usted razón... No se trata de un nombre supuesto... Es el verdadero de este miserable.

—¿Conoce usted a Alfaniz? —preguntó vivamente Jacques Helloch, muy sorprendido de la declaración de Marcial.

—¡Si le conozco...! Habla..., Juan... habla... Refiere la causa de que le conozcamos... Yo me embrollaría con mi mal español, y el señor Manuel no me comprendería.

Juan refirió entonces la historia que el sargento Marcial le había contado tantas veces, cuando, en su casa de Chantenay, ambos hablaban del coronel De Kermor.

En 1871, un poco antes de terminar la desastrosa guerra, cuando él mandaba uno de los regimientos de infantería, tuvo ocasión de intervenir, como testigo, en un doble asunto de robo y de traición.

El ladrón era el español Alfaniz. El traidor, operando por cuenta de los prusianos y haciendo en su provecho el espionaje, cometía robos, convenido con un desdichado soldado de Administración que para escapar al castigo se vio en la necesidad de suicidarse.

Cuando los tratos de Alfaniz fueron descubiertos, tuvo tiempo de huir y fue imposible cogerle. Por circunstancia casual, su arresto fue efectuado dos años después, en 1873, unos seis meses antes de la desaparición del coronel De Kermor.

Conducido ante el Tribunal del Loira, hundido por las acusaciones del coronel, fue condenado a la pena de cadena perpetua. Por eso Alfaniz guardó un odio terrible contra el coronel De Kermor, odio que se tradujo en las más terribles amenazas, en espera de que pudiera traducirse en actos de venganza.

El español fue enviado al presidio de Cayena, del cual se evadió en 1892, diecinueve años después, con dos de sus compañeros de condena. Como en la época de su condena contaba veintitrés años, contaba cuarenta y dos al evadirse. Considerado como malhechor muy peligroso, la Administración francesa puso en campaña a sus agentes a fin de encontrar sus huellas, pero todo fue inútil. Alfaniz había abandonado Cayena; y en medio de aquellos vastos territorios, apenas poblados a través de los inmensos llanos de Venezuela, ¿cómo hubiera sido posible encontrar la pista del presidiario evadido?

En suma; todo lo que pudo saber la Administración fue que el forzado se había puesto a la cabeza de la cuadrilla de aquellos quivas que, arrojados de Colombia, se habían trasladado a la ribera derecha del Orinoco. Privados de su jefe por la muerte de Meta Sarrapia, estos indios, los más terribles de todos los indígenas, se pusieron bajo las órdenes de Alfaniz. En realidad, a su cuadrilla debían ser atribuidos los pillajes y matanzas de que las provincias meridionales de la República habían sido teatro desde hacía un año.

Así, la fatalidad quería que aquel Alfaniz frecuentase precisamente los territorios a los que iban Juan de Kermor y el sargento Marcial en busca del coronel. No había duda de que, si su acusador caía en sus manos, el presidiario no tendría compasión para él. Ésta fue una nueva zozobra añadida a las muchas que oprimían el espíritu de la joven, que no pudo contener sus lágrimas al pensar que el miserable encerrado en el presidio de Cayena, y que aborrecía mortalmente a su padre, se hubiera escapado del presidio.

Jacques Helloch y Manuel, no obstante, procuraron tranquilizarla. ¿Qué motivo había para suponer que Alfaniz hubiera descubierto el sitio a que se había retirado el coronel De Kermor, sitio que hasta el presente no había podido ser descubierto pese a las pesquisas practicadas? ¡No...! No había por qué temer que el coronel hubiera caído en manos del miserable bandido.

En todo caso, lo importante era proseguir las pesquisas sin pérdida de tiempo y sin retroceder ante ningún obstáculo.

Todo estaba dispuesto para la marcha. Los hombres de Valdez —y Jorrés entre ellos— se ocupaban en cargar de nuevo a la *Gallinetta*, que al día siguiente podría desamarrar.

Manuel llevó a su casa a sus huéspedes, muy agradecidos de la buena acogida que habían encontrado en Danaco, con objeto de pasar juntos la última velada.

Después de comer, hablaron. Todos tomaron notas de las insistentes recomendaciones del delegado, sobre todo en lo referente a la vigilancia que debía ejercerse a bordo de las piraguas.

Al fin, llegada la hora de retirarse, la familia Asunción acompañó hasta el puertecillo a los pasajeros.

Despidiéronse allí; diéronse unos a otros los últimos apretones de manos, y prometieron verse de nuevo al regreso. Manuel no se olvidó de decir:

—A propósito, señor Helloch, y usted también, señor Paterne, cuando se reúnan ustedes con sus compañeros que han dejado en San Fernando, transmitan mis parabienes al señor Miguel... En cuanto a sus dos camaradas, ¡todas mis maldiciones!, y viva el Orinoco... Bien entendido que el verdadero es sólo el que pasa por Danaco y riega las riberas de mis dominios.

CAPÍTULO V

BUEYES Y GIMNOTOS



e aquí que prosiguió aquella navegación sobre el curso superior del río. Los viajeros tienen siempre confianza en el buen éxito de su viaje. Tienen deseos de llegar a la misión de Santa Juana, y ¡quisiera el cielo que el padre Esperante les ponga en buen camino, que los informes más precisos les conduzcan a su objetivo! ¡Logren también evitar un encuentro con la cuadrilla de Alfaniz, que comprometería la suerte de la campaña!

Aquella misma mañana, en el momento de partir, Juana De Kermor había dicho a Jacques Helloch, hallándose a solas:

—Señor Helloch, no solamente me ha salvado usted la vida, sino que ha querido unir sus esfuerzos a los míos. Mi alma está llena de gratitud. No sé cómo podré pagar a usted lo que hace.

—No hablemos de gratitud, señorita —respondió Jacques Helloch—. De compatriota a compatriota estos servicios son deberes, y nada impedirá que los cumpla hasta el fin.

—Tal vez nos amenacen nuevos y graves peligros, señor Helloch.

—Espero que no. Además, eso no es una razón para que yo la abandone a usted... ¡Yo... abandonarla! Pues... —añadió mirando a la joven, que bajaba los ojos— esto es lo que usted ha pensado decirme...

—Jacques... Sí... Yo quería... Yo debía... Yo no puedo abusar de este modo de su generosidad... Sola había partido para este largo viaje... Dios le ha puesto a usted en mitad de mi camino... Desde el fondo de mi corazón se lo agradezco... Pero...

—Pero su piragua de usted la espera, señorita, como a mí la mía, y juntas irán al mismo objeto... He tomado esta resolución sabiendo a lo que me obligaba... y lo que he resuelto... lo hago... Si para que la deje a usted continuar sola este viaje tiene usted más razones que los peligros de que me habla...

—¿Jacques —respondió vivamente Juan—, qué otras razones podría tener?

—Pues bien, Juana... mi querido Juan, como debo llamarle a usted... No hablemos de separación, y ¡en marcha...!

A aquel «querido Juan» le palpitaba intensamente el corazón cuando regresaba a la *Gallinetta*. Jacques Helloch se reunió a su amigo, que le sonreía, y que le dijo:

—Apuesto a que la señorita De Kermor te daba las gracias por lo que has hecho por ella..., y te suplicaba que no hicieras más...

—Pero yo he rehusado... —exclamó Jacques Helloch—. ¡Nunca la abandonaré!

—¡Caramba! —respondió sencillamente Germán Paterne, dando a su amigo un golpecito en la espalda.

Posible era que esta última parte del viaje reservase graves complicaciones a los viajeros de las dos piraguas. Sin embargo, no debían quejarse. El viento del Oeste persistía y las falcas remontaban con rapidez la corriente del río ayudadas por su velamen.

Aquel día, después de haber dejado atrás varias islas, cuyos árboles doblaba el viento, llegaron por la tarde a la isla Bayanón, en un codo del Orinoco. Las provisiones abundaban, gracias a la generosidad de Manuel Asunción y de sus hijos, y no fue preciso dedicarse a la caza. Como la noche era clara y espléndidamente iluminada por los rayos de la luna, Parchal y Valdez propusieron no hacer alto hasta el segundo día.

—Si el curso del río está libre de arrecifes, y si no temen ustedes que seamos arrojados sobre alguna roca —respondió Helloch.

—No —dijo Valdez—; y es menester aprovechar el buen tiempo para ganar espacio. Es raro que sea tan favorable en esta época.

La proposición era prudente y fue aceptada, y las piraguas no amarraron en tierra.

Transcurrió la noche sin incidentes, por más que la anchura del río, que no era más que de trescientos cincuenta metros, fuera en ocasiones menor por el rosario de islas, sobre todo en la desembocadura del río Guanamí, un afluente de la ribera derecha.

Por la mañana, la *Gallinetta* y la *Moriche* se encontraron a la altura de la isla Temblador, en la que Chaffanjon se había puesto en relación con un negro inteligente y servicial, llamado Ricardo. Pero este negro, que tenía entonces el cargo de delegado en Cunucunuma y el Cassiquiare, dos importantes tributarios de la derecha y de la izquierda, no ocupaba aquella residencia. Según el viajero francés, era hombre industrioso, de extrema sobriedad, de notable energía, en camino de lograr éxito en sus empresas, y que, sin duda, después de labrar su fortuna, había ido a fundar algún otro rancho en los territorios del Norte. Tal vez los pasajeros esperaban encontrarle en la isla Temblador; pues Juan había hablado de él según su «Guía» tan bien informada.

—Lamento que ese Ricardo no esté aquí ya —dijo Jacques Helloch—. Tal vez hubiéramos sabido por él si Alfaniz ha sido visto en los alrededores del río.

Y dirigiéndose al español, añadió:

—Jorrés, durante su estancia en San Fernando, ¿no oyó usted hablar de esos presidiarios evadidos de Cayena, y de la cuadrilla de indios que se ha unido a ellos?

—Sí, señor Helloch —respondió el español.

—¿Se había señalado su presencia en las provincias del Alto Orinoco?

—No, que yo sepa... Se hablaba de una partida de indios quivas...

—Precisamente, Jorrés, y a su cabeza se ha puesto el presidiario Alfaniz.

—Es la primera vez que oigo ese nombre —declaró el español—. En todo caso, no tenemos que temer el encuentro con los quivas, pues, según se decía en el país, ellos pretendían volver a los territorios de Colombia, de donde habían sido arrojados, y, de ser así, no pueden estar en esta parte del Orinoco.

Jorrés estaba bien informado cuando decía que estos quivas debían dirigirse hacia los llanos de Colombia, pasando más al Norte si era preciso. Fuera lo que fuera, los viajeros no olvidarían las recomendaciones de Manuel Asunción y se mantendrían alerta.

El día transcurrió sin incidente alguno. La navegación se efectuaba en las mejores condiciones de rapidez. Las piraguas iban de isla en isla, no abandonando una, sino para tocar en otra.

Por la noche amarraron en la isla Caricha. El viento había calmado, y mejor era estacionarse que recurrir a las palancas en la oscuridad.

En una excursión que por la orilla de la isla hicieron Jacques Helloch y el sargento Marcial, mataron un perezoso que estaba agazapado entre las ramas de una cecropia, cuyas hojas constituyen su alimento habitual. Después, al volver, y en la embocadura del río Cancha, en el momento en que una pareja de zarigüeyas, pertenecientes a la familia de los didélfidos, se ocupaba en pescar por su cuenta, los cazadores dieron un doble golpe, que fue más diestro que oportuno, pues por alimentarse de pescados, la carne de las zarigüeyas es coriácea y aceitosa; los indios la desprecian y no pueden reemplazar a los monos, que son regalado manjar hasta para los estómagos europeos.

Estos didélfidos recibieron buena acogida por parte de Germán Paterne, que se ocupó, ayudado por Parchal, de prepararlos para conservar la piel.

Respecto al perezoso, que únicamente se alimenta de frutas, se le puso en un agujero lleno de piedras calentadas, donde debía pasar la noche. Los pasajeros se lo comerían en el almuerzo del

siguiente día, y aunque su carne, algo fuerte, no les agradó, no sucedió lo mismo a la tripulación. Aquellos indios no eran difíciles de contentar, y uno de ellos llevó aquella noche algunas docenas de gruesos gusanos de tierra, llamados lombrices, de un pie de largo, que cortaron en trozos, los hicieron cocer con algunas hierbas y se regalaron con ellos a satisfacción.

Hay que advertir que Germán Paterne, fiel a la regla que se había impuesto de experimentarlo todo por sí mismo, quiso probar aquel guisote. Pero la repugnancia venció a la curiosidad científica, y la experiencia fue hecha solamente con el borde de los labios.

—¡Yo te creía más devoto de la ciencia! —dijo Jacques Helloch, burlándose de su repugnancia inconciliable con sus instintos de naturalista.

—¿Qué quieres, Jacques? ¡El sacrificio de un naturalista tiene sus límites! —respondió Germán Paterne, procurando disimular una última arcada.

Al día siguiente partióse a primera hora a fin de utilizar la brisa matinal, bastante viva para hinchar las velas de las falcas. Desde el sitio en que estaban veíanse los perfiles de una elevada cadena de montañas por encima de los bosques, que se extendía sobre la ribera derecha hasta el horizonte. Era la cadena del Duido, de la que los viajeros se encontraban aún a algunos días de distancia, y ima de las más importantes en aquel territorio.

Veinticuatro horas después, tras fatigosa jornada, durante la cual el viento había sido intermitente, entre violentas lluvias y cortos claros, Valdez y Parchal amarraron en la Piedra Pintada.

No hay que confundir esta Piedra Pintada con la que los viajeros habían ya encontrado más arriba de San Fernando. Si se llama así, es porque las rocas de la ribera derecha están igualmente llenas de figuras y de otros signos jeroglíficas.

Merced al descenso de las aguas, ya pronunciado, tales signos eran claramente visibles en la base de las rocas, y Paterne pudo examinarlos a su gusto.

También Chaffanjon había procedido a este examen, como lo prueba la relación de su viaje. Pero hay que advertir que recorrió esta parte del Orinoco en la segunda quincena de noviembre, mientras que Jacques Helloch y sus compañeros lo efectuaban en la segunda quincena de octubre; y esta diferencia de un mes se traduce por algunas diferencias climatológicas, bastante notables en un país en que la estación seca sucede bruscamente, por decirlo así, a la estación lluviosa.

La altura del río era, pues, más elevada entonces que lo que sería algunas semanas después, y esta circunstancia debía favorecer la navegación de las dos piraguas, pues sólo de la falta de agua nacen los más difíciles obstáculos.

Aquella misma noche detuviéronse las falcas en la embocadura del Cunucunuma, uno de los principales afluentes de la ribera derecha. Germán Paterne no creyó deber defender la causa de aquel tributario, como había defendido la del Ventuari. Hubiera podido hacerlo, sin embargo, y con no menos razón.

—Pero ¿de qué serviría? —se limitó a decir—. Los señores Varinas y Felipe no están aquí, y la discusión languidecería.

Tal vez, en otras circunstancias, Jacques Helloch, teniendo en cuenta la comisión que se le había confiado, hubiera seguido el ejemplo del compatriota que le había precedido en el Alto Orinoco. Tal vez se hubiera embarcado con Parchal y uno de sus hombres en el bote de la *Moriche*. Tal vez, como Chaffanjon, hubiera explorado el Cunucunuma, durante cinco o seis días, a través de los territorios mariquitas. Tal vez, en fin, hubiera renovado relaciones con aquel capitán general, aquel perillán de Aramare y su familia, que fueron visitados y fotografiados por el viajero francés.

Pero las instrucciones del ministro eran sacrificadas al nuevo objeto que arrastraba a Jacques Helloch hasta Santa Juana. Tenía prisa por llegar a este punto, y experimentaba el escrúpulo de retardar el cumplimiento de la obra filial de Juana.

Alguna vez —no como reproche, sino por remordimiento de conciencia—. Germán Paterne le hablaba de aquella comisión algo

descuidada.

—¡Bien...; está bien! —respondía Jacques Helloch—. Lo que no hagamos a la ida lo haremos a la vuelta.

—¿Cuándo?

—¡Cuándo regresemos, pardiez! ¿Es que te figuras que no volveremos?

—Yo... Nada sé de eso. ¿Quién sabe dónde vamos? ¿Quién sabe lo que allí puede sucedemos? Supongamos que no encontramos al coronel De Kermor...

—Entonces será ocasión de pensar en descender por el río.

—¿Con la señorita De Kermor?

—Sin duda.

—Y supongamos que nuestras pesquisas tienen éxito... Que encontramos al coronel..., que su hija, como es probable, quiere permanecer a su lado. ¿Te decidirás tú a volver?

—¿A volver? —respondió Jacques con irresolución.

—Sí... A volver solo... Es decir, conmigo.

—Ciertamente, Germán.

—No creo en ése ciertamente.

—¡Estás loco!

—Sea...; pero también lo estás tú..., aunque con otro género de locura... no menos incurable.

—Estás hablando de cosas...

—De las que nada entiendo... Convenido. Vamos, Jacques, en confianza, si no entiendo de esas cosas, veo claro..., y no sé por qué te empeñas en ocultar un sentimiento que ninguna relación tiene con nuestra comisión científica, y que, además, encuentro muy natural.

—¡Pues bien, amigo mío, sí! —respondió Jacques Helloch con voz alterada por la emoción—. ¡Sí! Amo a esta joven tan animosa, y es asombroso que la simpatía que me inspiraba se haya convertido en... ¡Sí! ¡La amo! ¡Nunca la abandonaré...! ¡No sé dónde me llevará este sentimiento que de tal modo se ha apoderado de mí! ¿Cómo terminará esto?

—¡Bien! —respondió Germán Paterne.

Y no creyó deber añadir más a esta palabra, tal vez demasiado concluyente, que le valió el mejor apretón de manos que jamás recibió de su compañero.

De todas estas complicaciones dedúcese fácilmente que si el curso del Cunucunuma no fue explorado a la ida, no era seguro que lo fuese al regreso. Y, sin embargo, merecía serlo, pues riega una pintoresca y rica comarca. Su embocadura no mide menos de doscientos metros de anchura.

Al día siguiente, pues, la *Gallinetta* y la *Moriche* volvieron a ponerse en camino, y lo que no se hizo por el Cunucunuma, tampoco se hizo por el Cassiquiare, afluente por el que se pasó a la siguiente mañana.

Es éste, no obstante, uno de los tributarios más importantes del gran río. El agua que vierte en él por una sesgadura de la ribera izquierda, viene de la cuenca del Amazonas. Humboldt lo había reconocido, y antes de él, el explorador Solano se había asegurado de que existía una comunicación entre las dos ensenadas, por el río Negro primero, y luego por el Cassiquiare.

En efecto; hacia el año 1725, el capitán portugués Moraes, siguiendo su navegación por el río Negro, hasta más abajo de San Gabriel, en la confluencia del Guairía, y después sobre el Guairía hasta San Carlos, bajó por el Cassiquiare, y desembocó en el Orinoco después de haber recorrido así la región venezolana-brasileña.

Decididamente el Cassiquiare valía la pena de ser visitado por un explorador, por más que su anchura, en este sitio, no exceda de unos cuarenta metros. Sin embargo, las piraguas continuaron su marcha hacia arriba.

En esta parte del río, la ribera derecha es muy accidentada. Sin hablar de la cadena del Duido, que se dibuja en el horizonte, cubierta de bosques impenetrables, los cerros de Guaraco forman una orilla natural, dejando que la vista se extienda en mucho

espacio por la superficie de los llanos de la izquierda, surcados por el caprichoso y variado curso del Cassiquiare.

Las falcas marchaban, pues, bajo el leve viento, teniendo a veces que luchar contra el impulso de la corriente, cuando poco antes del mediodía Juan señaló una nube muy baja y muy espesa que rasaba la sabana.

Parchal y Valdez examinaron la nube, cuyas pesadas y opacas volutas se extendían, ganando poco a poco la ribera derecha.



Jorrés, de pie en la proa de la *Gallinetta*, paseaba sus miradas en aquella dirección y procuraba reconocer la causa del fenómeno.

—Es una nube de polvo —dijo Valdez.

Parchal fue de la misma opinión.

—¿Quién puede levantar ese polvo? —preguntó el sargento Marcial.

—Alguna multitud en marcha —respondió Parchal.

—Sería menester que fuera muy numerosa —observó Germán Paterne.

—¡Muy numerosa, en efecto! —respondió Valdez.

La nube, a doscientos metros de la ribera, avanzaba con rapidez. Desgarrábase algunas veces, y veíanse masas rojizas moverse al través de las desgarraduras.

—¿Será la banda de quivas? —exclamó Jacques Helloch.

—Por si así fuera, por prudencia —dijo Parchal—, conduzcamos las piraguas hacia la otra ribera.

—Por prudencia, sí —repitió Valdez—, y sin perder un instante.

La maniobra fue ordenada. Arriáronse las velas, que hubieran sido estorbo para una marcha oblicua, y los tripulantes, utilizando las palancas, dirigieron hacia la ribera izquierda a la *Gallinetta* y a la *Moriche*.

Jorrés, después de haber mirado con gran atención la nube de polvo, ocupó su sitio entre los remeros sin mostrar inquietud.

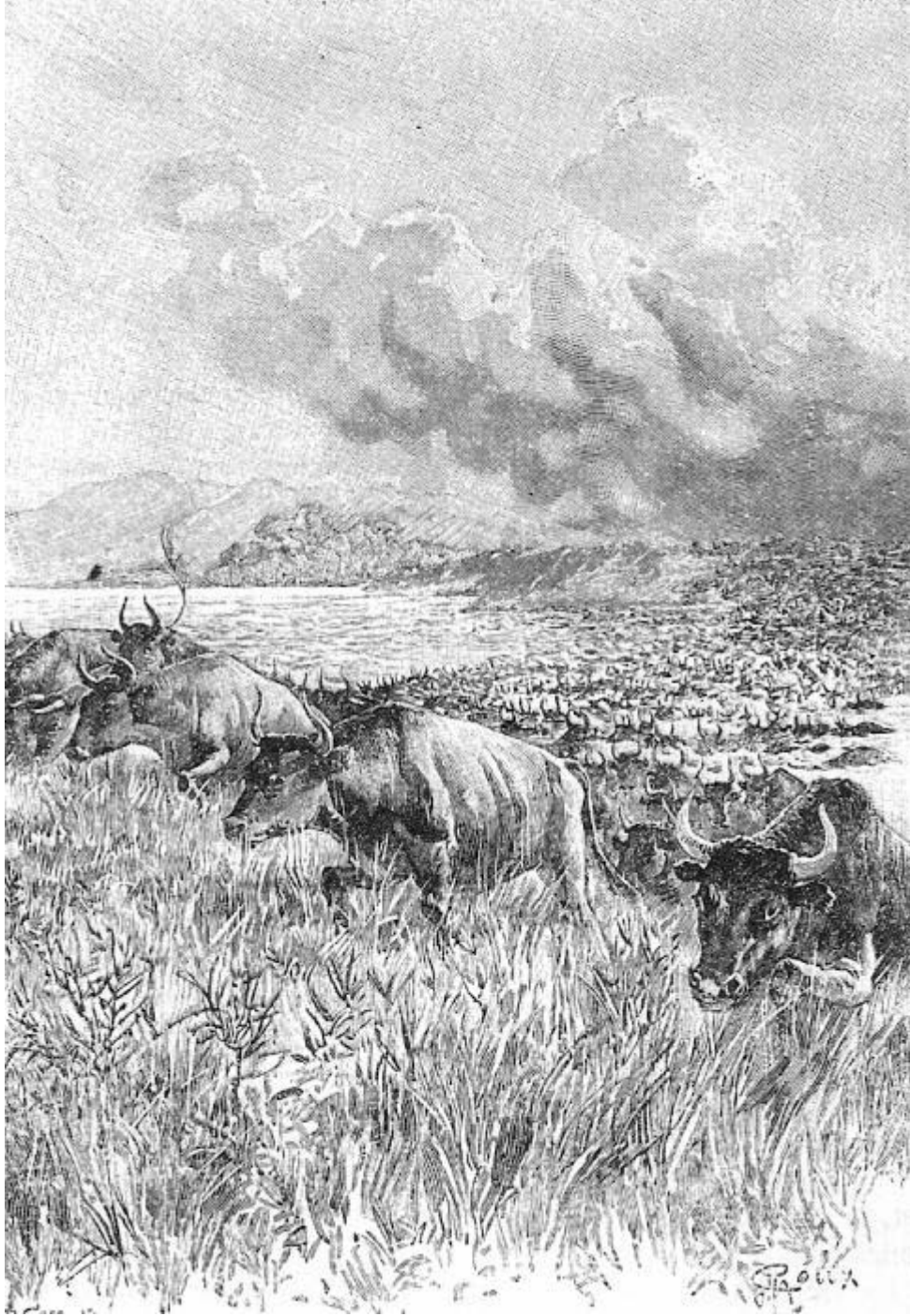
Pero si el español no estaba inquieto, los viajeros tenían el derecho de estarlo, en el supuesto de que fueran amenazados de un encuentro con Alfaniz y su gente. No había que esperar compasión de parte de éstos. Afortunadamente, como ellos no debían de tener medios para atravesar el río, las piraguas, manteniéndose cerca de la ribera izquierda, estarían por el momento al abrigo de un ataque.

Una vez allí, Valdez y Parchal amarraron en los troncos de la orilla, y los pasajeros esperaron con las armas preparadas para defenderse.

No se esperó mucho tiempo. Las volutas de polvo no estaban a unos veinte pasos del río. De ellas salían gritos, o, más bien, mugidos característicos, sobre los que no era posible equivocación.

—¡No hay nada que temer! ¡Es un rebaño de bueyes! —exclamó Valdez.

—Valdez tiene razón —añadió Parchal—. Varios miles de bestias levantan esa polvareda.



—¡Y producen ese alboroto! —añadió el sargento Marcial.

Y aquel alboroto ensordecedor procedía, en efecto, de los berridos escapados de aquella viviente ola que rodaba por la superficie de los llanos.

Juan, al que Jacques Helloch había suplicado se pusiese al abrigo del *rouf* de la *Gallinetta*, reapareció entonces, movido de la curiosidad de ver el paso de un rebaño por el Orinoco.

Estas emigraciones de los bueyes son frecuentes en los territorios de Venezuela. Los propietarios de ellos tienen que conformarse con las exigencias de la estación seca y de la estación lluviosa. Cuando la hierba falta en las praderas de las tierras altas, hay necesidad de ir a buscar pastos en las planicies bajas, vecinas a los ríos, eligiendo preferentemente los fondos que periódicamente bañan las crecidas, y cuya vegetación es prodigiosa. Las gramíneas abundan en tales sitios y suministran a las bestias alimento tan abundante como nutritivo.

Preciso es, pues, que los llaneros trashumen sus bestias, y cuando se presenta un curso de agua, río o arroyo, lo franquean a nado.

Jacques Helloch y sus compañeros iban a asistir a este interesante espectáculo, sin tener nada que temer de la aglomeración de varios millares de rumiantes.

Cuando éstos llegaron a la orilla se detuvieron, aumentando el tumulto, pues los que iban en última fila empujaban a los primeros, que vacilaban en arrojarse al río; a lo que se determinaron al fin gracias al boyero que les precedía.

—Ése es quien dirige al rebaño —dijo Valdez—. Va a lanzar su caballo a la corriente, y las bestias le seguirán.

Así sucedió. De un salto se arrojó el boyero desde lo alto de la orilla.

Los vaqueros, precedidos de un guía que acababa de entonar una especie de himno salvaje de extraño ritmo, se echaron a nado.

Precipitóse en seguida el ganado en las aguas del río, en cuya superficie no se vio más que cabezas con cuernos corvos. Las poderosas narices de los bueyes soplaban con gran violencia.

El paso se efectuó fácilmente hasta la mitad del río, a pesar de la rapidez de la corriente, y era de esperar que terminaría sin

obstáculos, bajo la dirección del conductor y merced a la habilidad de los guías.

No sucedió así.

De repente, y cuando se encontraban a unos veinte metros de la ribera derecha, agitáronse los bueyes, y en el mismo instante las vociferaciones de los vaqueros se mezclaron a los berridos de los animales. Parecía como si aquella masa se sintiera sobrecogida de un espanto cuya causa no se veía.

—¡Los caribes! ¡Los caribes! —gritaron los marineros de la *Moriche* y de la *Gallinetta*.

—¿Los caribes? —repitió Jacques Helloch.

—¡Sí! —exclamó Parchal—; los caribes y las pirañas.

Efectivamente, el ganado acababa de encontrar una banda de esas temibles rayas y anguilas eléctricas, de esos gimnotos tembladores que pueblan por millones los ríos de Venezuela.

Bajo las descargas de aquellas vivientes «botellas de Leiden», siempre en tensión y de extraordinario poder, los bueyes experimentaron conmociones sucesivas, quedando paralizados, reducidos al estado inerte.

Volviánse sobre los flancos, agitaban una última vez sus patas, sacudidas por las descargas eléctricas.

Muchos desaparecieron en algunos segundos; mientras que los otros, rebeldes a la voz de sus guías, algunos de los cuales también fueron sacudidos por los gimnotos, cedieron a la corriente, y no llegaron a la orilla opuesta, sino varios centenares de metros más abajo.

Además, como no había sido posible contener las filas de atrás, los bueyes, enloquecidos, se vieron obligados a precipitarse en el río llenos de espanto. Pero sin duda la energía eléctrica de pirañas y caribes había disminuido; así es que gran número de bestias acabaron por ganar la ribera derecha y huían por ella tumultuosamente.

—He aquí un espectáculo —dijo Germán Paterne— que no se ve ni en el Sena ni en el Loira, ni aun en el Garona..., ¡y es espectáculo

digno de ser visto!

—¡Mil rayos! Haremos bien en desconfiar de esas abominables anguilas —gruñó el sargento Marcial.

—Seguramente, mi bravo sargento —declaró Jacques Helloch—; y, si llega el caso, desconfiaremos de ellas como de una batería de pilas eléctricas.

—Lo más prudente —añadió Parchal— es procurar no caer en las aguas donde hormiguan.

—Me parece muy bien, Parchal —concluyó Germán Paterne.



Lo cierto es que los gimnotos pululan en el seno de los ríos venezolanos. En desquite, desde el punto de vista comestible, los pescadores no ignoran que proporcionan un alimento excelente. Los cogidos por medio de haberles dejado agotar su energía eléctrica en varias descargas, pueden manejarse sin peligro.

¿Qué se debe pensar del relato de Humboldt, que refiere que en su tiempo eran lanzados gran número de caballos en medio de aquellos monstruos acuáticos, entregándolos a sus sacudidas, a fin de facilitar la pesca? La opinión de Elíseo Reclus es que, incluso en la época en que innumerables caballos recorrían los llanos, tenían demasiado valor para que se les sacrificase de tan bárbara manera, y debe tener razón.

Cuando las piraguas continuaron su marcha, la navegación se hizo más lenta, por ser insuficiente el viento, que generalmente se calmaba por la tarde. En ciertos pasos estrechos, donde la corriente era muy rápida, fue preciso halar con la espía, lo que ocasionó la pérdida de algunas horas. Era ya de noche cuando los pasajeros hicieron alto al pie del pueblo de Esmeralda.

En este momento, en la ribera derecha, el espacio estaba brillantemente iluminado por un magnífico resplandor en la cima de la pirámide del Duido, de una altura de 2474 metros sobre el nivel del mar.

No era una erupción volcánica, pero algunas llamas danzaban sobre las laderas en el cerro, mientras que los murciélagos pescadores, asustados por aquellas fulguraciones, agitábanse sobre las falcas, inmóviles junto a la orilla.

CAPÍTULO VI

TERRIBLES INQUIETUDES



Según los bares, la aparición de estas enormes fogatas en la cúspide del Duido debe ser considerada en el país como funesto presagio, anuncio de catástrofes.

Según los mariquitares, este fenómeno es indicio de una serie de acontecimientos felices.

Estas dos tribus indias tienen, pues, ima manera opuesta de considerar los pronósticos de su profética montaña. Pero, sea de quien fuere la razón, lo cierto es que la vecindad del Duido no ha llevado felicidad al pueblo de Esmeralda.

Difícilmente se encontraría situación más agradable en las sabanas contiguas al Orinoco, pastos más apropiados para las bestias, ni mejor clima, en el que son desconocidos los rigores de la temperatura tropical. Y no obstante, Esmeralda está en ima lamentable situación de abandono y decaimiento. Del antiguo pueblo fundado por los colonos españoles sólo quedan las ruinas de una pequeña iglesia y cinco o seis cabañas ocupadas temporalmente en las épocas de la caza y de la pesca.

Cuando la *Gallinetta* y la *Moriche* llegaron, no encontraron una sola embarcación en el puerto.



¿Y quién ha arrojado de allí a los indios? Pues legiones de mosquitos, que hacen aquel lugar inhabitable; millares de insectos, cuya maldita especie no podrían destruir todas las llamas del Duido.

De tal modo fueron asaltadas por ellos las falcas, que para nada servían las mosquiteras. Pasajeros y tripulación recibieron tales picaduras —hasta el sobrino del sargento Marcial, al que éste no

logró proteger esta vez— que Parchal y Valdez desamarraron antes del día, con ayuda de las palancas, en espera de la brisa matinal.

Esta brisa no comenzó hasta las seis, y las piraguas dos horas después pasaban la embocadura del Iguapo, uno de los afluentes de la ribera derecha.

Jacques Helloch no pensó en explorar el Iguapo, como no había pensado en explorar el Cunucunuma ni el Cassiquiare, y Germán Paterne no dijo una palabra, ni aun en tono festivo.

Había además un nuevo motivo de inquietud para el sargento Marcial, no menos que para Jacques Helloch.

Por fuerte y enérgica que fuera, había que temer que Juana de Kermor, que hasta entonces había resistido a tantas fatigas, pagase su tributo al clima de este país. En los sitios pantanosos de esta región reinan fiebres endémicas, que es difícil evitar. Gracias a su constitución, Jacques Helloch, Germán Paterne y el sargento Marcial habíanse librado de ellas. Gracias a su costumbre de andar por tales sitios, los tripulantes de las falcas estaban indemnes. Pero la joven experimentaba desde hacía algunos días un malestar general, cuya gravedad no podía desconocerse.

Germán Paterne comprendió que Juana de Kermor estaba bajo la influencia de las fiebres palúdicas. Sus fuerzas disminuían, el apetito le faltaba, y una invencible lasitud la obligaba a permanecer largas horas tendida en su lecho. La joven hacía esfuerzos para resistir, entristeciéndola sobre todo el pensamiento de que su estado aumentaba la inquietud de sus compañeros de viaje.

Quedaba, no obstante, la esperanza de que la indisposición fuese pasajera. Tal vez el diagnóstico de Germán Paterne era erróneo.

Además, dada la energía moral y física de Juana, ¿no sería la Naturaleza su mejor médico, y no tenía en su juventud el mejor remedio?

Sin embargo, Jacques Helloch y sus compañeros continuaron su viaje llenos de ansiedad creciente.

Las piraguas amarraron por la noche en la embocadura del Gabirima, afluente de la ribera derecha. No se encontró huella de los indios bares, a que se refiere Chaffanjon, cosa que no era para disgustar, puesto que las dos casas del Gabirima, en la época en que las visitó el viajero francés, servían de albergue a una familia de asesinos, uno de cuyos miembros era el antiguo capitán de Esmeralda. No podía averiguarse si habían continuado con sus costumbres o se habían transformado en gentes honradas. En todo caso habían transportado a otra parte su maldad o su honradez. En este sitio, pues, no se pudo recoger noticia alguna sobre la cuadrilla de Alfaniz.

Las falcas partieron al día siguiente con provisiones de carne de puerco, capibaras y pecarí es, que los cazadores habían matado la víspera. El tiempo era malo. A veces llovía abundantemente. Juana de Kermor sufría mucho por efecto del tiempo. La fiebre, no sólo persistía, sino que se agravaba, a pesar de los incesantes cuidados que a la enferma se prodigaban.

Los rodeos del río, cuya anchura se reducía a doscientos metros, sobre un sitio sembrado de arrecifes, no permitieron que aquel día se pasase de la isla Yano, la última que las piraguas encontrarían en su subida.

Al día siguiente, 21 de octubre, un raudal que corría entre altas orillas muy juntas ofreció algunas dificultades, y por la tarde la *Moriche* y la *Gallinetta*, ayudadas por el viento, llegaron al río Padamo.

La fiebre que minaba lentamente a la joven no había cedido, Juana estaba más abatida, y su debilidad no le permitía abandonar el lecho.

Entonces el viejo soldado se dirigió los reproches más violentos por haber consentido aquel viaje. ¡Todo lo que sucedía era por culpa suya...! Y... ¿qué hacer...? ¿Cómo impedir el acceso de la fiebre...? ¿Cómo evitar que volviera...? Aun admitiendo que en el botiquín de la *Moriche* hubiera algún remedio eficaz, ¿no era lo más

prudente volver atrás...? En algunos días, arrastrados por la corriente, las piraguas estarían de regreso en San Fernando...

Juana de Kermor había oído hablar del asunto al sargento Marcial y a Jacques Helloch, y, muy mortificada, dijo con voz débil:

—¡No...! ¡No...! No volvamos a San Fernando... Yo iré hasta la misión... Yo continuaré hasta encontrar a mi padre... A Santa Juana... A Santa Juana...

Después de este supremo esfuerzo cayó casi desvanecida.

Jacques Helloch no sabía qué partido tomar. Ceder a las instancias del sargento Marcial, ¿no sería correr el riesgo de determinar en la joven una funesta crisis, si ella veía que la piragua descendía por el río? ¿No era mejor continuar el viaje y llegar a Santa Juana, donde había tanta seguridad de encontrar auxilio como en San Fernando?

Y entonces, Jacques Helloch, dirigiéndose a Germán Paterne, le dijo con desesperación:

—¿No es posible hacer nada? ¿No conoces un remedio que pueda cortar esta fiebre que la mata...? ¿No ves que la pobre joven languidece de día en día?

Germán Paterne no sabía qué responder, ni hacer nada más de lo que había hecho. El sulfato de quinina, del que había buena provisión en el botiquín, no dominaba aquella fiebre, por más que fuera administrado a grandes dosis.

Y cuando el sargento Marcial, cuando Jacques Helloch le dirigían preguntas y súplicas, no encontraba más respuesta que la siguiente:

—Por desgracia, el sulfato de quinina no procede efectos en ella... Tal vez sería preciso recurrir a algunas hierbas..., a algunas cortezas de árbol... En estos territorios debe haber... Pero ¿quién nos las indicará? ¿Cómo procurárnoslas?

Preguntados sobre el asunto Valdez y Parchal, confirmaron lo dicho por Germán Paterne. En San Fernando se empleaban ciertas sustancias febrífugas del país. Son verdaderos específicos contra las fiebres engendradas por las emanaciones pantanosas, de las

que, tanto los indígenas como los extranjeros, se ven atacados en la estación seca.

—Lo más frecuente —afirmó Valdez— es emplear la corteza del chincora, y, sobre todo, la del coloradito...

—¿Reconocería usted esas plantas? —preguntó Jacques Helloch.

—No —respondió Valdez—. Nosotros no somos más que barqueros, y no salimos del río... Sería preciso recurrir a los llaneros..., y no se encuentra uno en las riberas.

Germán Paterne no lo ignoraba; el efecto del coloradito es excelente en los casos de fiebres palúdicas y era indudable que la dolencia hubiera cedido, de tomar la enferma varios cocimientos de esta corteza.

Ante la formal voluntad de Juana de Kermor, sus compañeros habían resuelto continuar el viaje sin retrasos.

Seguramente en Santa Juana les proporcionarían el precioso específico. Pero ¿cuánto tiempo sería preciso para que las falcas recorriesen los doscientos kilómetros que faltaban para llegar a Santa Juana?

Al alba del siguiente día se continuó el viaje. Tiempo tormentoso, acompañado de lejano rumor de truenos... Viento favorable, del que ni un soplo querían desaprovechar Valdez y Parchal. Estos compartían el dolor de sus pasajeros. Sentían gran afecto por aquel joven, y se desconsolaban viendo que su debilidad iba en aumento. El único que demostraba cierta indiferencia era el español Jorrés. Sus miradas no cesaban de recorrer los llanos de la derecha del río. Cuidándose de no despertar sospechas, se mantenía muy a menudo en la extremidad de la *Gallinetta*, mientras sus camaradas estaban acostados al pie del mástil. Una o dos veces Valdez lo advirtió, y, sin duda, Jacques hubiera encontrado sospechosa la actitud del español si hubiera tenido ocasión de observarle. Pero su pensamiento estaba lejos, y cuando las falcas navegaban juntas, permanecía largas horas a la entrada del *rouf* mirando a la joven, que procuraba sonreír para agradecerle sus cuidados.

Un día, ella le dijo:

—Señor Jacques... Tengo que pedirle a usted un favor.

—Hable usted... Hable usted..., señorita Juana... Lo prometo, sea lo que sea.

—Señor Jacques... Tal vez me faltarán fuerzas para poder continuar nuestras pesquisas... Cuando lleguemos a la misión, quizá me sea preciso permanecer en Santa Juana... Pues bien... Si sabemos lo que ha sido de mi padre..., ¿querrá usted...?

—¡Hacer cuanto pueda para reunirme con él...! ¡Sí..., Juana, mi querida Juana...! ¡Sí...! ¡Partiré...! ¡Seguiré las huellas del coronel De Kermor...! ¡Le encontraré...! ¡Le conduciré junto a su hija...!

—¡Gracias, Jacques, gracias! —respondió la joven, cuya cabeza cayó sobre la almohada, después que la hubo levantado por un instante.

El Padamo suministra al Orinoco un caudal considerable de aguas claras y profundas por una embocadura más ancha que la del mismo río. ¡Otro de los tributarios que hubiera podido sostener la competencia con el Guaviare y el Atabapo! Conforme se subía, la corriente adquiría velocidad entre dos riberas escarpadas, sobre las que se dibujaba la orilla de espesos bosques.

Las piraguas navegaban, ya a la vela, ya al remo. Más arriba del Ocamo, la anchura del río se reducía a unos cincuenta metros.

El final del día fue malo para la enferma, que se vio acometida de un acceso de extraordinaria violencia. Caminaba hacia un desenlace fatal y próximo si Germán Paterne no lograba procurarse el único remedio que podía obrar con eficacia.

¡Cómo pintar el dolor de los pasajeros de las piraguas! La desesperación del sargento Mardal era tan grande, que rayaba en la locura.

Los hombres de la *Gallinetta* no le perdían de vista, temiendo que en un acceso de enajenación mental se arrojase al río.

Jacques Helloch, junto a Juana, calmaba con un poco de agua fría la sed que la devoraba, pendiente de sus palabras, angustiado con sus menores suspiros. ¿No podría, pues, salvar a la mujer que

amaba con un amor tan profundo, tan puro, y por la que hubiera sacrificado cien veces la vida?

Acometióle entonces el pensamiento de que él debía haber resistido a la voluntad de la joven y dar orden de volver a San Fernando.

Era insensato pretender llegar en tales condiciones hasta el nacimiento del Orinoco. Aun llegando allí, no se estaría aún en Santa Juana. Si un río no ponía este punto en comunicación con el Orinoco, sería preciso tomar la vía terrestre, caminar bajo aquellos interminables bosques con un calor sofocante.

Pero cuando Juana de Kermor salía de su letargo, cuando la fiebre le permitía algún respiro, preguntaba con voz inquieta:

—Señor Jacques... Vamos siempre en buena dirección, ¿no es verdad?

—Sí... Juana... Sí... —respondía él.

—¡Pienso sin cesar en mi pobre padre...! ¡He soñado que le habíamos encontrado! ¡Y él le demostraba su gratitud por todo lo que usted había hecho por mí y por él...!

Jacques Helloch volvía la cabeza para ocultar sus lágrimas.

¡Sí...! Aquel hombre tan enérgico lloraba; lloraba al sentirse impotente ante aquel mal que se agravaba, ante la muerte, sentada a la cabecera de aquella adorada joven.

Por la noche, las piraguas se detuvieron en Pedra Mapaya, de donde volvieron a partir por la mañana temprano, navegando ya a la vela, ya con el auxilio de los remos.

Como las aguas estaban ya bastante bajas, las falcas corrieron varias veces el riesgo de chocar contra el fondo arenoso del río.

Durante aquella fatigosa jornada, las falcas pasaron el punto en que los cerros Moras accidentan la ribera derecha con sus primeras ramificaciones.

Por la tarde, una nueva crisis de violencia extraordinaria amenazó terminar con la vida de la enferma. Creyeron que había llegado su última hora. Y fue tal la desesperación del sargento Marcial, que, para que Juana no pudiese oír sus gritos, Germán

Paterne tuvo que llevárselo a la *Moriche*, que siguió a la otra a un centenar de pies.

El sulfato de quinina no producía ningún efecto.

—¡Germán! ¡Germán! —dijo entonces Jacques Helloch, que había arrastrado a su compañero a la proa de la *Gallinetta*—. ¡Juana va a morir!

—¡No desesperes, Jacques!

—¡Te digo que va a morir! ¡Si no la mata este acceso, no podrá soportar otro!

Era esto tan cierto, que Germán Paterne inclinó la cabeza.

—¡Y no poder hacer nada..., nada! —suspiró.

A las tres de la tarde cayó una lluvia torrencial que refrescó un poco la atmósfera devorante, casi constantemente tormentosa. No hubo que quejarse de ello, pues el río se aprovechaba de aquel agua que vertían las espesas nubes. Los tributarios de la derecha y de la izquierda, tan numerosos en aquella parte, ensanchaban sus cauces asegurando el paso de las piraguas.

A las cuatro, el monte Yaname, cuya altura es considerable, apareció a la izquierda, a la vuelta de un espeso bosque. Más allá del brusco codo que en aquel sitio dibuja el Orinoco, se abría la estrecha embocadura del río Mavaca.

El viento había amainado por completo, y Valdez y Parchal fueron a anclar al pie de un lugar compuesto de algunas cabañas, donde vivían cinco o seis familias mariquitas.

El primero que saltó a la orilla fue Jacques Helloch, después de haber dicho al patrón de la *Moriche*:

—Venga usted, Parchal.

¿Dónde iba?

A casa del jefe de aquel lugar.

¿Qué quería?

Pedirle que arrancase a Juana de las garras de la muerte.

El jefe habitaba una casa bastante cómoda, como lo son por regla general las de los mariquitas. Era un indio de irnos cuarenta

años de edad, inteligente y servicial, que recibió con amabilidad a los visitantes.

Por mandato de Jacques Helloch, Parchal le dirigió inmediatamente la pregunta relativa al coloradito.

¿Conocía esta droga el capitán? ¿En Mavaca crecía aquél árbol?

—Sí —respondió el indio—. Y con frecuencia hacemos uso de él para combatir las fiebres...

—Que son curadas...

—Siempre.

Este diálogo se sostuvo en lengua india, que Jacques Helloch no podía comprender. Pero cuando Parchal le tradujo las respuestas del capitán, exclamó:

—¡Que este indio nos procure un poco de esa corteza...! Se le pagará al precio que quiera... ¡Con todo lo que poseo!

El capitán sacó de uno de los cestos algunos restos fibrosos y se los entregó a Parchal.

Un instante después, Jacques Helloch y el patrón estaban de regreso a bordo de la *Gallinetta*.

—¡Germán...!, ¡Germán...!, ¡el coloradito, el coloradito!

Esto fue todo lo que Jacques pudo decir.

—¡Bien, Jacques! —respondió Germán Paterne—. El nuevo acceso no se ha presentado... Éste es el momento... ¡La salvaremos, amigo mío..., la salvaremos!

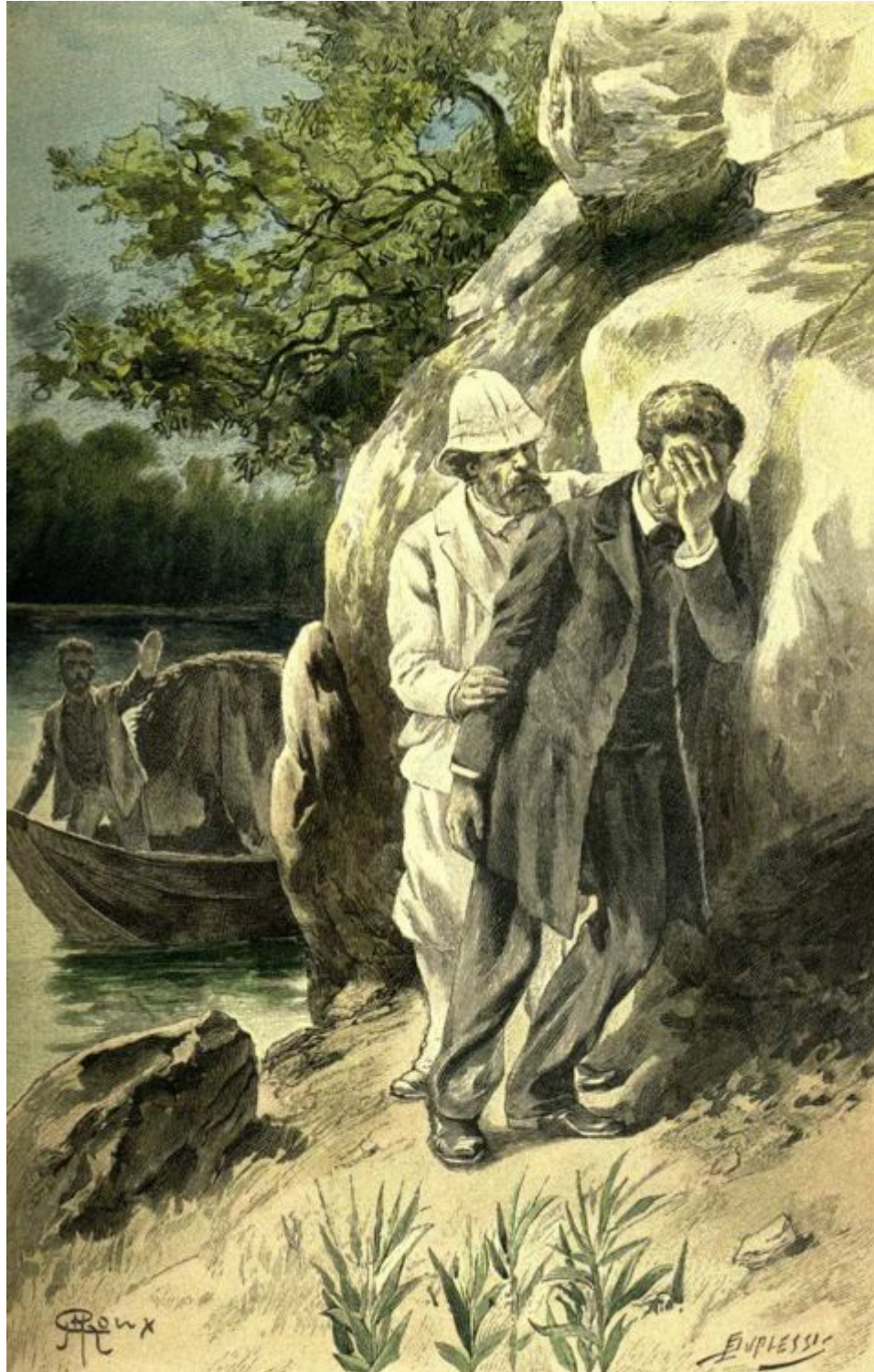
Mientras Germán preparaba el cocimiento, Jacques Helloch, junto a Juana, la tranquilizaba. La fiebre no había resistido nunca al coloradito... Se podía creer al jefe de Mavaca.

Y la pobre enferma, con los ojos agrandados, las mejillas blancas como la cera, después del acceso que había elevado a cuarenta grados la temperatura de su cuerpo, tuvo fuerzas para sonreír.

—Me siento mejor —dijo—, y, sin embargo, aún no he tomado nada.

—Juana..., mi querida Juana —murmuró Jacques Helloch, arrodillándose ante ella.

Algunos minutos bastaron a Germán Paterne para hacer una infusión con corteza de coloradito, y Jacques Helloch acercó la taza a los labios de la joven.



Cuando hubo vaciado el contenido:
—¡Gracias! —dijo, y sus ojos se cerraron.

Era preciso dejarla sola. Germán arrastró lejos a Jacques, que rehusaba apartarse del lecho. Ambos se sentaron en la proa de la piragua, donde quedaron en silencio.

La tripulación había recibido orden de desembarcar a fin de que no se produjese ruido a bordo. Si Juana se dormía, importaba que nada turbase su sueño.

El sargento Marcial había sido prevenido. Sabía que se había encontrado el febrífugo y que acababa de ser administrado a Juana. Así es que, abandonando la *Moriche*, saltó a la orilla y corrió hacia la *Gallinetta*.

Germán Paterne le hizo señal de que se detuviera.

El pobre hombre obedeció y, llorando, se apoyó contra una roca.

Según la opinión de Germán Paterne, si un nuevo acceso no se declaraba, era que la absorción del coloradito había producido su efecto. Antes de dos horas estaría decidido, y se sabría si había esperanza, y tal vez hasta seguridad de salvar a la joven.

¡Con qué inexpresable ansiedad esperaron todos! Escuchaban si algún suspiro se escapaba de los labios de Juana..., si llamaba... No... No pronunciaba una palabra. Jacques Helloch se aproximó al *rouf*.

Juana dormía tranquilamente.

—¡Se ha salvado! ¡Se ha salvado! —murmuró Jacques al oído de Germán.

—Lo espero... Lo creo... ¡Es bueno el coloradito! Sólo que las farmacias son cosa rara en el Alto Orinoco.

Llegada la hora del acceso, éste no se repitió. No debía repetirse.

Por la tarde, cuando Juana se despertó, murmuró, y no sin razón esta vez, tendiendo la mano a Jacques Helloch:

—Estoy mejor... Sí, estoy mejor.

Después, cuando el sargento Marcial, que había pedido permiso para entrar en la *Gallinetta*, se encontró a su lado, le dijo sonriendo, mientras sus manos enjugaban las lágrimas del viejo soldado:

—¡Esto va bien, querido tío!

Se veló toda la noche. Nuevas infusiones de la saludable corteza fueron administradas a la enferma. Durmió apaciblemente, y al siguiente día, al despertar, nadie dudó de su curación. ¡Qué alegría la de los pasajeros y tripulantes de las dos piraguas!

El jefe de Mavaca, a pesar de sus honradas negativas, tuvo el derecho de escoger lo que más podía gustarle del cargamento de la *Moriche*. El buen hombre se mostró discreto. Algunos cuchillos, un hacha, una pieza de tela, algunos espejos, bujerías de vidrio y media docena de cigarros fueron el precio de la medicina.

En el momento de partir se observó que Jorrés no estaba a bordo de la *Gallinetta*, y, sin duda, estaba ausente desde la víspera por la noche.

Interrogado por Jacques Helloch cuando volvió, respondió que, como se había dado a los tripulantes orden de desembarcar, había ido a dormir al bosque.

Preciso fue contentarse con esta respuesta, que, por demás, era aceptable.

Durante los cuatro días que siguieron, las falcas remontaron, no sin gran esfuerzo, la corriente del Orinoco. Apenas se andaban diez kilómetros por día. ¡Qué importaba! Juana recobraba rápidamente la salud, gracias a los alimentos que con exquisito cuidado le preparaba Germán Paterne.

Jacques Helloch no se apartaba del lado de la joven, y el sargento acabó por encontrar aquello natural.

—¡Estaba escrito! —repetía...—. Pero ¡caramba! ¿Qué dirá mi coronel?

Desde el siguiente día, la convaleciente pudo salir del *rouf* entre doce y dos de la tarde. Envuelta en una ligera manta, y tendida sobre un lecho de hierbas secas en la proa de la barca, respiraba el aire vivo y saludable de las sabanas.

La anchura del río no excedía entonces de unos treinta metros. Con gran frecuencia era menester empujar las falcas por medio de las palancas o halarlas con la espía. Encontráronse algunos raudales bastante difíciles, y el agua estaba tan baja en algunos

sitios que se trató de desembarcar el material de las piraguas; pero, por fortuna, se pudo evitar esta larga operación. Arrojándose al agua los hombres aligeraron el peso de la piragua, y lograron franquear los pasos difíciles. Así se hizo en el raudal de Manaviche y en el de Yamaraguín, al pie de los cerros de Bocón, que dominan el río en más de ochocientos metros.

Todas las tardes, Jacques Helloch y el sargento Marcial iban de caza a través de los bosques de la ribera, y traían ristras de guacos y pavas. Decididamente en estas provincias meridionales de Venezuela la cuestión de la alimentación no es para preocupar si se gusta de la caza, que es de superior calidad, y del pescado, que abunda en las aguas del gran río.

La salud de Juana estaba ya completamente restablecida. No había tenido el menor acceso de fiebre desde el empleo del coloradito, y no era de temer una recaída. No había más que dejar obrar a la naturaleza, ayudada por la juventud.

En la jornada del 25 apareció a la derecha una cadena de montañas, indicada en el mapa con el nombre de cerros Guanayos.

El 26, las piraguas pasaron el raudal del Marqués con grandes dificultades y fatigas.

En muchas ocasiones, Jacques Helloch, Valdez y Parchal fueron inducidos a pensar que la ribera derecha no estaba tan desierta como parecía.

Algunas veces, formas humanas se perfilaban entre los árboles y tras los zarzales. En el supuesto que fuesen guaharibos no había por qué inquietarse, pues estas tribus son casi inofensivas.

No sucedía así en la época en que Chaffanjon exploraba aquella parte del Orinoco, cuando sus hombres esperaban todos los días el ataque de los indígenas.

Jacques Helloch y el sargento Marcial procuraron inútilmente reunirse a los seres, fueran quienes fueran, que creían entrever en la linde del bosque. Al cabo dieron por vana la persecución.

Claro es que si tales indígenas no eran los guaharibos, sino los quivas, y precisamente los de Alfaniz, su presencia constituiría el

más grave de los peligros. Así es que Parchal y Valdez vigilaban cuidadosamente las orillas y no permitían a sus hombres bajar a tierra.

Respecto a la actitud de Jorrés, nada presentaba de sospechosa, y ni una sola vez manifestó la intención de desembarcar. Por lo demás, siete u ocho jornadas más y las piraguas se detendrían, por no encontrar bastante agua en el lecho del río. El Orinoco quedaría reducido al delgado hilo líquido que sale del Parima, y cuyos trescientos afluentes forman la gran arteria de la América meridional.

Entonces sería preciso abandonar las falcas y trasladarse a pie a Santa Juana, en una extensión de cincuenta kilómetros y al través de los espesos bosques de la ribera derecha. Verdad que al final estaba el objeto que tan ahincadamente se perseguía, y la esperanza de llegar a él en algunas jornadas sostendría los ánimos.

Los días 27 de octubre y siguientes pudieron contarse entre los más rudos desde la partida de Caicara. Preciso fueron toda la abnegación de los tripulantes y habilidad de los patronos para conseguir franquear el raudal de Guaharibos, punto que tocó en 1760 Díaz de la Fuente, primer explorador del Orinoco. De aquí la exclamación de Germán Paterne.

—Si los indios de este nombre no son temibles, no se puede decir lo mismo de los raudales que se llaman como ellos.

—¡Milagro será que pasemos sin daño! —respondió Valdez.

—Puesto que el cielo ha hecho uno salvando la vida a nuestro querido Juan —dijo Jacques Helloch—, hará otro por la piragua que le lleva. No es mucho un milagro tratándose de un Dios Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra...

—¡Amén...! —murmuró con la mayor seriedad el sargento Marcial.

Y realmente milagroso fue salir de allí al precio de ligeras averías, de algunas desgarraduras, que pudieron ser fácilmente reparadas en el transcurso de la navegación.

Figúrese el lector una serie de estanques escalonados, sucediéndose en el espacio de unos doce kilómetros, y que recordaba la serie de esclusas del canal de Gotha en Suecia, con la diferencia de que este canal de Estocolmo a Gotteborg está provisto de puertas que permiten abrirlos y cerrarlos, lo que facilita la marcha de los barcos. En la parte del Orinoco a que nos referimos esto último falta, y es preciso halar los barcos por la superficie de aquellas mesetas de piedras que no dejan una pulgada de agua bajo los fondos de las falcas. Todos los barqueros tuvieron que ponerse al trabajo y emplear la espía, sujeta a los árboles o a las rocas. Seguramente si la estación seca hubiera estado más avanzada, en aquel raudal se hubieran detenido definitivamente las piraguas.

Tan cierto es esto, que Chaffanjon en aquel mismo sitio tuvo que abandonar su embarcación y continuar en un bote su itinerario, que debía terminar en el nacimiento del Orinoco.

Al alba se volvió a emprender la marcha. La anchura del río no medía más que unos veinte metros. Las falcas remontaron aún algunos rápidos, al pie de la sierra Guahariba, entre otros el raudal de los Franceses, y más de una vez las embarcaciones, que apenas flotaban, arrastradas a brazo, labraron surcos profundos en la arena.

Al fin, por la noche, Parchal y Valdez amarraron en la orilla de la ribera derecha.

Enfrente, sobre la otra ribera, erguía la masa sombría de un alto pico. No podía ser otro que el pico Maunoir, llamado así por el viajero francés en honor del secretario general de la Sociedad de Geografía de París.

Tal vez por exceso de fatiga, la vigilancia no sería completa aquella noche. En efecto: después de comer nadie pensó más que en buscar el reposo de que tanta necesidad había. Pasajeros y marineros no tardaron en dormirse profundamente.

Durante la noche no hubo agresión alguna; ni los indios bravos ni los quivas de Alfaniz atacaron a las piraguas. Al alba despertaron los dos patrones y lanzaron un grito de descorazonamiento.

El agua había bajado cincuenta centímetros desde la víspera. Las piraguas estaban en seco. Apenas si algunos hilos amarillentos corrían sobre el lecho del Orinoco.

La navegación estaba, pues, interrumpida por todo el tiempo que durase la estación seca.

Cuando los tripulantes se reunieron en la proa de las piraguas, se notó que uno de los hombres faltaba.

Jorrés había desaparecido, y esta vez no debía volver.

CAPÍTULO VII

EL CAMPAMENTO DEL PICO MAUNOIR



El pico Maunoir domina la sabana de la ribera izquierda en una altura de 1500 metros. La cadena que se apoya en su enorme masa, y de la que parece ser inquebrantable contrafuerte, prolonga sus ramificaciones al Sudeste hasta perderse de vista.

A 80 kilómetros de allí está el pico Fernando de Lesseps, con cuyo nombre está designado en el mapa de Chaffanjon.

Allí comienza la comarca montañosa, en la que el sistema orográfico de Venezuela dibuja sus más altos relieves. Allí se redondean anchos y enormes arcos de bóveda; allí se cruzan caprichosas aristas; allí el esqueleto de los montes toma un aspecto imponente y grandioso; allí se desenvuelve la sierra Parima que engendra al Orinoco y allí se yergue la montaña Roja, rodeada de nubes, esa madre fecunda de los arroyos, según dicen los indios; esa Roraima, gigantesca piedra miliar colocada en la intersección de las fronteras de los tres Estados.

De estar el río en condiciones, Jacques Helloch y sus compañeros hubiesen navegado hasta la sierra Parima, de la que brotan sus primeras aguas.

Preciso fue, con gran disgusto suyo, renunciar a este medio de transporte. Se hubiera podido continuar el viaje con los botes de las piraguas; pero en cada uno de ellos no hubieran podido embarcarse

más que dos personas. Además, ¿cómo prescindir de la ayuda de los barqueros para la maniobra, y qué hacer con los equipajes?

En la mañana de este día, Jacques Helloch, Germán Paterne, Juan, que recobraba la salud a ojos vistas, el sargento Marcial y los patronos Valdez y Parchal, celebraron consejo, consejo que había de ser de gran importancia, y del que dependería la prolongación y tal vez el éxito de la campaña.

Estas seis personas se habían sentado junto a la orilla del bosque, en un sitio que fue designado con el nombre de campamento del pico Maunoir, aunque el pico se elevase en la otra ribera. Debajo se extendía la meseta de piedras y de arena, en la que las dos falcas yacían en seco a la embocadura del río Torrida.

El tiempo era bueno, la brisa fresca y regular. A la izquierda resplandecía la cima del pico, bañada por los rayos solares, y por la parte Este una ancha placa iluminaba su flanco cubierto de árboles.

Los tripulantes se ocupaban en disponer su primera comida en la proa de las piraguas, empenachadas de una ligera humareda que la brisa arrojaba al Sur.

El viento venía del Norte, y flojo, de modo que no hubiera sido favorable a la navegación en el caso de que ésta hubiera podido continuarse.

Ni en la parte baja del río, ni en la orilla, ni bajo los primeros árboles del bosque se mostraba un indio. Tampoco había vestigios de casas o cabañas habitadas o abandonadas. Y, sin embargo, de ordinario aquellas riberas eran frecuentadas en esta época. Pero las tribus esparcidas por la superficie de estos territorios no se fijan en ninguna parte. Además, los mercaderes de San Fernando no van jamás tan lejos, pues se verían expuestos a que les faltase agua... Y además, ¿con qué pueblo, con qué rancho harían su comercio de exportación e importación? Más allá de Esmeralda, ahora desierta, no se encuentra ni aun casas en número suficiente para formar un pueblo. Así, pues, es raro que las piraguas pasen de la embocadura del Cassiquiare... Jacques Helloch tomó la palabra y preguntó:

—¿No ha llegado usted nunca más allá en el Alto Orinoco, Valdez?

—Nunca —respondió el patrón de la *Gallinetta*.

—¿Ni usted, Parchal?

—Ni yo —respondió el patrón de la *Moriche*.

—¿Alguno de los tripulantes conoce el curso del río más arriba del pico Maunoir?



—Ninguno —respondieron Parchal y Valdez.

—Ninguno..., a excepción, tal vez, de Jorrés —hizo observar Germán Paterne...—; pero ese español se ha marchado. Sospecho que éste no es su primer paseo a través de estos territorios, aunque haya sostenido lo contrario.

—¿Adónde ha podido ir? —preguntó el sargento Marcial.

—Adonde, sin duda, es esperado —respondió Jacques Helloch.

—¿Esperado...?

—Sí... Y, lo confieso; desde hace algún tiempo, ese Jorrés me parecía bastante sospechoso.

—Como a mí —añadió Valdez—. Cuando yo le pregunté el motivo de su ausencia durante toda una noche en el río Mavaca, él me respondió... sin responderme...

—Sin embargo —dijo Juan—, cuando se embarcó en San Fernando, su intención era ir a la misión de Santa Juana.

—Y tampoco hay duda de que conozca al padre Esperante —añadió Germán Paterne.

—Cierto —dijo el sargento Marcial—; pero eso no explica por qué ha desaparecido precisamente cuando solamente nos hallamos a algunas jornadas de la misión.

Durante los últimos días, la idea de que Jorrés podía justificar las sospechas que le inspiraba, había hecho progresos en la mente de Jacques Helloch. No había hablado de ello por no inquietar a sus compañeros. Así es que era el menos sorprendido por la partida de Jorrés, y esta partida le inspiraba graves temores.

En esta disposición de espíritu se preguntaba si no formaría Jorrés parte de los evadidos de Cayena, mandados por Alfaniz, español como él. Si así era, ¿qué hacía Jorrés en San Fernando cuando le encontraron? ¿Por qué se hallaba en este pueblo...? Lo cierto era que se hallaba allí, y que, sabedor de que los pasajeros de las piraguas se proponían ir a Santa Juana, había ofrecido sus servicios al patrón de la *Gallinetta*.

Y Jacques Helloch, desde que sus sospechas habían tomado cuerpo como consecuencia de la desaparición de Jorrés, se hacía el

siguiente razonamiento:

Si Jorrés no pertenecía a la cuadrilla de Alfaniz; si no estaba animado de perversas intenciones, si su proyecto era ir a la misión, ¿por qué acababa de abandonar a sus compañeros antes del término del viaje?

Había partido cuando todo indicaba que debía permanecer con ellos. ¿Quién sabía si, advertido secretamente de que los quivas y su jefe recorrían los alrededores, no había aprovechado la noche para unirse a ellos?

De ser así, ahora que las piraguas no podían navegar, los viajeros, obligados a aventurarse por aquellos espesos bosques para llegar a Santa Juana, estarían expuestos a los peligros de una agresión, que por su inferioridad numérica sería difícil de rechazar.

Tales eran los serios temores que asaltaban a Jacques Helloch.

Pero a nadie se los había comunicado. Solamente había dicho algunas palabras a Valdez, que participaba de sus sospechas respecto al español.

Así es que, después de la pregunta precisa hecha por el sargento Marcial sobre la inexplicable desaparición de Jorrés, quiso llevar la conversación por diferente rumbo y en sentido más práctico.

—Dejemos a Jorrés —dijo—. Puede que vuelva, y puede que no... Lo que importa es ocuparnos de nuestra situación actual y de los medios de conseguir nuestro objeto. Nos encontramos en la imposibilidad de continuar el viaje por el Orinoco. Circunstancia enfadosa, lo reconozco.

—Pero esa dificultad —dijo Juan— se hubiera presentado dentro de algunos días. Admitiendo que hubiéramos conseguido llegar a las mismas bocas del río con nuestras piraguas, preciso hubiera sido desembarcar al pie de la sierra Parima. Desde allí a la misión, puesto que Santa Juana no está en comunicación con el Orinoco por un afluente navegable, siempre hemos pensado que las últimas jornadas se harían a través de la sabana...

—Mi querido Juan —respondió Jacques Helloch—, tiene usted razón, y más tarde o más temprano, mañana, si no hoy, hubiéramos

tenido que abandonar las falcas. Verdad que haber adelantado unos sesenta kilómetros más al Este, navegación fácil durante la estación lluviosa, nos hubiera evitado fatigas..., que yo temo por usted, sobre todo.

—He recobrado por completo las fuerzas, señor Helloch —afirmó Juan—. Estoy en disposición de partir hoy mismo..., y no me quedaré atrás.

—Bien dicho —exclamó Germán Paterne—. Pero concluyamos; ¿puedes decimos, Jacques, a qué distancia estamos aún de las fuentes del río y de la misión?

—He calculado las distancias sobre el mapa —respondió Jacques Helloch—. Para llegar a Parima deben de faltarnos unos cincuenta kilómetros. Pero no creo que el verdadero camino sea subir hasta las fuentes.

—¿Y por qué? —preguntó el sargento Marcial.

—Porque si la misión está situada, como hemos sabido en San Fernando y como nos ha confirmado Manuel, sobre el río Torrida, en el Nordeste de nuestro campamento, mejor es procurar ir a ella directamente, sin alargar el camino pasando por la sierra Parima.

—Efectivamente —respondió Juan—. Creo inútil imponemos las fatigas de esa vuelta, y es preferible ir en línea recta a la misión de Santa Juana.

—¿Cómo? —preguntó el sargento Marcial.

—Como lo hubiéramos hecho una vez llegados a sierra Parima.

—¿A pie?

—A pie —respondió Jacques Helloch—. Sobre esos desiertos territorios no hay un lugar ni un rancho donde pudiéramos procuramos caballos.

—¿Y nuestro equipaje? —preguntó Germán Paterne—. Será preciso dejarlo a bordo de las piraguas.

—Tal lo creo —respondió Jacques Helloch—, y esto será un inconveniente grande. ¿Cómo llevar con nosotros cofres de tal tamaño?

—¡Hum! —murmuró Germán Paterne, que pensaba en sus colecciones de naturalista más que en sus camisas y en sus calcetines.

—Además —dijo Juan—, ¿quién sabe si nuestras ulteriores pesquisas nos llevarán más allá de Santa Juana!

—En ese caso —respondió Jacques Helloch—, si no encontramos en la misión lo que nos haga falta, haremos que nos lleven nuestro equipaje. Las piraguas esperarán aquí nuestro regreso. Parchal y Valdez, o uno de ellos por lo menos, las guardará con nuestros barqueros. La misión no está tan lejos que un hombre a caballo no pueda franquear la distancia en veinticuatro horas, e indudablemente las comunicaciones con Santa Juana son fáciles.

—¿De modo, señor Helloch, que la opinión de usted es que no llevemos más que lo indispensable para un viaje que, a lo más, durará tres o cuatro días? —preguntó Juan.

—Ésa es mi opinión, mi querido Juan: el único partido conveniente; y yo propondría que nos pusiéramos inmediatamente en camino si no tuviéramos que organizar el campamento en la embocadura del río Torrida. No olvidemos que en este sitio debemos encontrar las piraguas cuando descendamos el Orinoco para volver a San Fernando.

—¡Con mi coronel! —exclamó el sargento Marcial.

—¡Con mi padre! —murmuró Juan.

Una sombra de duda cruzó por la frente de Jacques Helloch. ¡Presentía tantas dificultades y temía tantos obstáculos antes de conseguir el objeto del viaje! Además, ¿se obtendrían en Santa Juana informes precisos que permitieran lanzarse, con probabilidades de éxito, sobre las huellas del coronel De Kermor?

Sin embargo, guardóse mucho de desanimar a sus compatriotas. Las circunstancias le habían hecho aceptar el ir hasta el fin de aquella campaña y ante ningún peligro retrocedería. Convertido en jefe de aquella expedición, cuyo éxito tal vez estaba aún muy distante, tenía el deber de dirigirla, y nada descuidaría para cumplir este deber.

La partida quedó dispuesta para el siguiente día, y se dedicaron a la elección de los objetos que requería una caminata de tres o cuatro jornadas a través de los bosques de la sierra.

Valdez propuso, y fue aceptado, que él y dos de sus hombres acompañaran a los viajeros hasta la misión. Parchal y los diez y seis restantes permanecerían en el campamento al cuidado de las piraguas. ¡Quién sabía si pasarían varios meses antes de que Jacques Helloch y sus compañeros pudieran reunirse a ellos! Entonces, como habría terminado la estación seca, sería posible la navegación. Por lo demás, cuando se tratara del regreso sería tiempo de avisar.

Lo que debía dar motivo de disgusto era que aquella región del Alto Orinoco estuviera completamente desierta.

¿Qué ventaja se hubiera sacado de encontrar en aquel sitio a algunas familias indígenas?

Ellas, seguramente, hubieran suministrado preciosos informes sobre el camino que se debía seguir, sobre la misión de Santa Juana y sobre su situación exacta en el Nordeste del río.

Igualmente, Jacques Helloch se hubiera informado de si la cuadrilla de quivas de Alfaniz había aparecido en los alrededores de la ribera derecha; pues si Jorrés había conseguido reunirse a ella, es que debía recorrer tales sitios.

Además, sin duda hubiera habido facilidad de encontrar un indio que les guiara, a fin de franquear los espesos bosques, donde no había más que algunos senderos, debidos al paso de las fieras o de los indígenas.

Y como Jacques Helloch expresase ante Valdez su deseo de encontrar algún indio, el patrón le interrumpió diciendo:

—Es posible que a uno o dos tiros de fusil del campamento haya algunas casas de guaharibos.

—¿Tiene usted razones para creerlo?

—Tengo una, por lo menos, señor Helloch; pues yendo por la orilla del bosque, a doscientos pasos de la orilla he tropezado con las cenizas de un hogar.

—¿Extinguido?

—Sí; pero las cenizas estaban aún calientes.

—Puede que no se haya usted engañado, Valdez... Y, sin embargo, si hay guaharibos en las cercanías, ¿cómo no se han apresurado a correr hacia las piraguas?

—¿Correr a ellas...? Más bien habrían huido.

—¿Y por qué? ¿No es para ellos una fortuna entrar en relaciones con los viajeros, una ocasión de realizar cambios provechosos?

—Esos pobres indios son muy cobardes. Su primer cuidado habrá sido ocultarse en el bosque, para volver cuando crean poder hacerlo sin peligro.

—Pero si ellos han huido, por lo menos sus cabañas no lo habrán hecho, Valdez, y tal vez descubriremos algunas en el bosque.

—Fácil es asegurarse de ello —respondió Valdez— haciendo un reconocimiento a doscientos o trescientos pasos de la orilla. Los indios, por costumbre, no se alejan del río. Si hay una casa en los alrededores, no habremos caminado media hora sin verla.

—Sea, Valdez. Vamos a la descubierta. Pero como la excursión podría prolongarse, almorcemos primero, y luego nos pondremos en camino.

El campamento fue prontamente organizado bajo la dirección de los dos patronos. Aunque no faltaban las reservas de carne salada, conservas y harina de yuca, se decidió guardar estas provisiones para el viaje, a fin de no ir desprovistos de ellas. Valdez y dos de sus hombres cargarían con los sacos. A ellos se añadirían algunos indios, si es que se encontraban en los contornos, y por algunas piastras desempeñarían con gusto el oficio de portadores y guías.

La caza debía suministrar más que lo necesario a Jacques Helloch y a sus compañeros de viaje, como también a los marineros que quedaban en el campamento del pico Maunoir. Ya se ha dicho que en aquellos sitios la alimentación no debe ser motivo de preocupación. Desde la entrada misma del bosque veíanse volar

ánades, guacos y pavas; saltar a los monos de un árbol a otro, correr a los pecaríes, y en las aguas del río Torrida hormiguar millares de peces.

Durante el almuerzo, Jacques Helloch dio a conocer la resolución que había tomado, de acuerdo con Valdez. Ambos irían, en un radio de un kilómetro, en busca de algunos de los indios guaharibos, que tal vez frecuentaban los llanos del Alto Orinoco.

—Tendría gusto en acompañar a ustedes —dijo Juan.

—Si yo te lo permitiera, sobrino —declaró el sargento Marcial—; pero creo que debes reservar tus fuerzas para el viaje. Descansa hoy por prescripción facultativa.

Aunque Jacques Helloch hubiese tenido inmenso placer en hacer aquella excursión en compañía de la joven, preciso le fue confesar que el sargento Marcial tenía razón. Bastantes fatigas esperaban a los viajeros en su camino hasta Santa Juana para que Juana de Kermor no se impusiera un descanso de veinticuatro horas.

—Mi querido Juan —dijo—, su tío dice bien. Un día de reposo en el campamento le permitirá recuperar las fuerzas... Valdez y yo nos bastamos.

—¿No se necesita, pues, un naturalista? —preguntó Germán Paterne.

—No hay necesidad de un naturalista cuando se trata de descubrir naturales —respondió Jacques Helloch—. Permanezca aquí, Germán, y herborice a su gusto en la orilla del bosque a lo largo de la playa.

—Yo le ayudaré, señor Paterne —añadió Juana—, y por pocas plantas raras que haya, haremos buena faena.

Al partir, Jacques Helloch recomendó a Parchal que activase los preparativos del viaje. Valdez y él esperaban estar de regreso antes de dos horas; y en todo caso, no prolongarían su reconocimiento más allá de cierta distancia.

Así, pues, el uno con su carabina al hombro y el otro con su hacha en el cinto, abandonaron a sus compañeros, y, torciendo al

Nordeste, desaparecieron bajo los primeros árboles.

Eran las nueve de la mañana. El sol inundaba el bosque de rayos de fuego. Afortunadamente la vegetación era compacta.

En la región del Orinoco superior, si las montañas no están cubiertas de árboles hasta su cúspide, como lo están las del curso medio, los bosques se muestran ricos en arbustos variados, producto de un suelo virgen.



El bosque de la sierra Parima parecía estar desierto. Sin embargo, por algunas señales observadas por él, —hierbas pisadas, ramas rotas, huellas aún recientes—, Valdez pudo, desde el principio, afirmar la presencia de los indios en la ribera derecha del río.

Es de notar que aquellos macizos de árboles estaban formados generalmente de plantas de fácil explotación hasta para los indígenas. Aquí y allá palmeras de diversas especies, no nuevas para los viajeros que habían remontado el río desde Ciudad-Bolívar hasta el pico Maunoir, bananos, calabaceras, chaparros, cobijas y marinas, cuya corteza sirve para fabricar los sacos indígenas.

Aquí y allá también algunos de esos árboles llamados de leche, que son poco comunes en las cercanías del litoral, y grupos de esos árboles de la vida, tan abundantes en el Orinoco. Las hojas de estos preciosos vegetales sirven para fabricar los tejados de sus cabañas: sus fibras se transforman en hilos y cuerdas, su sustancia es nutritiva, y su savia, después de la fermentación, produce una bebida muy sana.

A medida que Jacques Helloch penetraba en el bosque, se despertaban en él sus instintos de cazador. ¡Cómo se ponían a tiro los pecaríes, los perezosos, los monos blancos, llamados viuditas, y los tapires! Pero entre Valdez y él no podían llevar tanta caza, y era mejor no delatar su presencia con las detonaciones. Pudieran ser oídas, y quién sabe si los quivas no rondaban por entre las malezas. Además, si los guaharibos se habían retirado por miedo, no sería aquélla la mejor manera de que aparecieran. Jacques Helloch y Valdez caminaban, pues, en silencio. Seguían por una especie de sendero sinuoso. ¿Dónde conducía este sendero...? ¿Terminaba en algún claro del lado de la sierra?

En suma, y esto fue fácil de advertir, el camino no podía ser más que muy lento, muy penoso, y era preciso contar con los retrasos, las fatigas, las paradas frecuentes. Si las piraguas hubieran podido llegar a las bocas del Orinoco, tal vez la región de Parima hubiese

ofrecido un camino menos obstruido hacia la misión de Santa Juana.

A estos diversos pensamientos se abandonaba Jacques Helloch mientras su compañero no se distraía del objeto de aquella exploración; es decir, el descubrimiento de un sitio o una casa habitada por alguno de aquellos indios, de los que esperaba obtener buenos servicios.

Después de una hora de marcha, el patrón de la *Gallinetta* gritó:

—¡Una cabaña!

Jacques Helloch y él se detuvieron.

A cien pasos había una cabaña de miserable aspecto. Perdida en lo más hondo de un macizo de palmeras, su tejado, cónico, casi tocaba en tierra. En la base de este techo se abría una estrecha abertura irregular, que ni aun tenía puerta.

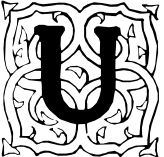
Jacques Helloch y Valdez se dirigieron hacia la cabaña y penetraron en el interior.

Estaba vacía.

En este momento se oyó una detonación, bastante próxima, en dirección del Norte.

CAPÍTULO VIII

EL JOVEN INDIO

— ¡ n tiro! —exclamó Jacques Helloch.
—Y a menos de trescientos pasos —respondió Valdez.

—¿Será que el sargento Marcial se ha puesto a cazar después de nuestra partida?

—No lo creo.

—¿Será el indio a quien pertenece esta casa?

—Veamos primero si está habitada —respondió el patrón de la *Gallinetta*.

Ambos, que habían retrocedido algunos pasos cuando la detonación sonó, volvieron a entrar en la cabaña.

El interior era tan miserable como el exterior. Había pocos muebles. En el fondo, sobre el suelo de tierra, un lecho de hierba removida recientemente. Varias calabazas estaban al pie de la pared. En un rincón, un canasto con restos de cazabe; un pedazo de pecarí, suspendido de uno de los ganchos del techo. En montón, dos o tres docenas de esas nueces de gavilla, semejantes a almendras; un puñado de hormigas bachacas y de comejenes asados, que constituyen el alimento de los indios bravos, y, sobre una piedra plana, un hogar, donde brillaba aún un tizón que arrojaba espeso humo.

—El dueño de esta casa debía de estar aquí antes de nuestra llegada —dijo Valdez.

—Y no puede estar lejos —añadió Jacques Helloch—. ¿Será el que ha disparado?

—Estos indios no tienen ni fusiles, ni pistolas —dijo Valdez—; sólo arcos y cerbatanas. Esto es todo.

—Pues es preciso saberlo —dijo Jacques Helloch, que, recobrado de sus inquietudes, se preguntaba si los quivas de Alfaniz no erraban por los alrededores. Y en este caso—, ¡qué peligros para los viajeros acampados al pie del Maunoir...! Y cuando estuvieran en marcha hacia Santa Juana, ¡qué agresiones debían esperar...!

Jacques Helloch y Valdez salieron de la cabaña con sus armas preparadas, y, ocultándose tras los árboles y los zarzales, se dirigieron hacia el sitio donde había sonado el tiro.

La casa que acababan de abandonar no pertenecía a un poblado. En los alrededores no había señales de desmontes ni de cultivo; ni una plantación de legumbres, ni árboles frutales, ni pastos para el ganado.

Jacques Helloch y Valdez avanzaban lentamente, escuchando y mirando con precaución.

No se percibía más ruido que el grito de los guacos y el silbido de las pavas, ocultas bajo las ramas, o el roce de algún animal salvaje al pasar por entre la maleza.

Veinte minutos llevaban así, y ya se preguntaban si no sería conveniente volver a la cabaña y de ésta al campamento, cuando creyeron oír gemidos a corta distancia.

Valdez hizo ademán de inclinarse sobre el suelo, no para oír mejor, sino para no ser visto antes de que llegara el momento de hacer acto de presencia.

Más allá de unas calabaceras se abría un claro, donde los rayos del sol penetraban a oleadas.

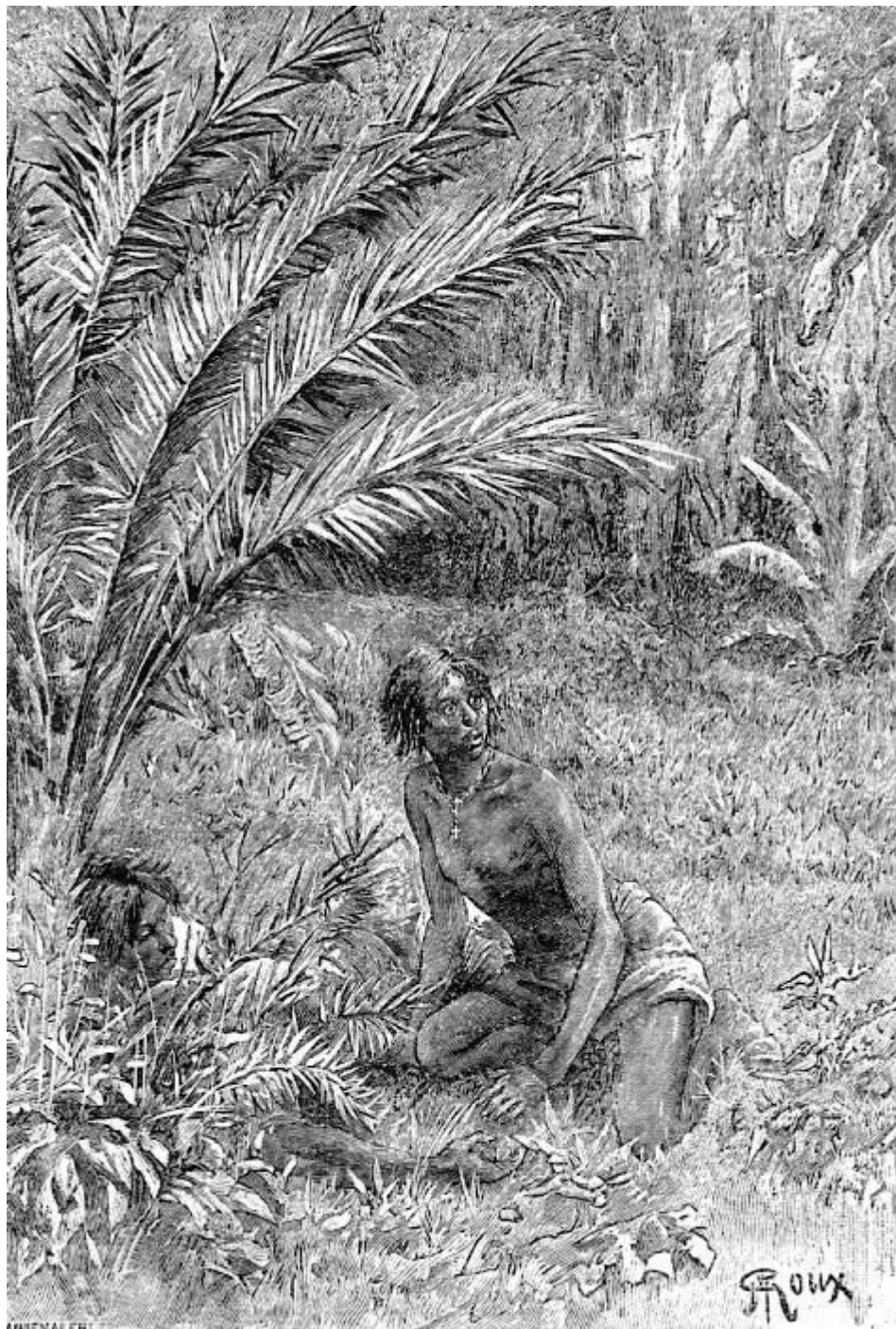
Apartando las ramas, Valdez pudo observar el claro en toda su extensión, y reconoció que los gemidos venían de aquella parte.

Jacques Helloch, inclinado a su lado, con la carabina preparada, miraba por entre las ramas.

—¡Allí! ¡Allí! —dijo al fin Valdez.

Tantas precauciones no eran necesarias, en aquel momento al menos. No se distinguía, al otro extremo del claro, más que a dos individuos al pie de una palmera.

Uno de ellos yacía en tierra, inmóvil, como si estuviera dormido, o más bien como muerto. El otro, arrodillado, le levantaba la cabeza y lanzaba aquellos gemidos, cuya causa se comprendió entonces.



No había peligro en acercarse a los dos indios, y el deber imponía que se les prestase auxilio.

No eran de esos bravos errantes o sedentarios, que se encuentran en los territorios del Alto Orinoco. Valdez reconoció en

su tipo que pertenecían a la raza de los banivas, a la que él mismo pertenecía.

Uno —el que no daba señales de vida— parecía un hombre de unos cincuenta años; el otro, un joven de trece.

Jacques Helloch y Valdez dieron la vuelta al grupo de árboles y se mostraron a diez pasos.

Así que vio a los dos extranjeros, el joven indio se levantó.

El espanto se pintó en su rostro. Dudó un instante, Después de haber levantado por última vez la cabeza del hombre caído al pie del árbol, huyó, sin que el ademán amistoso que le dirigía Valdez consiguiera detenerle.

Ambos se acercaron al caído, se inclinaron sobre él, le enderezaron, escucharon su respiración, le pusieron la mano sobre el pecho...

El corazón no latía... Ningún soplo entreabría sus labios descoloridos.

El indio estaba muerto; muerto no hacía un cuarto de hora, pues su cuerpo no presentaba ni la frialdad ni la rigidez cadavérica.

Bajo su guayuco, manchado de sangre, veíase su pecho, agujereado por una bala a la altura de los pulmones.

Valdez examinó el suelo, y entre la hierba enrojecida encontró un proyectil.

Era la bala de un revólver del calibre de seis milímetros y medio.

—El calibre de los que hay a bordo de la *Gallinetta* —dijo Jacques Helloch—. Los de la *Moriche* tienen ocho milímetros. ¿Acaso...? —Y pensó en Jorrés.

—Es preciso que procuremos encontrar al niño —añadió—. Sólo él puede decimos la razón de que este indio haya sido muerto, y tal vez quién es el asesino.

—¿Dónde hallarle? —respondió Valdez—. El miedo le ha hecho emprender la fuga.

—¿No habrá vuelto a la cabaña?

—No es probable.

Valdez no se engañaba. El joven no se había apartado más que un centenar de pasos hacia la izquierda. Desde allí, oculto tras de un árbol, observaba a los dos extranjeros. Cuando comprendió que nada tenía que temer de ellos, cuando vio que prestaban sus cuidados al indio, dio algunos pasos con intención de acercarse.

Valdez le vio, y se dirigió a él. El niño pareció disponerse a huir de nuevo.

—Háblele usted, Valdez —dijo Jacques Helloch.

El patrón de la *Gallinetta* pronunció algunas palabras en lengua india, llamando al niño y diciéndole que se acercase. Le pidió que les ayudase a transportar al indio a la cabaña.

No sin alguna duda, el niño pareció decidirse. Al espanto que se pintada en su rostro sucedió una expresión de vivo dolor, y algunos gemidos se escaparon de su pecho. Volvió a pasos lentos, y cuando estuvo junto al cuerpo del indio, se arrodilló, derramando abundantes lágrimas.

El joven, de fisonomía dulce y vigorosa constitución, parecía estar enflaquecido por las privaciones y la miseria. ¿Cómo podía ser otra cosa en las condiciones en que vivía en el fondo de aquel bosque desierto, en el interior de aquella cabaña, sin más compañía que la del indio que yacía en el suelo? De su pecho pendía una de esas crucecitas que los misioneros católicos distribuyen entre los prosélitos de las misiones. Parecía inteligente, y como Jacques Helloch hablase a Valdez en español, él dijo que comprendía esta lengua.

Se le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Gomo.

—¿Quién es este indio? 1 —Mi padre.

—¡Infortunado! —exclamó Jacques Helloch—. ¡Es su padre!

Y viendo que el indio lloraba, le cogió una mano, le atrajo a sí y le consoló prodigándole tiernas caricias.

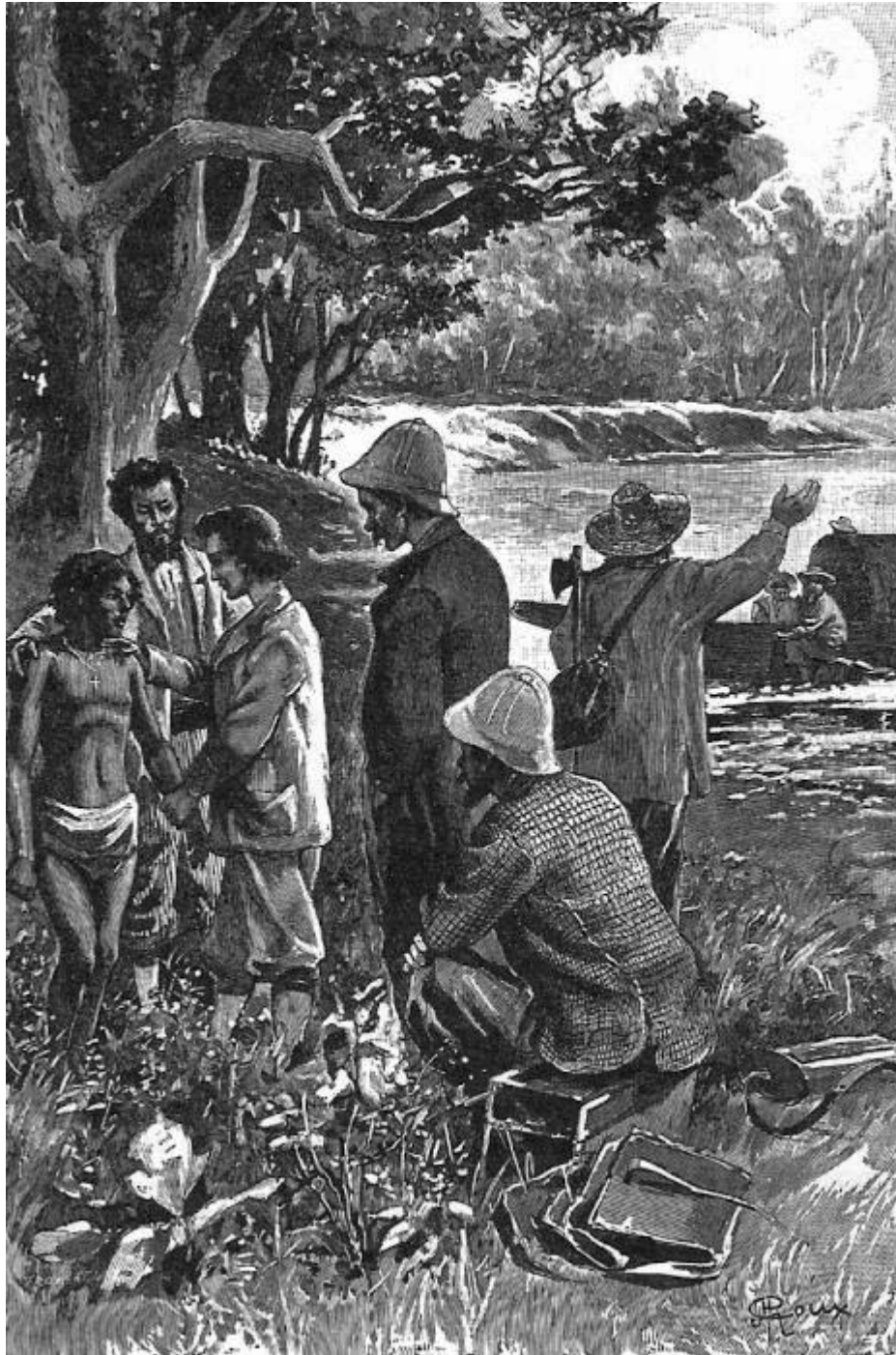
Gomo se tranquilizó. Un seguro instinto le decía que en aquellos extranjeros tenía protectores, amigos. Valdez entonces le preguntó:

—¿Quién ha matado a tu padre?

—Un hombre...; llegó a medianoche. Entró en la casa...

—¿En aquella que está allí? —respondió Valdez señalando a la cabaña.

—Sí; no hay otra en ese lado.



—¿De dónde venía ese hombre?

—No lo sé.

—¿Era un indio?

—No; un español.

—¡Un español! —exclamó Jacques Helloch.

—Sí... Y comprendimos cuanto nos dijo.

—Y ¿qué quería?

—Saber si los quivas habían llegado al bosque de Parima.

—¿Qué quivas? —preguntó Valdez con tanta viveza como su compañero hubiera podido preguntarlo.

—Los quivas de Alfaniz —respondió Gomo.

—¡La cuadrilla de ese presidiario evadido! —Jacques Helloch añadió en seguida:

—¿Han sido vistos por aquí?

—No lo sé —respondió el niño.

—¿Y has oído decir si se hallaban en el territorio? —No...

—¿Te has encontrado otras veces con ellos? —¡Sí..., sí...!

Y los ojos del niño, en cuyo rostro se pintaba el espanto, se llenaron nuevamente de lágrimas.

Preguntado por Valdez, dijo que aquellos quivas y su jefe habían sorprendido el pueblo de San Salvador, donde vivía su familia, en el Norte de la sierra Parima; que habían asesinado a todos los habitantes; que su madre había perecido, y que su padre y él, que consiguieron salvarse, se habían refugiado en aquel bosque, construyendo la casa donde vivían desde hacía diez meses.

Respecto a la presencia de los quivas en el país, Gomo no podía suministrar informe alguno. Ni él ni su padre sabían si habían sido vistos en los alrededores del Orinoco.

—Y ese español que llegó por la noche a tu casa, ¿os pidió noticias respecto a eso? —preguntó Valdez.

—Sí..., y se encolerizó porque no pudimos responderle.

—¿Permaneció en la casa?

—Hasta la mañana.

—¿Y entonces...?

—Quiso que mi padre le sirviese de guía para conducirlo a la sierra.

—¿Tu padre consintió?

—Rehusó, porque aquel hombre no le inspiraba confianza.

—¿Y el hombre?

—Partió solo, al hacerse de día... cuando vio que no queríamos guiarle.

—¿Ha vuelto, pues?

—Sí..., unas cuatro horas después.

—¿Cuatro horas después? ¿Y por qué motivo?

—Se había extraviado en el bosque. No podía encontrar la dirección de la sierra, y esta vez nos amenazó con su revólver y juró que nos mataría si nos negábamos...

—Y tu padre se vio obligado...

—Sí..., ¡mi padre...!, ¡mi pobre padre! —respondió el niño—. El español le cogió por un brazo..., le arrastró fuera de la casa, le obligó a marchar delante de él... Yo les seguía... Así fuimos durante una hora. Mi padre, que no quería guiar a aquel hombre, daba rodeos, sin alejarse mucho... Yo lo comprendía, pues conozco el bosque, pero también el español acabó por comprenderlo. Se puso furioso... Llenó a mi padre de injurias... Le amenazó nuevamente. Mi padre, colérico, se precipitó contra el español... La lucha no duró mucho. Mi padre no tenía armas. Yo no podía auxiliarle. Sonó un tiro... Mi padre cayó mientras el hombre huía... Levanté a mi padre. La sangre brotaba de su pecho. Ni fuerzas para hablar tenía... Quiso volver a casa... No pudo más que arrastrarse hasta aquí... ¡donde murió!

Y el niño, lleno de ese amor filial que caracteriza a las tribus indígenas del Alto Orinoco, se arrojó llorando sobre el cuerpo del indio.

Fue preciso calmarle, consolarle, y, sobre todo, hacerle entender que su padre sería vengado... Se encontraría al asesino... Se le haría expiar su crimen...

Al oír estas palabras, los ojos de Gomo se abrieron, y a través de las lágrimas brilló el fuego de la venganza.

Jacques Helloch le dirigió una última pregunta.

—¿Has visto bien a ese hombre?

—Sí. Le he visto, y no olvidaré jamás su rostro.

—¿Puedes decirnos cómo iba vestido, su estatura, el color de sus cabellos, sus facciones...?

—Iba vestido con una blusa y pantalón de marinero.

—Bien.

—Era un poco más alto que usted —añadió Gomo mirando a Valdez.

—Bien.

—Tenía los cabellos muy negros... Toda la barba, también negra.

—¡Es Jorrés! —dijo Jacques Helloch.

—¡Él es! —dijo Valdez.

Entonces propusieron a Gomo que les siguiera.

—¿Adónde? —preguntó el niño.

—Al río, a la embocadura del río Torrida, donde están nuestras piraguas.

—¿Piraguas? —preguntó Gomo.

—¿No sabíais tú y tu padre que ayer noche llegaron dos falcas?

—No...; pero si el español no nos hubiera obligado a andar por el bosque les habiéramos encontrado a ustedes a la hora de la pesca.

—Pues bien, hijo mío —dijo Jacques Helloch—, te lo repito, ¿quieres venir con nosotros?

—¿Y me prometen ustedes que buscaremos al hombre que ha matado a mi padre?

—Te prometo que tu padre será vengado.

—Pues voy...

—Ven, pues.

Ambos, llevando a Gomo, volvieron a tomar el camino del Orinoco.

No se abandonaría el cadáver del indio a los dientes de las fieras. Pertenece a la tribu de los banivas del pueblo de San Salvador, convertidos al catolicismo, y cuya población había sido asesinada por la cuadrilla de los quivas. Así es que Jacques Helloch tenía el propósito de volver por la tarde con algunos marineros a fin de sepultar cristianamente aquel cuerpo.

Gomo les condujo por el camino más corto, y, sin pasar de nuevo por delante de la cabaña, llegaron al campamento media hora después.

Valdez y Jacques Helloch habían convenido no decir una palabra respecto a Jorrés. Lo mejor era callar las relaciones que entre él y Alfaniz existían. Era inútil añadir nuevas preocupaciones a las que ya tenían sus compañeros.

En efecto: la situación se agravaba por el hecho de que el español conociera el lazo de parentesco que unía a Juan con el coronel De Kermor. Alfaniz lo sabría por él, y para satisfacer el odio que contra el coronel sentía procuraría apoderarse de su hijo.

Cierto que los quivas no habían aparecido en las cercanías del río, y esto tranquilizaba, hasta cierto punto, pues de haber sido vistos en la sierra Parima, el indio y su hijo hubieran tenido conocimiento de ello. Jacques Helloch se limitaría a decir que el español, después de su fuga, había tenido una cuestión con el indio, que rehusaba servirle de guía hasta la misión de Santa Juana, y por motivo de aquella disputa había dado muerte al indio.

Alecciónese a Gomo en esta forma y él lo comprendió, pues sus ojos brillaban de inteligencia. No hablaría a nadie de los quivas de Alfaniz.

¡Qué sorpresa para el sargento Marcial, para Juan y para Germán Paterne cuando Jacques Helloch les presentó a Gomo al regresar al campamento y les refirió la historia convenida!

Todos hicieron buena acogida al niño, y Juan le atrajo hacia sí y le colmó de caricias cuando supo que aquel pobrecillo estaba ahora solo en el mundo.

¡No le abandonaría...! No. ¡No le abandonaría!

La llegada de Gomo pudo ser considerada como providencial, pues habiéndole Juan preguntado si conocía la misión de Santa Juana:

—La conozco —respondió—. He ido allí varias veces con mi padre.

—¿Y nos conducirás a ella?

—Sí... Sí... Ustedes no son como aquel maldito hombre... que quería tomarnos por guías.

A una señal de Valdez, Gomo se guardó de añadir una palabra más.

Respecto al autor del asesinato cometido en la persona del indio, ni Jacques Helloch ni Valdez podían tener la menor duda, según el retrato que el niño había hecho del matador. Y si alguna hubieran tenido, habríase desvanecido cuando se advirtió que un revólver había sido robado de la *Gallinetta*.

Era el del sargento Marcial.

—¡Mi revólver, robado —exclamó—, y robado por ese bandido, y ha servido para asesinar a ese desventurado indio! ¡Mi revólver, regalo de mi coronel!

El disgusto del sargento fue tan grande como su cólera...

¡Ay de Jorrés si caía en sus manos!

Gomo se mostró muy agradecido a los cuidados de que fue objeto. Después de almorzar terminó la organización del campamento del pico Maunoir, que debía ocupar la tripulación de las falcas, y de los preparativos de viaje, en vista de una separación que podía durar... no se sabía cuánto.

Entretanto, Gomo había sabido por Juan el objeto que sus compañeros perseguían yendo a la misión de Santa Juana.

Su rostro se había alterado.

—¿Va usted a reunirse con su padre? —dijo.

—Sí, hijo mío.

—Usted le volverá a ver..., y yo..., ¡yo no veré jamás al mío...!
¡Jamás!

Por la tarde, Jacques Helloch, Germán Paterne y los marineros de la *Moriche* abandonaron el campamento y se dirigieron al claro del bosque. Gomo les acompañaba, y Juan obtuvo permiso para ir también.

En media hora se llegó al sitio en que yacía el cuerpo del indio al pie de la palmera. Los tripulantes, que iban provistos de azadones, abrieron una tumba bastante profunda para que las fieras no pudieran llegar al fondo.

En ella depositóse el cadáver, después que Gomo, derramando copioso llanto, abrazó por última vez a su padre.

Llena de tierra la tumba, Juan se arrodilló al borde de ella, junto al niño, y ambos murmuraron la misma oración.

Regresaron al campamento.

Juan no se había fatigado mucho... Aseguraba que las fuerzas no habían de faltarle durante el viaje, y así se lo dijo a Jacques Helloch y al sargento Marcial.

—¡Tengo muchas esperanzas...! —repetía.

Llegada la noche, los pasajeros entraron en el *rouf* de las piraguas, mientras los marineros se disponían a vigilar en el campamento.

A bordo de la *Gallinetta* se hizo sitio para Gomo. Pero el pobre niño no pudo dormir, y gruesos suspiros brotaron de su pecho durante toda la noche.

CAPÍTULO IX

A TRAVÉS DE LA SIERRA



Las seis de la mañana Jacques Helloch y sus compañeros abandonaron el campamento del pico Maunoir, dejándolo bajo la guardia de Parchal, en quien se podía tener confianza absoluta.

Parchal tenía a sus órdenes a los barqueros de la *Gallinetta* y de la *Moriche*, en total quince hombres. Los dos restantes, encargados del transporte de los equipajes, acompañaban a los viajeros. En caso de agresión, si Parchal no estaba en condiciones de defenderse ya contra los indígenas o contra un ataque de Alfaniz, debería abandonar el campamento, y, en cuanto fuera posible, llegar a la misión de Santa Juana. No era dudoso, y Jacques lo creía así, que la misión estaría en condiciones de resistir a los quivas, que infestaban aquella parte del territorio venezolano.

Había hablado con Valdez de este asunto, y en su opinión los buenos auspicios eran más que los malos. Encontrarse con la cuadrilla de Alfaniz hubiera sido la más temible eventualidad en las jornadas a través de los bosques de la sierra Parima. Pero, según la afirmación del joven Gomo, y por lo que su padre había respondido a Jorrés, la tal cuadrilla no se había mostrado en los alrededores de la sierra. Verdad que, yendo más hacia el Norte, el español esperaba evidentemente unirse a aquel Alfaniz, del que tal vez había sido compañero de presidio. En fin, si los quivas no estaban

lejos, tampoco lo estaba la misión irnos cincuenta kilómetros solamente, y a razón de veinticinco kilómetros por día, los peatones podrían probablemente recorrer la distancia en dos días y medio. Habiendo partido el 30 de octubre al amanecer, ¿era exagerado pensar que llegarían a Santa Juana en la tarde del primero de noviembre? No, si el mal tiempo no originaba algún retraso.

Así, pues, los viajeros esperaban, si la suerte les favorecía un poco, efectuar su viaje sin ningún encuentro fastidioso.

El destacamento se componía de ocho personas. Jacques Helloch y Valdez iban a la cabeza; después Juan y Gomo, siguiendo la dirección indicada por el joven indio. Seguíanle Germán Paterne y el sargento Marcial, y tras éstos, los dos tripulantes de la *Gallinetta* llevaban los equipajes, reducidos a lo estrictamente necesario; mantas para las noches, carne en conserva y harina de yuca en cantidad suficiente. Cada uno llevaba su calabaza con aguardiente o tafia.

Seguramente, la caza, abundante en aquellos bosques, hubiera bastado para el alimento de los viajeros. Pero era mejor que no indicasen su presencia por las detonaciones de las armas de fuego.

Si algunos pecaríes o capibaras se dejaban capturar sin necesidad de que se les tirase con bala, serían bien recibidos. De este modo los ecos de la sierra no repercutirían un solo tiro.

Jacques Helloch, el sargento Marcial y Valdez iban armados con sus carabinas, la cartuchera llena y el revólver y el cuchillo al cinto. Germán Paterne había tomado su fusil de caza y su caja de botánica.

El tiempo se prestaba a la marcha. No había amenaza de lluvias ni de tormenta. Elevadas nubes tamizaban los rayos solares. Fresca brisa corría por la cima de los árboles y penetraba a través de las ramas, haciendo volar las hojas secas. El sol subía, ganando la parte Nordeste. A menos que hubiese alguna brusca depresión de la sabana, no se presentaría ningún pantano.

Los viajeros no carecerían de agua. Según Gomo, el río Torrida, a partir de su embocadura sobre el Orinoco, tomaba la dirección de

Santa Juana. Era un río torrencial e innavegable, obstruido por rocas graníticas, impracticable para las falcas y hasta para los botes. Formaba caprichosas revueltas a través del bosque, y los viajeros seguirían su ribera derecha.



Siguiendo las indicaciones de Gomo, después de haber dejado a la izquierda la cabaña abandonada, se dirigieron hacia el Nordeste para cortar oblicuamente los territorios de la sierra.

No se caminaba a gusto por un camino cubierto a veces de espesa colcha de hojas secas, y otras lleno de ramas que los impetuosos huracanes arrancan por centenares. Además, Jacques Helloch tendía más bien a moderar la marcha, a fin de economizar las fuerzas de Juana, y cuando ella le hacía alguna observación con este motivo, el joven respondía:

—Sin duda importa ir de prisa; pero importa más evitar que la fatiga la imposibilite para seguir caminando.

—Me encuentro restablecida, señor Helloch. No tema usted que sea causa de retraso.

—Le suplico a usted, mi querido Juan, que me permita que tome por usted las precauciones que crea necesarias. Oe mi conversación con Gomo he deducido la situación de Santa Juana, y he podido marcar nuestro camino, jornada por jornada, que he calculado cuidadosamente. Si no hay encuentros, y no espero que los haya, no tendremos necesidad de doblar estas jornadas. Sin embargo, si esto es preciso, nos felicitaremos de no haber malgastado nuestras fuerzas, las de usted sobre todo. Mi único disgusto es la imposibilidad de habernos procurado una caballería, lo que hubiera evitado a usted hacer el viaje a pie.

—Gracias, señor Helloch —respondió Juana—. Con sólo esta palabra puedo responder a todo lo que usted hace por mí. Realmente, en vista de tantos obstáculos que vencer, y que no había querido ver al principio. Yo me pregunto cómo el sargento y su sobrino hubieran podido conseguir su objeto si Dios no le hubiera puesto a usted en nuestro camino... Y, sin embargo, usted no debía pasar de San Fernando...

—Yo debía ir donde fuera la señorita De Kermor; y es evidente que, si emprendí el viaje al Orinoco, fue porque debíamos encontrarlos. Sí... Estaba escrito...; y está también escrito que

usted confíe en mí para todo lo que concierne al viaje hasta la misión.

—Así lo haré... ¿A qué amigo más seguro podría confiarme?

A mediodía se hizo alto a la orilla del río Torrida, que hubiera sido imposible atravesar. Su anchura no pasaba de cincuenta pies. Ánades y pavas revoloteaban por la superficie. Gomo consiguió matar algunos a flechazos. Fueron reservados para la comida de la tarde, y se contentaron con carne fría y torta de cazabe.

Tras una hora de descanso, los viajeros se pusieron nuevamente en marcha. Si la pendiente del suelo se acentuaba, el espesor del bosque no disminuía. Siempre los mismos árboles y las mismas zarzas. Costeando el Torrida se evitaban numerosos obstáculos a través de los matorrales, llenos de palmas llaneras. No había duda que al llegar la noche se habría andado, salvo complicaciones, la distancia calculada por Jacques Helloch.

El bosque estaba muy animado. Millares de pájaros volaban de rama en rama, cantando a todo cantar. Los monos hacían cabriolas sobre las ramas, principalmente algunas parejas de esos aluates chillones, que no chillan durante el día, y reservan para la noche o la madrugada sus ensordecedores conciertos. Entre los volátiles, Germán Paterne tuvo la satisfacción de observar bandadas de guácharos o diabolinos, cuya presencia indicaba que se acercaban al litoral del Este. Turbados en su tranquilidad diurna, pues apenas si salen hasta la noche de las anfractuosidades rocosas, refugiábanse en la cima de las matacas, cuyas bayas, febrífugas como la corteza del coloradito, les sirven de alimento.

Otros pájaros también volaban de rama en rama, maestros en el arte de hacer piruetas, los machos haciendo la corte a las hembras. A medida que se avanzase hacia el Nordeste las especies acuáticas serían más raras, pues no se alejan de las riberas del Orinoco.

Germán Paterne vio algunos nidos suspendidos de las ramas por un ligero bejuco, que se balanceaban a manera de columpios. De estos nidos, fuera del alcance de los reptiles, como si hubieran estado llenos de ruiseñores, a los que se hubieran enseñado a

solfear la escala, se escapaban bandadas de trupiales, los mejores cantantes del mundo aéreo. Se recordará que el sargento Marcial y Juan los habían ya visto cuando pasaban por los alrededores de Caicara, al desembarcar del *Simón Bolívar*.

La tentación de apoderarse de uno de aquellos nidos era muy fuerte para que Germán Paterne pudiera resistirse a ella.

Pero en el momento en que se disponía a hacerlo, gritó Gomo:

—¡Tenga usted cuidado! ¡Tenga usted cuidado!

Y en efecto; media docena de trupiales se precipitaron sobre el audaz naturalista, atacándole a los ojos. Preciso fue que Valdez y Gomo acudieran en su auxilio.

—Ten prudencia —le recomendó Jacques Helloch—, y no te espongas a volver tuerto o ciego a Europa.

Germán se dio por advertido.

Era también prudente no rozarse con las malezas que se extienden a la izquierda del río. La palabra *miríada* no es exagerada cuando se aplica a las serpientes que se arrastran bajo la hierba. Son de temer tanto como los caimanes en las aguas del Orinoco. Si éstos, durante el verano, se hunden en el fondo de los leganales, aún húmedos, y allí duermen hasta la época de las lluvias, los representantes de la herpetología no se duermen bajo las hojas. Están siempre alerta, y varios de ellos fueron vistos, entre otros un trigonocéfalo de dos metros de largo, que Valdez señaló y puso en fuga.

En cuanto a tigres, osos, ocelotes y otras fieras, ni una sola se mostró en las cercanías. Pero, probablemente, al llegar la noche dejarían oír sus rugidos, y sería oportuno vigilar el campamento.

Hasta entonces, pues, Jacques Helloch y sus compañeros habían evitado todo mal encuentro. Ni animales peligrosos, ni malhechores, éstos más temibles que aquéllos. Verdad que, sin haber hablado de Jorrés ni de Alfaniz, Jacques Helloch y Valdez no descuidaban una severa vigilancia. Con frecuencia, el patrón de la *Gallinetta*, adelantándose al grupo de los viajeros, se alejaba por la izquierda e iba a la descubierta, a fin de impedir toda sorpresa o

prevenirse contra una repentina agresión. Después, no observando nada sospechoso, aunque a veces se alejaba más de medio kilómetro, Valdez volvía a ocupar su sitio junto a Jacques Helloch. Un cambio de miradas les bastaba para entenderse.

Los viajeros marchaban en grupo compacto, tanto como lo permitía la anchura del sendero paralelo al río Torrida. Varias veces, sin embargo, fue preciso entrar en el bosque a fin de rodear altas rocas o profundas depresiones. La dirección del río se mantenía siempre hacia el Nordeste, junto a las estribaciones de la sierra Parima. En la otra ribera el bosque se desenvolvía en grupos de árboles, dominados aquí y allí por alguna palmera gigantesca. Más arriba veíase la punta de la montaña, cuya arista septentrional debía unirse al sistema orográfico del Roraima.

Juan y Gomo caminaban juntos, costeando la orilla, bastante ancha, para dar paso a dos personas.

Hablaban de la misión de Santa Juana. Gomo daba detalles muy completos acerca de la fundación del padre Esperante y sobre el padre mismo. Todo lo que al misionero se refería era muy interesante.

—¿Tú le conoces? —preguntó Juan.

—Sí. Le conozco... Le he visto con frecuencia. Durante un año mi padre y yo vivimos en Santa Juana.

—¿Hace mucho?

—No. Antes de la estación de las lluvias del pasado año. Después de la desgracia de nuestro pueblo de San Salvador, saqueado por los quivas..., otros indios y nosotros huimos a la misión.

—¿Y fuisteis recogidos en Santa Juana por el padre Esperante?

—Sí. ¡Un hombre muy bueno! Él quería que nos quedáramos. Algunos se han quedado.

—¿Y por qué partisteis vosotros?

—Mi padre lo quiso... Somos banivas... Deseaba volver a los territorios... Había sido barquero en el río... Yo sabía algo del oficio.

Me servía de una pequeña pagaya... A los cuatro años, yo remaba con ella.

Lo que decía el niño no asombraba a Jacques Helloch ni a sus compañeros. Por el relato del viajero francés conocían el carácter de los banivas, los mejores navegantes del Orinoco, desde hacía muchos años convertidos al catolicismo, indios inteligentes y honrados. Por una serie de circunstancias particulares y porque la madre de Gomo pertenecía a una tribu del Este, su padre había fijado su residencia en el pueblo de San Salvador, más allá de las fuentes del río. Y al decidirse a abandonar a Santa Juana obedecía a su instinto, que le arrastraba a volver a los llanos, entre San Fernando y Caicara. Esperaba, pues, una ocasión: la llegada de piraguas, a bordo de las que hubiera podido encontrar trabajo, y mientras esperaba, vivía en aquella miserable casa de la sierra Parima.

¿Y qué hubiera sido de su hijo, después del asesinato cometido por Jorrés, si las falcas no se hubieran visto obligadas a detenerse en el campamento del pico Maunoir?

En todo esto reflexionaba Juana de Kermor escuchando al niño.

Después ella llevaba la conversación sobre Santa Juana, sobre el estado actual de la misión, y más particularmente sobre el padre Esperante. Gomo respondía con seguridad a todas estas preguntas. Hacía el retrato del misionero español, un hombre alto, vigoroso, a pesar de sus sesenta años...; bello..., bello, repetía, con su barba blanca, sus ojos que brillaban como el fuego, tal como le habían pintado Manuel Asunción y el miserable Jorrés. Y entonces, con el espíritu dispuesto para tomar por realidades sus deseos, la joven se veía ya en Santa Juana. El padre Esperante la acogía con los brazos abiertos y le daba los informes que tanto ansiaba. Juana sabía lo que era del coronel De Kermor desde su último paso por San Fernando. Sabía, en fin, donde había ido a refugiarse al abandonar Santa Juana.

A las seis de la tarde Jacques Helloch dio la señal de alto, después de la segunda jornada del día.

Los indios se ocuparon en organizar lo necesario para pasar la noche. El sitio parecía a propósito para ello. Un profundo surco que cortaba la orilla se dibujaba hasta los bordes del río. Sobre esta anfractuosidad enormes árboles inclinaban sus ramas, formando una especie de cortina que caía sobre la roca. En la parte baja había una cavidad, en la que la joven podría tenderse. Con hierbas y hojas secas se le haría un lecho, y en él descansaría tan a gusto como bajo el *rouf* de la *Gallinetta*.

Naturalmente, Juana se oponía a que por su causa se tomasen tanto trabajo; pero Jacques no quiso escuchar nada, e invocó la autoridad del sargento Marcial. Preciso fue que el sobrino obedeciera al tío.

Germán Paterne y Valdez prepararon la comida. En el río hormigueaban los peces. Gomo mató algunos con sus flechas, al estilo indio, y fueron asados sobre un fuegucillo encendido en la roca. Con las conservas y las tortas de cazabe, y ayudando el apetito producido por cinco horas de marcha, los comensales reconocieron que no habían hedió comida mejor desde...

—¡Desde la última! —declaró Germán Paterne, para quien toda comida era excelente, a condición de satisfacer el hambre.

Llegada la noche, cada cual fue a escoger su sitio, una vez que Juana se hubo acostado en el fondo de su nicho. Gomo se tendió a la entrada. Como el campamento no podía quedar sin vigilancia, se había decidido que durante la primera, parte de la noche, Valdez permanecería de guardia con uno de sus hombres, y durante la segunda, Jacques Helloch con otro.

Efectivamente, era menester advertir toda aproximación sospechosa del lado del bosque y del lado del río o de la ribera opuesta.

Aunque el sargento Marcial reclamase su parte de guardia, tuvo que consentir en descansar hasta el día. A la siguiente noche se aceptaría su ofrecimiento, como también el de Germán Paterne. Jacques Helloch y Valdez bastarían, relevándose. Así, pues, el

sargento fue a recostarse contra la pared, tan cerca de la joven como era posible.

El concierto de las fieras, al que se mezclaba el de los monos chillones, comenzó desde el oscurecer, y no debía terminar hasta las primeras luces del alba.



La mejor precaución para mantener a estos animales a distancia del campamento, hubiera sido encender lumbre y sostenerla toda la noche con leña seca. Pero si este fuego hubiera tenido alejados a los animales, podría atraer a los malhechores, quizás a los quivas, si andaban por las cercanías, y lo más importante era no ser vistos por ellos.

Bien pronto, a excepción de Valdez, apostado en la ribera, y del barquero, que cerca de él vigilaba, todos dormían.

Hacia la medianoche ambos fueron relevados por Jacques Helloch y el otro de los barqueros.

Valdez no había visto ni oído nada sospechoso. Oír, hubiera sido difícil en medio del tumulto de las aguas del río, chocando contra las rocas de la sierra.

Jacques Helloch obligó a Valdez a que fuera a descansar unas horas y subió hacia el ribazo.

Desde allí, no solamente podía vigilar la orilla del bosque, sino la ribera izquierda del Torrida.

Sentado al pie de un árbol enorme, las reflexiones, los sentimientos de que su espíritu y su corazón estaban llenos, no le impidieron hacer buena guardia.

¿Era juguete de una ilusión? A las cuatro de la mañana, cuando el horizonte del Este comenzaba a blanquear, atrajo su atención cierto movimiento sobre la ribera opuesta, menos escarpada que la ribera derecha. Parecióle que algunas formas se movían entre los árboles. ¿Eran animales? ¿Eran hombres?

Se irguió, trató de ganar la cúspide del ribazo, y logró aproximarse algunos metros hacia la ribera. Allí permaneció inmóvil, mirando...

No vio nada preciso. No obstante, notó alguna animación en la orilla del macizo de la otra ribera. ¿Debía dar la voz de alarma, o, por lo menos, despertar a Valdez, que dormía algunos pasos más allá? Éste fue el partido que tomó, y, tocando al indio en el hombro, hizo que se despertara.

—No se mueva usted, Valdez —le dijo en voz baja—, y observe usted el otro ribazo del río.

Valdez, extendido a lo largo, no tuvo más que volver la cabeza en la dirección indicada. Durante un minuto su mirada escudriñó la parte inferior de aquel oscuro macizo de árboles.

—No me engaño —dijo al fin—, hay tres o cuatro hombres que rondan sobre la ribera.

—¿Qué hacer...?

—No despertemos a nadie. Es imposible atravesar el río por este sitio, y a menos que no haya un vado más arriba...

—Pero ¿y al otro lado? —preguntó Jacques Helloch, señalando al bosque que se extendía hacia el Noroeste.

—Nada he visto..., nada veo —respondió Valdez, que se había vuelto sin levantarse—. Tal vez no hay allí más que dos o tres indios bravos.

—¿Qué habrán venido a hacer esta noche en la ribera? No; para mí es seguro que nuestro campamento ha sido descubierto. Y..., espere usted, Valdez. Uno de esos hombres trata de descender hasta el río...

—En efecto —murmuró Valdez—; y no es un indio. Sólo con verle andar se advierte.

Las primeras luces, después de haber contorneado las lejanas cimas del horizonte, llegaban en aquel momento hasta el lecho del Torrida. Valdez pudo, pues, asegurarse en lo que se refería al hombre visto en el ribazo opuesto.

—Son los quivas de Alfaniz —dijo Jacques Helloch—. Ellos solos tienen interés en asegurarse de si estamos o no acompañados de toda la tripulación de las piraguas.

—Y esto hubiera sido lo mejor —respondió el patrón de la *Gallinetta*.

—Sin duda, Valdez; pero a menos de ir al Orinoco a buscar refuerzos...

—No. Si hemos sido reconocidos, no es ya tiempo de enviar a uno de nuestros hombres al campamento. Seremos atacados antes

de recibir auxilio.

Valdez asió vivamente el brazo de Jacques Helloch, que se calló en seguida.

La luz, más intensa ya, alumbraba las riberas del Torrida, mientras que la anfractuosidad en que dormían Juan, Gomo, el sargento Marcial, Germán Paterne y el segundo barquero, estaba aún envuelta en profunda oscuridad.

—Yo creo... —dijo Valdez—, creo reconocer... ¡Sí...! ¡Mi vista es muy aguda...! No puede engañarme. Reconozco a ese hombre... ¡Es el español!

—¿Jorrés?

—El mismo.

—No se dirá que he dejado escapar a ese miserable.

Jacques Helloch acababa de coger su carabina, colocada junto a él contra una roca, y rápidamente se la echó al hombro.

—¡No, no! —dijo Valdez—. Esto no significaría más que uno menos, y tal vez hay centenares bajo los árboles. Además, les es imposible vadear el río.

—Aquí no pueden —dijo Helloch—; pero más arriba, ¿quién sabe?

Sin embargo, Jacques se rindió a la opinión de Valdez, con tanto más motivo cuanto que el patrón de la *Gallinetta* era hombre de buen consejo, y poseía las cualidades notables de astucia y prudencia, propias de los banivas.

Por lo demás, Jorres —si era él—, en su deseo de observar desde más cerca el campamento, hubiera arriesgado ser visto. Así es que acababa de entrar bajo los árboles en el momento en que el marinero, apostado cerca del Torrida, avanzaba como si hubiera notado alguna cosa.

Durante un cuarto de hora, Jacques Helloch y Valdez permanecieron en el mismo sitio, sin hacer movimiento alguno.

Ni Jorrés ni ningún otro se mostraron en la ribera opuesta. Nada pasaba en la orilla de aquel bosque, que comenzaba a despojarse de las sombras.

Pero con la luz creciente, el español —admitiendo que Valdez no se hubiera equivocado— iba a poder reconocer que solamente dos barqueros acompañaban a los pasajeros de las piraguas y advertir la inferioridad de éstos.

¿Cómo continuar el viaje en condiciones de seguridad tan insuficientes?

Se les había descubierto. Se les había espiado. Jorrés acababa de encontrar a Jacques Helloch y a sus compañeros en camino para la misión de Santa Juana. Ahora no perdería sus huellas. Circunstancias de extraordinaria gravedad; y, lo que era aún más grave, el español se había, ciertamente, unido a la cuadrilla de quivas que recorría aquellos contornos a las órdenes del presidiario Alfaniz.

CAPÍTULO X

EL VADO DE FRASCAÉS



las cinco el campamento despertó.

Juana fue la primera que se levantó. Mientras paseaba por la orilla del río, el sargento Marcial, Germán Paterne y Gomo dormían aún envueltos en sus mantas y el sombrero sobre los ojos.

El barquero de guardia se había aproximado a Jacques Helloch y a Valdez, y les hablaba de lo que había observado durante su guardia. Confirmó lo dicho por Valdez. Él también había reconocido a Jorrés en el hombre que rondaba sobre el ribazo.

Jacques Helloch recomendó a ambos que no dijeran nada. Era inútil revelar los peligros de la situación agravada por aquel encuentro. Bastaba que les fuera conocida, y ellos tomarían las medidas que la seguridad de sus compañeros exigía.

Después de reflexiones y argumentos en pro y en contra, se decidió continuar hacia la misión de Santa Juana.

En efecto; si Alfaniz ocupaba los alrededores; si Jacques Helloch y los suyos debían ser atacados, el ataque se efectuaría lo mismo durante una marcha hacia adelante que durante una marcha hacia atrás. Verdad es que volviendo al Orinoco se estaría a cubierto por el río Torrida, a menos que no fuese franqueable más arriba. En este caso nada impediría a los quivas descender hasta el campamento

del pico Maunoir, y no bastaría el esfuerzo del personal de las piraguas para rechazar la agresión.

Por el contrario, marchar hacia Santa Juana presentaba algunas ventajas. En primer lugar, se conservaría la protección del río Torrida mientras no fuera vadeable, y ya se informarían por Gomo de esto. Además, se aproximarían a su objeto, y nada había que temer en Santa Juana con su población, que contaba varios centenares de guaharibos, convertidos en hombres gracias a la abnegación de un misionero. Santa Juana ofrecía refugio seguro contra toda tentativa de Alfaniz.

Era preciso, pues, a costa de lo que fuera, llegar a la misión en el plazo más breve posible, esforzarse en estar en ella antes de la noche próxima, haciendo jornadas dobles. ¿No se podían andar de veinticuatro a treinta kilómetros en veinte horas?

Jacques Helloch volvió al campamento a fin de disponer la inmediata partida.

—Aún duermen, señor Helloch —dijo la joven acercándose a él.

—¡Y usted se ha levantado la primera, señorita Juana! —dijo Jacques—. Voy a despertarles para que nos pongamos en camino.

—¿No ha visto usted nada sospechoso?

—No... nada..., nada; pero partamos. He pensado que, caminando sin detenernos, podríamos, si no esta tarde, por lo menos a la noche llegar a Santa Juana.

—¡Ah, señor Helloch! ¡Qué impaciencia tengo por estar en la misión!

—¿Dónde está Gomo? —preguntó Jacques Helloch.

—Allí..., en ese rincón... El pobre niño duerme profundamente.

—Es menester que yo le hable... Tengo necesidad de algunas noticias antes de partir.

—¿Quiere usted dejarme ese cuidado? —preguntó Juana, y añadió—: Parece usted preocupado esta mañana, señor Helloch. ¿Hay alguna mala noticia?

—¡No...; le aseguro que no!

La joven tuvo deseos de insistir, pero, comprendiendo que esto sería molesto para Jacques, se dirigió hacia Gomo, al que despertó dulcemente.

El sargento Marcial estiró los brazos, lanzó algunos bostezos sonoros y se puso de pie.

A Germán costó más trabajo despertarle. Envuelto en su manta, con la cabeza apoyada en su caja de herborista a guisa de almohada, dormía como un lirón, animal que tiene fama de ser el mayor durmiente de la Creación.

Entretanto Valdez hacía cerrar los sacos, después de haber retirado los restos de la comida de la víspera reservados para el almuerzo de la mañana. Despertado Gomo, acudió al lado de Jacques, acompañado de Juana, junto a una roca sobre la que el primero había desplegado el mapa del país. Este mapa indicaba los territorios comprendidos entre la sierra Parima y el macizo de Roraima, escalonados por las revueltas del río. Gomo sabía leer y escribir, y estaba en disposición de dar noticias bastante precisas sobre aquella comarca.

—¿Has visto alguna vez mapas que representan una región con sus mares, sus continentes, sus montañas y sus ríos? —le preguntó Jacques Helloch.

—Sí, señor... En la escuela de Santa Juana —respondió el muchacho.

—Pues bien: mira éste y tómate el tiempo que necesites para reflexionar. Este gran río, dibujado aquí en semicírculo, es el Orinoco, al que tú conoces...

—¡Que yo conozco y al que amo!

—Sí... Eres un buen muchacho y tienes cariño a tu hermoso río. ¿Ves a su extremidad esta montaña? En ella nace...

—La sierra Parima; lo sé, señor... Aquí están los raudales que he remontado frecuentemente con mi padre.

—Sí... El raudal de Salvaju.

—Y después... hay un pico.

—El pico de Lesseps. Pero no te equivocas. Nosotros no hemos ido tan lejos con nuestras piraguas.

—No... No tan lejos.

—¿Por qué hace usted esas preguntas a Gomo, señor Helloch?
—preguntó Juana.

—Deseo estar seguro del curso del río Torrida, y tal vez Gomo podrá darme los detalles que necesito.

La joven lanzó una mirada interrogativa sobre Jacques Helloch, que bajó la cabeza.

—Ahora, Gomo —continuó—, he aquí el sitio en que hemos dejado nuestras piraguas. Aquí está el bosque donde estaba la casa de tu padre. He aquí la embocadura del río Torrida.

—Aquí... Aquí... —respondió Gomo, colocando el dedo sobre el mapa.



—Ahí mismo, Gomo. Atiende ahora. Voy a seguir el curso del río en dirección a Santa Juana, y tú me advertirás si notas error.

Jacques Helloch paseó su dedo sobre el mapa, dirigiéndole hacia el Nordeste, después de haber rodeado la base de sierra Parima en un espacio de cincuenta kilómetros.

En este punto hizo una cruz con lápiz, y dijo:

—Aquí debe de estar la misión, ¿verdad?

—Sí...; aquí...

—Y el río Torrida baja por aquí...

—Sí... Como está marcado.

—¿Pero no desciende de más arriba?

—De más arriba, ciertamente..., y algunas veces lo hemos remontado más allá...

—Santa Juana se encuentra entonces en la ribera izquierda...

—Tendremos, pues, que atravesarlo, puesto que estamos en la ribera derecha.

—Así será preciso, señor, y es cosa fácil.

—¿Cómo?

—Hay más arriba un paso con rocas donde se puede asentar el pie cuando las aguas están bajas. Un vado llamado el vado de Frascaés.

—¿Conoces ese vado?

—Sí, señor, y antes del mediodía habremos llegado a él.

Como el niño había tenido ocasión de franquear este vado, sus respuestas eran afirmativas, lo que debía alarmar a Jacques Helloch. Si el vado Frascaés permitía a sus compañeros pasar a la ribera izquierda del río Torrida, también permitiría a los quivas pasar a la ribera derecha. Jacques Helloch y sus amigos no estarían resguardados por el río hasta la misión.

Este hecho empeoraba la situación. Sin embargo, no era motivo para retroceder, pues, haciéndolo, las posibilidades de una agresión eran muy grandes. En Santa Juana estarían en seguridad. A Santa Juana convenía, pues, llegar en veinticuatro horas.

—¿Y dices —preguntó Jacques Helloch a Gomo— que al mediodía podemos llegar al vado de Frascaés?

—Si partimos en seguida, sí...

La distancia que separaba al campamento del vado podía ser de unos doce kilómetros. Como se había resuelto apresurar la marcha

con la esperanza de llegar a la misión a eso de la medianoche, sería conveniente pasar el vado antes del primer descanso.

Diose la orden de partir. Todo estaba dispuesto: los sacos en los hombros de los dos barqueros; las mantas arrolladas a la espalda de los viajeros; la caja de botánica en el cinto de Germán Paterne; las armas preparadas...

—¿Cree usted, señor Helloch, que será posible llegar a Santa Juana en diez horas...? —preguntó el sargento Marcial.

—Lo espero... Si hace usted buen uso de sus piernas, que en seguida tendrán tiempo sobrado para descansar.

—Por mí no ha de quedar, señor Helloch. Pero él..., Juan...

—Su sobrino —respondió Germán Paterne— batirá el récord... Se le conoce que ha tenido buena escuela... Usted le ha dado piernas de soldado, y tiene el paso gimnástico...

Hasta entonces Gomo ignoraba el lazo de parentesco —parentesco imaginario— que unía al hijo del coronel De Kermor al sargento Marcial.

Así es que, mirando a este último, preguntó:

—¿Es usted su tío...?

—Algo..., pequeño...

—Entonces, ¿el hermano de su padre...?

—Su propio hermano..., y por esto Juan es mi sobrino... ¿Comprendes?

El muchacho inclinó la cabeza en señal de haber comprendido.

El tiempo estaba cubierto. Las nubes corrían bajas empujadas por el viento Sudeste, con serias amenazas de lluvia. Tras el velo gris que formaban desapareció la cúspide de la sierra Parima, y hacia el Sur, la punta del pico Maunoir no aparecía más que a través de los claros de los árboles.

Jacques Helloch dirigió una mirada de inquietud a la parte del horizonte de donde venía el viento. Tras los primeros rayos del sol, el cielo se había ensombrecido por efecto de los vapores que al subir se espesaban.

Si caía una de esas violentas tempestades que con tanta frecuencia inundan las sabanas meridionales, la marcha se retrasaría y sería difícil estar en Santa Juana en el término fijado.

Los viajeros se pusieron en marcha, volviendo a tomar el sendero entre el río Torrida y la orilla del impenetrable bosque. Iban en el mismo orden que el día anterior; el patrón Valdez y Jacques Helloch a la cabeza. Ambos habían observado por última vez la ribera opuesta.

Estaba desierta. Desiertos también los macizos de árboles que se extendían hacia la izquierda. Ni un ser viviente, a no ser un mundo ensordecedor de pájaros, cuyas melifluas lenguas saludaban al alba con el acompañamiento de los chillones monos.

Animábales a todos la esperanza de llegar a la misión antes de la medianoche. No se conseguiría esto más que a costa de una marcha forzada, brevemente interrumpida por corta parada a mediodía. Convenía, pues, apresurar el paso, y así se hacía sin quejas. Bajo el cielo cubierto de brumas, la temperatura era soportable, feliz circunstancia, pues la orilla del río carecía por completo de árboles.

A veces Jacques Helloch, devorado por la inquietud, se volvía diciendo:

—¿Vamos muy de prisa para usted, mi querido Juan?

—No, señor Helloch, no —le respondía Juan—. No se preocupe usted por mí, ni por mi amigo Gomo, que parece tener piernas de ciervo joven.

—Si fuera preciso, yo estaría esta tarde en Santa Juana —respondió Gomo.

—¡Diablo, buen corredor eres! —exclamó Germán Paterne, que no estaba dotado de tales facultades locomotrices y se quedaba atrás frecuentemente.

Verdad que Jacques Helloch no tenía compasión de él. Le llamaba, le preguntaba, le gritaba:

—Vamos, Germán... Te quedas rezagado.

El otro respondía:

—No estamos más que a una hora.

—¿Qué sabes tú?

Y como Germán Paterne lo ignoraba, no tenía más remedio que obedecer... y obedecía.

Jacques Helloch quedó un instante pensativo al oír la respuesta de Gomo... Aquella tarde podría estar en Santa Juana...

Así, pues, Gomo afirmaba que en seis o siete horas podía haber llegado a la misión. ¿No era una probabilidad de que convenía aprovecharse?

Mientras caminaba, Jacques Helloch hizo conocer a Valdez la respuesta del muchacho.

—Sí... Dentro de seis o siete horas —dijo— el padre Esperante podría estar prevenido de que nos dirigíamos a Santa Juana. No vacilaría en enviarnos auxilios... Él mismo vendría, sin duda.

—Es verdad —respondió Valdez—; pero dejar partir a ese niño sería privarnos de nuestro guía... Y creo que, puesto que conoce el país, tenemos necesidad de él.

—Tiene usted razón, Valdez. Gomo nos es necesario, sobre todo para el paso del vado de Frascaés.

—Estaremos allí al mediodía, y franqueado que hayamos el paso..., veremos...

—Sí... Veremos, Valdez... Tal vez el peligro esté en ese vado.

Y ¿quién sabía si a Jacques Helloch y a sus compañeros no les amenazaba un peligro más próximo? Después de reconocer el campamento establecido en el ribazo derecho del Torrida, ¿no había podido Jorrés remontar la ribera izquierda del río con la cuadrilla de Alfaniz? Y pues que los quivas llevaban una delantera de algunas horas, ¿era imposible que hubiesen, ya pasado el vado de Frascaés? Y ahora, ¿no volverían a bajar por la ribera derecha, donde debían encontrar a nuestros viajeros? Esta hipótesis era verosímil.

Sin embargo, a las nueve, Valdez, que se había alejado algunos centenares de pasos, aseguró a la vuelta que el camino, al parecer,

estaba libre. Y, realmente, nada indicaba la presencia de los quivas en la ribera opuesta.

Jacques Helloch pensó entonces hacer alto en aquel sitio, después de haber preguntado a Gomo:

—¿A qué distancia estamos del vado?

—A unas dos horas de camino —respondió el muchacho, que no sabía calcular las distancias más que por el tiempo que se tardaba en recorrerlas.

—Descansemos —ordenó Jacques Helloch—, y almorcemos rápidamente con las provisiones que nos quedan. Es inútil encender fuego.

En efecto, hubiera sido indicar su presencia en aquel sitio, reflexión que Jacques Helloch guardó para sí.

—Apresurémonos, amigos míos, apresurémonos —repitió—. Sólo un alto de un cuarto de hora.

¡La joven comprendía demasiado! Jacques Helloch estaba lleno de inquietud, cuya causa ella ignoraba. Indudablemente Juana, en general, sabía que los quivas recorrían aquellos lugares; que Jorrés había desaparecido; pero no podía sospechar que el español, al remontar el Orinoco a bordo de la *Gallinetta*, lo hiciese con la intención de reunirse a Alfanziz, ni que existiesen relaciones de remota fecha entre el español y el presidiario de Cayena. En más de una ocasión estuvo a punto de preguntar:

—¿Qué hay, señor Helloch?

Sin embargo, guardó silencio, confiándose a la inteligencia de Jacques, a su valor, a su abnegación y a su deseo de llegar al fin lo más pronto posible.

Almorzaron rápidamente. Germán Paterne, que hubiera prolongado más tiempo el almuerzo, hizo a mal tiempo buena cara, o más bien buen estómago.

A las nueve y quince, cerrados y cargados los sacos, continuaron su camino, en el mismo orden que antes.

El bosque se extendía sin discontinuidad sobre la orilla derecha del río Torrida; pero la izquierda tenía entonces aspecto muy

diferente. En esta parte los árboles sólo presentaban grupos esparcidos por la superficie de los llanos, tapizados de espesa hierba, que también cubría los flancos de la sierra hasta la cima.

El ribazo opuesto, además, llegaba casi al nivel del río, y era, pues, fácil dominar con la mirada una vasta extensión de terreno que carecía de la espesa cortina de árboles. Después de haber tenido la sierra al Nordeste, desde la víspera estaba al Sur.

Jacques Helloch y Valdez no dejaban de observar ansiosamente la otra orilla, sin descuidar tampoco la que seguía remontando el río.

Nada sospechoso todavía.

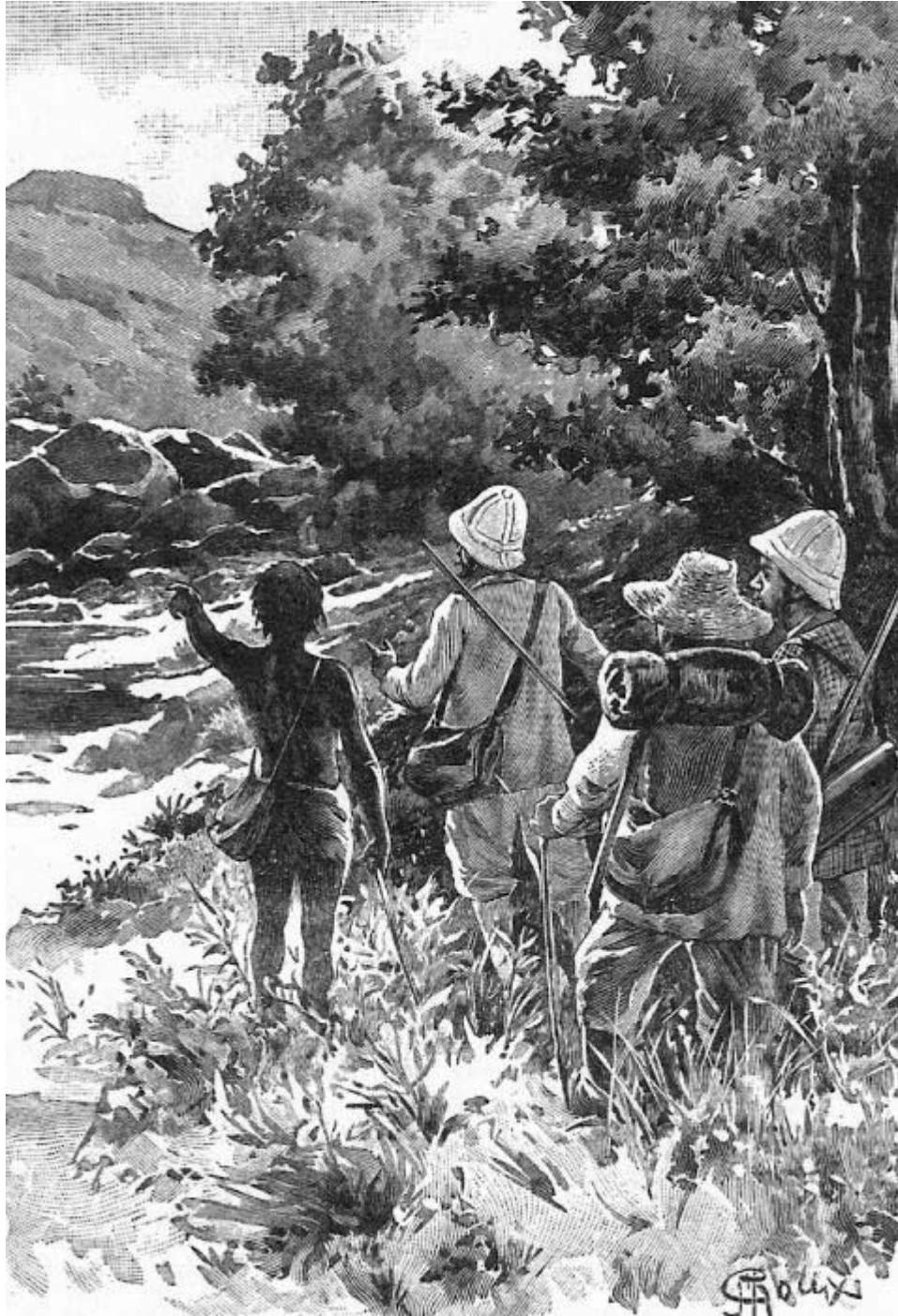
¿Tal vez los quivas esperaban a los viajeros en el vado de Frascaés?

A la una de la tarde, Gomo señaló a algunos centenares de pasos un ángulo del río, que, ensanchándose al Este, desaparecía tras un macizo de desnudas rocas.

—Allí es —dijo.

—¿Allí? —respondió Jacques Helloch, haciendo a sus compañeros señal para que se detuvieran.

Y aproximándose para reconocer el río Torrida, notó que el lecho de éste estaba lleno de piedras y arena, entre las que no corrían más que delgados hilos de agua, que se podían vadear fácilmente.



—¿Quiere usted que me adelante para examinar los alrededores del vado? —propuso Valdez a Jacques Helloch.

—Hágalo usted, Valdez; pero, por prudencia, no se aventure al otro lado, y regrese en cuanto haya visto si el camino está libre.

Valdez partió, y minutos después se le perdió de Vista al dar la vuelta al río.

Jacques Helloch y sus compañeros esperaron junto al ribazo, formando grupo. Germán Paterne se sentó sobre la hierba.

Por dueño que de sí mismo fuera Jacques Helloch, no conseguía disimular su inquietud.

Gomo preguntó entonces:

—¿Por qué no continuamos?

—Sí... ¿por qué? —preguntó Juana—. Y ¿por qué Valdez ha ido delante?

Jacques Helloch no respondió. Se separó del grupo y dio algunos pasos en dirección al río, impaciente por observar desde más cerca la orilla izquierda.

Transcurrieron cinco minutos, de esos que parecen durar tanto como horas.

Juana se había acercado a Jacques Helloch.

—¿Por qué no vuelve Valdez? —preguntó, procurando leer en los ojos del joven los pensamientos de éste.

—No puede tardar —se contentó con responder Jacques Helloch.

Pasaron otros cinco minutos..., luego otros cinco... Ni una palabra se pronunció en este tiempo.

Valdez había tenido tiempo de ir y volver... y no aparecía.

Sin embargo, no se había oído ningún grito ni nada que pudiera inspirar alarma.

Jacques Helloch tuvo bastante imperio sobre sí mismo para esperar cinco minutos más.

Seguramente no había mayor peligro en ganar el vado de Frascaés que en permanecer en aquel sitio lo mismo que en retroceder. Si los viajeros habían de ser atacados, lo mismo lo serían más arriba que más abajo.

—Marchemos —dijo al fin Jacques Helloch.

Se puso a la cabeza de sus compañeros, y éstos le siguieron sin preguntar nada. Subieron por el ribazo durante unos trescientos

pasos, y llegaron al codo del río Torrida. Por este punto era preciso descender al vado.

Cinco pasos más allá, Gomo se dejó deslizar y llegó hasta las primeras rocas mojadas por la corriente.

De repente, tumultuosos gritos estallaron en el ribazo izquierdo al que iban a llegar Jacques Helloch y sus compañeros.

Un centenar de quivas, corriendo de todos lados, se precipitaban al través del vado y blandían sus armas lanzando gritos de muerte.

Jacques Helloch no tuvo tiempo para defenderse a tiros. ¿Ni qué podrían su escopeta y las de Germán Paterne y el sargento Marcial? ¿Qué hubieran podido las pistolas de los barqueros contra aquellos cien hombres que ocupaban y cerraban el vado de Frascaés?

Rodeados en un instante los viajeros, se vieron en la imposibilidad de rechazar la agresión.

En este momento, Valdez apareció en mitad de un grupo de quivas que vociferaban.

—¡Valdez! —exclamó Jacques Helloch.

—Estos indecentes me han cogido como en una gazapera —respondió el patrón de la *Gallinetta*.

—¿Y con quién tenemos que entendérmolas? —preguntó Germán Paterne.

—Con la cuadrilla de los quivas —respondió Valdez.

—Y con su jefe —añadió una voz amenazadora.

El hombre que pronunció estas palabras estaba de pie sobre el ribazo; junto a él había tres individuos que no eran de raza india.

—¡Jorrés! —exclamó Jacques Helloch.

—Llámeme por mi nombre... ¡Alfaniz!

—¡Alfaniz! —repitió el sargento Marcial.

Y su mirada y la de Jacques Helloch, llenas de espanto, se fijaron en la hija del coronel De Kermor.

Jorrés era aquel Alfaniz que se había evadido del presidio de Cayena con tres presidiarios, cómplices suyos.

Después de haber reemplazado al jefe de los quivas, Meta Serrapia, muerto por la milicia de Venezuela, el español recorría

desde hacía más de un año la sabana.

Cinco meses antes, aquellos quivas habían formado el proyecto de volver a los territorios del Oeste del Orinoco, de los que habían sido arrojados por las tropas colombianas.



Pero antes de abandonar las regiones montañosas del Roraima, su nuevo jefe quiso efectuar un reconocimiento en aquella parte del río. Separóse, pues, de la cuadrilla y bajó a los llanos, llegando hasta San Fernando de Atabapo, después de haber pasado por el rancho de Carida, donde el indio bare afirmaba, con razón, haberle visto. Esperaba en San Fernando ocasión para volver a las fuentes del Orinoco, cuando las piraguas *Gallinetta* y *Moriche* se preparaban para partir hacia la misión de Santa Juana.

Alfaniz, conocido únicamente por el nombre de Jorrés, pretextando el deseo de volver a la misión, ofreció sus servicios al patrón de la *Gallinetta*, que reclutaba gente para aumentar su tripulación, y, como se sabe, fue aceptado para desgracia de los que iban a aventurarse por el curso del río.

Al mismo tiempo que Alfaniz tenía la posibilidad de encontrar a los quivas, satisfaría al fin el odio que sentía por el coronel De Kermor.

En efecto; había sabido que aquel joven que iba a bordo de la *Gallinetta* con el sargento Marcial iba en busca de su padre, cuyo testimonio ante la Audiencia del Loira inferior había producido su condena a cadena perpetua y su envío al presidio de Cayena.

¿No era ésta la ocasión inesperada de apoderarse del joven, tal vez del mismo coronel si se encontraban huellas suyas en la misión de Santa Juana, y en todo caso de vengarse en el hijo en defecto del padre?

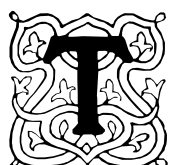
Lo demás se sabe. La noche que pasó en tierra en Yaname, encontró a uno de sus cómplices, y Alfaniz huyó cuando las piraguas llegaron al campamento del pico Maunoir. Después de asesinar al indio que rehusaba servirle de guía, había remontado el río Torrida, atravesado el vado de Frascaés y reunióse, al fin, con los quivas.

Ahora, teniendo a Jacques y a los compañeros de éste a su merced, el miserable esperaba apoderarse de las piraguas en su sitio de escala en el Orinoco.

El hijo, o, mejor dicho, la hija del coronel De Kermor estaba en su poder.

CAPÍTULO XI

LA MISIÓN DE SANTA JUANA



rece años antes del comienzo de esta historia, la región que atraviesa el río Torrida no poseía ni una aldea, ni un rancho.

Apenas si los indios la recorrían cuando la necesidad les obligaba a trashumar sus ganados. En la superficie de estos territorios no había más que vastas llanuras, fértiles pero incultas, impenetrables bosques, pantanos inundados en el invierno. Nada más que fieras, ofidios, monos, volátiles, sin olvidar los insectos, y particularmente los mosquitos, representaban la vida animal en aquellas comarcas aún casi desconocidas. Era, realmente, el desierto, en el que no se aventuraban nunca ni los mercaderes ni los exploradores de la República venezolana.

Elevándose algunos kilómetros al Norte y al Nordeste, se vería uno perdido en la superficie de una extraordinaria región que se unía tal vez a la de los Andes, antes que los grandes lagos se hubieran vaciado a través de una incoherente red de arterias fluviales en las profundidades del Atlántico. País quebrado donde las aristas se confunden y los relieves parecen estar en desacuerdo con las lógicas de la Naturaleza, hasta en sus caprichos hidrográficos y orográficos; área inmensa, generadora inexpugnable de aquel Orinoco que envía al Norte y de su río Blanco que vierte al Sur, dominada por el imponente macizo de Roraima, cuya cima, no

violada hasta entonces, debían conquistar Im Thurn y Perkin algunos años más tarde.

Tal era aquella porción lejana de Venezuela, su inutilidad, su abandono, cuando un extranjero, un misionero, emprendió la tarea de transformarla. Los indios esparcidos por el territorio pertenecían en su mayor número a la tribu de los guaharibos. Por costumbre vagaban por los llanos y por el interior de los profundos bosques, en el Norte del ribazo derecho del Orinoco. Eran miserables salvajes a los que no había llegado el aliento de la civilización. Apenas si tenían algunas cabañas para albergarse, harapos de corteza para cubrir sus cuerpos. Vivían de raíces, de los frutos de las palmeras y de hormigas, sin que supieran extraer el cazabe de la yuca, que constituye la base de la alimentación de la América Central. Parecían estar en el último grado de la escala humana, y eran de pequeña estatura, delgados, con el estómago prominente, propio de los geófagos, y, en efecto, durante el invierno veíanse reducidos a alimentarse con tierra. Sus cabellos algo rojizos, que caían sobre sus hombros; su fisonomía, donde, no obstante, un observador hubiera notado cierta inteligencia en estado rudimentario, su color menos fuerte que el de los otros indios, quivas, siaroas, bares, mariquitares, banivas, todo les relegaba al último lugar en las razas más inferiores. Y estos indígenas tenían tal fama de terribles, que sus congéneres no se atrevían casi a aventurarse por aquellos territorios, y se decía que eran tan aficionados al saqueo y a la matanza que los mercaderes de San Fernando no osaban llegar más allá del Ocamo o del Mavoca.

Tal era la detestable reputación de que aún gozaban los guaharibos hacía cinco o seis años, cuando Chaffanjon, desdeñando el terror de sus barqueros, no dudó en proseguir su navegación hasta las fuentes del río. Pero después de haberlos encontrado en la altura del pico Maunoir, condenó aquellas acusaciones mal fundadas contra pobres indios inofensivos.

En aquella época, en que ya gran número de ellos, reunidos a la voz del misionero español, formaban el origen de la misión de Santa

Juana, la religión había penetrado en aquellos espíritus, gracias a la abnegación del apóstol que les consagraba su vida y les sacrificaba todas las alegrías de su existencia.

El padre Esperante tuvo el pensamiento de aplicar toda su alma a la obra de regenerar a los desdichados guaharibos, y con tal objeto se instaló en lo más profundo de la sabana de sierra Parima. Resolvió fundar un pueblo que con ayuda del tiempo iría en aumento. No creía emplear más generosamente el resto de su fortuna que aplicándola a aquella caritativa empresa, edificándola sobre tan sólidos cimientos que no corriese el riesgo de hundirse tras él. Por toda compañía, al llegar a aquel desierto, el padre Esperante, no tenía más que un joven llamado Angelos. Este novicio de las misiones extranjeras, de veinte años de edad, estaba, como el padre Esperante, inflamado de celo apostólico que realizó milagros y prodigios. Ambos, a costa de muchas dificultades y peligros, sin desfallecer, sin retroceder nunca, habían creado, desarrollado y organizado la misión de Santa Juana. Habían regenerado la tribu en el doble aspecto moral y físico, constituido una población que, entonces, alcanzaba a mil habitantes, comprendiendo los de los llanos de las cercanías.

Estaba la misión a unos cincuenta kilómetros al Nordeste de las fuentes del río y de la embocadura del Torrida. El sitio era hermoso: el suelo de asombrosa fertilidad y lleno de los árboles más útiles, entre otros esas marimas cuya corteza forma una especie de fieltro natural, bananos, plátanos, cafetales, que se cubren a la sombra de los grandes árboles de flores rojas, caucho, cacao, y además campos de caña de azúcar y zarzaparrilla, plantaciones de ese tabaco del que se saca el «cura nigra» para el consumo local, y el «cura seca», mezclado con salitre, para la exportación; habas toncas que son muy buscadas; sarrapias, cuyas vainas sirven como drogas. Un poco de trabajo, y aquellos campos iban a producir en abundancia raíces de yuca, cañas de azúcar y maíz, que da cuatro cosechas al año con cerca de cuatrocientos granos por cada uno sembrado.

El suelo de esta comarca poseía tan maravillosa fertilidad, que el buen método del cultivo debían aumentar, porque estaba aún virgen. Nada se había gastado de su poder vegetal. Numerosos arroyos corrían por su superficie, hasta en el estío, e iban a arrojarse en el río Torrida, que durante el invierno aportaba gran tributo de agua al lecho del Orinoco.

En la ribera izquierda de este río se establecieron las primeras casas de la misión. No eran simples cabañas, sino casas que valían lo que las mejores de las construidas por los banivas o los mariquitares. Urbana, Caicara, San Fernando de Atabapo, hubieran podido envidiar sus sólidas y cómodas habitaciones.

El pueblo estaba situado junto a un cerro separado de la sierra Parima, y cuyo declive, en su parte baja, se prestaba para una instalación agradable y sana.

Al pie de un talud, bajo la sombra de un fresco morichal, se elevaba la iglesia de Santa Juana, de sencillo estilo, y cuya piedra fue suministrada por las canteras de la sierra.



La iglesia, actualmente, es pequeña para el número de fieles atraídos por los sermones del padre Esperante y las ceremonias del culto católico, entonces que poco a poco la lengua española sustituía al idioma de los guaharibos. Y, además, algunos blancos,

unos cincuenta, de origen venezolano, habían ido a vivir a la misión, siendo bien acogidos por el jefe de ésta.

Por el Orinoco, llegaba de año en año todo lo que había exigido la creación de aquel pueblo, y se comprenderá que su nombre se extendiese hasta San Fernando, y después hasta Ciudad-Bolívar y Caracas. ¿Y por qué el Congreso no había de estimular una obra en tan alto grado civilizadora que debía dar valor a aquellos territorios inútiles, elevar intelectualmente a tribus cuya degeneración y miseria hubieran bien pronto producido su desaparición?

Cuando del pequeño campanario, que se alzaba entre los árboles, se escapaban los sonidos de la campana, ¿quién no hubiera admirado el apresuramiento con que a la iglesia acudían aquellos indígenas, decentemente vestidos y respirando buena salud? Hombres, mujeres, niños y viejos se agrupaban en torno del padre Esperante, y en la viva expresión de su agradecimiento se hubieran con gusto arrodillado como al pie de la iglesia, ante el presbiterio elevado en la base del cerro en medio de un macizo de palmeras. Eran felices, sus familias prosperaban, vivían a gusto, y cambiaban con provecho los productos de su suelo por los productos manufacturados que provenían del curso inferior del Orinoco, y su situación no cesaba de mejorar ni de aumentar su bienestar. De aquí que otros llaneros llegasen a la misión y que se construyeran nuevas casas. El pueblo crecía, extendiéndose por el bosque que le rodeaba con su eterna verdura. Los cultivos aumentaban sin que hubiera el temor de que faltase el suelo, puesto que puede decirse que las sabanas del Orinoco no tienen límites.

Fuera error suponer que el establecimiento de la misión de Santa Juana no había estado en ocasiones sometido a rudas pruebas. Sí. Se había desarrollado a costa de admirable abnegación, de perseverantes esfuerzos. Al principio, ¡qué peligros más grandes! Había sido preciso defender el pueblo naciente contra tribus envidiosas, arrastradas por sus instintos de matanza y pillaje. La población se había visto en el caso de rechazar ataques que amenazaban destruir la obra en sus comienzos. Para resistir a las

cuadrillas que vagaban a través de la curva del Orinoco o que bajaban de las cordilleras del litoral, se tomaron las más urgentes medidas. El misionero se reveló entonces como hombre de acción y sus ánimos igualaron a su talento de organizador.

Todos los guaharibos que estaban en la plenitud de su vida fueron regimentados, disciplinados, instruidos en el manejo de las armas. Actualmente, una compañía de cien hombres, provistos de fusiles modernos, con municiones, hábiles tiradores —pues poseían la precisión de vista del indio—, daban seguridad a la misión y no dejaban probabilidad de éxito a una agresión que no podía cogerles desprevenidos.

¿No se había tenido la prueba de ello un año antes, cuando Alfaniz, sus cómplices del presidio y sus aliados los quivas se habían lanzado sobre el pueblo? Aunque fuesen iguales en número, cuando el padre Esperante les combatió al frente de sus soldados, los bandidos experimentaron sensibles pérdidas, mientras las de los guaharibos fueron pocas.

Precisamente después de este desastre, los quivas pensaron en abandonar el país y ganar los territorios situados al Oeste del Orinoco.

Por lo demás, la misión de Santa Juana estaba organizada, tanto para la defensiva como para la ofensiva. No significaba esto que entrase en las miras del padre Esperante ejecutar actos de conquista, puesto que el territorio de que disponía era suficiente para su objeto; pero no quería que cuadrillas de malhechores de la peor especie pudiesen atacar al pueblo sin salir escarmentados. Así es que, con objeto de prevenir todo peligro, había procedido como militar. Y, realmente, ¿un misionero no es un soldado...? Y si tiene el deber de sacrificar su vida, ¿no tiene también el de defender a los fieles que se alistan en derredor suyo bajo la enseña del cristianismo?

Hemos hablado antes de los cultivos que contribuían en mucho a la prosperidad de la misión de Santa Juana. No eran éstos, sin embargo, las únicas fuentes de su riqueza. Con los campos

sembrados de cereales confinaban numerosas planicies, donde pastaban rebaños de bueyes y vacas, cuya alimentación estaba asegurada con la hierba de la sabana. Esto constituía una importante rama de comercio, como sucede en todas las provincias de la República de Venezuela. Además, los guaharibos poseían gran número de caballos que en otra época existían por millares en torno de los ranchos, y muchos de ellos eran utilizados en el transporte y en las excursiones de los guaharibos, que pronto llegaron a ser excelentes jinetes. De aquí los frecuentes reconocimientos que podían extenderse a las cercanías del pueblo.

Era el padre Esperante tal como le habían pintado Mirabal, el joven Gomo y el falso Jorrés. Su rostro, su actitud, sus ademanes indicaban al hombre de acción, de enérgica voluntad, al jefe que tiene la costumbre del mando. Poseía la energía que jamás desmaya, guiada por poderosa inteligencia. Su mirada firme y tranquila se impregnaba en una expresión de perfecta bondad, indicada por la sonrisa permanente de los labios que dejaba entrever una barba blanca por el transcurso de los años. Era valiente y generoso, dos cualidades que frecuentemente van unidas. Por más que hubiera pasado de los sesenta años, su elevada estatura, sus anchas espaldas, su tórax desarrollado y sus robustos miembros, daban indicio de gran resistencia física, a la altura de su fuerza intelectual y moral.

Nadie sabía cuál había sido la vida del misionero antes de dedicarse a aquel apostolado tan rudo. Sobre este asunto él guardaba silencio absoluto. Pero en la nube de tristeza que velaba a veces su rostro, se comprendía que llevaba consigo los dolores de un inolvidable pasado.

Conviene advertir que el padre Esperante había sido animosamente secundado en su empresa por el hermano Angelos, devoto del primero en cuerpo y alma, y que tenía el derecho de reivindicar gran parte del éxito de la obra.

Al lado de éstos, algunos indios elegidos entre los mejores concurrían a la administración del pueblo. Verdad que se podía decir

que el padre Esperante, alcalde y sacerdote, bautizando a los niños, bendiciendo matrimonios y auxiliando a los moribundos, concentraba en sí todos los servicios de la misión.

¿Y no debía verse pagado de todas sus fatigas al observar el grado de prosperidad a que su obra había llegado? Si los sucesores del misionero continuaban el camino por él trazado, ¿no estaba asegurada la vida de aquella creación?

Desde el ataque de los quivas nada había turbado la tranquilidad de los habitantes de Santa Juana, y nada hacía temer que se verificase otra agresión.

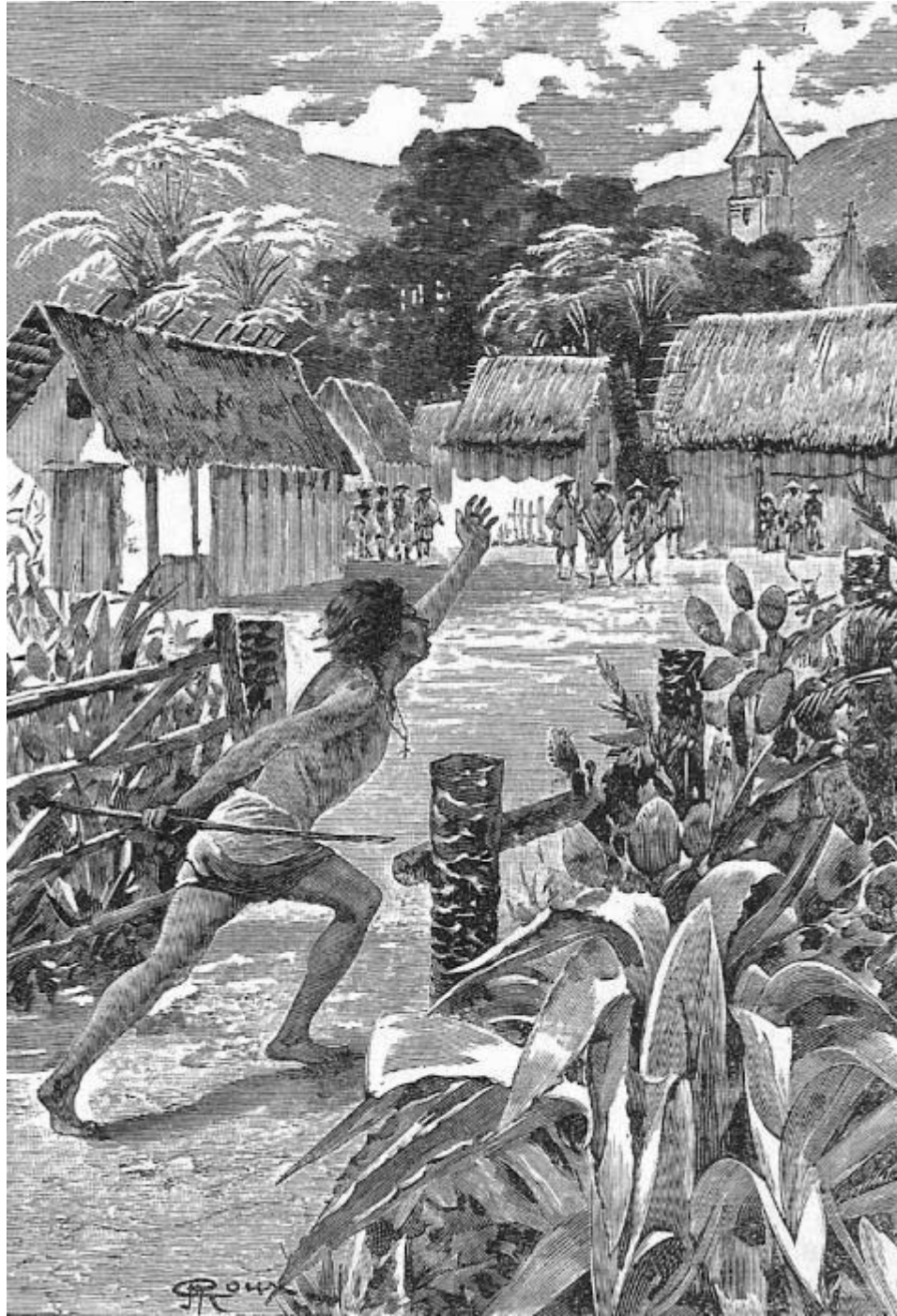
A las cinco de la tarde del primero de noviembre, al siguiente día de cuando Jacques Helloch y sus compañeros habían caído en manos de Alfaniz, un comienzo, si no de pánico, de inquietud al menos, se manifestó en el pueblo.

Un joven indio acababa de ser visto corriendo por la sabana del Suroeste, con toda la rapidez que sus piernas le permitían, como si fuera perseguido.

Algunos guaharibos salieron de sus casas, y así que el indio les vio, gritó:

—¡El padre Esperante! ¡El padre Esperante!

Un instante después, el hermano Angelos le introducía en la habitación del misionero.



Éste reconoció en seguida a aquel niño, que había frecuentado con asiduidad la escuela de la misión cuando habitaba con su padre en Santa Juana.

—¿Tú, Gomo? —dijo.

Éste apenas podía hablar.

—¿De dónde vienes?

—Me he escapado... Desde esta mañana he corrido... para llegar aquí...

El aliento le faltaba al niño.

—Descansa, hijo mío —dijo el misionero—. Estás medio muerto de fatiga...

—¿Quieres comer?

—Antes tengo que decirle a usted por qué vine. Le pido auxilio.

—¿Auxilio?

—Los quivas están allá abajo. A tres horas de aquí... En la sierra... Por la parte del río...

—¿Los quivas? —exclamó el hermano Angelos.

—Y su jefe también —añadió Gomo.

—¡Su jefe! —repitió el padre Esperante—. Ese presidiario evadido..., ese Alfaniz...

—Se ha reunido a ellos hace pocos días... y anteanoche han atacado a algunos viajeros que yo guiaba hacia Santa Juana.

—¿Viajeros que venían a la misión?

—Sí, padre, viajeros franceses.

—¡Franceses!

El rostro del misionero se cubrió de súbita palidez; después, sus párpados se cerraron por un instante.

Tomó la mano del joven, le atrajo a su pecho, y, mirándole:

—¡Di cuanto sepas! —exclamó con voz que involuntaria emoción hacía temblar.

Gomo añadió:

—Hace cuatro días, en la casa que mi padre y yo habitábamos junto al Orinoco, entró un hombre... Nos preguntó dónde se encontraban los quivas y si queríamos conducirle allí... Éstos son los que han destruido nuestro pueblo de San Salvador... Los que mataron a mi madre... Mi padre rehusó, y de un pistoletazo fue muerto.

—¡Muerto! —murmuró el hermano Angelos.

—Sí... Por el hombre... Por Alfaniz...

—¡Alfaniz! ¿Y de dónde venía ese miserable? —preguntó el padre Esperante.

—De San Fernando.

—¿Y cómo había remontado el Orinoco?

—En calidad de barquero, bajo el nombre de Jorrés..., a bordo de una de las dos piraguas que conducían a los viajeros...

—¿Y dices que esos viajeros son franceses?

—Sí... Franceses..., que no han podido navegar más allá del río Torrida... Dejaron sus piraguas en la embocadura, y uno de ellos, el jefe, acompañado del patrón de una de las falcas, me encontró en el bosque junto al cuerpo de mi padre. Tuvieron lástima de mí, me hicieron ir con ellos..., enterraron a mi padre. Después se ofrecieron a conducirme a Santa Juana... Partimos, y anteayer llegamos al vado de Frascaés, donde los quivas nos han atacado y hecho prisioneros.

—¿Y después? —preguntó el padre Esperante.

—¿Después? Los quivas se han dirigido por el lado de la sierra, y hasta esta mañana no he podido escapar.

El misionero había escuchado al joven con gran atención. El brillo de sus ojos indicaba la cólera que sentía contra aquellos bandidos.

—Has dicho, hijo mío —preguntó por tercera vez—, que estos viajeros son franceses.

—Sí..., padre.

—¿Cuántos son?

—Cuatro...

—¿Y les acompañaban...?

—El patrón de una de las piraguas..., un baniva, llamado Valdez, y dos barqueros que llevaban los equipajes.

—¿Y venían...?

—De Bolívar, de donde habían partido hace dos meses para ir a San Fernando, a fin de remontar el río hasta la sierra Parima.

El padre Esperante, abismado en sus reflexiones, guardó silencio durante algunos momentos. Después preguntó:

—¿Has hablado de un jefe?
—Sí... Uno de los viajeros...



—¿Cómo se llama?
—Jacques Helloch.

—Tiene un compañero...

—Que se llama Germán Paterne, y se ocupa en buscar plantas en la sabana.

—¿Y quiénes son los otros dos viajeros?

—En primer lugar, un joven que me ha demostrado mucho cariño... y al que quiero mucho.

El rostro de Gomo expresó la más viva gratitud.

—Ese joven —añadió— se llama Juan de Kermor.

Al oír este nombre, el misionero se levantó y su actitud fue la de un hombre que está en el último grado de la sorpresa.

—¡Juan de Kermor! —repitió—. ¿Ése es su nombre?

—Sí... Juan de Kermor.

—¿Y dices que ese joven ha venido de Francia con los señores Helloch y Paterne?

—No, padre. Según mi amigo Juan me ha contado, se han encontrado en el camino... En el Orinoco... En Urbana...

—¿Y han llegado a San Fernando?

—Sí... Y desde allí han continuado juntos hacia la misión.

—Y ¿cuál es el objeto del viaje de ese joven?

—Va en busca de su padre.

—¿Su padre...? ¿Has dicho su padre?

—Sí... El coronel De Kermor.

—¡El coronel De Kermor! —exclamó el misionero.

Y quien en aquel momento le observara, hubiera visto que a la sorpresa que desde el primer momento manifestó, uníase ahora emoción extraordinaria. Por enérgico, por dueño de sí que fuese, el padre Esperante, abandonando la mano del niño, iba y venía por la sala, víctima de una turbación que no podía contener.

Al fin, tras supremo esfuerzo de voluntad, se calmó, y, volviendo a sus preguntas, dijo:

—¿Por qué Juan de Kermor viene a Santa Juana?

—Con la esperanza de obtener nuevas noticias que le permitan encontrar a su padre.

—¿No sabe, pues, dónde está?

—No. Hace catorce años que el coronel De Kermor abandonó Francia por Venezuela, y su hijo no sabe dónde está.

—¡Su hijo...! ¡Su hijo! —murmuró el misionero, pasándose la mano por la frente como si quisiera reavivar sus recuerdos.

Luego, dirigiéndose a Gomo, dijo:

—¿Y ha partido solo..., solo para tal viaje?

—No.

—¿Quién le acompaña?

—Un viejo soldado.

—¿Un viejo soldado?

—Sí... El sargento Marcial.

—¡El sargento Marcial! —repitió el padre Esperante.

Y esta vez, a no sujetarle el hermano Angelos, hubiera caído como herido por un rayo sobre el suelo de la habitación.

CAPÍTULO XII

EN CAMINO



ocorrer a aquellos franceses prisioneros de los quivas, no era cosa que permitiera dudas después de las precisas respuestas del joven indio.

El misionero se hubiera, pues, puesto en camino aquella misma tarde, y se hubiera arrojado al través de la sabana, de saber en qué dirección efectuar sus pesquisas.

En efecto. ¿Dónde se encontraba actualmente Alfaniz...? ¿Cerca del vado de Frascaés...? No... Según afirmaba Gomo, había abandonado este sitio al siguiente día del ataque. Además, su interés le exigía alejarse de Santa Juana, sepultarse en medio de los bosques vecinos de la sierra, tal vez también volver al Orinoco, a la embocadura del Torrida, para apoderarse de las piraguas y tripulaciones de éstas.

El padre Esperante comprendió que era preciso reconocer detenidamente la situación antes de ponerse en campaña.

A las seis, dos indios montaron a caballo y se dirigieron hacia el vado de Frascaés.

Tres horas después estaban de vuelta, sin haber encontrado huella de los quivas.

¿Habían atravesado el río Alfaniz y su cuadrilla para llegar a los bosques del Oeste, o bajarían hacia la sierra Parima, para llegar por el ribazo izquierdo del río al campamento del pico Maunoir?

Otros dos indios abandonaron la misión con la orden de observar la sabana por la parte de las fuentes del Orinoco, pues era fácil que Alfaniz hubiera bajado directamente hacia el río.

Al amanecer, estos dos indios regresaron a Santa Juana, después de haber desarrollado sus pesquisas en una extensión de veinticinco kilómetros.

No habían visto a los quivas, pero, al menos, sabían por algunos indios bravos, encontrados en la sabana, que la cuadrilla iba hacia la sierra Parima. Alfaniz intentaba, pues, llegar al nacimiento del Orinoco, con la intención de caer sobre el campamento del pico Maunoir. En la sierra Parima era, pues, preciso sorprenderle, y con la ayuda de Dios se libraría al fin al territorio de aquella cuadrilla de indios y presidiarios.

Aparecía el sol cuando el padre Esperante abandonó la misión.

Su tropa se componía de un centenar de guaharibos, especialmente ejercitados en el manejo de las armas modernas. Estos valientes sabían que marchaban contra los quivas, enemigos suyos de remota fecha, y no sólo para dispersarlos, sino para destruirlos hasta el último de ellos.

Una veintena de estos indios iban a caballo escoltando a algunas carretas que conducían víveres para varios días.

El pueblo había quedado bajo la autoridad del hermano Angelos, que se pondría en comunicación con los expedicionarios por medio de correos.

El padre Esperante, a caballo, al frente de su tropa, habíase vestido con traje más cómodo que el de un misionero. Cubría su cabeza con un casquete de tela, sus pies con botas; una escopeta de dos cañones pendía de su silla, y al cinto llevaba un revólver.

Mostrábase silencioso y pensativo, lleno de inexplicable quebrantamiento moral, que se esforzaba en ocultar. Las revelaciones hechas por Gomo se confundían en su espíritu.

Estaba como un ciego al que se hubiera vuelto la luz y que se hubiera olvidado de ella.

Al salir de Santa Juana los expedicionarios tomaron a través de la sabana, dirigiéndose al Sudeste, planicie de vegetación arborescente, de numerosos chaparros y palmeras enanas, agitadas por el viento. Aquellos indios, acostumbrados a caminar, avanzaban rápidamente, y los que iban a pie no se quedaban atrás de los jinetes.

El sol se inclinaba gradualmente. Las partes cenagosas de la sierra Parima —pantanos que no se debían llenar más que en la estación lluviosa—, solidificadas entonces por el calor, ofrecían una superficie resistente, que permitía pasar por ellas sin tener que rodeadas.

El camino formaba casi un ángulo agudo con el que Gomo había seguido guiando a Jacques Helloch y a sus compañeros. Era el más corto entre la misión y el macizo de la Parima. En algunas huellas recientes se conocía que numerosas personas lo habían recorrido pocos días antes.

Los guaharibos se alejaban, pues, del río Torrida, que corría hacia el Sudeste. Su itinerario encontraba varios afluentes de poca importancia en la ribera izquierda. Secos ahora, no presentaban obstáculos. Solamente hubo necesidad de evitar algunos arroyos, aún llenos de agua estancada.

Después de un alto de media hora, al mediodía, el padre Esperante siguió su marcha; y fue tal la diligencia desplegada, que a las cinco los guaharibos se detenían al pie del macizo de la Parima, no lejos del sitio donde se eleva el cerro al que Chaffanjon ha dado el nombre de Fernando de Lesseps.

En aquel sitio se notaron indicios de un campamento recientemente establecido. Cenizas frías, restos de comida, lechos de hierbas, indicaban que allí se había pasado la noche anterior. No había, pues, duda de que los quivas y sus prisioneros habían tomado la dirección del río.

Durante la parada, que duró una hora y permitió que los caballos pastasen, el padre Esperante se paseaba apartado de su gente.

Todo su pensamiento se unía a aquellos dos nombres que Gomo había pronunciado.

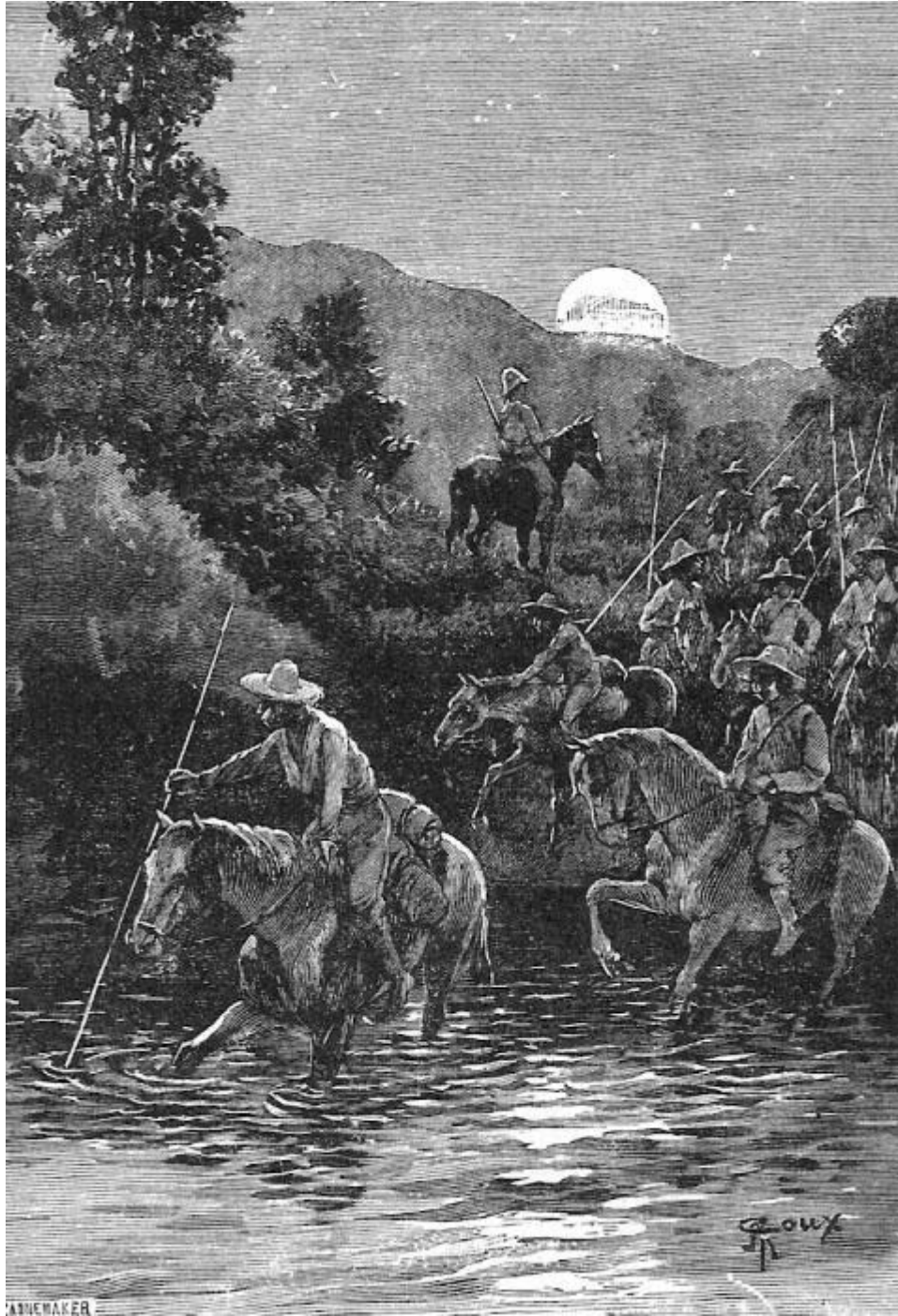
—¡El sargento Marcial...! —repetía—. ¡Aquí...! ¡Dirigiéndose a Santa Juana!

Después pensaba en Juan de Kermor... En aquel hijo que iba en busca de su padre... ¿Quién era aquel joven? ¡El coronel no tenía hijos...! ¡No! Gomo se había engañado... En todo caso, allí había franceses prisioneros, compatriotas a quienes librar de los quivas...

Volvióse a emprender la marcha, y a las seis llegaron a la ribera derecha del Orinoco.

Allí se vertían las primeras aguas de la sierra Parima por la garganta en cuyo fondo un atrevido explorador había enarbolado el pabellón de Francia el 18 de diciembre de 1886.

Aquella parte de la sierra estaba erizada de árboles seculares destinados a morir de viejos, pues el hacha de un leñador no iría jamás a derribarlos en tan lejanas regiones.



El sitio parecía absolutamente desierto. Ni una piragua, ni un bote hubieran podido llegar hasta allí durante la estación cálida. Las dos falcas habían debido detenerse cincuenta kilómetros más abajo.

Si los guaharibos estaban animados por el mismo ardor que su jefe, estos cincuenta kilómetros podían ser recorridos durante la

noche, y los expedicionarios llegarían al amanecer al campamento del pico Maunoir. No había temor de perderse, pues bastaría costear el ribazo derecho del río, cuyo cauce seco no ofrecería ningún obstáculo.

El padre Esperante no tuvo que preguntar a sus indios si querían hacer este esfuerzo. Se levantó, echó a andar, y jinetes y peatones le siguieron. El Orinoco, muy estrecho en su nacimiento, no medía entonces más que algunos metros de anchura, entre ribazos escalpados, mezcla de arcilla y rocas. En esta primera parte de su curso, y en la época de las grandes lluvias, una piragua hubiera tenido que franquear varios raudales, y no lo hubiera conseguido más que a costa de retrasos de consideración.

A eso de las ocho de la noche los guaharibos atravesaron el vado de Crespo, designado con este nombre en el mapa del viajero francés en honor al presidente de la República de Venezuela.

Declinando sobre el fondo purísimo del cielo, el sol había desaparecido tras un horizonte libre de nubes. Las estrellas iban a palidecer ante los rayos de la luna llena.

Favorecidos por aquella claridad, que duró toda la noche, los guaharibos pudieron hacer larga y rápida marcha. No fueron ni aun molestados por los pantanos cubiertos de hierba que la oscuridad no les hubiera permitido atravesar sin el riesgo de hundirse en ellos hasta la mitad del cuerpo. Más abajo del ribazo, el lecho del río presentaba un amontonamiento de rocas que debía hacer la navegación casi imposible, aun en la época de las grandes crecidas de la estación de las lluvias. Tres meses antes la *Gallinetta* y la *Moriche* no hubieran podido subir por los lugares indicados en el mapa con los nombres de ramales de Guereri, Yuvilla y Salvaju. Hubiera sido preciso recurrir al arrastre, y es dudoso que esta parte del Alto Orinoco pueda nunca convertirse en vía de comunicación practicable. A aquella altura, el curso del río se reduce a algunos arroyuelos que circulan entre los arrecifes y apenas mojan la blanca arcilla de los ribazos. Sin embargo, desde el cerro Fernando de

Lesseps la profundidad iba en aumento gradual, merced a los tributarios de la derecha y la izquierda.

Cuando apareció el día, el padre Esperante había llegado al codo del río, a unos doce kilómetros del Torrida.

En menos de tres horas hubiera podido estar junto al patrón Parchal y los tripulantes que quedaron guardando las piraguas.

Hacia el Suroeste, del otro lado del Orinoco, se perfilaba el pico Maunoir, cuya cima alumbraban las primeras luces del alba. En esta ribera se redondeaba un cerro de unos setecientos metros de altura.

Descansó la gente una hora. Los quivas se habían dirigido a lo largo del río a fin de bajar al campamento. ¿Se encontraban aún en éste, o después de haber saqueado las piraguas habían huido al través de la sabana? ¡Quién sabía si Alfaniz no estaría tentado a poner en ejecución el proyecto de volver a los territorios del Oeste de Venezuela, llevando sus prisioneros con él!

Se caminó durante una hora, y el padre Esperante no hubiera hecho alto, sin duda, hasta llegar a la desembocadura del río Torrida a no ser por el siguiente accidente.

Eran las seis. El joven indio precedía a los expedicionarios unos cuantos pasos, por aquella orilla que varias veces había recorrido con su padre. Procuraba advertir las huellas del paso de los quivas, cuando de pronto se detuvo, se inclinó sobre el suelo... y se le oyó lanzar un grito. En aquel sitio, al pie de un árbol, yacía un hombre sumido en la inmovilidad del sueño o de la muerte.

Al oír el grito de Gomo, el padre Esperante dirigió su caballo hacia aquella parte, y en un galope se reunió con el joven.

—¡Es él...! ¡Él...! —gritaba éste.

—¡Él! —respondió el misionero.

Y saltando a tierra se acercó al hombre.

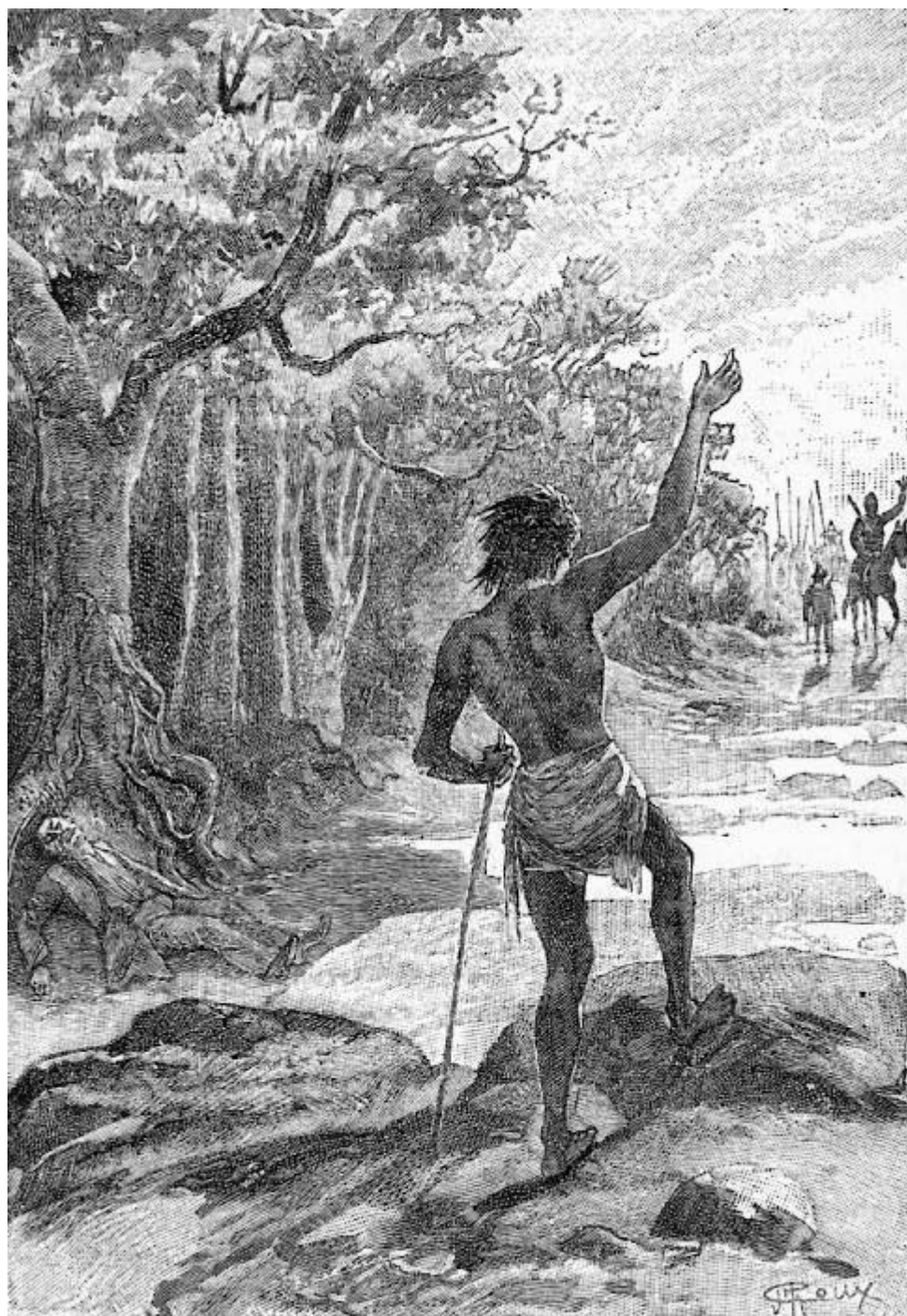
—¡El sargento...! ¡El sargento Marcial! —exclamó.

El sargento estaba tendido en aquel sitio, manchado con su sangre.

Tenía el pecho agujereado de un balazo. Tal vez estaba muerto...

—¡Marcial...! ¡Marcial...! —repetía el padre Esperante, de cuyos ojos se escapaban gruesas lágrimas.

Y levantaba al desdichado... Acercaba su cabeza a la suya... Buscaba aliento en aquellos labios... A poco se le oyó repetir:



—¡Vive...! ¡Vive!

En efecto; el sargento Marcial acababa de exhalar un débil suspiro. Levantó el brazo, que volvió a caer faltar de fuerzas... Después sus ojos se entreabrieron por un instante, y su mirada se fijó en el misionero.

—¡Usted...! ¡Mi coronel...! Allí abajo... ¡Alfaniz...!

Y perdió el conocimiento después de pronunciar esta frase entrecortada por movimientos convulsivos.

Irguióse el padre Esperante, lleno de inexplicable turbación, efecto de tantas ideas confusas e inconciliables. El sargento Marcial allí... Aquel joven que le acompañaba para buscar a su padre y que no estaba con él... Ambos en aquellas lejanas comarcas de Venezuela... ¿Quién le daría la explicación de cosas tan inexplicables si el desgraciado moría sin haber podido hablar? ¡No...! ¡No moriría...! El misionero le salvaría una vez más, como lo había salvado en el campo de batalla... Él se lo disputaría a la muerte.

A su orden aproximaron una de las carretas, y el sargento Marcial fue depositado en ella sobre un lecho de hierbas. Ni sus ojos ni sus labios se abrieron. Pero aunque muy débilmente, el aliento pasaba entre sus labios descoloridos.

Continuóse la marcha. El padre Esperante iba junto a la carreta donde reposaba su antiguo compañero de armas, que le había reconocido tras ausencia tan larga... Su sargento, a quien había dejado catorce años antes en Bretaña, de donde el coronel De Kermor había partido sin intención de regresar... Y le encontraba allí..., en aquella región perdida, herido de un balazo, y tal vez por mano de Alfaniz.

«De modo —pensaba— que Gomo no se engañaba cuando hablaba del sargento Marcial... Pero ¿qué ha querido decir...? Ese hijo... Ese hijo en busca de su padre... ¿Mi hijo...? ¿Mi hijo...?».

Y dirigiéndose al joven indio que caminaba a su lado, le preguntó:

—Me has dicho que ese soldado no ha venido solo, ¿verdad?
¿Con él venía un joven?

—Sí..., mi amigo Juan.

—¿Y ambos se dirigían a la misión?

—Sí..., en busca del coronel De Kermor...

—¿Y ese joven es el hijo del coronel?

—Sí... Su hijo...

Ante tan categóricas respuestas, el padre Esperante sentía latir su corazón como si fuera a estallar. En fin, no le quedaba más recurso que esperar. ¿Se aclararía el misterio antes de que el día terminara?

La expedición no tendía más que a un doble objeto: atacar a los quivas si se les encontraba en el campamento del pico Maunoir —y las palabras pronunciadas por el sargento Marcial daban la seguridad de que Alfaniz se encontraba allí— y arrancarle sus prisioneros.

Los guaharibos tomaron el paso de carrera, y las carretas quedaron atrás protegidas por suficiente escolta.

¿No estaban todas las probabilidades de éxito de parte del anciano coronel, convertido en el misionero de Santa Juana, jefe de aquellos animosos indios que iba a lanzar contra una cuadrilla de miserables? Un poco antes de las ocho el padre Esperante se detuvo, y los guaharibos suspendieron su marcha, después de haber llegado a un claro tras el codo del río. Enfrente se erguía el pico Maunoir. En el ribazo no se veía a nadie. Entre las orillas del Orinoco, ni una sola embarcación.

En la vuelta que formaba el codo elevábase una humareda que indicaba la presencia de un campamento en aquel sitio, y por consecuencia en la ribera derecha del río Torrida.

Este campamento no podía ser otro que el de los quivas, pero convenía asegurarse de ello.

Algunos guaharibos treparon por entre los zarzales, y tres minutos después volvían afirmando que el campamento estaba ocupado por la cuadrilla de Alfaniz.

La gente del padre Esperante se reunió en el fondo del claro. Las carretas se unieron a ella, y la que conducía al sargento Marcial fue colocada en el centro.

Después de haber visto que el estado del herido no había empeorado, el coronel De Kermor tomó sus disposiciones para envolver a Alfaniz y a los compañeros de éste. Dirigiendo sus jinetes a fin de atravesar oblicuamente el claro, conseguiría sitiar a los quivas y después destruirles por completo.

Algunos instantes después oyéronse gritos terribles, a los que se mezclaron detonaciones de arma de fuego.

Los guaharibos acababan de precipitarse sobre Alfaniz antes de que éste pudiera apercibirse a la defensa. Aunque por una y otra parte eran iguales en número, los guaharibos estaban mejor armados y mejor dirigidos que los quivas. Las armas de que el español disponía eran las robadas a las piraguas; algunos revólveres dejados en aquéllas por Jacques Helloch, y las robadas a los prisioneros. La lucha no podía ser larga, y no lo fue. Desde el momento en que la cuadrilla había sido sorprendida, estaba vencida. Así, la mayor parte de los quivas abandonaron el sitio tras débil resistencia. Unos se lanzaron al bosque, otros huyeron al través del río casi seco, a fin de ganar la sabana opuesta. La mayor parte cayó herida por las balas.

Al mismo tiempo, Jacques Helloch, Germán Paterne, Valdez, Parchal y la tripulación de las falcas se habían lanzado sobre los quivas que les guardaban.

Gomo fue el primero que corrió a ellos gritando:

—¡Santa Juana...! ¡Santa Juana...!

Así, pues, toda la acción quedó bien pronto concentrada en medio del campamento. Allí Alfaniz, los presidiarios de Cayena y algunos quivas se defendían a pistoletazos. Varios guaharibos fueron heridos, aunque afortunadamente no de gravedad.

Entonces se vio al padre Esperante lanzarse en medio del grupo que rodeaba al español.

Juana de Kermor se sentía irresistiblemente atraída hacia el misionero. Quería reunirse a él..., pero Jacques Helloch la detuvo.

Alfaniz, abandonado por los quivas, de los que no se oían más que los lejanos gritos, resistía aún. Dos de sus compañeros de presidio acababan de caer muertos a su lado.

El padre Esperante se encontró frente a frente del español, y con un gesto detuvo a los guaharibos que le rodeaban.

Alfaniz retrocedió hacia el ribazo del río, llevando en la mano un revólver cargado con varias balas.

Hubo un instante de calma... La poderosa voz del padre Esperante resonó, diciendo:

—¡Alfaniz! ¡Soy yo!

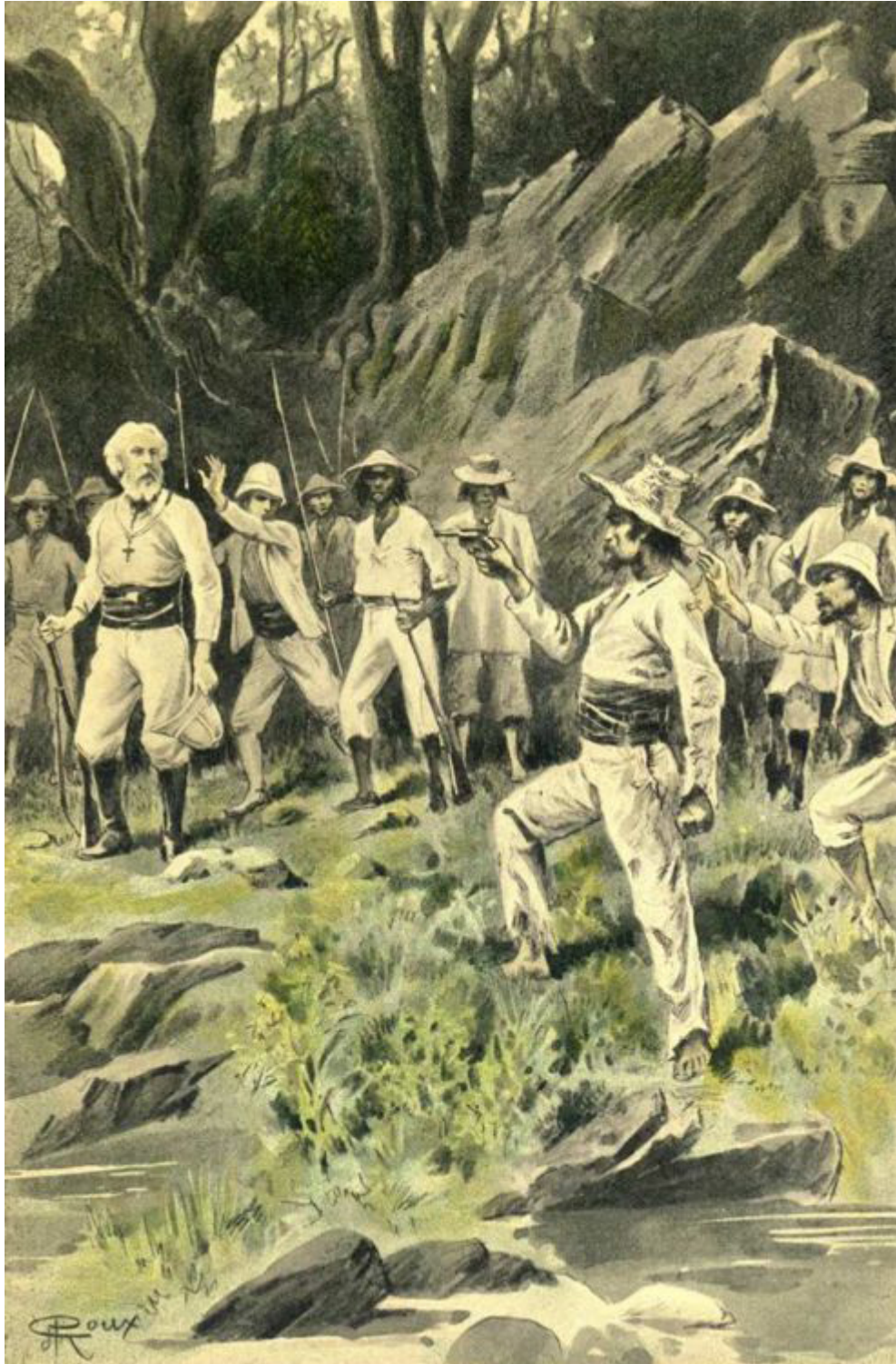
—¡El misionero de Santa Juana! —exclamó el español.

Y empuñando su revólver iba a disparar, cuando Jacques Helloch le cogió la mano y la bala se perdió a lo lejos.

—¡Sí, Alfaniz! ¡El padre de la misión de Santa Juana... y también el coronel De Kermor!

Alfaniz, viendo a algunos pasos a Juan, al que creía hijo del coronel, le apuntó con su arma.

Antes de que hubiera disparado sonó un tiro, y el miserable cayó herido por la certera bala del padre Esperante.



En este momento la carreta que transportaba al sargento Marcial llegó al lugar de la lucha.

Juana se había arrojado en brazos del coronel De Kermor, llamándole su padre.

Éste, que no podía reconocer en aquel joven a su hija, a la que creía muerta, a la que nunca había visto, repetía:

—Yo no tengo hijos...

El sargento Marcial acababa de enderezarse, y con los brazos tendidos hacia Juana, dijo:

—¡No, mi coronel..., pero tiene usted una hija..., y ahí está!

CAPÍTULO XIII

DOS MESES EN LA MISIÓN



Desde la desaparición del coronel De Kermor, desde su partida para el Nuevo Mundo, habían transcurrido catorce años, cuya historia vamos a extractar:

En 1872 supo, con el naufragio del *Norton*, la noticia de que su mujer y su hija habían perecido en este siniestro marítimo. Las condiciones en que la catástrofe se había verificado no le permitían creer que de dos seres tan queridos, el uno, su hija Juana, de corta edad entonces, se hubiera salvado. Ni aun la conocía, puesto que él se había visto obligado a salir de la Martinica algunos meses antes de que la niña naciera. Durante un año más, el coronel De Kermor siguió al frente de su regimiento. Después presentó su dimisión, y como ningún lazo de familia le unía al mundo, resolvió consagrar el resto de su vida a la generosa obra de las misiones extranjeras.

Había siempre en él, con el alma de un soldado, el alma de un apóstol. El oficial estaba en condiciones de fundirse en el sacerdote, en el sacerdote militante que se consagra a la conversión, en otros términos, a la civilización de las tribus salvajes.

El coronel De Kermor, sin haber puesto a nadie, ni aun al sargento Marcial, al tanto de sus proyectos, abandonó secretamente Francia en 1875, y fue a Venezuela, donde tantas tribus indias estaban sumidas en la ignorancia, y en la degradación física y moral.

Cuando terminó sus estudios eclesiásticos en este país, se ordenó e ingresó en la Compañía de las misiones extranjeras con el nombre de padre Esperante, que debía asegurar el incógnito de su nueva existencia.

La dimisión de oficial databa de 1873, y su ordenación de 1878, época en que contaba cuarenta y nueve años de edad.

En Caracas tomó el padre Esperante la resolución de ir a vivir en los territorios casi desconocidos de Venezuela meridional, donde los misioneros se mostraban raramente. Numerosos pueblos indígenas no habían recibido jamás las enseñanzas civilizadas del cristianismo, o por lo menos habían quedado en estado salvaje. Buscarlos hasta las regiones limítrofes del imperio del Brasil, tal fue la obra a que el misionero francés se sentía llamado, y, no sospechando nadie su vida anterior, partió al comenzar el año 1879.

Después de haber remontado el curso medio del Orinoco, el padre Esperante, que hablaba el español como su lengua nativa, llegó a San Fernando, donde permaneció algunos meses. Desde este pueblo dirigió una carta a uno de sus amigos, notario de Nantes. Rogaba al destinatario que guardase secreto sobre esta carta, la última que debía firmar con su verdadero nombre, y que era necesaria para el arreglo de un negocio particular.

Conviene recordar que dicha carta, encontrada entre los papeles del notario, no fue comunicada al sargento Marcial hasta 1891, cuando Juana de Kermor se había reunido a él desde hacía seis años.

En San Fernando, gracias a sus recursos personales, el padre Esperante pudo procurarse el material necesario para la creación de un establecimiento más allá de las fuentes del río. En aquel sitio también se unió a él el hermano Angelos, ya familiarizado con las costumbres indias y que debía aportar a la obra del padre Esperante su concurso no menos útil que lleno de abnegación.

El hermano Angelos llamó la atención del padre Esperante sobre los guaharibos, de los que el mayor número vagan por las orillas del Alto Orinoco y en la vecindad de la sierra Parima. Evangelizando a

estos indios se haría un acto de caridad, pues estaban en mísero estado, y acto de civilización, pues se contaban entre los más feroces de los indígenas de Venezuela. Como no se ignora, estos guaharibos tenían reputación de bandidos, asesinos y hasta antropófagos, reputación que no merecían. Pero no era esto motivo para detener a hombre tan determinado como el excoronel De Kermor, y resolvió crear un centro de misión en el Norte del Roraima, agrupando en torno suyo a los indígenas de la región.

El padre Esperante y el hermano Angelos abandonaron San Fernando en dos piraguas que contenían en abundancia los objetos indispensables para los principios de su establecimiento. El resto del material debía ser enviado conforme las necesidades de la pequeña colonia lo exigieran. Las falcas remontaron el río, haciendo escala en los principales pueblos y ranchos ribereños, y llegaron al río Torrida, en el territorio de los guaharibos.

Después de más de una tentativa infructuosa y de muchos peligros, los indios se sintieron atraídos por las promesas del padre Esperante, por su bondad, por su generosidad. En el mapa tomó lugar un pueblo al que el misionero le dio el nombre de su hija: Santa Juana.

Transcurrieron catorce años. La misión prosperó, como ya se ha dicho. Parecía, pues, que nada ligaría al padre Esperante a su pasado doloroso, cuando se efectuaron los sucesos que sirven de base a esta historia.

Después de las palabras del sargento Marcial, el coronel había estrechado a su hija en sus brazos y regó su frente con sus lágrimas. En algunas palabras la joven le refirió su vida: su salvamento a bordo del *Vigo*, su existencia con la familia Heredia en La Habana, su regreso a Francia, los años que había vivido en la casa de Chantenay, la resolución que tomó cuando el sargento Marcial y ella tuvieron conocimiento de la carta escrita en San Fernando, la partida para Venezuela bajo el nombre y traje de Juan, el viaje por el Orinoco, el ataque del criminal Alfaniz en el vado de Frascaés, y, en fin, aquella milagrosa salvación.

Ambos volvieron entonces a la carreta junto al viejo soldado. El sargento Marcial se sentía reanimado. Estaba ebrio de gozo. Lloraba, y de sus labios se escapaban estas palabras:

—Mi coronel..., mi coronel... Ahora que nuestra Juana ha encontrado a su padre... yo puedo morir.

—Te lo prohíbo, mi antiguo compañero.

—¡Ah...! ¡Si usted me lo prohíbe!

—Nosotros te cuidaremos.

—Si ustedes... me cuidan... no moriré... Seguramente que no.

—Pero es preciso tener calma.

—La tengo, mi coronel... Vea usted... Ya viene a mí el sueño...
Un buen sueño esta vez.



—Duerme, mi viejo amigo, duerme. Vamos a regresar a Santa Juana. El camino no te producirá fatiga alguna, y dentro de algunos días estarás en pie...

El coronel De Kermor se había inclinado sobre el lecho y había posado sus labios sobre la frente del sargento Marcial, y «su viejo

amigo» se durmió sonriendo.

—Padre mío —exclamó Juana—, le salvaremos...

—¡Sí, mi querida Juana, con la ayuda de Dios! —respondió el misionero.

Germán y él habían examinado la herida del sargento y vio les pareció grave.

Súpose entonces que el criminal era Alfaniz, que había herido al soldado en el momento en que éste, en un acceso de furor, se arrojó sobre él.

El padre Esperante dijo:

—Hoy deseo que mis bravos indios descansen, y también sus compañeros de usted, señor Helloch, pues tienen necesidad de ello. Mañana por la mañana volveremos a emprender la marcha hacia la misión, y Gomo nos guiará hasta Santa Juana por el camino más corto.

—A ese valiente niño debemos nuestra salvación —dijo Juana.

—Lo sé —respondió el padre Esperante.

Y llamando a Gomo, le dijo:

—Ven acá, Gomo. Yo te abrazo en nombre de todos los que has salvado.

Y después de salir de los brazos del misionero, Gomo pasó a los de Juana, a la que en su turbación continuaba llamando «¡mi amigo Juan!».

Como la joven había abandonado los vestidos masculinos que desde el comienzo del viaje usaba, su padre se preguntaba si sus compañeros sabían que «Juan» era la señorita Juana de Kermor.

No iban a tardar en saberlo.

Cuando hubo estrechado las manos de Jacques Helloch, de Germán Paterne, de Parchal y de Valdez, aquellos dos honrados patronos, cuya lealtad no se había debilitado en el curso de la larga y penosa expedición, Juana tomó la palabra:

—Padre mío, es preciso que sepa usted todo lo que debo a mis dos compatriotas, a los que nunca podré pagar...

—Señorita... —interrumpió Jacques Helloch con temblorosa voz—. Yo suplico a usted... Yo no he hecho nada.

—Déjeme usted hablar, señor Helloch.

—Entonces hable usted de Jacques, pero no de mí —dijo Germán Paterne riendo—, pues yo no merezco elogio.

—A los dos les debo reconocimiento, mis queridos compañeros —replicó Juana—. Sí..., a los dos, padre mío. Sí, el señor Helloch me ha salvado la vida...

—¿Usted ha salvado la vida de mi hija? —exclamó el coronel.

Y fue preciso que Jacques se resignase a oír el relato que hizo Juana del naufragio de las dos piraguas ante San Fernando, y cómo, gracias a él, había escapado de la muerte.

La joven añadió:

—Decía, padre, que si el señor Helloch me ha salvado la vida, ha hecho aún más acompañándonos a Marcial y a mí y asociándose a nuestras pesquisas con el señor Germán Paterne.

—¡Vaya! —exclamó este último protestando—. Crea usted, señorita, que teníamos intención de llegar hasta las fuentes del Orinoco... Ésta era la misión que el Ministerio de Instrucción Pública...

—No, Germán, no —respondió Juana sonriendo—. Ustedes debían detenerse en San Fernando, y han venido ustedes hasta Santa Juana.

—¡Es que tal era nuestro deber! —declaró sencillamente Jacques Helloch.

Claro es que al coronel De Kermor se le darían después más detalles y que conocería los diversos incidentes de aquel aventurado viaje. Pero, entretanto, a pesar de la reserva deseada por Jacques Helloch, y viendo a Juana tan agradecida, el padre tal vez comprendía ya qué sentimientos llenaban el corazón de su hija.

Mientras Juana de Kermor, Jacques Helloch, Germán Paterne y el coronel hablaban de estas cosas, Parchal y Valdez preparaban el campamento para pasar en él el resto del día y de la noche. Sus

hombres habían transportado al bosque los cuerpos de los que habían sucumbido.

Respecto a los guaharibos heridos en la lucha, Germán Paterne se ocupó de curarles.

Después, y una vez retiradas las provisiones de las carretas para que cada cual tomase su parte, y mientras se encendían hogueras de leña en diferentes sitios, Jacques Helloch y Germán Paterne, seguidos del coronel De Kermor y de su hija, se dirigieron hacia las piraguas, en seco sobre la arena. No habían sido destruidas por los quivas, pues Alfaniz contaba con servirse de ellas para volver a los territorios del Oeste subiendo por el Ventuari.

Si se verificaba una crecida en el río, las falcas estarían en disposición de bajar por él.

—¡Demos gracias a esos canallas que han respetado mis colecciones! —exclamó Germán Paterne—. Volveré a Europa con ellas. ¡Después de haber hecho tantas fotos durante el viaje, estuve a punto de regresar sin un solo clisé! Jamás me hubiera atrevido a presentarme ante el Ministerio de Instrucción Pública.

Se concibe la alegría del naturalista, y la satisfacción de los demás pasajeros de la *Gallinetta* y de la *Moriche*, al encontrar a bordo el material de su viaje, sin hablar de las armas que recogieron.

Al presente, las piraguas podían permanecer sin temor junto a la desembocadura del río Torrida, bajo la guarda de los tripulantes. Llegada de fuera la hora de volver a embarcar, al menos en la *Moriche*, Jacques Helloch y Germán Paterne no tendrían otra cosa que hacer sino subir a bordo.

Pero aún no se trataba de esto. El padre Esperante iba a llevar a Santa Juana a su hija, al sargento Marcial, a Gomo y a la mayor parte de los indios. ¿Y cómo no habían de aceptar los dos franceses el ofrecimiento de pasar algunos días y hasta algunas semanas en la misión en casa de un compatriota?

Aceptaron.

—Es preciso —dijo Germán Paterne a Jacques Helloch—. ¿Cómo volver a Europa sin haber visto Santa Juana? Jamás me atrevería a presentarme ante el Ministerio de Instrucción Pública..., ni tú, Jacques.

—Ni yo, Germán.

Durante aquel día todos comieron de las reservas de las piraguas y las provisiones traídas del pueblo. El sargento Marcial comió solo; pero ¡era tan dichoso por haber encontrado a su coronel hasta bajo el hábito del padre Esperante...! El buen aire de Santa Juana le restablecería en algunos días. No había duda de ello.

Jacques Helloch y Juana hablan tenido que hacer al coronel De Kermor una detallada relación de su viaje. Él les escuchaba, observaba, adivinaba sin esfuerzo los sentimientos de que el corazón de Jacques Helloch estaba lleno, y quedaba pensativo.

En efecto, ¿qué nuevos deberes iba a crearle la nueva situación?

La joven vistió el traje propio de su sexo desde aquel día, pues llevaba algunos cuidadosamente guardados en una maleta en la *Gallinetta*.



Germán Paterne dijo a su amigo:
—Encantadora de hombre... Encantadora de mujer... Verdad
que yo no entiendo de estas cosas.

Al siguiente día, después de despedirse de Parchal y de Valdez, que prefirieron quedar guardando las piraguas, el padre Esperante, sus huéspedes y los guaharibos dejaron el campamento del pico Maunoir. Con los caballos y las carretas la marcha se efectuaría sin fatiga a través de los bosques y la sabana.

No se continuó por el camino anteriormente seguido hasta las fuentes del río, como Jacques Helloch lo había hecho guiado por el joven indio. La marcha fue tan rápida, que al mediodía llegaron al vado de Frascaés.

Ninguna huella de los quivas, dispersos ahora, se había encontrado, y ya no eran de temer.

En el sitio indicado se hizo una parada de corta duración; y como el movimiento de la carreta no había fatigado al sargento Marcial, se continuó la marcha hacia Santa Juana.

La distancia entre el vado y el pueblo pudo ser recorrida en algunas horas, y por la tarde llegaron a la misión.

Por la manera como el padre Esperante fue recibido, Jacques Helloch y sus compañeros comprendieron lo mucho que le amaban sus fieles indios.

En la casa del padre Esperante se reservaron dos cuartos para Juana de Kermor y el sargento Marcial, y en una casa vecina otros dos para Jacques Helloch y Germán Paterne, de los que el hermano Angelos les hizo los honores.

Al día siguiente, la campana de la iglesia llamó a los fieles para que acudieran a una misa en acción de gracias. Ofició el padre Esperante. ¡Qué emoción la de Juana al ver por primera vez a su padre ante el altar! ¡Y cuál no hubiera sido la del sargento Marcial de haber podido estar presente!

Inútil fuera dar detalles respecto a los días que los expedicionarios pasaron en Santa Juana, Sépase, ante todo, que el herido mejoraba notablemente. Al terminar la semana le fue concedido permiso para sentarse en un cómodo sillón de piel de ciervo a la sombra de las palmeras.

El coronel De Kermor y su hija habían mantenido largas conversaciones sobre el pasado. Juana supo entonces que el coronel, esposo privado de su mujer, padre privado de sus hijos, había querido dedicar toda su vida a aquella obra apostólica. ¿Podría abandonarla ahora, dejándola sin terminar? No, seguramente. Juana quedaría a su lado y le consagraría toda su vida.

A estas conversaciones sucedían las del padre Esperante con el sargento Marcial. El misionero agradecía al viejo soldado lo que por su hija había hecho. Le agradecía que hubiera consentido en aquel viaje. Después le hacía preguntas respecto a Jacques Helloch. Le preguntaba si no había observado a ambos: a Juana y a él...

—¿Qué quiere usted, mi coronel! —respondía el sargento Marcial—. Yo había tomado toda clase de precauciones. Juan era un mozo de Bretaña, un sobrino al que su tío hacía viajar por estos países salvajes. Pero Jacques Helloch y nuestra querida niña se han encontrado en el camino... Yo he hecho todo lo posible para impedir..., y no lo he conseguido... ¡El diablo se ha mezclado en el asunto!

—No; Dios, mi bravo compañero —respondió el padre Esperante.

Adelantaba el tiempo y las cosas no avanzaban. ¿Por qué Jacques Helloch dudaba de hablar? ¿Se engañaba, pues, sobre sus propios sentimientos y los que había inspirado a Juana de Kermor? No. Pero una discreción que le honraba le hacía guardar silencio. Le hubiera parecido que ponía precio a los servicios prestados.

Pero Germán Paterne decidió echar por la calle de en medio, y un día dijo a su amigo:

—¿Cuándo partimos?

—Cuando quieras, Germán.

—Comprendido. Pero, cuando yo no quiera, tú no querrás.

—¿Por qué?

—Porque la señorita De Kermor estará entonces casada.

—¿Casada?

—Sí; puesto que voy a pedir su mano.

—¿Tú vas...? —exclamó Jacques.

—No para mí, sino para ti.

Y lo hizo como lo dijo, sin que le detuvieran las objeciones, que juzgaba inaceptables.

Jacques Helloch y Juana de Kermor comparecieron ante el misionero en presencia de Germán Paterne y del sargento Marcial. A la pregunta que su padre le hizo, respondió así la joven.



—Jacques —dijo con voz muy conmovida—, estoy dispuesta a ser su esposa, y toda mi vida no será bastante para probarle mi reconocimiento.

—Juana, mi quería Juana —respondió Jacques Helloch—, la amo. Sí... ¡la amo!

—No digas más, querido —exclamó Germán Paterne—. No encontrarías frases mejores.

El coronel De Kermor estrechó en sus brazos a sus dos hijos.

Se acordó que el matrimonio se efectuase en Santa Juana pasados quince días. Después de casarlos, como gobernador civil de la misión, el padre Esperante dada a los esposos la bendición nupcial, que sería también bendición paterna. Jacques Helloch, por carecer de familia, no tenía que obtener consentimiento de nadie. Su fortuna y la de Juana, confiada al sargento Marcial, bastarían para asegurarles cómoda existencia. Algunas semanas después del matrimonio partirían e irían a La Habana para visitar a la familia Heredia. Luego regresarían a Europa, a Francia, a Bretaña, para terminar sus negocios, y al fin volverían a Santa Juana, donde encontrarían al coronel De Kermor y a su viejo soldado.

El 25 de noviembre, y ante la población en fiesta, en presencia de Germán Paterne y del sargento Marcial, testigos de los jóvenes esposos, el padre celebró el matrimonio civil y religioso de su hija Juana de Kermor con Jacques Helloch.

Conmovedora ceremonia que no se extrañará produjera emoción profunda, que se manifestó por alegría sin igual entre los bravos guaharibos.

Transcurrió cerca de un mes, y entonces Germán Paterne pensó que ya era tiempo de volver para dar cuenta del resultado de la misión científica que se encargó a él y a su compañero por el ministro de Instrucción Pública. Como se ve, siempre hacía intervenir al ministro.

—¿Ya? —respondió Jacques Helloch.

No había contado los días. Era demasiado dichoso para entregarse a tales cálculos.

—Sí, ya —respondió Germán Paterne—. Su Excelencia debe creer que hemos sido devorados por los jaguares venezolanos, o que hemos terminado nuestra carrera científica en el estómago de los caribes.

De acuerdo con el padre Esperante, la partida de la misión fue fijada para el día 22 de diciembre.

El coronel De Kermor veía con profunda pena llegar la hora de separarse de su hija, por más que la ausencia no había de durar más que algunos meses.

Cierto que el viaje se haría en condiciones favorables, y que la señora de Helloch no correría los peligros que Juana de Kermor había corrido. La bajada por el río se efectuaría rápidamente hasta Ciudad-Bolívar. Sin duda no verían a Miguel, Felipe y Varinas, pues debían de haber abandonado San Fernando.

En cinco semanas las piraguas llegarían a Caicara, donde los viajeros se embarcarían en el paquebote del Bajo Orinoco. Respecto al regreso a Santa Juana, se realizaría con todas las probabilidades posibles de rapidez y seguridad.

—Y, además, mi coronel —dijo el sargento Marcial—, vuestra hija tiene un buen marido que la defiende, y esto vale más que un viejo soldado, que no ha sido capaz de salvarla ni de las olas del Orinoco ni del amor de ese valiente Jacques Helloch.

CAPÍTULO XIV

¡HASTA LA VISTA!



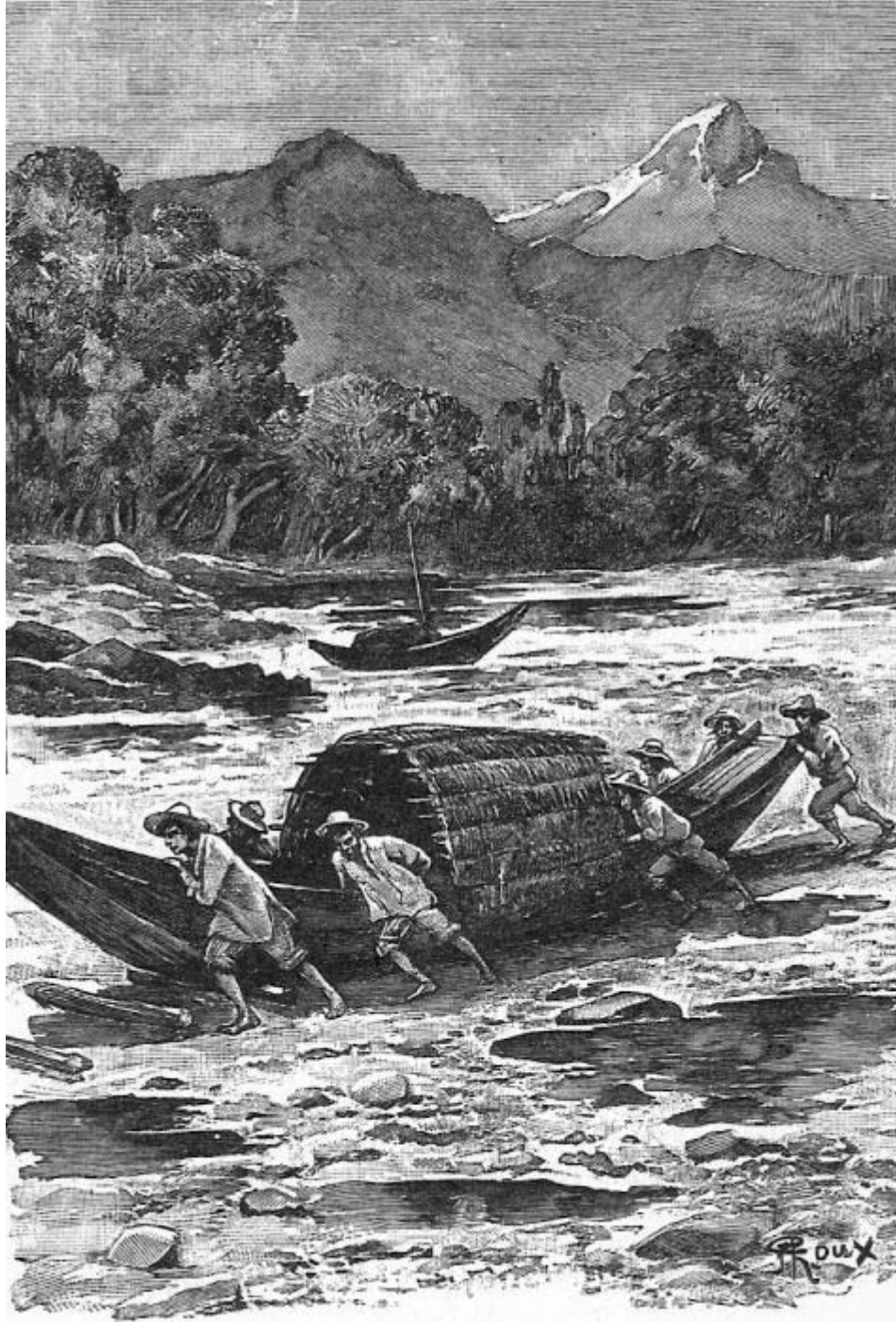
El 25 de diciembre, por la mañana, las piraguas estaban dispuestas a descender el curso del río.

En aquella época del año, las crecidas no habían aún elevado el nivel del Orinoco. Había sido, pues, preciso arrastrar a la *Gallinetta* y a la *Moriche* a cinco kilómetros más abajo, a la desembocadura de un río de poca importancia de la ribera derecha, donde la profundidad del agua era suficiente. A partir de este sitio, las piraguas no corrían más riesgo que el de encallar durante algunas horas, y no el de permanecer en seco hasta el comienzo de la estación lluviosa.

El padre Esperante quiso acompañar a sus hijos al nuevo campamento. El sargento Marcial, completamente restableció, se unió a él, lo mismo que Gomo, convertido en hijo adoptivo de la misión de Santa Juana.

Unos cincuenta guaharibos formaron la escolta, y todos llegaron felizmente a la desembocadura del río.

Llegada la hora de la partida, Valdez ocupó su sitio en la *Gallinetta*, donde Jacques y su mujer debían embarcar. Parchal el suyo en la *Moriche*, cuyo *rouf* cobijaría, a la vez, las preciosas colecciones de Germán Paterne y la no menos preciosa persona del coleccionista.



Como las dos falcas navegarían unidas, Germán Paterne no se vería reducido a la más espantosa soledad. Siempre que lo deseara tendría la compañía de los dos esposos. Además, los tres comerían juntos a bordo de la *Gallinetta*, salvo el caso en que Jacques y

Juana Helloch aceptaran la invitación que Germán les hiciera para comer a bordo de la *Moriche*.

El tiempo era favorable, es decir que el viento venía del Este. Los rayos solares, tamizados por ligero velo de nubes, hacían muy soportable la temperatura.

El coronel De Kermor y el sargento Marcial bajaron al final de la orilla para abrazar a sus queridos hijos. Ni unos ni otros procuraban hacerse fuertes contra la emoción propia del caso.

Juana, por enérgica que fuera, lloraba silenciosamente entre los brazos de su padre.

—¡Yo te traeré a su lado, mi querida Juana! —dijo Jacques Helloch—. Dentro de algunos meses estaremos los dos de vuelta en Santa Juana.

—¡Los tres! —añadió Germán Paterne—. Pues me he olvidado de recoger algunas plantas raras que sólo existen en los territorios de la misión..., y yo convenceré al ministro de Instrucción Pública...

—¡Adiós, mi buen Marcial, adiós...! —dijo la joven abrazando al sargento.

—¡Adiós... Juana! ¡Y piensa en el bueno de tu tío, que no te olvidará jamás...!

Llególe a Gomo el turno, y recibió su buena ración de abrazos.

—¡Adiós, padre mío! —dijo Jacques Helloch, estrechando la mano del misionero—. Y ¡hasta la vista...! ¡Hasta la vista...!

Jacques Helloch, su mujer y Germán Paterne embarcaron en la *Gallinetta*.

Las velas fueron izadas, largáronse las amarras, y las dos piraguas siguieron la corriente en el momento en que el padre Esperante tendió los brazos para dar su última bendición a los viajeros.

Luego el sargento, Gomo y él, escoltados por los guaharibos, volvieron a tomar el camino que conducía a la misión.

No hay para que referir, jornada por jornada, la navegación de las falcas bajando por el Orinoco. El viaje, gracias a la corriente, exigiría tres o cuatro veces menos tiempo, y diez veces menos

esfuerzos, y presentaría diez veces menos peligros que si se tratase de subir hacia las fuentes el río. El empleo de la espía no fue necesario para halar las piraguas, y las palancas bastaron cuando el viento amainaba o era contrario.

Los viajeros volvieron a ver los lugares por los que ya habían pasado; los mismos pueblos, los mismos ranchos, los mismos raudales. Como la crecida comenzaba, las falcas encontraron agua suficiente para evitar un descargamiento, y el viaje se realizaba sin penas ni fatigas.

¡Qué contraste cuando la joven y su marido recordaban los tormentos, las inquietudes, los peligros de aquella navegación algunas semanas antes!

Al ver el sitio del jefe bare, Juana recordó que allí hubiera sucumbido a la fiebre si Jacques Helloch no hubiese descubierto el precioso coloradito que impidió la vuelta de un mortal acceso.

Después, no lejos del cerro Guaraco, reconocieron el sitio en que la manada de bueyes había sido atacada por los terribles gimnotos eléctricos.

En Danaco, Jacques Helloch presentó a su mujer a Manuel Asunción, en cuya casa, en compañía de Germán Paterne, aceptara hospitalidad por un día. ¡Calcúlese la sorpresa de la gente del rancho cuando reconocieron en aquella hermosa joven al sobrino Juan, que con su tío Marcial había ocupado una de las casas del poblado mariquitare!

En fin, el 4 de enero, la *Gallinetta* y la *Moriche* abandonaron el curso del Orinoco por el del Atabapo, y fueron a amarrar en el puerto del pueblo.

Hacía tres meses que Jacques Helloch y sus compañeros habían dejado en San Fernando a Miguel, Felipe y Varinas. ¿Se encontraban aún allí los tres colegas? Se confesará que era improbable. Después de tratar a fondo la cuestión del Orinoco, del Guaviare y del Atabapo, debían haberse puesto en camino para Ciudad-Bolívar.

Germán Paterne tenía curiosidad por saber cuál de los tres ríos le había llevado. Y como las falcas exigirían una escala de algunos días, a fin de tomar provisiones antes de descender hacia Caicara, tendría tiempo de satisfacer sus deseos.

Jacques Helloch, su mujer y Germán Paterne desembarcaron, pues, y se alojaron en la casa que el sargento Marcial había ya habitado.

El mismo día visitaron al gobernador, que supo con satisfacción extrema los sucesos de que la misión de Santa Juana había sido teatro; por una parte, la destrucción casi completa de la cuadrilla de Alfaniz, y, por otra, el feliz resultado del viaje.

Respecto a Miguel, Felipe y Varinas... ¡no hay que asombrarse! No habían abandonado el pueblo, mucho más empeñados en la cuestión hidrográfica de los tres ríos que antes de su partida de Ciudad-Bolívar.

En efecto: aquella misma tarde los pasajeros de la *Gallinetta* y de la *Moriche* pudieron estrechar las manos de los tres pasajeros de la *Maripare*.

Miguel y sus colegas hicieron buena acogida a sus compañeros de viaje. ¡Calcúlese también su sorpresa cuando vieron a Juan, a su querido Juan, vestido de mujer y del brazo de Jacques Helloch!

—¿Nos dirán ustedes por qué ha cambiado de traje? —preguntó Varinas.

—Porque se ha casado conmigo —respondió Jacques.

—¡Usted se ha casado con Juan de Kermor! —exclamó Felipe, abriendo los ojos desmesuradamente.

—¡No...! Con la señorita Juana de Kermor.

—¿Cómo? ¿La señorita Juana de Kermor? —dijo Miguel.

—¡Es la hermana de Juan! —respondió riendo Germán Paterne —. ¡Mire usted cómo se parecen!

Todo se explicó. Diose a los nuevos esposos la más cordial enhorabuena, y se felicitó a la señora de Helloch por haber encontrado a su padre.

—¿Y el Orinoco? —preguntó Germán Paterne—. ¿Está siempre en su sitio?

—Siempre —declaró Miguel.

—Y bien: ¿son sus aguas las que han llevado a nuestras piraguas hasta el nacimiento de la sierra Parima?

A esta concreta pregunta, los rostros de Varinas y Felipe se ensombrecieron. Sus ojos lanzaron resplandores, anuncios de tormenta, mientras Miguel meneaba la cabeza.

Y la discusión se entabló, con un vigor que el tiempo no había conseguido debilitar, entre el partidario del Atabapo y el del Guaviare. No. No estaban de acuerdo, no lo estarían jamás, y antes que ceder el uno al otro hubieran dado la razón a Miguel, declarándose a favor del Orinoco.

—Responda usted a esto, caballero —exclamó Varinas—, y niegue usted, si a ello se atreve, que el Guaviare no ha sido designado muchas veces con el nombre de Orinoco occidental por geógrafos de reconocida competencia.

—De competencia igual a la de usted, caballero —respondió Felipe.

Se notará que a las primeras palabras la discusión llegaba a su máximo de intensidad. No hay que extrañarlo; todos los días, desde que el sol aparecía hasta que se ocultaba, la discusión seguía entre los dos adversarios.

Varinas dijo:

—Nacer en la sierra Suma-Paz, al Este del Alto Magdalena, en los territorios de Colombia, es tan honroso como salir de... no se sabe dónde.

—¿Que no se sabe, caballero? —respondió Felipe con acritud—. ¡Tiene usted aplomo para decir tal cosa, refiriéndose al Atabapo, que baja de los llanos regados por el río Negro, y establece una comunicación con la cuenca del Amazonas!

—¡Pero las aguas de su Atabapo son negras, y no llegarán a mezclarse con las del Orinoco!

—¡Pero las aguas del Guaviare son de un blanco amarillento, y usted no será capaz de distinguirlas a algunos kilómetros más abajo de San Fernando...!

—Pero el Guaviare, señor Varinas, es un río que posee millares de caimanes, como el Orinoco, y el Atabapo no cuenta más que con peces ridículos, sin valor, enclenques y negros como él mismo.

—Envíe usted navíos a su Atabapo, y verá usted si van lejos, a menos de acarrearlos; mientras que los del Guaviare pueden remontarlo hasta una distancia de mil kilómetros, hasta el confluente Ari-Ari, y más lejos todavía.

—Con acarreo o no, la verdad es que somos el lazo hidrográfico entre el Amazonas y la República de Venezuela.

—Y nosotros entre Venezuela y Colombia.

—¡Vamos...! ¿No tiene usted el Apure para formar ese lazo de navegación?

—Y usted ¿no tiene el Cassiquiare?

—En su Guaviare no hay más que tortugas.

—En su Atabapo no hay más que mosquitos.

—En fin, el Guaviare vierte en el Atabapo... aquí mismo, según opinión de todo el mundo.

—No... Es el Atabapo el que vierte en el Guaviare, como afirman todas las gentes de buena fe, y lo que aporta el Guaviare no es inferior a tres mil doscientos metros cúbicos.

—Y como el Danubio —dijo entonces Germán Paterne, citando al poeta de las *Orientales*—, «corre de Occidente a Oriente».

Argumento del que Varinas no se había aún servido, pero que insertó cuidadosamente en el legajo del Guaviare.

Durante este cambio de réplicas en favor de los dos tributarios, Miguel no cesaba de sonreír, dejando tranquilamente correr al Orinoco por los 2500 kilómetros entre la sierra Parima y el estuario de sus cincuenta brazos, que se ramifican al través del litoral del Atlántico.

Entretanto, los preparativos avanzaban. Las piraguas, visitadas, reparadas, puestas en perfecto estado y con sus provisiones

renovadas, estarían dispuestas para el 9 de enero.

Jacques y Juana Helloch escribieron una carta a su padre, en la que no olvidaban al sargento ni a Gomo. Esta carta llegaría a Santa Juana por conducto de los mercaderes que de ordinario suben por el río al principiar la estación de las lluvias.

Decía todo lo que pueden decir los corazones felices y agradecidos.

La víspera del día fijado para partir, los pasajeros fueron invitados una vez más por el gobernador de San Fernando.

Durante la velada hubo tregua, y la discusión hidrográfica no se renovó. No es que hubiera terminado; pero los contrincantes disponían de meses y de años para continuarla.

—¿De modo, señor Miguel —preguntó Juana—, que no nos acompañan ustedes?

—Parece que no, señora —respondió el sabio, muy resignado a prolongar su estancia en la confluencia del Atabapo y el Guaviare.

—Tenemos aún que dilucidar algunos puntos importantes —dijo Varinas.

—Y pesquisas que practicar —añadió Felipe.

—Entonces, ¡hasta la vista, señores! —dijo Jacques Helloch.

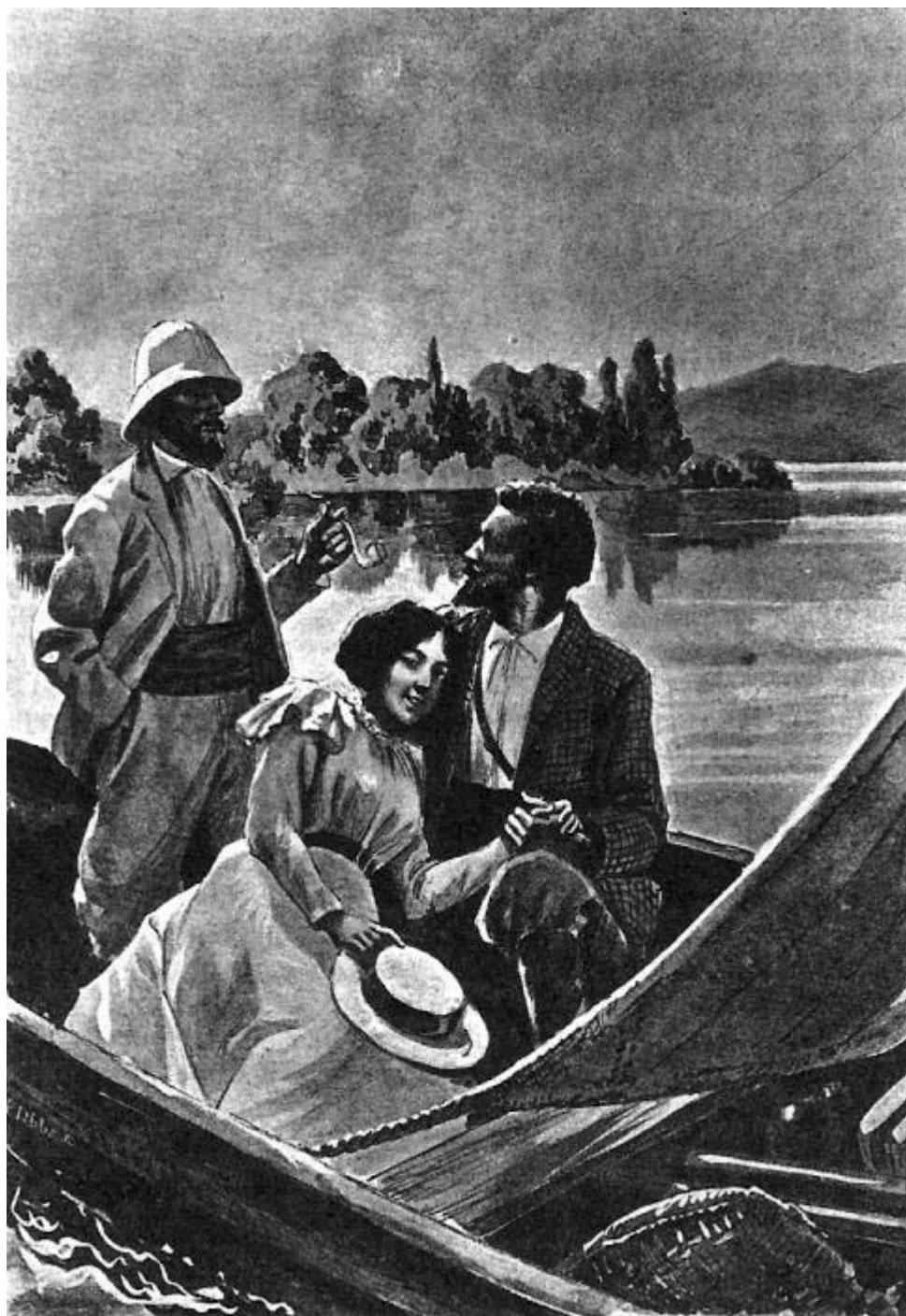
—¿Hasta la vista? —preguntó Miguel.

—Sí —respondió Germán Paterne—. En San Fernando... Cuando regresemos... dentro de seis meses, pues no es probable que esté decidida la interminable cuestión del Orinoco.

Al siguiente día, 9 de enero, después de despedirse del gobernador, de Miguel y de sus colegas, los viajeros se embarcaron, y, arrastrados por la rápida corriente del río Orinoco, Atabapo o Guaviare, comoquiera que se llamase, las dos piraguas perdieron bien pronto de vista el pueblo de San Fernando.

A una hora de allí, la joven volvió a ver el sitio en que las falcas habían zozobrado y donde Jacques la había salvado con peligro de su vida, durante la terrible tormenta.

—Sí..., mi querida Juana —dijo Jacques—. Allí fue.



—Allí fue, mi querido Jacques, donde tuviste el pensamiento de no abandonar a tu querido Juan, de acompañarle en medio de tantos peligros hasta el término de su viaje.

—¡Y uno hubo que no se mostró satisfecho! —exclamó Paterne—. El sargento Marcial... No estaba el tío contento del todo de su

sobrino.

Durante los días siguientes, las piraguas, favorecidas por la brisa, hicieron una navegación muy rápida. Franquearon sin grandes dificultades, por no tratarse más que de bajar por ellos, los raudales de Maipure y de Atures, pasando después por la embocadura del Meta y el pueblo de Cariben. Las islas del río suministraron toda la caza necesaria, y la pesca fue fructífera.

Se llegó ante el rancho de Marchal, en Tigra. Allí, conforme a la promesa que habían hecho, los pasajeros de las falcas fueron durante veinticuatro horas los huéspedes del excelente hombre. ¡Con qué alegría les cumplimentó éste por el feliz éxito de su empresa, mirada desde el doble punto de vista de la presencia del coronel De Kermor en Santa Juana y de lo que allí había sucedido!

En Urbana las piraguas tomaron provisiones para la última parte de su viaje.

—¿Y las tortugas? —dijo Germán Paterne—. Jacques, ¿te acuerdas de las tortugas...? ¡Eh...! ¡Mira que llegar aquí sobre tortugas...!

—En este pueblo nos vimos por vez primera, Germán —dijo la joven.

—Gracias a esas excelentes bestias, a las que debemos bastante gratitud —declaró Jacques Helloch.

—Que les probaremos comiéndonoslas, pues la tortuga del Orinoco es excelente —exclamó Germán Paterne, que miraba siempre las cosas desde un punto de vista especial.

El 25 de enero las falcas llegaron a Caicara, donde los pasajeros se separaron de los patrones y de sus tripulaciones, no sin haber dado las gracias a aquellas bravas gentes, cuyos servicios pagaron generosamente.

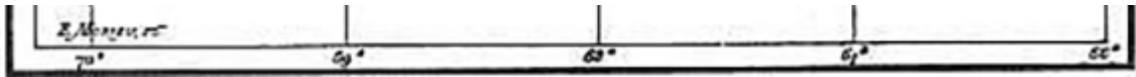
Desde Caicara, el paquebote del Apure transportó a los viajeros en dos días a Ciudad-Bolívar, desde donde el ferrocarril les llevó a Caracas. Diez días después estaban en La Habana, junto a la familia Heredia, y veinticinco días después en Europa, en Francia, en Bretaña, en Saint-Nazaire, en Nantes.

Germán Paterne dijo entonces:

—¿Sabes, Jacques? Hemos recorrido cinco mil kilómetros sobre el Orinoco... ¿Te ha parecido largo el viaje?

—Al bajar, no —respondió Jacques Helloch mirando a Juana, dichosa y sonriente.

FIN





JULES GABRIEL VERNE. Escritor francés, conocido en los países de lengua española como Julio Verne. El 8 de febrero de 1828 nació en Nantes este gran escritor, geógrafo de países fabulosos, creador de personajes enigmáticos, inventor de islas misteriosas y de originales máquinas, que con sus extraordinarias novelas inició a varias generaciones en el amor a la ciencia.

Tal vocación por lo extraordinario y lo fantástico no se advertía en Julio Verne cuando niño. Alumno estudioso y serio, no mostraba el afán de aventuras de otros chicos de su edad. Dotado de extraordinaria memoria, hizo con aprovechamiento sus primeros estudios, y luego marchó a París para cursar la carrera de abogado, profesión que ejercía su padre en Nantes.

Terminada la carrera, no demostró ninguna afición a ella. Su amistad con Alejandro Dumas y otros autores dramáticos había despertado en él la afición a ese género literario, y tenía escritas algunas obras como *La Conspiration des poudres*, *Un drame sous la Régence* y *Les Pailles rompues*, comedia en verso esta última, primera que estrenó (1850) y que sólo se representó una docena de veces, en el

Gymnase. Luego estrenó *Douce jours de siège*, comedia en tres actos, en el *Vaudeville*.

Nombrado secretario del *Théâtre Lyrique*, continuó sus ensayos dramáticos con no mucho éxito, hasta que, interesado por la aerostación, escribió *Cinco semanas en globo* (1863), su primera novela científica.

El gran éxito que obtuvo con ella le animó a continuar este género de literatura y firmó un contrato exclusivo con su editor, J. Hetzel, comprometiéndose a proporcionarle dos obras anuales durante veinte años, o cuarenta en un breve espacio de tiempo, por lo cual recibiría 20 000 francos anuales o 10 000 por volumen. El éxito de las obras siguientes fue tal, que su editor hubo de mejorarle cinco veces el contrato.

Sucesivamente publicó, entre otras muchas, *Viaje al centro de la tierra* (1864); *De la tierra a la luna* (1865); *Las aventuras del capitán Hatteras* (1866); *Los hijos del capitán Grant* (1868); *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870) (que le valió ser coronado por la Academia Francesa); *La vuelta al mundo en ochenta días* (1873); *El doctor Ox* (1874); *La isla misteriosa* (1875); *Miguel Strogoff* (1876); *Las Indias negras* (1877); *Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros* (1878); *Un capitán de quince años* (1878); *Las tribulaciones de un chino en China* (1879); *El rayo verde* (1882) y *El archipiélago en llamas* (1884).

El mayor mérito de este gran novelista científico son sus anticipaciones, sus previsiones geniales, nacidas de un cerebro enciclopédico. Todo lo que predijo en cuestiones de navegación (aérea y submarina), cinematografía, televisión, telegrafía sin hilos, etc., etc., y que se ha realizado en nuestros días, demuestra la variedad de una erudición y la riqueza de una imaginación que no han sido superadas.

Además, su obra, exaltadora del valor, del esfuerzo, de la energía y de la bondad, sin bajezas morales de ninguna clase, ha ejercido

siempre una influencia extraordinaria en la juventud.

Julio Verne murió en Amiens, el año 1905.

Notas

[¹] Se trata de San Fernando de Apure, al que no hay que confundir con San Fernando de Atabapo, sobre el Orinoco. <<